



Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

La presente colección bibliográfica digital está sujeta a la legislación española sobre propiedad intelectual.

De acuerdo con lo establecido en la legislación vigente su utilización será exclusivamente con fines de estudio e investigación científica; en consecuencia, no podrán ser objeto de utilización colectiva ni lucrativa ni ser depositadas en centros públicos que las destinen a otros fines.

En las citas o referencias a los fondos incluidos en la investigación deberá mencionarse que los mismos proceden de la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife y, además, hacer mención expresa del enlace permanente en Internet.

El investigador que utilice los citados fondos está obligado a hacer donación de un ejemplar a la Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife del estudio o trabajo de investigación realizado.

This bibliographic digital collection is subject to Spanish intellectual property Law. In accordance with current legislation, its use is solely for purposes of study and scientific research. Collective use, profit, and deposit of the materials in public centers intended for non-academic or study purposes is expressly prohibited.

Excerpts and references should be cited as being from the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife, and a stable URL should be included in the citation.

We kindly request that a copy of any publications resulting from said research be donated to the Library of the Patronato of the Alhambra and Generalife for the use of future students and researchers.


***Biblioteca del Patronato de la Alhambra y Generalife
C / Real de la Alhambra S/N . Edificio Nuevos Museos
18009 GRANADA (ESPAÑA)
+ 34 958 02 79 45
biblioteca.pag@juntadeandalucia.es***

PREMIOS
DE LA
ACADEMIA

A-6

3

1

The background of the page is a complex marbled paper pattern, likely a 'stone' or 'shell' pattern, featuring swirling, organic shapes in various shades of grey, black, and white. A central rectangular text box is superimposed on this pattern. The box has a decorative border consisting of a repeating circular motif, possibly a stylized floral or geometric design. The text within the box is printed in a serif font and is arranged in four lines. The first line reads 'Se vende esta Obra y otras', the second 'de diferentes materias, en', the third 'Madrid en la Librería de', and the fourth 'BRUN y compañía, a las Puercas de San Juan de los Rios'.

Se vende esta Obra y otras
de diferentes materias, en
Madrid en la Librería de
BRUN y compañía, a las Puercas
de San Juan de los Rios

BIBLIOTECA DE
LA ALHAMBRA

Est. A-6

Tabl. 3

N.º 1



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

R. 325



COLECCION
DE LAS OBRAS
DE ELOQUENCIA Y DE POESÍA
PREMIADAS
POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA.
OBRAS DE ELOQUENCIA.



MADRID. MDCCXCIX.

EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE IBARRA.

Donativo de Sr. Conde de
R. Unión a la Biblioteca
de la Alhambra

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
JUNTA DE DALLATA

ADVERTENCIA.

Uno de los medios de que se ha valido la real Academia Española para promover el estudio de la lengua castellana ha sido proponer asuntos de eloqüencia y de poesía, ofreciendo el premio de una medalla de oro á los que sobresaliesen en cada una de las dos clases. No se engañó en sus miras, pues aunque en algunas ocasiones no ha podido adjudicar los premios, tal vez porque los sugetos capaces de desempeñar los asuntos no han querido escribir ó ya por sus ocupaciones, ó ya por no haber mirado con el aprecio que es justo este medio, de que todas las naciones cultas se han valido para

(II)

promover el estudio ; con todo las mas veces ha encontrado obras acreedoras al premio , y aun tambien algunas , que por acercarse al mérito de las premiadas han parecido dignas de darse á la luz pública. Quien crea por esto que la Academia ha publicado estas obras para modelos de eloqüencia y de poesía , y exemplares del puro y castizo language castellano , hará un agravio á este cuerpo , que quando fomenta el estudio y premia los adelantamientos, no cree haber tocado ya la cumbre de la perfeccion. Se ha coronado el mérito , se ha preferido el que se ha juzgado mayor , no se ha despreciado el que se acerca á él , y se espera con fundamento que sea aun mas

(III)

considerable el que se presente en adelante. Y no debe omitirse la reflexión de que casi todas las obras premiadas han sido frutos de unos ingenios que empezaban la carrera literaria, los cuales escribirían ciertamente obras mucho mas completamente acabadas, si despues que se han perfeccionado en la literatura no tuviesen consagrado el tiempo á otros trabajos mas precisos, aunque ménos agradables.

En fin el público en esta ocasion, como en todas, ha seguido el dictámen de la Academia, pues ha buscado y apreciado las obras premiadas. Por esto se publica ahora una coleccion de todas ellas en tamaño mas cómodo para los lectores que

(III)

el de su primera edición: y se advierte que en el mismo se imprimirán en adelante todas quantas vaya premiando la Academia.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

ELOGIO
DE FELIPE V.

REY DE ESPAÑA,

al qual se adjudicó el primer premio de
eloqüencia en junta de 22 de junio
de 1779.

S U A U T O R

D. JOSEF DE VIERA Y CLAVIJO,
de la Real Academia de la Historia, é His-
toriador de las islas de Canarias.

EPIGRAFE.

*Is Philippus, quum omni fere tempore ne-
gotiis belli, victoriusque affectus, exerci-
tusque esset, à liberali tamen musa, et
à studiis humanitatis numquam absuit.*

Aul. Gell. lib. 9. cap. 3.

Elogiar á un rey, cuyo trono se vió cubier-
to tantas veces del perfume de las alabanzas
quando vivo, sobre cuyo sepulcro se han es-
parcido despues de muerto tantas flores, y
cuya grata memoria es y será siempre plau-
sible en los fastos de la nacion y del mun-
do: elogiarle á competencia, como él mismo

reynó, en medio del santuario de las musas, y á la vista de este monumento augusto, que quiso erigir su poder á la inmortalidad de la eloqüencia española: elogiarle en tiempo que todavía pueden subir los conceptos y frases del tímido orador á los soberanos oídos del monarca justo, máxîmo, pio, feliz, que ciñendo la gloriosa diadema de tal padre, es digno heredero de sus laureles y virtudes: en una palabra, elogiar á FELIPE V. y elogiarle bien, es empeño honorífico; pero tan arduo que la dificultad se acaba de comprobar con la experiencia *. Sea quien fuere el panegirista, no se lisonjée jamas de haber igualado el alto concepto que el amor, el reconocimiento y la perspicacia de los pueblos han formado de la celebridad de aquel nombre, y de la reputacion de tan buen príncipe.

Otros claros varones, y son los mas, dexaron asegurado el tributo de los loores públicos en la serie de las benéficas, ó admirables acciones que ilustraron sus vidas, y dentro de las precisas márgenes de la brillante carrera que anduviéron: un tiempo breve, un espacio corto son las dos medidas de

* Por no haberse desempeñado el año pasado este asunto, no pudo la Academia adjudicar el premio;

sus méritos y de sus alabanzas. Però hay héroes , cuyas glorias parecen en cierto modo tan inmensas , que no se circunscriben ni en los ámbitos de sus reynos , ni en el período de sus reynados. Para hacer el elogio de Luis XIV. fué necesario escribir toda la historia de su siglo: para hacer el de su amado y digno nieto quizá sería preciso repasar tres centurias de los anales de España, los de su rápido engrandecimiento , los de su decadencia asombrosa, que aquel mismo engrandecimiento produjo , y los de su feliz restauracion , que no se debió sino á la misma decadencia del estado. FELIPE V. por decirlo así, ha sido en el gran quadro de nuestra historia un excelente término de perspectiva, en donde llegaron á verse unidas las mayores distancias , ó como un punto de interseccion por donde viniéron á pasar los círculos de las diversas edades de la monarquía.

¡La fortuna de la casa de Austria, despues de dos siglos de imperio , ceder debilitada el cetro de las Españas , cuyos límites abrazan ámbos mundos , á la familia de Borbon su competidora! ¡Verse triunfantes y adoradas en Madrid las cautivas lises de Francisco I. en lugar de las caudales águilas de su

émulo Cárlos V! ¡Sentarse el descendiente de Henrique IV. del bearnes, sobre el trono de Felipe II! ¡Quedar perpetuamente unidas con los vínculos de la sangre, y de la amistad las dos mayores monarquías, contrarias tanto tiempo! ¡Ser el nuevo rey heredero y conquistador de su propia corona, vencedor y padre de sus mismos vasallos, padre que supo corregir y perdonar, vencedor que supo ensalzar la nacion segunda vez, y restituir-la al antiguo lustre de su primer crédito, honor y poderío! ¡O y quan cierto es que siendo FELIPE V. la cabeza de una nueva real estirpe en España, y formando la mas portentosa época de sus fastos, suministró á la voz de la posteridad materia superabundante para el mas vasto y extraordinario elogio!...

El imperio de España, que por sus conquistas, sus herencias y descubrimientos habia llegado en brevê tiempo á mas grado de extension y grandeza que el romano, y que aspirando, segun receló la política, al imposible de la monarquía universal, daba motivos para que admirado el mundo se creyese todo español, desplomándose insensiblemente con el peso de su propia mole, y convertidos en ruinas sus trofeos, no era ya en

lós días de Cárlos II. mas que un pálido simulacro de lo que habia sido en los felices tiempos del primer Cárlos y de su hijo. El oro, este don precioso de la América, que parecía del cielo, no fué para la magnánima generosidad de la nacion sino un funesto presente, que extinguiendo las virtudes severas del siglo de sus padres, fomentó con el luxo vicios agradables que ellos no conociéron. La sabia economía, la actividad, el desinterés, la emulacion, el amor constante al trabajo, todo iba desapareciendo uno tras otro, porque reputando aquellos españoles por indigno de sus manos triunfantes el humilde cultivo de la tierra, y la tarea de las artes mas útiles, empezáron á mirar el resto del género humano con desden, á considerar las naciones como nacidas para materia de sus victorias, ó de su fausto, á no aspirar á otra gloria que á la fementida de las dignidades y riquezas, ni á otra reputacion que á la de dictar leyes á los pueblos atónitos.

De este modo, faltándole á la opulenta y envidiada España los verdaderos bienes de la paz, la abundancia, la fertilidad, la poblacion, la industria, el comercio, y siendo impracticable mover con regularidad desde

un solo punto de apoyo la complicada máquina de una monarquía tan enorme, que para animarla aseguraban que el sol jamas escondia sus rayos en ella, no era mucho que en las operaciones del gobierno se echase de ver una mortal lentitud, que injustamente se ha atribuido á carácter de la nacion.

Entónces fué quando el leon de España, que habia asombrado con sus rugidos la tierra, abatido ya; enervado, manchado con la sangre de sus enemigos y acosado de ellos, veia con ceño que á cada instante se le escapaba de entre las embotadas garras alguna parte de la presa que en mejores años habia hecho. Esta situacion era deplorable. Las riendas del estado andaban vacilantes entre las manos débiles de Carlos II. monarca piadoso, pero pusilánime, sin vigor para dar sucesor al reyno, y sin aliento para nombrarle: que se creia hechizado, y sometia su lóbrega imaginacion á los exórcismos: que veia su corte llena de divisiones, y á las de Versállés, Viena, Munic y Lóndres ajustando tratados de particion de sus dominios: que impelido de los incentivos poderosos de la sangre, la naturaleza y la amistad, deseaba dexar en su propia casa las veinte y dos

coronas de la monarquía , al mismo tiempo que se hallaba forzado de la necesidad y la justicia á traspasarlas suspirando á una rama de la de Francia , enemiga suya.

En efecto la voz de los pueblos , el dictámen de los publicistas, el voto de los grandes, la decision de Inocencio XII. el interes de conservar entera la monarquía , las leyes fundamentales del reyno, todo hablaba á favor de los derechos de María Teresa de Austria, hermana del mismo Cárlos II. y muger de Luis XIV. todo llamaba al trono de España á FELIPE Duque de Anjou , hijo segundo del Delfin: pudiéndose decir, como del Rey de Macedonia, que todos los oráculos *fili-*
pizaban, si exceptuamos al Emperador Leopoldo, y á la Reyna Mariana de Neobourg.

En fin Cárlos II. despues de tantas irresoluciones y de tantos combates de su espíritu , dicta su famoso testamento , que ocasionó tan grande efusion de sangre en la Europa, y dice arrasados de lágrimas los ojos al firmarle: *Tú solo, Dios eterno, eres el que das los imperios y los quitas.* Este acto de magnanimidad religiosa exáltó su alma: Cárlos murió con mas valor que habia vivido. Publícase su última voluntad con agradable



sorpresa de la nación : un prócer de la corte abraza al embaxador de Viena para despedirse de la casa de Austria : y mientras la junta de regencia hacia súplicas á Luis el grande para que concediese y enviase luego á Madrid al Duque de Anjou su augusto nieto, ordenaba rogativas públicas al cielo á fin de conseguirlo. ¡España pidiendo Rey á la Francia ! Luis era generoso : su corazon , agitado entre la admiracion y el júbilo, nos le dió sin reserva, posponiendo á esta gloria quanto el tratado de particion de Lóndres prometia á su ambicion, y al punto el Duque de Anjou fué proclamado Rey Católico con el nombre de FELIPE V. en Versálles, en Madrid , en toda España.

¿Y quien le hubiera dicho á esta potencia el año de 1683 , quando declaraba nuevamente la guerra á la de Francia , quando la Reyna madre Teresa de Austria fallecia, quando Ana de Babiera , en medio de los mayores triunfos, daba un segundo príncipe al Delfin su esposo : quien le hubiera dicho que este FELIPE de Anjou recién nacido, que este florido renuevo de la fértil familia de Borbon, había de dictar leyes algun dia, y restablecer la monarquía á la elevada cum-

bre de su antiguo esplendor? Luis XIV. Luis, que con su política, y penetracion admirable lo habia previsto todo desde que concedia á la oprimida España la inopinada oliva de la paz de Riswick, la mas ventajosa que habia hecho nuestra corte en mas de un siglo: Luis, que procuraba á su nieto la mas cabal educacion que se ha dado á príncipe, destinándole al Duque de Beauvilliers para ayo, al Arzobispo Fenelon para maestro, y al Abad Claudio Fleury para subpreceptor, varones célebres, amables y respetables nombres, que andarán siempre unidos á las glorias de nuestro FELIPE.

Así, aquel gran Rey que penetraba el fondo del alma dócil y pura de su nieto, cultivado por manos tan felices, no dudó al ausentarse darle escritas de su propio puño aquellas memorables instrucciones, que respiran las mas excelentes máximas de conducta: "No faltes á tus obligaciones, mayormente para con Dios. Conserva la pureza de tu educacion. Ponte siempre de parte de la virtud. Ama á los españoles. Estimá los que se exponen al peligro de desagradarte por tu bien, pues esos son tus verdaderos amigos. Procura la felicidad de tus

„ vasallos. No abandones los negocios por los
 „ placeres. Trata bien á todos, y á nadie di-
 „ gas cosa de que pueda resentirse. Distingue
 „ la calidad y el mérito de las personas *.”

Y quando llegó el tierno momento de la separacion, en que Luis XIV. se despidió de nuestro FELIPE V. toda la numerosa corte; compuesta de algunos señores castellanos atraídos de la noble curiosidad, oyó aquellas postreras razones que el Rey de Francia dixo al de España abrazándole estrechamente: *Hijo, ya no hay Pirineos.* Pensamiento sublime, que conmoviendo las entrañas de los circunstantes, acordaba á Francia y á Castilla aquellos antiguos tiempos de alianza y amistad, dirigidas á la mutua fortuna de ámbos pueblos.

Parte FELIPE para venir á tomar posesion del trono, acompañado de sus dos serenísimos hermanos los Duques de Borgoña y de Berrí: ; *Sabes tú* (le decia este príncipe vivo y decidor al de Borgoña) *sabes por que nos hacen marchar á los tres hasta la raya de España? Pues no es mas que para hacer ver á los españoles que nuestro abuelo les ha dado el mejor.*

* Memor. de Noaill.

Viéronlo con efecto, quando recibido en el reyno con las mas vivas demostraciones de respeto y amor, entró en la capital, brillante á los ojos de la multitud, como un héroe cubierto de laureles, que vuelve en su carro triunfal, rompiendo por medio de los caminos embarazados de coches, y de una caterva innumerable de personas de á pie, que instadas del cariño, que la naturaleza ha grabado en los corazones españoles á sus reyes, corrian ansiosas hasta sofocarse precipitadas por ver la cara de un soberano que adoraban con anticipacion. Los dotes, y gracias naturales de FELIPE, su fisonomía amable, su gallardo cuerpo, su edad florida de diez y siete años, sus modales acompañadas de dignidad, dulzura y benevolencia, todo contribuyó para que se ganase el concepto de la nacion, y para que esta formase las mas lisonjeras esperanzas de su gobierno.

Justificó el nuevo monarca esta opinion pública desde los principios, mostrando bien unidas en su persona todas las heroicas prendas de los reyes austríacos de su nombre. Hermoso como el primer Felipe, pero mas varonil: prudente como el segundo, pero mas humano: piadoso como el tercero, pe-

ro mas entendido : grande como el quarte, pero mas feliz. Notóse con satisfaccion que sabia juntar los ejercicios de la caza con los trabajos del gabinete, y alternar entre la ligereza del trage frances, y la gravedad del español : que trataba á todos los señores de su corte con aquella bondad familiar que nada cuesta á la verdadera grandeza , desterrando así la etiqueta y misterio asiático de invisibilidad, que los austríacos afectaban: que comia en público, y salia muchas veces para consolar y encantar con su vista á unos fieles vasallos, que experimentaban la mas deliciosa mocion al considerarse objetos de la dulce afabilidad de un rey, de cuya voluntad dependia la suerte de tantos millones de hombres.

Dueño FELIPE ya de tan vasto imperio, jóven, humano, y oprimido de los cuidados del trono, necesitaba de una compañera amable , á quien comunicar el resplandor de la púrpura , con quien disfrutar el placer de un trato igual, y en quien depositar la diversion y el descanso de las penalidades anexas al terrible arte de reynar. Esta compañera, que debia hacer feliz á un rey , era la inmortal MARÍA LUISA de Saboya, prodigio de su sexô , princesa de trece años , que adornada

de hermosura, suavidad, talentos, gracias y valor, reynó siempre en el corazon de su esposo, y en el de sus vasallos. Pero apénas la recibe el Rey en Cataluña, donde celebraba las tumultuarias cortes, infausto presagio de la cercana tempestad, tiene que separarse de ella para emprender su viage á Italia. Desde aquí empezaremos á ver á FELIPE V. luchando con su varia fortuna.

Aunque casi toda la Europa le habia hasta entónces reconocido por sucesor, y legítimo heredero de Cárlos II. no podia ver sin estremecerse que un nieto de Luis XIV. fuese á un tiempo dueño de la España, de las Américas, de la Italia y de los Países Baxos. Así, Leopoldo, Emperador altivo, Leopoldo cabeza de la rama de Austria alemana, Leopoldo émulo personal de los Borbones, cuyas glorias le fatigaban, ufano con un ejército de cien mil hombres mandados por los grandes Generales que habian humillado al Turco, y pacificado la Hungría: ofendido de que no hubiese entrado en su familia el imperio español, que creia vinculado en ella, y lisonjeándose de poder conquistarle para el Archiduque Cárlos su hijo segundo, despertó los zelos de las potencias maríti-

mas, y mandó sacudir su homicida hacha al fatal genio de la guerra.

El pueblo británico belicoso, político, libre, comerciante, y mas enemigo de la prosperidad de la Francia, que amigo de la corte de Viena, ofreció sus parlamentos, sus armas, sus tesoros. El bátavo, temiendo todavía el yugo antiguo de la España, ansioso de vengar la república de veinte y ocho años de victorias continuas de Luis XIV. y queriendo complacer á Guillermo de Nasau Rey de Inglaterra, su Stadhouder, ó como otros decian, Stadhouder de Inglaterra, y Rey de Holanda, accedió á la liga ofensiva. El Rey de Portugal, y aun el mismo Duque de Saboya suegro de FELIPE, guiados de una política interesada, se unieron poco despues al partido del Austria, y conspiraron para despedazarle el cetro, y precipitarle del trono. Tal era la espantosa borrasca, que precedida como de un sordo bramido del océano, acumulaba el nublado sobre la casa de Borbon.

¿Y seria muy extraño que tan general y deshecho torbellino arrebatase en pos de sí algunos españoles, en quienes dominaba el espíritu de partido? ¿Las causas morales no han de obrar? El respeto habitual á la casa de Aus-

tria, la inveterada antipatía al nombre frances, la preocupacion nacional, el fanatismo de la política, los resentimientos privados, el halagüeño influxo, el problema de la sucesion, la incertidumbre de los sucesos.... ¡Pero qué hago! ¿Cómo no echo aquí prontamente el velo sobre unos acontecimientos desagradables, que solo pueden servir en el elogio de FELIPE V. para ponderar su clemencia?

Parecia que semejante revolucion, aun mirada de léjos, sobresaltaria el corazon de nuestro Rey: porque ¿para que disimular lo que mas admira, y nadie ignora? No por cierto, no temeré decir, que el carácter de FELIPE V. en el apacible silencio de la corte, era inclinado á la calma de los sentidos; y á la melancolía: que su índole era de un príncipe modesto, blando, naturalmente timorato, escrupuloso, taciturno, y ménos inclinado á gobernar con imperio, que con consejo y direccion. De aquí era que necesitaba su alma tranquila de fuertes sacudimientos; y grandes ocasiones para enardecerse, y desplegar toda su impetuosidad y energía: y nada habia en el mundo que ocasionase en su pecho esta conmocion sino el estruendo de la guerra. Al desbocarse los caballos de Marte era

quando afirmaba sus manos en las riendas con mas gusto: su corazon recogia entónces todos sus espíritus , entónces era otro hombre , entónces era quando merecia el epíteto con que sus exércitos y las naciones le aclamaron , entónces era FELIPE EL ANIMOSO.

A la noticia de que el exército de Leopoldo habia entrado improvisamente en Italia mandado por el Príncipe Eugenio , Aníbal entre los generales de su siglo , que batia á los españoles en Carpi , que sorprendia á los franceses en Cremona , y que los partidarios de la casa de Austria en Nápoles conjuraban abiertamente á su favor : á esta noticia, digo, se inflamó por la primera vez la pasion marcial de nuestro Rey, que estaba dormida , y ella sola hubiera podido arrancarle cruelmente de entre los brazos de una Reyna y esposa querida , á quien dexaba con la regencia de España , triste y traspasada del mas tierno dolor.

FELIPE vuela á arrojar de Italia sus enemigos, *y resuelto á derramar hasta la última gota de su sangre , si fuese necesario, para impedir la division de su corona**, le ve Nápoles entrar por sus puertas, no como uno

* En carta al Cardenal Portocarrero.

de aquellos antiguos duques de Anjou, tan funesto para el estado, sino como un rey benéfico, de cuya presencia habia muchos siglos que carecian, y de cuya boca, por donde se derramaban las gracias, recibian el perdon de mas de tres millones de escudos, la amnistía para los delinquentes, y la rebaxa del precio del pan, medio infalible con que se ha ganado el aura popular en todos tiempos. Nápoles levantó una estatua equestre á FELIPE: Sicilia le grabó una medalla; pero la fidelidad, que no estaba esculpida en bronce, duró poco.

Entretanto marchaba el Rey al ejército para ponerse á la cabeza de sus tropas, recibiendo al paso por Génova y Milan, con las embaxadas de los potentados de Italia, los debidos aplausos que ocasionaba su presencia: y para señalar las brillantes primicias de su valor, llega al punto preciso de desbaratar cerca de Santa Victoria un cuerpo de caballería alemana. No habian pasado muchos dias quando volvió á coronarle la misma victoria en los campos de Lúzara, en cuya accion se expuso al fuego de la artillería enemiga, mostrando tanta constancia de ánimo, como inteligencia de la guerra. Lúzara se le rinde, toma á Guastala, liberta á Mantua, y

hubiera perficionado el designio de echar de Italia al príncipe Eugenio, si los correos de España no le hubieran forzado á suspender los golpes, y precipitar su vuelta á Madrid.

: Tratábase de defender la península. Ya los ingleses habian invadido á Cádiz, saqueado el Puerto de Santa María, y quemado en Vigo los galeones. Ya el Emperador, y su hijo el Rey de Romanos habian traspasado auténticamente al archiduque Cárlos sus derechos al trono de España, y de las Indias: ya le habian hecho proclamar Rey en Viena con el augusto nombre de Cárlos III: ya habia sido reconocido en calidad de tal por los reyes de Inglaterra, Portugal, Prusia, Polonia, Dinamarca, por la Holanda y muchos príncipes del Imperio. Y como la principal fuerza de esta llamada *grande alianza* era de protestantes, no es de admirar que se dixese entonces, que el archiduque *era Rey Católico por la gracia de los hereges*, bien que por algun tiempo no dexó de favorecerle Roma.

- Entra el jóven pretendiente por Lisboa en una formidable armada, seguido de ocho mil ingleses. ¿Que haria FELIPE en este crítico momento quando toda la Europa fixos en él los ojos le observaba? Jamas se mostró tan

animoso. Puesto á la cabeza de treinta mil hombres de sus mejores tropas y de las francesas mandadas por el Duque de Berwick; sale al encuentro á su competidor, que no se dexó ver: é internándose por las fronteras de Portugal, conquista doce plazas, derrota seis mil portugueses, aprisiona dos mil enemigos, tala lo mejor de aquel reyno, y hace temblar en su capital al mal aconsejado Pedro el II.

Yo me daré priesa á recorrer rápidamente aquellos procelosos años en que los vientos impetuosos de la rebelion y de la guerra azotaron la monarquía, é hicieron titubear la corona sobre la cabeza del monarca. Despues que los confederados nos habian usurpado una de las columnas de Hércules en Gibraltar, y pretendido, bien que sin fruto alguno, someter en Ceuta la otra, sale el Archiduque Carlos de Portugal en su grande armada con doce mil hombres de desembarco, y gana al paso el reyno de Valencia, no con la acreditada espada de ningun Cid, sino con las tramas de un Baset, hombre obscuro, seguido de una quadrilla de bandidos: los conjurados le entregan las fuertes plazas de Lérida y Tortosa: Girona le abre sus puertas: Barcelona le reconoce Conde y Rey: en fin

Cárlos reyna en Cataluña. Así aquellos mismos que medio siglo ántes habian proclamado un Borbon para que no reynase sobre ellos un Austríaco, proclaman ahora un Austríaco para que no reyne un Borbon.

Pero este impaciente de vengar por su mano tan detestable ingratitud, y superando las dificultades de las marchas, se presenta con dos cuerpos de ejército sobre la delinqüente Barcelona. Estaba ya allanado el castillo de Monjuich, abierta la trinchera, y en el cuerpo de la plaza tres suficientes brechas, quando apareciéndose de repente la esquadra de los enemigos con fuerzas superiores, ahuyenta del puerto la francesa; é introduce en todo el campo la confusion. En vano intenta el Rey dar un asalto general á la Ciudad: su valor, mayor y mas ardiente que el del Mariscal de Tesé y demas Oficiales generales que mandaban levantar el sitio á la media noche, tuvo que ceder al adverso influxo de su estrella, y retirarse con silencio de una plaza medio rendida, en donde dexaba á su concurrente victorioso sin haber sacado la espada, y á cuyas murallas, que humeaban todavía, volvía de quando en quando los ojos encendidos de agravio y de dolor. Las circuns-

tancias de esta retirada fuéron todas tristes presagios. Un eclipse de sol cubrió la tierra de tinieblas por tres horas : los soldados se llenáron de un terror pánico : el caballo del Rey espantado se paró muchas veces: las aves sorprendidas de la obscuridad perdiéron el vuelo ; pero el ánimo singular de FELIPE, in-contrastable en las adversidades mas terribles, vence los horrores, los presagios, los obstáculos, los Pirineos, y llegando hasta Perpiñan, toma la posta por Bayona para Madryd, á fin de *echarse entre los brazos de sus queridos castellanos*, como él mismo escribia á su abuelo*.

Apénas llega á su palacio sabe que el Archiduque habia reducido á Aragon , y que quarenta mil ingleses y portugueses venian á largas marchas sobre Madrid. Pero no esperéis verle intimidado en este conflicto. Todos le aconsejan que se retire, y FELIPE solo toma el partido digno de su heredado valor, y de su sangre, qual es el de pelear, vencer, ó sepultarse debaxo de las últimas ruínas de su trono : para lo qual dispone que la Reyna , aquella compañera virtuosa que le consolaba en las injusticias de la fortuna, se trasladase con todos los tribunales á Búrgos.

* Memor. de Noailles.

¿Y que alma sensible podria contener las lágrimas á vista de aquella familia fugitiva y errante en su propio reyno? Un monarca sobre el solio elevado, resplandeciente con los rayos de su prosperidad, es un semidios, que inspira en sus vasallos un respeto que los confunde; pero quando probando el cáliz de los infortunios, se iguala en el padecer á los demas hombres, entónces se hace un objeto particular de amor, que interesa, apasiona y concilia las mas rebeldes voluntades: entónces es quando goza del amor que infunde, porque ¿como puede saber si es amado el mortal que siempre ha sido feliz? 6

Es verdad que los enemigos entrando en la capital abandonada, hiciéron proclamar Rey al Archiduque; pero ¿que importa, si solo encontráron en los madrileños de ámbos sexos un odio vengativo, ó un amor ponzoñoso? ¿Que importa, si todos los labios, y aun el mismo silencio clamaban: *Viva FELIPE V.*? Mas no, el fino afecto de este gran pueblo, no podia impedir la union de los exércitos confederados, y FELIPE se hallaba en tanta perplexidad, que el embaxador de Francia, considerándole destronado, se echa á sus pies, y le suplica que se refugie pron-

tamente á los estados de su abuelo. Un triste rumor se esparce por el campo de que el Rey no está léjos de ejecutarlo así: las tropas se conmueven: y en tan fatales circunstancias sale el Monarca de su tienda inflamado el rostro: junta sin dilacion sus soldados, y corriendo las filas les hace en voz alta el mas solemne juramento de que primero perderá la vida á la frente del último esquadron, ántes que desamparar á sus nobles y leales castellanos.

¡O sombra real! ¡sombra augusta! ¡alma generosa de FELIPE! Perdona si mi tibia voz no sabe ser aquí digno intérprete de aquel consuelo íntimo que sentiste quando enternecidos tus vasallos, palpitándoles el pecho y anudadas las lenguas, no pudieron responder á estas palabras sino con sollozos, suspiros, ademanes, y lágrimas de gozo. De uno en uno, postrados á tus pies, te fuéron prometiendo derramar hasta la última gota de su sangre para conservarte la corona: de uno en uno los fuertes y los débiles corrian alegres á tu campo para formarte mejor ejército, y levantar al rededor de tí una trinchera de corazones. Tú viste crecer por todas partes este entusiasmo castellano, de que se gloria la

nación: los reynos de Andalucía te diéron quatro mil caballos y catorce mil hombres de milicias: los sacerdotes, los obispos, los religiosos, y hasta las mugeres y los niños combatiéron alguna vez por tu nombre, por su religion, y por su patria: en fin tú volviste á entrar en tu corte triunfante, servido y aclamado como la primera vez.

- "Los enemigos de V. M. no tienen ya más que esperar (escribia Luis XIV. á FELIPE V.) pues solo han servido sus ventajas para hacer brillar el ardimiento y fidelidad de una nacion siempre valerosa y constantemente adicta á sus soberanos. Los paisanos de vuestros pueblos no se diferencian de la tropa, y creo ciertamente, que tantas pruebas como han dado á V. M. de su amor, habrán aumentado el especial cariño que les ha profesado siempre: y como este les es debido, yo exhortaria á V. M. á que se le manifestase con frecuencia, si no supiese que su modo de pensar es tan conforme al mio en esta parte*."

- Así era sin duda, pues las mismas funestas pérdidas de las armas francesas y españolas en Flándes, España, é Italia, hacian

* Memor. de Noailles.

reconcentrar cada dia mas y mas aquel zelo de los principales grandes, y de los castellanos generosos para sostener á FELIPE sobre el trono que merecia: especialmente quando estrechando los fuertes lazos, que los tenian á él tan unidos, dió la Reyna al Rey y al estado una nueva prenda en Luis, en el deseado Luis, Príncipe de Asturias, en aquel que desde su nacimiento hasta su temprana muerte, fué el amor y las delicias de la nacion. Con este motivo las ciudades de España y México, el clero y la nobleza, todos los estados, aunque afligidos de la guerra, los impuestos, la pobreza y la esterilidad, contribuyen con un donativo voluntario de sus cortas riquezas, ofreciendo juntamente un sacrificio de sus personas: y el general británico Peterboroug, testigo de estos singulares rasgos de lealtad, escribe á Lóndres: *Desengañémonos, señores, todas las fuerzas de la Europa juntas no podrán destronar un príncipe tan amado de sus vasallos.*

Uniéronse á estas dichas de FELIPE los laureles de la victoria de Almansa, con que le coronó el Mariscal de Berwick, y que cortó su acero en aquella batalla, una de las mas famosas, mas decisivas y completas de la tris-



te guerra de sucesion : uniéronse los progresos del Duque de Orleans en Valencia, Aragon y Cataluña: los del Mariscal de Villars en Alemania : y en Flándes los del feliz Vandoma; pero Nápoles se habia perdido , mas por la fuerza de la sedicion , que de las armas, y su Virrey el Marques de Villena Duque de Escalona, aquel señor, cuyo nombre siempre deberá resonar agradablemente en las bóvedas de este lyceo respetable, aquel español digno del templo de la memoria por su grandeza de ánimo, su providad , su erudicion y entrañable amor á las letras , aunque recibió los mas bárbaros tratamientos á fin de que abrazase el partido del Archiduque, conservó siempre en medio de los insultos toda la fidelidad debida á FELIPE V. y toda la constancia que caracteriza el alma de un héroe castellano.

En medio de estas alternativas de fortuna se consideraba el Rey fuera de su centro quando no estaba á la cabeza de sus tropas. " Mi gloria (le escribia á su abuelo) no me permite estar ocioso al tiempo que mis enemigos trabajan sin cesar por arrebatarme el cetro. Dios me le ha dado, á mí me toca defenderle." Y como FELIPE no ignoraba la odiosa altanería con que la Inglaterra

ra y la Holanda vanamente engreidas de haber humillado por fin á Luis XIV. se negaban á toda proposicion de paz, á ménos de que por preliminar no cediese la España y las Indias al Archiduque, penetrado de sagrada indignacion añadia: "Me ofendo de que se pueda haber imaginado que mientras corre una sola gota de sangre por mis venas, haya quien me pueda estrechar á salir de España. Eso no sucederá por cierto, ni la sangre que circula por ellas, es capaz de sufrir afrenta semejante; ántes bien haré siempre quanto quepa en mí para mantenerme sobre un trono donde la providencia me ha puesto, y que la muerte sola me hará ceder. Debo esta resolucion á mi conciencia, á mi honor, y al amor de mis vasallos, seguro de que no me desamparán, y de que si expongo yo mi vida, ellos derramarán toda su sangre por no perderme*."

Así, FELIPE dominado de estos heroicos pensamientos, y temiendo que su abuelo le abandonase, como lo meditaba, toma el partido de sublimar mas y mas el zelo de la nacion que le adora. Habla á grandes y ministros en particular: expóneles su estado, sus

*. Memor. de Noailles.

inquietudes , su determinacion : díceles que cuenta con su antigua lealtad y la de su buen pueblo: pídeles consejo , manifiéstales confianza y arrebatáales de nuevo el corazon. Dilatad, ó españoles, vuestros magnánimos pechos, y congratulaos conmigo , trayendo á la memoria aquel gran dia de vuestra jurada fidelidad, en que prometisteis sacrificar al Rey, cuya mano besabais , vuestros bienes y vuestras vidas : quando le consolásteis y protestásteis todos cumplir con vuestra obligacion y con el afecto particular con que venerábais su persona. No , ni la Inglaterra , ni la Holanda habrán de disponer de la monarquía española: retírense enhorabuena de España las tropas francesas , dexando á las españolas todo el honroso cuidado de defender la sagrada persona de su Rey, y probablemente de defenderle de las mismas armas de Luis XIV. de este fiero atleta, que cansado ya de la lucha, se daba á partido, y intentaba volverlas contra su nieto : retírense , que FELIPE , mas constante que Luis , se pone al frente de su ejército , y desbaratando la ala derecha del enemigo.... Mas ¡ó dolor! FELIPE pierde la desastrada batalla de Zaragoza por descuido de sus generales, sin que hubiese ganado mu-

cho el Archiduque, no habiendo rendido la fidelidad castellana.

El marchará á Madrid para proclamarse segunda vez en persona, y hacer ostentacion de sus trofeos ; pero Madrid estará ya casi desierta: Madrid habrá procurado evitar su vista corriendo exhalada hasta Valladolid en seguimiento de sus Reyes. ¡Que espectáculo! Veríais los grandes, los magistrados, los nobles, los plebeyos, los artesanos, y aun los enfermos, á pie, á caballo, en los carros y zagas de los coches, todos en número de mas de treinta mil, desamparando sus hogares, llenando los caminos, y dexando por todas partes al Archiduque señales claras de aversion, y de su inviolable amor á FELIPE, cuyo nombre incesantemente victoreaban.

No habian podido seguir la corte por su edad casi centenaria los marqueses de Mancera y del Fresno; pero no parece que se mantuvieron en la capital sino para rechazar con rostro firme las insidiosas sugestiones del Archiduque. *No permita Dios (respondiéron) que con un pie en la sepultura deshonre la infidelidad nuestras canas.*

¡Y quien no creerá al considerar estos sucesos, que está viendo repetida en Madrid

la famosa irrupcion de los antiguos galos en Roma? La misma dispersion de moradores, la misma soledad de las puertas: el mismo silencio de la ciudad, y aun aquellos mismos venerables y ancianos senadores, que sin fuerzas para tomar las armas, ni la fuga, sentados en sus sillas cúrules en los portales de sus casas, estaban dispuestos á morir por la gloria de la nacion.

Si es fundada la tradicion de que viéndose FELIPE V. en semejante riesgo, abandonado de Luis XIV. instado vivamente por él para que cediese la corona de España, que él mismo le habia puesto en la frente, y aun amenazado de que las armas francesas se unirian á las de los confederados, se trató en su Consejo de tomar la rara resolucion de transportarse á la América con los principales señores de su corte para reynar en México ya que no pudiese en la península: si esta tradicion es fundada ¡ó que aspecto tan nuevo y original hubiera dado FELIPE al mundo político! ¡Como la América, que por sus riquezas es hoy vassalla de la Eúropa, hubiera entónces reynado por su fertilidad sobre la Europa misma!

Peró la América y la Europa, ámbos emisferios, ámbos mundos obedecerán siempre á

FELIPE. Cárlos de Austria avergonzado de su victoria y ostigado continuamente por dos hombres solos , por aquellos dos rayos españoles D. Feliciano Bracamonte y D. Joseph Vallejo, partidarios de la mayor pericia, fidelidad , é intrepidez , que cortaban los víveres al ejército austríaco , deshacían cuerpos enteros de caballería , sorprendían regimientos, burlaban la arrogancia inglesa, y aun intentáron aprisionar al mismo Archiduque á tiempo que cazaba en el Pardo: Cárlos de Austria, digo, se halla ya en la precision de dexar como con despecho á Madrid , cuya afectada tristeza le ultrajaba : y el legítimo soberano vuelve á entrar en ella triunfante y aplaudido por la tercera vez. Purifica el santuario de las abominaciones con que le habían profanado sus enemigos , desagravia la religion , restitúyese al cabo de tres dias á su ejército, persigue á sus contrarios, sorprende en Brihuega cinco mil ingleses del general Stanhope, los hace prisioneros de guerra, marcha á los alemanes , encuentra en Villaviciosa á Stahremberg , le da batalla, y consigue una victoria completa que para siempre le afianza la corona. En este campo del honor castellano ; quantos españoles de mérito

se presentan á la memoria! El Marques de Valdecañas derrotando el ala izquierda del enemigo: el Conde de Aguilar rompiendo la primera y segunda linea de la derecha: el de las Torres batallando en el centro: y por todas partes el Marques de Moya: el Conde de San Estéban de Gormaz, el Teniente General Armendáriz, el Coronel Don Juan de Velasco... Pero el principal ángel tutelar de FELIPE era aquel insigne Duque de Vandoma, llamado con razon el *Marcelo*, el libertador de España, aquel con quien habia vencido por la primera vez en los campos de Lúzara, aquel en fin, que no cesando de admirar la prudencia, la constancia, el valor y las grandes calidades del Rey, no descansó hasta que le hubo conducido en triunfo á Zaragoza.

Desde este dia empezó á levantarse sobre la Monarquía casi anegada el íris brillante de la serenidad: pues quando se ocupaba el Monarca en los preparativos de la guerra de Cataluña, muere el Emperador Joseph I. su enemigo, y queda el Archiduque Cárlos heredero de las vastas posesiones de su hermano, y sucesor de la corona imperial. Novedad grande, que mudando el sistema de los negocios, hizo que el ministerio ingles des:

xase de combatir por un príncipe, que si conquistaba la España, se hubiera hecho mas formidable para la libertad de la Europa que Cárlos V. y apresuró el célebre congreso de Utrech para la conclusion de la paz, que aseguró la España y la América á FELIPE, á costa de algunos sacrificios y cesiones hechas á los aliados.

La paz de Utrech. Aquí era donde fatigada la imaginacion con los horrores de la guerra esperaba yo llegar en el elogio de FELIPE V. á fin de poder respirar y consolarme. Demasiado hemos hablado ya de este azote, que tanto atormenta el género humano y le degrada: y si FELIPE encontró su reino extenuado y constituido en una extrema debilidad; quanto no crecerian los síntomas de los males en casi doce años en que fué el bárbaro teatro de la guerra intestina, la muerte y la devastacion? Basta. Harto ha trabajado FELIPE para merecer el terrible nombre de héroe: tiempo es ya de que merezca el plácido título de rey, coronado de las virtudes pacíficas, que valen mas que las victorias: tiempo es ya de que despues de haber imitado á su tercer abuelo el grande y buen Henrique en la conquista gloriosa de

su propio trono, se le parezca en el amor á los hombres, y en el deseo de hacer felices á sus vasallos, que solo es fruto de la paz.

Sí: con la paz aumentará FELIPE la poblacion, favorecerá la agricultura, promoverá las artes, protegerá el comercio, perfeccionará el gobierno, coronará las letras, atraerá las bendiciones de la opulencia, y restablecerá en Europa la antigua consideracion nacional de nuestra España. Confesémoslo: la naturaleza, en todo magestuosa, habia dotado á nuestro Rey de un carácter guerrero, que tal vez él mismo no hubiera conocido, si no hubiese tenido la desgracia de que sus enemigos le revelasen este secreto de su alma, precisándole á ponerle en accion, y exercitarle de suerte que llegó á hacerse temperamento de su espíritu. Sin embargo; quando se habia visto en el mundo guerra mas justa que la que sostuvo este monarca? Y por lo mismo veamos ya la monarquía prosperar á la sombra de sus laureles: veámosla recoger el premio de tanta sangre, tanto amor, tanta lealtad á esta rama dichosa de Borbon, y no hablemos mas de las armas de FELIPE, sino para celebrarlas como protectoras de la paz, ó como fiadoras del honor de la corona.

Pero ¡ triste paz , diria Felipe , triste honor , pues no pudo gustar de sus dulzuras la compañera de mi trono , en cuya elevacion solo conoció los sobresaltos y las fatigas! En efecto la temprana muerte de una reyna de veinte y cinco años , cuya feliz fecundidad habia enriquecido la monarquía con dos príncipes , que fuéron despues sus reyes , Luis y FERNANDO, y cuya discrecion varonil habia contribuido mucho á la conservacion de la diadema en la cabeza de su esposo : esta muerte, que costó lágrimas y suspiros á la nacion , oprimió tanto el enamorado corazon de FELIPE V. que no pudo sufrir, ni aun la vista de su palacio. Preciso era que otro real himeneo viniese á consolarle : y la Princesa de los Ursínos, que habiendo sido Camarera mayor y valida despótica de la Reyna , era muger de manejos políticos, y sublimes pensamientos , instruida , eloquente , zelosa del servicio de sus soberanos, y aun mas zelosa de su favor , habia decidido ya la eleccion de FELIPE por la persona de Isabel Farnesio , hija y heredera de los Duques de Parma , princesa memorable , de espíritu superior, adornada de una alma en todo grande, y de un entendimiento todo luces. Isabel Far-

nesio; madre augusta de nuestro CARLOS III.
¿Habr  quien imagine mayor elogio?

Entonces fué cuando tuvo principio en la debilitada monarquía la obra admirable de su reparacion , anunciando el Rey por un decreto, concebido en los términos mas afectuosos, que solo habia solicitado la paz con tanto ardor para trabajar en la felicidad de un pueblo , *cuyo valor, servicios y fidelidad no podia ponderar demasiado.* Ya el célebre, laborioso pero detestado Orri trabajaba baxo las órdenes del Rey denodadamente , á fin de introducir la antorcha del análisis y discusion en el antiguo caos de las rentas de la corona , desterrando los crueles abusos, que hacian gemir los vecindarios , uniendo al estado los dominios que en tiempos mas turbios se habian enagenado sin títulos, descubriendo las extorsiones , reprimiendo las torpes rapi as de los arrendadores, y apartando aquellos hombres inútiles de la república, que sin méritos ni servicios vivian de las liberalidades del príncipe , y de la sustancia de los pueblos. Orri devanó el hilo de oro del laberinto de la hacienda , pero quando se atrevió   otros asuntos mas sagrados, encontró debaxo de los pies el precipicio.

Sabia muy bien FELIPE, que las buenas leyes, imágen del órden eterno de la providencia divina, son el principal apoyo de la felicidad de un reyno: que ellas son las armas de la paz, y la fuerza legítima de un gobierno monárquico: las que unen los pueblos á los reyes, y los reyes á los pueblos; las que protegen los desvalidos, y reprimen los poderosos. Así, quiso que se observasen con la mayor exáctitud: que el vasallo mas miserable, quando se le cerrase el templo de la justicia, acudiese á él como á padre: que los tribunales despachasen los expedientes sin la lentitud que eternizaba los procesos y los gastos: que cada mes se pasase lista á la corte de todas las sentencias, con la mira de conocer como conservaban el fiel de la balanza de Astrea sus ministros.

¡Que no pueda yo exceder los límites de este discurso, que debe ser tan breve, á pesar del inmenso campo de su argumento! Yo haria mencion individual de las sabias leyes y reglamentos que FELIPE V. dió á España en beneficio de su tranquilidad pública para favorecer la agricultura, fondo de las verdaderas riquezas, para promover la industria que hace la vida grata, para animar el co-

mercio que la hace cómoda, para multiplicar la población, que la hace feliz. FELIPE atendió á la educación, á las artes, á las letras, á la navegación, á las armas, criándolo de nuevo todo, é inspirando en la nación el soplo de vida de la actividad para el trabajo. Serán monumentos perpetuos de su zelo por la educación de la nobleza el real seminario de Madrid, y la academia de guardias marinas de Cádiz. Seránlo de su atención á las artes útiles las fábricas y manufacturas que estableció, especialmente la de tapices y cristales, y el fomento que dió á las que estaban establecidas. ¿A que debió el Barón de Riperdá, aquel holandés, fenómeno de la loca fortuna, á que debió en nuestra corte la elevación efímera á que se sublimó para caer en el abismo, sino á las nuevas fábricas de que le habia hecho director FELIPE V? Seránlo de su amor á las nobles artes el nuevo palacio que comenzó en esta capital, luego que consumieron las llamas el antiguo, el del real sitio de S. Ildefonso, su galería, estatuas, fuentes y jardines, y sobre todo, la junta preparatoria de la academia de S. Fernando, á la qual debió este plantel las primeras semillas de su prosperidad. Seránlo en

fin de su singular cariño á las buenas letras la real biblioteca que fundó en esta corte, una de las mas ricas del mundo sabio , y las reales academias de la lengua, de la historia, y médica matritense, que creó y puso baxo su soberana proteccion.

La real academia española, este distinguido cuerpo literario de la nacion; siempre se gloriará de que ántes que la hubiese planteado el esclarecido Marques de Villena , su primer director , ya estaba concebida en la mente de un rey, que nacido en el siglo de las letras , criado en la corte mas instruida de la Europa , y educado por los maestros mas ilustrados de la Francia ; amaba la lengua española, y deseaba que sus vasallos no careciesen mas tiempo de un bien en que se interesaria la gloria de su reynado, y la honra de la nacion. *Este designio* (decia el Rey) *ha sido uno de los principales que concebí en mi real ánimo luego que Dios, la razon y la justicia me llamáron á la corona de esta monarquía, no habiendo sido posible ponerle en execucion entre las continuas inquietudes de la guerra: he conservado siempre un ardiente deseo de que el tiempo diese lugar de aplicar todos los medios que pue-*

dan conducir al público sosiego y utilidad de mis súbditos, y al mayor lustre de la nacion española... La experiencia universal ha demostrado ser ciertas señales de la entera felicidad de una monarquía quando en ella florecen las ciencias y las artes, ocupando el trono de su mayor estimacion.*

Yo repito, y sé que ois con gusto, ó sabios académicos de la lengua española, estas inestimables palabras de vuestro fundador, de vuestro protector, de vuestro FELIPE V: palabras que quisiera daros aquí grabadas en letras de oro, como las teneis en vuestras almas esculpidas con caractéres indelebles de reconocimiento: palabras afectuosas de aquel gran rey, que con tanta magnificencia os dotó, y que os distinguió con tantas honras. Permitid que os acuerde aquel dia plausible en que admitida vuestra primera diputacion en el palacio del Pardo, é introducida á la cámara de S. M. os recibió FELIPE asistido de la grandeza, como recibia los cuerpos mas respetables, y se dignó deciros: *Es muy de mi agrado la academia, y espero que con ella han de lucir en mis reynos las cien-*

* Cédula de S. M. para la ereccion de la real academia española.

cias *. Y si el otro Filipo padre de Alexandro, solo habia dexado subsistir la sabia Atenas para tener oradores que dignamente le elogiassen , tiempo es ya de que recogiendo los sazonados frutos de vuestro aticismo castellano, levanteis á este nuevo FELIPE en el palacio inmortal de la eloqüencia la estatua literaria que espera de vosotros en su sepulcro, y que deberá durar lo mismo que la lengua española: un panegírico, que aunque inútil á su gloria , sea digno de la magestad del objeto y de lo fino de vuestra gratitud: un elogio de un rey amado , que obligue á decir en su nombre á la nacion : *Es muy de mi agrado la academia.*

Finalmente nuestro FELIPE V. desde los primeros arrullos de la paz puso su marina en un pie tan respetable, é introduxo la disciplina en su exército con tal felicidad, que quando toda la Europa contemplaba á la España como una potencia arruinada para mucho tiempo, vió con admiracion , y no sin sobresalto, que jamas habia estado tan poderosa, con mas de cien mil hombres de buena tropa, entre ella los ínclitos regimientos y compañías de Guardias, nuevas falanges,

r*. Historia de la academia.

que habia creado este FELIPE , con setenta navios de guerra, un gobierno firme, un tesoro que la economía hacia abundante, y lo que es mas , un espíritu superior , capaz de representar el primer papel en el teatro del universo. Se habia aparecido por entónces en nuestra corte, y aun en el mundo , y se habia apoderado de los negocios políticos un hombre nuevo , pero extraordinario, audaz, turbulento, lleno de una imaginacion ardiente , y de un ingenio vasto , á quien la fortuna caprichosa habia querido elevar de lo mas humilde á las mayores dignidades, para abandonarle despues en lo mas remontado de sus vuelos. Tal era el cardenal Julio Alberoni, ministro que con la actividad de Ximénez, y la ambicion de Richelieu , aspiraba á que mudando de aspecto la monarquía, dependiese de España toda la suerte de la Europa. Este proyecto hubo de verificarse.

La esquadra de FELIPE V. en socorro de los venecianos hace levantar precipitadamente el sitio de Corfú : otra conquista la Cerdeña : otra rinde en el seno mexicano veinte naves de piratas cargadas de riquezas : otra invade la Sicilia : otra intenta desembarcar al Príncipe pretendiente en Escocia : otra en

fin se acerca á acalorar en la Bretaña la revolución que se preparaba en Francia , para quitar al Duque de Orleans la regencia, y hacerla dar por los estados de la nación á FELIPE. No paraba aquí el vasto proyecto de Alberoni. España unida con Pedro el grande , con Cárlos XII. y con la Puerta Otomana , debía emprender grandes asuntos. El turco haria la guerra al Emperador Cárlos VI. para que no defendiese la Italia : el Czar y el héroe de Suecia restablecerian al pretendiente de Inglaterra en el trono de los Estuardos : y el regente de Francia perderia tan alta dignidad. Proyectos magníficos, que se disipáron como sueños , y atraxéron las armas de la Francia contra las de la España, á Felipe de Borbon contra FELIPE de Borbon* : al Mariscal de Berwick contra el general Duque de Liria su hijo : guerra verdaderamente civil , entre dos reyes de una casa , y dos pueblos ligados por intereses comunes. Así, no es mucho que Alberoni fuese la víctima que expiase tantas ofensas, y restituyese la concordia.

. Gozaba FELIPE V. de la mayor consideracion en la Europa , y habia ya recibido la

* El Duque regente se llamaba tambien Felipe.

investidura de Parma y Plasencia, con la expectativa á la Toscana, para su hijo D. CARLOS, quando de repente dió al mundo, con razon atónito, aquel singular, é inimitable exemplo de abdicar la corona en su primogénito LUIS, Príncipe de Asturias. ¡Que resolución tan heroyca! ¡Un rey de solos quarenta años, un monarca absoluto, adorado, poseedor pacífico de un vasto imperio, precio de su valor y de sus sudores, sacrificarle al amor filial de un jóven tierno: renunciarle con la misma indiferencia con que habia ya renunciado el derecho al trono de sus padres; no mediando mas que un niño débil en la cuna: despojarse de la púrpura real, como si fuese de los arneses de la guerra! Vuelvo á decirlo ¡que resolución tan heroyca! ¡O FELIPE! que reynes, ó que dexes de reynar, es tu destino ser siempre en todo y por todo EL ANIMOSO.

Ya España, y casi sola España, habia visto igual exemplo de despreciar el cetro, y demas grandezas humanas en su monarca Carlos I. y sin duda que FELIPE tenia muchos rasgos de semejanza con él. Ambos príncipes extranjeros, ámbos de dos casas antagonistas, ámbos afligidos de guerras intestinas

en sus primeros años , ámbos precisados á emprender largas jornadas, y ponerse á la cabeza de sus tropas, ámbos conquistadores en Africa, ámbos protectores de las letras, ámbos víctimas de una vejez anticipada , y padres ámbos de unos hijos idolatrados de la nacion. Pero en medio de estas semejanzas, yo entiendo que eran príncipes de carácter muy diferente. Cárlos V. espléndido, esparcido , ostentoso : FELIPE V. franco, moderado, modesto. Cárlos retirándose porque la fortuna le dexaba : FELIPE retirándose porque él despreciaba la fortuna: y con todo eso, Cárlos se retiró á un convento para vivir como religioso, y FELIPE á un palacio para morir como príncipe.

Una impresion profunda , un respeto sagrado y delicioso se apodera de nuestra imaginacion quando consideramos á FELIPE de Borbon, á este héroe que habia ocupado todas las cien lenguas de la fama , en el retiro de Balsain y S. Ildefonso, en el silencio del bosque y escarpados peñascos del Paular: léjos del bullicio de la corte y del mundo, del peso de las armas, y de la corona, rey de sí mismo, empleado en dirigir el cultivo y riego de los amenos jardines y vergeles de aquel

sitio, imágen risueña, que le traía á la memoria sin cesar los de Versálles, donde en la primavera de su edad habia gustado los primeros y únicos dias agradables de la vida. Pero el supremo árbitro de los cetros y de los destinos de los hombres tenia determinado que el reinado de LUIS I. EL AMADO fuese de siete meses, y su vida de solos diez y siete años, todo breve como quanto to sirve de fundamento á las delicias del mundo. Así, FELIPE, á manera del otro emperador romano en el retiro de Salona, donde habiendo renunciado la púrpura cultivaba la tierra, vió que la monarquía á sus pies le extendia desconsolada los brazos, y le volvía á llamar al trono. *El trono no equivale á la tranquilidad de mi vida*, podria haber respondido nuestro monarca, como respondió aquel; pero no, no respondió sino representando el juramento que habia hecho de no volver á reynar, su delicadeza, sus achaques, sus melancolías. ¡Que no fué menester, padre afligido, para apaciguar tus escrúpulos! En fin, al cabo de siete dias de interregno FELIPE V. bañado en lágrimas, y lamentándose de la triste suerte de ser sucesor de su hijo, vuelve á ser Rey de España.

Faltaban todavía en la carrera de sus glorias muchas palmas, muchos grandes sucesos, que debían inmortalizarle. Las armas españolas habían de recuperar en Italia su primer crédito, y el conquistador de Oran, entrando por Nápoles con treinta mil hombres á las órdenes de nuestro CARLOS III. entonces Infante de España, le había de conducir como á un héroe que toma posesion de sus conquistas, á cuya presencia todo el reyno se apresuraria á recibirle con demostraciones de gozo. El mismo Montemar le erigiria una pirámide de trofeos en el ensangrentado campo de Bitonto, derrotando el ejército de los imperiales, y recogiendo las banderas, bagages y caxa militar por despojos opimos. El Vesuvio le rendiria homenaje, y la tierra conmovida del regocijo abriria sus senos para entregarle intactas aquellas ciudades sin ventura *, que casi dos mil años, ántes se había tragado, de cuyo depósito saldrian las mas preciosas riquezas de la venerable antigüedad. Todavía Sicilia debía experimentar igual fortuna, y FELIPE V. había de saludar á su amado hijo rey de este trono, y del de Nápoles.

* Las ciudades de Herculano y Pompel.

Todavía la discordia política había de encender la guerra entre la Inglaterra y España, arrojándoles la manzana de oro del comercio de las Américas. El Almirante Vernon había de pasar por la afrenta de ver humillada su arrogancia en Cartagena de Indias, y las otras tentativas de la Gran Bretaña contra Cuba, Carácas, la Florida, y aun contra la fulminante esquadra del Marqués de la Victoria, habían de salirles todas azarosas.

En estas circunstancias sobreviene la muerte del emperador Carlos VI. y feneciendo la varonía de la rama de Austria alemana por otro Carlos, como había fenecido la española, halló FELIPE V. la ocasion oportuna de reclamar sus derechos sobre la Lombardía, y de dar al Infante D. Felipe un establecimiento digno de su cuna y su persona. Con este designio envia sus éxercitos á Italia. Sabidos son los rápidos progresos que las armas del Rey hicieron baxo la conducta del mismo Infante su hijo, y de sus generales, tan hábiles como felices guerreros. La conquista de la Saboya, la mortífera batalla de Campo Santo, la toma de Montalvan y Villafranca, la reduccion del condado de Niza con veinte mil hombres prisioneros, señalaron sus primeras campañas.

¿Y quien puede ignorar aquellas inmarcesibles glorias y brillante reputacion, que se adquirió nuestro amado CARLOS, entónces Rey de Nápoles, ya desbaratando ocho mil alemanes del ejército de Lobkowitz, y ya executando prodigios de valor para rechazar al enemigo en la famosa sorpresa de Veletri, quedar dueño del campo, perseguirle hasta el Milanes, y aprisionarle ochocientos hombres en Nocera? ¿Quien ignorará las proezas del incomparable Conde de Gáges, su paso por las cimas del Apenino y las riberas del Tánaro en presencia del enemigo, á quien venció cerca de Bosignana, la toma de Milan, de Parma, de Plasencia, y de otras ciudades de nombre?

Estas hazañas de sus dos hijos, los mas queridos, y las de sus armas, que no tenian ménos lugar en su corazón, colmaban de consuelo el alma de FELIPE, tan tierna como belicosa, y le hacian objeto de la veneracion universal. Era á la sazón nuestro Monarca en medio de la Europa el decano de los reyes y príncipes soberanos, á quien por sus triunfos, sus trabajos y sus virtudes eran debidos los mayores respetos: era en medio de sus vasallos un héroe amado, admirado y reverenciado como el conquistador y restaurador de

la monarquía : era en medio de su corte un señor que había sabido unir el resplandor de la magestad con la mansedumbre de la clemencia : era en medio de su real familia un padre afectuoso, que embriagado con el dulce placer de verse rodeado de ella, hallaba deliciosa su vida por haberla comunicado á los augustos vástagos , que floreciendo con las bendiciones del cielo, extenderian la gloriosa posteridad de Borbon por todos los primeros tronos del mundo.

Aquí quisiera yo tener las gracias, los colores y pinceles de Vanloo*, para pintar el alma de FELIPE V. en la madurez de sus últimos años, semejante á un sol lánguido, que parece mayor al declinar la tarde de un hermoso día : quando sentado al lado de la Reyna su esposa , rodeado de los Príncipes , é Infantes sus hijos y sus nietos, servido y acariciado de ellos , parecia encantado, absorto en una melancolía agradable, efecto de la calma de un corazon satisfecho, y como derretido en las mas plácidas sensaciones del amor paternal. Quisiera tener la eloquencia sencilla de aquel célebre Mariscal de Francia, ami-

* Alusion al quadro de Vanloo en el palacio del Retiro, que representa á FELIPE V. en medio de toda su real familia.

go suyo (porque FELIPE tuvo amigos) quando en sus cartas á Luis XV. hacia la descripcion de la persona de nuestro Rey y de las amables y halagüeñas calidades de su real familia *. Quadros tiernos, sabrosos instantes de la vida doméstica.... ; Pero adonde voy, si una confusa y lúgubre sombra, volteando al rededor de la corona del Monarca, me pone en la triste necesidad de unir á la admiracion los suspiros?

Lloremos, señores, sobre los contentos humanos: sobre la felicidad de los reynos, y la grandeza de los reyes: sobre FELIPE V. á quien la muerte hizo terminar de repente, entre los brazos de Isabel Farnesio su augusta esposa, una gloriosa carrera de sesenta y tres años, no completos, de los quales empleó quarenta y cinco en beneficio y esplendor de la monarquía de España, que le perdió. Sus cenizas yacen en el real mausoleo de S. Ildefonso: su espíritu se conserva en todo el imperio español: el tierno amor á sus vasallos en el corazon de CARLOS III. sus glorias en la historia de la nacion: sus virtudes en la memoria de todos los buenos ciudadanos, quie-

* El Mariscal de Noailles en su carta de 30 de Abril 1746.



nes dirán siempre á sus hijos : " FERRIS V.
 " fué un príncipe firme y animoso, sin embar-
 " go de su natural blando y tranquilo : intré-
 " pido y guerrero , sin embargo de su corazon
 " tierno y amoroso: grande en las desgracias,
 " sin embargo del desprecio con que miraba
 " las grandezas: amante de las letras y de las
 " artes , sin embargo de su índole belicosa.
 " Fué un rey lleno de candor, moderacion,
 " benignidad, bondad y justicia: un rey casto,
 " verdaderamente católico, pio, timorato, ze-
 " loso de la pureza de la religion, de sus mi-
 " nistros y de su culto : en suma, un heredero
 " de la sangre y de la piedad de sus abuelos
 " S. Fernando y S. Luis. Fué un esposo feliz,
 " y mil veces feliz en haber tenido por mu-
 " jeres dos verdaderas heroínas , que tierna-
 " mente amadas comunicáron fuerza y ener-
 " gía á su caracter, y ardiéron en continuo ze-
 " lo de su reputacion. En fin, fué un padre el
 " mas dichoso , cuyos méritos quiso coronar
 " el cielo desde la tierra, concediéndole unos
 " hijos tan humanos, tan respetables, tan be-
 " néficos, tan amantes de la nacion: unos hi-
 " jos y nietos , que han sido y serán siempre
 " las delicias de los españoles, la honra de los
 " borbones y la vanidad del género humano."

ELOGIO
DE FELIPE V.

REY DE ESPAÑA,

al qual adjudicó la real Academia Española el segundo premio de eloqüencia en junta de 22 de junio de 1779.

COMPUESTO

POR EL DR. D. FRANCISCO XAVIER,
CONDE Y OQUENDO,

Prebendado de la Santa Iglesia de la Puebla
de los Ángeles.

EPÍGRAFE.

*Cogita porro in quanta admiratione sint
apud omnes, quanto honore afficiantur,
qui utrumque possunt, et domi rempubli-
cam gerere, et foris bello tueri.*

Isocr. in Orat. ad Philip.

¿Hasta quando ha de ser desgraciada la virtud entre los hombres? ¿Que el trono de un mal príncipe se vea sitiado de mil oradores viles y mercenarios, que emplean su eloqüencia en dorar y canónizar los vicios, y el bueno, que ha vivido con los oidos cerrados á la adu-

lacion, no haya de encontrar despues de muerto quien haga el panegirico de sus virtudes!

FELIPE V. aquel gran monarca, á quien la mano de Dios sacó de otro pueblo para restituir el de España á su antigua grandeza: FELIPE, á cuyo invicto brazo deben su restauracion las armas y las ciencias: FELIPE, el mas modesto de los soberanos, que de ninguna accion suya hizo alarde, habiendo sido todas dignas de la perpetua memoria de los hombres; no habia de merecer que los oradores españoles se empeñasen algun dia, no solamente en recitar su piedad y religioso zelo entre los funerales officios de la Iglesia, sino tambien en dexar á la posteridad una leccion completa de todas las virtudes en su elogio, ya sea como tributo que pague á su augusto protector la mas bella de las artes, ya como culto, que rinda á un héroe la nacion mas amante de la justicia y de sus reyes?

Sea en hora buena que la posteridad no pueda leer la historia de este siglo sin celebrar el mérito de uno de sus mayores reyes, de uno de sus mas famosos capitanes: que sus cenizas despidan todavía el buen olor de la virtud, y en los templos resuene el eco de sus alabanzas, dichas delante de los altares,

y siempre interrumpidas con lágrimas de los buenos; pero la real Academia Española aspira á mas. Una y otra vez ha excitado los ánimos con el laurel en las manos, para escribir una oracion en alabanza de FELIPE, capaz de realzar la gloria de su insigne fundador, y desagraviar al mismo tiempo la literatura nacional: así como los nombres de Evágoras y Trajano han afianzado su inmortalidad con los elogios de Isócrates y Plinio, dos producciones singulares de la oratoria griega y romana, que conservarán los siglos como dos milagros y modelos de la eloquencia y del buen gusto.

¿Y por que los ingenios españoles, tan propios para las ciencias, no han de emprender obras grandes en obsequio de la virtud y de la patria? * Yo por lo ménos siento los estímulos de un zelo modestamente atrevido, que me hace sacrificar la reputacion de orador á la de buen ciudadano: pues quando no dexé loado al heroe Borbon, conforme á las reglas y sus merecimientos, lo quedará de algun modo la virtud, la qual sabe insinuar-

* Alude al silencio de los buenos oradores españoles en el año próximo pasado de 78, que obligó á la Academia á diferir el premio para el presente.

se por sí misma, sin pedir socorro á los preceptos del arte.

Sí: el elogio de la virtud ha de prevalecer en qualquiera especie de elogio que se consagre á FELIPE V. Sea que se considere en campaña, ó en el trono, sus virtudes le hicieron primero vencedor, y despues padre de su pueblo. Si fué virtuoso al hacer la guerra, no lo fué ménos al dar y conservar la paz: dos tiempos, que dividiéron su vida y su reinado, y dividirán tambien mi discurso.

O ¡quien fuera virtuoso para pintar al vivo la virtud, y con tal fuego, que no solo encendiese, sino arrebatase los ánimos en su amor y seguimiento, y entendiesen de una vez todos los que juzgan la tierra, y tienen en sus manos los destinos de los mortales, que en la virtud consiste su propia felicidad y la del género humano.

Dos casas soberanas y gloriosas, que han visto nacer las mas antiguas y esclarecidas de Europa, siempre rivales para que ninguna predominase, y ya enteramente amigas para su mayor exáltacion, se enlazáron con el mas religioso nudo en Luis XIV. de Borbon y María Teresa de Austria, para llenar de heroes y monarcas los reynos mas florecientes

del mundo. Despues de asegurar con dos herederos el trono de la Francia, diéron á luz á FELIPE Duque de Anjou, hijo segundo del Delfin. Por el órden del nacimiento no podia aspirar á mas fortuna que á la de entrar algun dia en los derechos de primogénito; mas la Providencia, que acostumbra desviarse de las reglas de sucesion quando elige por sí misma los reyes, le habia destinado en su eterno consejo para ceñir en una muchas coronas, y dar otras á sus hijos: extender por varias ramas el imperio de su casa hasta el centro de la Italia y últimos términos de la tierra: y sobre todo engrandecer y fortalecer su Iglesia con la santa alianza de dos naciones, las mas discordes entre sí, y las mas fieles depositarias de su culto.

No hay empresa mas ardua que la buena educacion de un príncipe quando corre de cuenta de los hombres, ni mas llana quando la toma á su cargo aquel señor, que tiene en sus manos los corazones de los reyes, y les envia preceptores cortados á medida del suyo. Tales fuéron los de FELIPE, Tres nietos de Luis el grande * oyéron á un mismo tiempo las sabias y piadosas instrucciones de Fe-

* Los Duques de Borgoña, Anjou, y Berry.

nelon y Fleury. ¿A que fin apellidarles el Xenofonte de la Francia, ni el Tucídides de la Iglesia? ¿Es por ventura la Ciropedia mejor que el Telémaco, ó la historia del cristianismo está escrita con ménos verdad y exâctitud, que la guerra del Peloponeso? Dos maestros escogidos entre muchos millares de sabios para reparar la falta de un Bosuet.

FELIPE bebe en estas fuentes puras las ciencias saludables de la religion y del gobierno, de un gobierno dulce, pacífico, feliz: estudia la historia de las naciones, leyes, costumbres é intereses de cada una: aprende varias lenguas, hace progresos extraordinarios en la latina, y traduce á la francesa, entre otras obras, el primer libro de los anales de Tácito, dexando eclipsadas las versiones de Guerín y de Ablencourt.

Quando parecia mas embelesado con las letras, descubre el genio y destino para rey en su inclinacion á las armas. Si esta funestísima arte, que enseña á los hombres el modo de destruirse unos á otros, se estima por necesaria para contener dentro de sus límites á los que no conocen otra ley que la fuerza ¡quan indispensable seria en quien habia de dirigir y acabar la guerra mas obstinada de un siglo!

En tanto que el Duque de Anjou sigue la carrera de sus estudios, el cielo se da prisa á cortar la carrera de Carlos II. Rey de España, en la mitad de sus dias. Dos matrimonios muy floridos no pudieron producir el fruto de un heredero austríaco. Males y remedios acabaron con su salud y las esperanzas de sucesion. Dudaba á quien mandaria la corona ántes de robársela la muerte. El Consejo en sus balanzas y el Papa en las del santuario pesan los derechos de Luis y de Leopoldo, y deciden por la casa de Borbon. Carlos no percibe el clamor de la de Austria entre los gritos de su conciencia, y llamó la otra por su testamento á la mas rica herencia de la tierra. La muerte del augusto testador confirma su última voluntad: la parte acepta su institucion: las leyes fundamentales del reyno la protegen, y el consentimiento universal de los pueblos, verdadero origen de esas leyes, pone por aclamacion el cetro de España en manos de FELIPE.

A esta sazón, cierta potencia marítima, que habia limado las cadenas del vasallage, trató de lucir su independencian, y vengarse de sus antiguos señores. ¡Que de atentados no abortó en el Haya el entusiasmo de la li-

bertad y del equilibrio! El ignominioso convenio se divulga, la nacion mas zelosa de su honra se irrita y exâspera , sacude el letargo en que la habian sumergido sus últimas felicidades ; y en las medidas que toma para sostener á su legítimo soberano , manifiesta venir de aquella raza de gente, que supo redimirse por su brazo del cautiverio de ocho siglos, dar la ley al mundo conocido , y llevar su nombre por encima de las columnas de Hércules al otro lado de los mares. ; O dias de nuestra grandeza!

Sale FELIPE de Paris, y no bien pisa las fronteras de España , quando despide la comitiva francesa, y jóven de diez y siete años, se arroja á un reyno desconocido en brazos de la providencia divina y lealtad española. Este valor y confianza, la primera de las virtudes militares, acompañada de la gallardía del cuerpo , y la dulzura de un trato medio entre popular y magestuoso, le hiciéron señor de quantos le miraban. Por donde quiera que pasó dexó impresos los vestigios de su bondad, y se llevó tras sí el amor de los pueblos.

Este grande y venturoso acontecimiento para los borbones atiza el furor republicano, y los zelos del norte y mediodia. La formi-

dable liga se renueva y encona con la separacion de Luis XIV. y el Emperador Leopoldo apela á todo linage de armas para poner á su hijo Cárlos en posesion de España: turba á un tiempo la fidelidad de esta, y la tranquilidad de Europa: en Italia invade el Tirol, y en Madrid subleva los ánimos.

Los monarcas españoles no saben hacer la guerra desde sus palacios con la espada á la cinta, sino en las manos, y á la cabeza de sus tropas. El nuevo Rey hace mas, porque de las fiestas mismas de su primer tálamo sale con el rayo en la mano en busca del Marte del imperio*. No diré que le venció; pero sí que coronado de laureles llevó el terror hasta el pie de los Alpes, y vino á Barcelona á apagar con sus manos el incendio que un príncipe extranjero habia prendido á sus ojos, y levantó llama á sus espaldas**.

¡O que teatro tan funesto se abre en medio de dos mundos! Yo no sé de otra guerra mas dura y sangrienta que la de sucesion: guerra civil y universal, que envolvió casi todas las naciones, y arruinó todos los partidos. Aquí debiera yo tomar el de Ulises al

* El Príncipe Eugenio de Saboya.

** El Príncipe Darmstadt, Virrey que fué de Cataluña.

describir el sitio de Troya ; si pudiera imitarle con la novedad y gala del panegirista de Turena *. Porque ¿quien ha de sufrir una narración seguida de asedios, combates, retiradas, descalabros, derrotas y demas lances trágicos de catorce años de carnicería y mortandad? ¿Ni quien ha de contar por extenso las acciones valerosas de un Borbon: quiero decir, de un héroe, que nacido entre laureles y coronas, hizo punto de honra de cortar otros mas verdes por su mano, y adquirir otras nuevas por su brazo y sus virtudes?

Admire quien quisiere que un príncipe joven al estrenar su espada haga de soldado y no de rey, y que al igual de la tropa soporte el calor, el frio, la hambre, sed, vigiliass y demas trabajos recios de la milicia: que haga tienda de un carro, coma sobre un timbal, y duerma sobre montones de armas y cadáveres: que haciendo cara á toda suerte de peligros, reconozca en persona las trincheras, dirija los ataques, y corrija las líneas á sus ingenieros: que se ponga al tiro del cañon enemigo: que se mezcle en lo mas vivo de

* Esprit Flechier quando va señalando sobre un mapa, como Ulises en la arena, las plazas ganadas por el Vizconde, y los lugares donde se habia distinguido su valor.

la acción, y penetre hasta el centro del fuego. Todo esto, que en los demás guerreros se llaman prodigios de valor, y lo son en realidad, en FELIPE era un brio y denuedo natural, que no le costaba estudio, ni esfuerzo: denuedo noble, tranquilo y seguro: denuedo en mucha parte heredado, ó copiado de aquellos grandes borbones, que segun aventuraban y salvaban la vida, no parecian hombres mortales.

Pero ¿que me detengo en una virtud, que por sí sola formará soldados, mas no héroes? En el fluxó y refluxó de tantos sucesos, ya prósperos, ya adversos, como alternáron en una guerra tan varia, buscaré á FELIPE, sondearé su corazón, y veré hasta donde rayó su firmeza y constancia: virtud heroyca, raiz de muchas virtudes, madre de la felicidad y fuente de la gloria.

A su vuelta de Italia saliéron á recibirle los mayores azares é infortunios. El bloqueo de Cádiz, el incendio de la flota en Vigo: el Océano y Mediterráneo oprimidos de esquadras: Portugal y Saboya adheridos á la grande alianza: el Archiduque Carlos saludado por Rey Católico en la corte de Viena: la de Madrid partida en bandos, y el palacio ardiendo en zelos.

FELIPE ve y conoce el deplorable estado de las cosas , y nada le abate , ni acobarda. No el desconcierto de los quatro brazos del reyno : no, á su exemplo y abrigo, la tumultuaria division de los pueblos : no la decadencia de las fuerzas navales, ni la ruina del erario : no la imposibilidad de recursos agotados con dos siglos de guerra, mas lustrosa que útil : no el teson con que las naciones mas belicosas y arrogantes se conjuran á perderle y destruirle , arrancándole el cetro de la mano con la violencia que á un intruso, y repartiendo entre sí la riquísima herencia de su casa , como suelen los soldados el botin de una victoria. ¡Que cadena tan larga de adversidades y desastres ! Pues todavía no pudo arrastar el corazon de FELIPE , ni arredrarle de su propósito; ántes pareció que los mismos reveses de la fortuna le infundian nuevo vigor y aliento para mantenerse firme contra los balances del trono , únicamente apoyado en la justicia de su causa , la proteccion del Dios de los exércitos, su espada, y las de sus invictos españoles.

Es constante que quando el ardid, mas que el socorro de Lake , obligó al Rey á levantar el sitio de Barcelona : quando las tropas

de Peterboroug y Gallowai se desataron como dos torrentes de fuego, y abrasaron los reynos de Aragon y Valencia, entraron la tierra de Extremadura, taláron las Castillas, y las hostilidades subiéron hasta las aras: quando despues de ganar Berwik la famosa batalla de Almansa, que ha tenido votos de preferencia á las de Turin y Fontenoy, se perdiéron en seguida las de Almenara y Zaragoza, quedó casi destruido el ejército de las dos coronas, y el Archiduque con la de España en su cabeza. Pascóla en triunfo por la corte, ocupó el trono y los palacios, batió moneda, dictó leyes, hizo gracias, y recibió los homenages de muchos grandes.

En un trance como este, en tal consternacion y angustia ¿que pudo resolver la constancia de FELIPE, sin nota de temeridad, ó desesperacion? ¿Se retiraria á su tienda, como el Czar en la rota de Pruth, y negaria la entrada para que nadie fuese testigo de su caimiento de ánimo? No, porque su semblante siempre igual mantuvo derrotado la misma serenidad que victorioso. ¿Buscaria el asilo de Versálles, como Carlos XII. el de Véndler? ¿ó volando á regiones mas apartadas se contentaria con extender sus brazos del uno

al otro polo, y enseñorear las inmensas tierras del oro y de la plata? No, porque hizo punto de no perder ni una margarita de su real corona. ¿Diria finalmente lo que Scipion á los suyos en la rota de Canas: ó sepultarse en las ruinas (de España), ó morir á los filos de mi espada? No, porque los modernos españoles con la misma valentia y arrojo que los de Numancia y Sagunto clamaban á una, muramos por el Rey y por la Patria, y el Soberano con los ojos arrasados en agua respondia: sí hijos, moriré á la frente del último esquadron ántes que desamparar vuestra lealtad.

¡O lágrimas, dulce recompensa de la virtud! Si humedecisteis algun día las graves mejillas de un Trajano, corred ahora sin pudor por las de FELIPE, y no honreis jamas las del que afecta ser insensible á unas pasiones tan nobles. Las almas baxas que os zahieren con el nombre de flaqueza, no saben que en vosotras reside la suma del poder; y no en las armas. El austriaco con ellas en la mano, no puede arrancar un viva de sus mismos prisioneros, y las calles de Madrid desiertas y sumidas en profundo silencio, fueron el teatro de su mayor desayre en el día

de su mayor p6mpa : siendo as4 que el Rey en los mas aciagos y calamitosos de su vida tuvo la satisfaccion, propia solamente de almas grandes , de saber que imperaba en los corazones castellanos , y estos la de que tenian en su monarca un amigo y compa1ero inseparable de su buena, 6 mala suerte.

¿Con quanto gozo veria FELIPE como de dia en dia se llenaba el campo de Almaraz de gente voluntaria y resuelta, cuya intrepidez entraba en parte de disciplina? Quando los venideros lean, que en m6enos de dos meses se apareci6 un ex6rcito de veinte y dos mil hombres, no dar6n cr6dito 6 la historia. Al mismo tiempo que la infanter4 se vestia y ordenaba, la caballer4 infestaba los caminos, y los paisanos , 6 guisa de fieras desatadas , se lanzaban por todas partes , con tal sa1a y ojeriza , que no dexaban hombre 6 vida. ¡Frenes4s de la lealtad! Los enemigos creyeron , y con razon , no poder subsistir por mas tiempo en un pa4s devastado y enfurecido , y trataron de abandonarle , dirigi6ndose el pr4ncipe 6 Barcelona por la posta , y su ex6rcito al reyno de Aragon , con aquella especie de lentitud y confianza , que tantas veces ha perdido al victorioso.



FÉLIX entónces , sabiendo que Stanhope con un cuerpo de seis mil ingleses, gente granada y aguerrida , habia hecho alto en Brihuega, va en su alcance, esguaza el Henáres, la infantería por el puente , los dragones á nado : y todo fué uno en los bravos españoles, acometer, sitiar, abrir brecha, dar el asalto , y entrar la villa á sangre y fuego. No fué mas rápida la sorpresa de Salaminia.

¿Con que coloridos podrá pintarse la de Staremberg, que marchaba delante, quando volviendo en favor de los sitiados, dió de improviso con los sitiadores , ya formados en batalla? ¿Y que sitiadores? Aquellos mismos que derramados por las márgenes del Duero, no estaban á su entender para otra cosa que para ir colgando de los sauces armas y esperanzas , y asentarse á llorar las cadenas de la patria, como el hebreo las suyas sobre los rios de Babilonia. En vano piensa el Conde levantar su campo , apadrinado de la noche. El Rey lo transciende , y ántes de espirar el dia comienza la funcion. Ea, llanuras de Villaviciosa, vosotras vais á decidir en tres horas la porfiada guerra de sucesión, el destino de mas de treinta mil hombres, y la suerte de seis soberanos y de dos mundos.

FELIPE manda en persona la ala derecha*, el Conde de Aguilar la izquierda, el de las Torres el centro, quedando el gran Vandoma libre para discurrir por todas partes, y hacer que estas obrasen de concierto con el todo. El Rey vence, pone en fuga y persigue al enemigo; más este rompe la primera línea de nuestro centro: la segunda hace pie atrás sin perder la formación, y se mantiene cerrada y firme como un muro de bronce, no por milagro del arte, sino del valor y la constancia de los soldados, aprendida del monarca. Esta es quien hace que los muertos no dexen claros en las filas, que los heridos no vean correr su sangre, que los moribundos se reanimen, que los fuertes se encarnicen, y auxiliados á tiempo de la caballería, rechacen y avancen, cobren su terreno, queden dueños del campo, griten victoria, victoria: y esta, que indecisa atravesaba de un campo á otro con el laurel en la mano, vuela derechamente á ceñir las sienes de FELIPE, y afirma en ellas la corona de España para siempre.

Un triunfo tan sangriento no era completo para un Rey, que sobre valeroso y constante, fué tan humano, que en su conside-

• Segun la historia de Mr. Targe.

racion montó siempre mas la pérdida de un
 hombre , que la conquista de un reyno. Si
 la de dos paisanos aguó á Henrique IV. la
 gloria de la rendicion de Paris ; que mucho
 es amarguen el corazon de su nieto tantas víc-
 timas de la flor de las Castillas, sacrificadas
 al esplendor de su nombre , de su casa y de
 sus armas? Entró en Zaragoza, no con apa-
 ratos de vencedor , sino con demostraciones
 de padre dulce , manso , piadoso , clemente,
 que incita á que le desarmen el brazo. El mis-
 mo que poco ántes mandó demoler á Xáti-
 va , ahora publica una amnistía , y hace venir
 allí á su amabilísima consorte y reciennacido
 Príncipe, para que la terneza de su amor ga-
 nase los corazones, que nunca se entregan al
 filo de la espada.

Con todo , lo que apaciguó á un reyno,
 ensoberbeció á otro confinante : y aunque se
 apuráron los arbitrios para reducirle á razon,
 no pudiéron excusarse las últimas de los reyes.
 A mas no poder, soltó Berwick las riendas al
 ejército ; el hierro y el fuego no perdonáron
 sexô, edad, ni estado, porque todos escogié-
 ron la muerte , ántes que rendir las armas á
 discrecion del soberano , como si no hubiese
 servidumbre aun mas dichosa que la libertad.

En ésta ocasion ; quantos ánimos feroces encruelecian el de FELIPE para que hiciese arrasar la ciudad , sembrarla de sal , y plantar en medio de sus reliquias el padron inmortal de una columna ! Consejo propio de los que juzgan que solo se desagravia la magestad ofendida destruyendo á los que deslumbrados le hacen cara ; pero FELIPE sabia otro modo mas héroyco de vencer á sus contrarios. Desplegó toda su humanidad y mansedumbre , rasgó por su mano los procesos , y despachó tantos indultos , que en vez de anegar las plazas en sangre , bañó de alegría las calles y las casas , y salió el reyno como á nueva vida de entre las fauces de la muerte , y de la infamia peor que la muerte misma.

Aprended , vencedores , á vencer vuestras victorias , y á renunciar en obsequio del hombre los tristes derechos de la guerra. Aprendan todos á vencerse á sí mismos , y poner á raya las pasiones mas impetuosas de la ira y la venganza. FELIPE al escribir sus injurias en el agua , grabó su nombre en los pechos con mas duracion que en láminas y lápidas. Su inmortalidad no estriba en bustos , medallones ; ni estatuas. Tantas familias ilustres y opulentas conservadas en su antiguo esplendor.

dor y fortuna : tantas honestas y laboriosas, que con las obras de sus manos y el sudor de sus frentes hacen florecer el comercio y brillar mas el solio : tantas torres y murallas en pie , que en vez de estar confundidas con el polvo, guarnecen y hermocean una de las ciudades mas populosas, é inexpugnables de Europa , son monumentos mas gloriosos para FELIPE V. que quantos ha erigido el orgullo y la supersticion en honra de aquellos hombres exterminadores de su especie , que haciendo correr á sus pies arroyos de sangre y de lágrimas , se han llamado dioses, héroes, ó conquistadores , no habiendo sido otra cosa , que azotes del cielo , plagas de su patria, y perseguidores del género humano.

FELIPE por el contrario queria ser las delicias de este , como Antonino , y el padre de aquella como Tito. No creyó que era rey mientras andaba con la espada en la mano, y la púrpura teñida en sangre. Nada sintió tanto al ceñir la corona , como el no poder gobernar á los españoles sin vencerlos con los españoles mismos. Amábalos como á hijos , y mas bien los queria felices , que victoriosos. No hizo mas de entrever la paz, quando se echó en sus brazos, y no los soló

tó hasta hacerla entrar en su reyno, ya cansado de la guerra. El mundo la habia buscado por mil caminos, y Dios la envió, como suele todos sus dones, por los mas derechos y desconocidos á la política del siglo. El artificio de una muger * fué la piedrezuela que hirió en los pies al coloso de la grande alianza, y las muertes de dos Emperadores y Delfines, quatro rayos, que diéron con él en tierra: porque el Archiduque se vió exáltado á un trono electivo, que el mérito de Rodolfo ha hecho casi hereditario, y el Rey teniendo un pie ya inmóvil sobre el de España, iba extendiendo el otro á ocupar el de Francia**.

Aquí el pavor de las demas Potencias al considerar que algun dia podrian moverse sobre un eje dos imperios de los mas vastos y poderosos del mundo. Aquí el sobresalto de la nacion mas amante, y casi idólatra de sus reyes, puesta á pique de perder un Borbon, por quien se habia sacrificado sin reserva. FELIPE no vacila, ni por las sugestiones del abuelo, ni por los encantos del pais, ni por el apego natural á la herencia de sus mayores. Resueltamente dice delante de su corte,

* Miladi Masham.

** Por las muertes de su padre y hermano, y la salud endeble de Luis XV.

y ministros de las extrangeras, que no cambiaria por la monarquía universal la mas pequeña parte de la España. Españoles, vuestro Rey os ama , y con amor de preferencia sobre todos los pueblos del mundo. Un Rey de otra gente, y de otra tribu, nacido en otro cielo, y educado por otras manos, entre costumbres y modales muy diferentes de las vuestras, ha mudado de carácter y de patria, y se ha dexado atar á una nacion extraña, y de muchos tiempos enemiga , con nudos mas estrechos que los de la carne y la sangre. ¿Que vasallos han recibido de parte de un monarca nacional testimonios ménos falibles de su amor?

Al precio de esta inestimable renuncia, las de Sicilia y Países Baxos, se compró la paz de Utrech, si es que merece este nombre una paz solapada, que restañó la sangre, sin cerrar las heridas. Los ultrages de la dignidad real, mas que las infracciones de los tratados, pusieron á FELIPE en necesidad de caer sobre la Cerdeña , y armarse contra Nápoles. El efecto no respondió á los designios, y se hizo al Rey el insulto de exîgir su consentimiento con plazo y amenazas á un nuevo plan de conciliacion , trazado en corte mal avenida con la paz. FELIPE luchó á brazo

partido con su pundonor y su decoro para haber de sacrificarlos á la tranquilidad de sus pueblos. Los sacrifica por último; pero con tanta sagacidad, que por mano de un genio superior * negoció con honestas condiciones la celebrada paz de Viena, y aquel famoso tratado de comercio **, que sacó fuera de sí á las potencias marítimas, y era capaz no solo de compensar tantos agravios, sino de soldar todas las quiebras.

Pueblos agoviados y afligidos, levantad los ojos, enjugad las lágrimas, y asentaos de una vez en los tabernáculos de la paz: la hermosa paz, don de Dios, y el mayor bien de los hombres, dispensado graciosamente á las diligencias y plegarias de vuestro pacífico soberano. Ya podeis colgar el fusil y la espada, y echar mano del arado y del timon: surcad la tierra y el mar, y gozaréis de la verdadera opulencia, que traen consigo la agricultura y el comercio, dos fuentes inagotables de la felicidad pública. Las verdaderas minas no estan en las entrañas de los montes, ni en los abismos de las aguas: los frutos son bienes mas preciosos que los metales. El oro

* Duque de Riperdá.

** Compañía de Ostende.

no enriquece tanto las manos que le extraen y acuñan, como las industriosas, que se le llevan y atesoran en precio de sus manufacturas.

FELIPE conoce la importancia de estas máximas, y pone todo su esmero en la educación é industria, la protección del labrador y mercader, minoración de tributos y derechos, remisión total de contribuciones y servicios, seguridad de la navegación y los caminos, equidad en las aduanas y las puertas. Bendigan los españoles el poderoso brazo que comenzó á abrir estos limpios y anchurosos canales por donde corren riquezas mas sólidas y beneficiosas al corazón del estado, que las que descargan en nuestros puertos las flotas y galeones de las Indias. Comparen este siglo con el antecedente, y confiesen con sinceridad y acciones de gracias quanto es lo que deben á la augusta casa de Borbon. Por un lado están viendo la magestad sin fausto, la economía en palacio, mesa frugal, traje ordinario, trenes modestos y leyes suntuarias, que han procurado extirpar el luxô y la vanidad de todo el reyno. Si vuelven los ojos hácia otro lado ¡que infinidad de objetos no vistos, ni oídos por muchas generaciones! Nuevas leyes y estableci-

mientos , nuevas fábricas y telares , nuevas máquinas y maestros , nuevos caminos y canales; correo marítimo , comercio libre , revolucion general del estado : todo se ha puesto en accion y movimiento : aquello va saliendo de la nada, y esto caminando á su perfeccion. Escuelas y academias restauran la milicia , las letras y la lengua : seminarios y monasterios educan la nobleza de ámbos sexôs: hospicios y sociedades destierran el ocio, ensalzan los oficios y honran los oficiales. Esto es ser los reyes padres de la patria , y padres de familias : esto es gastar con sus vasallos la ternura de una madre con sus hijuelos.

Un padre tan bueno precisamente ha de ser justo. ¿Como podrá ver que el flaco gimabaxo el yugo del poderoso , ni el calumniador haga presa del inocente sin compadecerse y desenvaynar la espada , que ciñe por comision de Dios para administrar su justicia entre los hombres? En los dias de FELIPE sonó en los oidos de los poderosos aquella voz terrible , que hiende de alto á baxo los cedros del líbano: Tenéos allá dentro de vuestro círculo, y no piseis el de los pequeñuelos, á quienes naturaleza ha hecho vuestros iguales, y la providencia ha confiado á mi tute-

la: yo soy su padre y vuestro juez. En sus dias se vió un rey con listas en la mano de todos los pleytos pendientes en los tribunales del reyno, pidiendo cuenta y razon de su curso y despacho. En sus dias tuvo franca puerta el mas mínimo vasallo para que-rellarse de los ministros mas encumbrados: y los Consejos el permiso de decir libremente su dictámen contra los decretos mas absolutos, aun despues de promulgados, y por cierto que mas de una vez viéron al Monarca, deponiendo su propio juicio, someter su voluntad á lo que le representaban, como mas justo, ó saludable. En sus dias la proteccion no pudo suplantar la virtud, ni el mérito necesitó de valedores, porque nadie podia alegar sino los contraidos á su lado y á sus ojos. Conocia á todos sus soldados como Xérxes, relataba muy por menor sus proezas como Trajano, y las premiaba de oficio con la garbosidad de un Alexandro.... Mas ¿que se podrá añadir á esto? Una cosa sola, y es que la mentira, madrastra de la justicia, y escollo donde han naufragado los mejores príncipes, no osó jamas acercarse al trono; ni á cara descubierta, ni con el disfraz de la adulacion. Tenia valor para escuchar la verdad,

y el que con ménos rodeos la decia, era mas favorecido. Nada le indignaba tanto como el humo del incienso, ó el vapor de la lisonja: y como si nada hubiese hecho digno de alabanza, despreció á cierto cronista con tanta gracia, como Cárlos V. á Jovio: y léjos de valerse de su pluma como César, ni asalariarla como el macedon, hizo sepultar los comentarios de sus guerras: esto es, la verdadera historia de sus hazañas y virtudes.

Este humilde conocimiento de sí mismo, que cada dia le hacia mas desconfiado de sus propias luces, fué criando en FELIPE una conciencia tan tímida y escrupulosa, que le movió á renunciar la corona, temeroso de caer en las horrendas manos de un Dios vivo, que ha de juzgar á estos dioses mortales, sin acepcion de personas. ¡ O religion, reyna de las virtudes, tú sola eres quien haces temblar á los reyes, y consuelas á los pueblos!

Calle la envidia de esta vez, y cansada de romper sus dientes contra la piedad de Cárlos I. no tóque en FELIPE V. ni ose imputar un procedimiento tan cristiano á maniobras políticas, ó manías del humor. Tiene mas en alto el manantial. La gracia de aquel señor, rey inmortal de los siglos, que inclina al la-

do de su voluntad los corazones de los reyes, y les hace conocer que la soberanía del mando multiplica los peligros á que estan expuestos los que gobiernan: la gracia divina, digo, es la que únicamente pudo inspirar la cesion de un imperio de veinte y dos coronas, despues de tantos afanes, en la flor de su edad, y al rayar á sus ojos la paz, y la gloria de lograr el fruto de sus pasadas fatigas. Mas ¡ó juicios inexcrutables del altísimo! FELIPE busca la soledad de Balsain para aprender á morir, y el espíritu del señor le conduce allí para enseñarle á reynar por mas tiempo y con mas pulso. No bien ciñe LUIS I. la diadema, quando se la desata la muerte, y estremecido el Consejo á vista de la menor edad del Príncipe heredero, corre á enlazar con ella la frente augusta del padre. Nada le vale por mas que se resiste: ni la solemnidad de la renuncia, ni el sagrado del juramento. La fidelísima esposa le ruega, los ministros le arguyen, los pueblos todos le aclaman, y FELIPE no se mueve sino quando le ponen por delante á Dios, la conciencia, el peligro de una tutela, y los perjuicios del estado. Entonces baxa los ojos y los hombros, y da pruebas con su docilidad de que su desisti-

miento fué sincero. No insiste con pertinacia en sus ideas. Al verse con un hijo al lado, capaz y digno de ser rey, dexa de serlo: al verse con otro, todavía inhábil para gobernar, toma con resignacion las riendas del gobierno, y dexa que el cielo por dos veces le llame, le busque y le lleve de la mano al trono.

¡Que veinte y dos años los del segundo reynado! Si quando hizo la guerra á Europa refrenaba con sus virtudes los vicios que de ordinario aborta aquel infernal monstruo, ahora en el sosiego de la paz toma con sus discretas y sabias leyes todas las medidas convenientes para que sean virtuosos los que allá contenia para que no fuesen desordenados. Si en la campaña atribuia sus triunfos al señor de las batallas, y en señal de reconocimiento iba en persona á colgar los trofeos en el santuario, ahora en la quietud de su corte promueve el culto debido á la magestad suprema de Dios, ya con sus exemplos de piedad, ya con sus eficaces providencias en apoyo de la religion y de sus ministros. Si con las armas en la mano ganaba á sus pueblos una seguridad, que no pueden tener las naciones que no son respetadas de sus contrarios, ahora con un gobierno dulce, prudente

te y justo les proporciona todos los medios de que plenamente la disfruten libres, no solo de los enemigos externos, sino aun de aquellos que dentro de los mismos poblados hacen con su ociosidad y vicios la mas cruda guerra á los virtuosos y honestos ciudadanos;

...; Que mucho pues que todo le salga bien á un Rey tan bueno, y que el cielo en recompensa de tantas virtudes colmase al Rey y al reyno de todo género de felicidades! FELIXE despues de haber peleado y vencido á las naciones mas cultas y belicosas de Europa, despues de haber puesto en su mayor auge los dos mundos de su obediencia, y á punto de recobrar las armas, letras y comercio aquel esplendor y prepotencia, que nadie les disputó en el siglo diez y seis, siglo de oro, muy parecido al de Augusto; despues de dexar la España, si no pacificada del todo, en vísperas de una perfecta paz; cuyos frutos recogió á manos llenas el pacífico Salomon, heredero inmediato de las bendiciones y glorias de su animoso y guerrero padre: despues que por medio de dos tan ventajosas, como tiernas alianzas, gustó su blandísimo corazon de las inocentes delicias de esposo amado, y padre amoroso, de cabeza y patriarca

adorado de una numerosa descendencia de reyes, príncipes y héroes de diversas gentes y países, y que como otro Carlo Magno, vió de sus hijos tres testas coronadas, no con diademas encontradas en la cuna, sino ganadas á punta de lanza, contra todo el poder del mundo: despues, digo, de este cúmulo de mercedes, yo no sé si fué la mayor, ó la mas envidiable de un mortal, la de vivir tal número de años, que ni experimentase las tribulaciones de la vejez, ni dexase de ver su segunda generacion, y por último los cerrase con un linage de muerte, que no le dió tormento alguno, pues, sin ser desapercibida (que nunca lo es la del justo que toda su vida emplea en el ejercicio de las virtudes) fué tan pronta, que solo le dió lugar de inclinar la cabeza sobre el amado seno de su tierna esposa. Así empezó á premiar el Omnipotente desde esta vida las virtudes, que ya en la paz, ya en la guerra, ya entre el duro ejercicio de sujetar á sus enemigos, ya en el agradable de hacer felices á sus pueblos, fueron siempre el verdadero carácter de FELIPE V.

¡Virtudes gloriosas de FELIPE! que despues de haberle acompañado por quarenta y seis años en el solio, le habeis seguido los



pasos á la tenebrosa region de los muertos, y abierto, segun piadosamente creemos, las puertas eternas de la bienaventuranza: yo no sé explicar lo que me ha sucedido siempre que me he puesto delante del grandioso mausoleo, donde estais de centinelas, guardando el precioso depósito de sus cenizas hasta el dia grande en que se vistan de la inmortalidad. De piedra sois, mas no mudas, pues quando he parado el oido interior me habeis dicho: Sí, mira bien, aquí yace un Rey virtuoso. Las principales virtudes que representamos han pasado realmente á sus hijos, como mayorazgos de sangre, y pasarán de generacion en generacion, junto con las bendiciones del cielo y el amor de los pueblos. El trono brillante de las Españas y las Indias será en los siglos venideros el patrimonio de esta augusta rama de Borbones austríacos; enxerto hermoso de gloria y de virtud, que no cesará de producir reyes valerosos, constantes y humanos: reyes amantes de la patria, de la justicia y de la religion: reyes al fin católicos y cristianísimos, dignos sucesores de S. Fernando y de S. Luis, ligados por medio de una santa alianza, para exáltar el nombre de Dios, y hacer felices á los hombres.

ELOGIO
DEL REY D. ALONSO

EL SABIO,

premiado por la real Academia Española
en junta de 15 de octubre de 1782.

SU AUTOR

D. JOSEF DE VARGAS Y PONCE,
Guardia Marina de la real armada.

EPÍGRAFE.

Onde conviene mucho al pueblo, que así como en la vida son tenudos de honrar al Rey, que así lo fagan á su finamiento.

D. ALONSO Ley 19, tit. 13, Part. 2.

Acucioso debe el Rey ser en aprender los saberes: ca por ellos entenderá las cosas de los reyes, et sabrá mejor obrar en ellas.

D. ALONSO Ley 16, tit. 1, Part. 2.

Los sabios antiguos, que fuéron en los tiempos primeros, é falláron los saberes, et las otras cosas, toviéron, que menguarían en sus fechos, ó en su lealtad, si tambien no los quisiesen para los que habian de venir, como para sí mesmos, ó para los otros que eran en su tiempo.

Prólogo del mismo D. ALONSO á la
Crónica General.

*Como yaz solo el Rey de Castilla,
Emperador de Alemania que foe:
Aquel que los reyes besaban el pie,
E reynas pedian limosna é mancilla:
El que de hueste mantuvo en Sevilla
Diez mil de á caballo, et tres dobles peones:
El que acatado en lejanas naciones
Foe por sus tablas, é por su cochilla.*

El mismo D. ALONSO al principio de
sus Querellas.

Tan ingrato es el género humano como menesteroso, tan dispuesto á olvidar al bienhechor como tardo en conocer el beneficio. Podrá hacer su necesidad que le acepte; pero jamas su altivez se humillará á besar la liberal mano que le dispensa. Desvanecido en una quimérica presuncion, admite los presentes mas gratuitos con el desdeñoso ceño, que un soberbio amo las debidas tareas de un esclavo. Califica los dones de tributos, y negado á conocer el servicio, está tan distante de la recompensa, como del agradecimiento. ¡ Desdichada virtud, si necesitara para hacerse amar del aura de los pueblos! El candor de una alma grande halla su gloria en lo justo, y no necesita mas retribucion. La

primera hazaña del héroe es saber hacer bien á personas, de cuyo abandono está como seguro, y apelar de estos ultrages á la benévola posteridad. Merece en su tiempo para gozar en los venideros: crece la admiracion en razon de las distancias, y su yerto polvo cobra con usura quanto se le negó viviente.

¡Feliz la era que así acoge al mérito! ; Y podrá llegar la preocupacion al extremo de condenar un elogio debido á la época de la resurreccion del buen gusto? El siglo déci-moctavo debe estar muy distante de estas sospechas. Será uno de los rasgos, que le honrarán en los futuros tal dictámen de un ilustre cuerpo de ciudadanos, que hermanan á la severa integridad de Caton, la varonil eloqüencia de Tulio. Quando estos se juntan á señalar el gran hombre que debe ser objeto de los votos de una nacion eloqüente por genio, tienen suspensa á esta misma nacion, y á la multitud de sus héroes que creen merecerlos. Yo me imagino sus caras sombras solícitas por grangearse el único monumento, que es premio de la virtud, presentar en el santuario de las musas el mérito de sus acciones, su brillantez, su número. Poseidos de una emulacion noble, aun sin llegar á los

Ramiro, á los Fernandos, á los Ordoños, un Mendoza, un Albornoz, un Cisnéros, un Cortes, un Córdoba, un Toledo, disputarse la preferencia, y ofrecer el vario quanto lucido espectáculo de su heroycidad á la viva imaginacion de sus censores, á cuya justa rigidez ni ofusca el esplendor de los doseles, ni conmueve el estrepitoso estruendo de las armas. Sabiendo discernir la verdadera de la falsa gloria, el mérito es el solo acreedor á sus sufragios. El mérito cubierto de la púrpura, las ciencias baxo el arnes, la filosofia elevada al trono los junta, los reune, los conforma: y Alfonso, Alfonso lleva el mérito de la eleccion. Eleccion tanto mas gloriosa, quanto mas esclarecidos sean los concurrentes. Permítaseme repetirlo. ¡Feliz la era que así acoge al mérito!

La mayor parte de los hombres proceden por preocupacion, votan por capricho, alaban sin exámen, condenan por costumbre. De aquí el calificar las acciones segun es mas, ó ménos brillante la superficie, que presentan á una vista grosera, que no sabe pasar de esta misma superficie. De aquí el mirar á los literatos, no como una porcion pura y escogida de conciudadanos, que renuncian la for-

tuna y el descanso por el penoso arte de instruir, sino como una especie de animales raros, cuyo humor melancólico los distingue del resto de los hombres, solo aptos para entretener su indolente estúpidez. ¡ Con quanto contrario aspecto mira al sabio el que alcanza á conocerle! No ve aquel espíritu bullicioso y fugaz, aquel ánimo arrogante y fiero, aquella resolución intrépida y temeraria, que por general desgracia es el común carácter del guerrero: ni nota aquel genio suspicaz y emprendedor, aquella intención reservada y doble, aquel juicio agitado y vario con que se distingue el político; ántes sí admira un espíritu desembarazado y dispuesto, un ánimo seguro y liso, una resolución pausada y prudente, un genio abierto y noble, una intención sana y sencilla, un juicio medido y cierto. ¡ Que distinto el sabio del guerrero, á quien solo una dura necesidad puede hacer útil, y con cuyos funestos talentos, solo quando estén ociosos, será compatible la felicidad de los demás hombres! ¡ Que diverso el sabio del político, cuyas atrevidas hipótesis hacen á los pueblos mas de una vez víctima de sus cálculos! El sabio, siempre útil, siempre apreciable, es blason,

es honor de la sociedad á quien cupo en suerte: todos los reynos, las edades todas le envidian, le apetecen y sus tareas son las delicias del universo.

Mas por una triste fatalidad, aquellas mismas acciones de mas pompa que provecho, aquellos hombres sanguinarios, aquellos maestros del arte de destruirnos excitan, conmueven, arrastran nuestras admiraciones, y cede al aplauso de sus glorias el lugar debido á la compasion de nuestras miserias. ¡Que honor para un Condé, para un Turenna, para un Saxé, ver elogiadas sus cenizas por las plumas mas sublimes y eloqüentes de su siglo! * La humanidad ultrajada en vano grita para confusion nuestra, que si Aristides mereció el epíteto de justo, y Focion el de hombre de bien, ni aquel le debió á Maraton, Salamina, ó Platea; ni este á sus quarenta y cinco generalatos.

Alguna vez, pues, habia de tener lugar un hombre, cuya primera ocupacion fué el estudio: un guerrero, que sabia arrimar la espada: un príncipe todo para los suyos, hasta olvidarse de sí: un rey, que entre el polvo de la campaña, que entre los afanes del

* Bosuet, Flechier, y Thomas.

trono se acordaba de las musas : un héroe ni abandonado al furor de las conquistas, ni enervado en brazos de la ociosidad: un hombre grande, un guerrero afortunado, un príncipe cumplido, un rey completo, un héroe consumado, un Alfonso en fin, gran político, gran general, gran monarca, por cualquier parte grande, ilustre, admirable. A la frente de sus ejércitos pasma su valor, su presencia de ánimo, su vigor, su constancia. En el solio admira su inexorable justicia, su tierna piedad, su cuidado en dar leyes, su zelo en velar sobre su observancia, su atención al progreso de las ciencias, el adelantamiento de las artes, de la navegación. En el gabinete espanta su infatigable aplicación al despacho y á las letras, su fina política, su talento en conocer los de sus vasallos, su cuidado en premiarlos. En su vida privada se nota un hijo sumiso, un esposo fiel, un padre vigilante en formar de sus hijos reyes dignos de tal padre y de tal madre. Y en todas partes, y por todo luce su piedad, brilla su religión y llena todos los números de un Alfonso el Sabio.

Su primer blason fuéron sus padres, Beatriz y Fernando. Beatriz de las grandes ca-

sas Suevia y Comnena. Fernando, que debía el ser á Berenguela, quien supo renunciar el reyno para un hijo, y tomó á su cargo el criar un nieto para el reyno. Fernando, que á costa de sus virtudes conquistó el cielo, despues que á costa de hazañas ganó á Bacza, se apoderó de Córdoba, expugnó á Jaen, y triunfó en Sevilla. Pero pues tanto ayudó á esto Alfonso, toca á su vida. Dichosa porcion de Castilla, Toledo, recibe en tu recinto un hijo, que te colmará de gloria. El hará tu nombre famoso entre las gentes, no por uno de aquellos destrozos que hicieron célebres á Timbrea * y Arbélas **: no eternizará tu nombre con hazañas, que estremezcan la humanidad, que horroricen la naturaleza, y á cuya memoria aun palpita el corazon de algunos pueblos.

Nació con una alma noble, una índole afable, un corazon magnánimo, en era tanto mejor que la nuestra, quanto ménos corrompida. Estaba mas robusto el juicio, aunque ménos alimentado el entendimiento. Tenia en-

* Batalla que vencidos los asirios adjudicó el imperio de Occidente á los persas.

** Batalla que vencidos los persas dió su imperio á los macedonios.

tónces la frugalidad los mismos patronos, que ahora el luxo: y este, mas desconocido que el nuevo mundo, quitaba á aquella las exterioridades de virtud. ¡O siglos de nuestros padres! Al modo que la parca Roma ántes de subyugar á la voluptuosa Corinto, aunque falta de pinturas y estatuas, abundaba de héroes á quien consagrarlas, la sobria España sin tesoros, sin Américas, con ménos medios de superfluidades distaba mas de corromperse. Moderados por hábito perdian con la eleccion el mérito, y á expensas de sus sudores parece pensaban en justificar nuestra vanidad. Nació, y poco titubeáron sus padres en imponerle el nombre. El respeto á los antepasados, y cierta especie de buen agüero le destinó el de Alfonso: nombre á que se habian unido los epítetos de Católico, de Casto, de Grande, de Valiente, de Noble, de Bueno, de Conquistador: nombre á que iba á unirse el de Sabio, y aun no era todo*.

Aunque las continuas expediciones de Fernando no le dexaban lugar para velar en la educacion de Alfonso, tenia en Berenguela un substituto, en quien aseguró el éxito desde que tomó el encargo. Estaba enseñada á criar

* Véase la nota baxo la letra A.

ilustres hijos. Codiciosa de hacerle aventajado, mientras su padre á expensas del decaído árabe, engrandecía su estado, ella tomando por instrumento al mismo árabe, enriquecía su entendimiento con ciencias, de que era el único depositario, reservando á otros mas dignos maestros la instruccion de la moral, para que al paso que formasen los unos sus talentos, corroborasen los otros su corazon con saludables máximas. De lo bien que prendió todo, dió la vida del alumno no equívocas pruebas.

Al lado de sus preceptores podemos considerar al jóven príncipe solícito de hacerse capaz del reyno á que estaba destinado. Nada hay en el hombre mas natural, mas vivo que una innata curiosidad, que una propension á saber, que ni puede deprimir, ni satisfacer bastantemente. Aislado dentro de sí mismo, tiene un oculto estímulo á indagar, á comprehender lo que es, lo que habita, y su destino. Por limitado que sea y que se juzgue, halla en sí disposicion á alguna cosa, á un ejercicio, á una facultad. Si su entendimiento es de esfera superior, ya se cree capaz de muchas. A los ingenios raros, á los ingenios universales está reservado no des-

deñar ninguna , emprenderlas todas , y casi conseguirlas. ¡Que espectáculo para esto! La misma sublimidad de su espíritu los arrebató , y por una especie de entusiasmo , el primer objeto á que se dexa ir , es á la investigación de la mas hermosa parte del globo: ó porque nació para contemplarla , ó porque su misma dificultad se la figura mas digna. Lo intrincado le mortifica , lo dudoso le abruma , lo imposible le despide. Solo saca una idea mas , ó ménos confusa de su bello orden. Desciende con deseo de castigar su ignorancia , y se ciñe á los objetos que le rodean. Estos le muestran efectos , ocultándole motivos. Modesta y útil tarea , si se empeña en abrazar los primeros , porque le prestan un bosquejo de la naturaleza acomodado á su alcance. Ambiciosa imprudencia , si presume investigar los segundos , porque es el último arrojó de la temeridad. Abatido su espíritu , y harto de dudas , se encierra al fin dentro de sí mismo , donde encuentra algunos , aunque débiles conocimientos , ya en la uniformidad invariable de ciertos resultados con principios conocidos , origen de la única ciencia , en que no halla opiniones: ya meditando lo que debe á los demas , y lo que

recíprocamente le deben, ciencia que arregla su carrera, y justifica su fin *.

Acabada apénas con estas ocupaciones la puericia, solicitaba Alfonso proporcion de señalarse. No se descuidó su ínclito padre, y todo convidaba, su edad, lo cercano del teatro de la guerra, que nunca estaba sin actores, la constitucion del reyno, y el carácter de la nacion. De diez y siete años enristró por primera vez la lanza, sirviendo con las primicias de su valor á sí, á la patria y á la religion de sus mayores. Humillado el orgullo agareno, un segundo precepto le destina á reprimir la altivez de un ilustre vasallo**, que se negaba á su deber, con lo que empezó á experimentar, qual habia de ser la ocupacion de su vida, fluctuando entre urgencias extrañas y sinsabores domésticos. ...

Desde aquí todo está animado, todo está en movimiento en la vida de Alfonso: ya no habrá en el estado resolucion sin su consejo, empresa sin su brazo. La Europa toda; fixos en él los ojos, observaba qual seria su ensayo. Breve trocó la curiosidad en admiracion al saber que su primera campaña le

* Véase la nota baxo la letra B.

** D. Diego Lopez de Haro, Señor de Vizcaya.

valió un reyno. Hay acciones tan grandes por sí, que no se pueden ponderar sin debilitarlas. Su sencilla narracion da una idea mas completa de su mérito. Tal fué la rendicion de Murcia. Una grave dolencia detiene á Fernando : la muerte de un ilustre caudillo * dexa desamparada la frontera : nuestro Infante va á substituir á entrámbos : halla en Toledo Embaxadores del Rey de Murcia, que venian á ofrecer aquellos dominios con ventajas : acepta sin consultar á su padre : muda sus designios : vuela á Murcia, llevando consigo aquel adalid esforzado, á quien una piadosa tradicion hace el Josue de España **: se apodera del reyno, ménos algunas poblaciones : y con una corona que debia á su diligencia, vuelve á Fernando, quien con la nueva sería ocioso decir estaba recobrado. Acompáñale á que tome posesion de su conquista, y en un tercer viage la completa con la gloriosa toma de tres fuertes plazas ***, en que obró su valor, lo que en la antecedente su buena dicha.

Ya le llamaba otro cuidado, acabado este, porque el monarca portugues, desposeido por

* D. Alvar Perez de Castro.

** D. Pelay Correa, Maestre de Santiago.

*** Mula, Lorca y Cartagena.



un hermano altivo y unos vasallos ingratos, vino á ponerle un vivo exemplar, en que repasase los reveses á que está expuesto el cetro. Sancho despojado por Alfonso, se acogia á otro Alfonso, que tambien habia de ser destronado por un Sancho. La justicia de ámbos tuvo igual desgracia; pero nada le quedó que hacer al nuestro, y en nada faltó á su ilustre huésped hasta que en Castilla le halló su fin.

Seguir paso por paso la vida de un príncipe, descender hasta sus empresas ménos importantes, y dar una prolixa noticia de los negocios en que intervino, ó tuvo parte, podrá ser objeto de su historia; pero no ciertamente de su elogio. Este se debilita con menudencias comunes, que solo sirven para robar el lugar á aquellas acciones grandes, que deben hacer su fondo, y á las reflexiones, que dan el lleno de luz correspondiente. Mas como á estas las justifican los hechos, es necesario sembrarlos con economía, sin que se escaseen, quando contribuyen á dar á conocer los usos, costumbres y circunstancias, que pintan el carácter del héroe. Así procuraremos delinear el del nuestro, en que tanto hay que decir, evitando con estudio la fastidiosa relacion de las maniobras militares, por-

que son inductivas de error en la ignorancia de la táctica antigua, y porque no fuéron las que constituyéron á Alfonso el Sabio.

Dominan las acciones en el mundo como los sistemas científicos en el entendimiento: al séquito del uno sigue el desamparo del antecedente, y del mismo modo que la atraccion no fué ménos funesta á la impulsión, que la impulsión al peripato, así el árabe no ménos terrible al godo, que el godo al romano. Tocaba á los bordes de su ruina aquella valerosa raza, que unida se hizo formidable. Sus disensiones intestinas la hicieron presa del aragones y del castellano, que animados de un justo odio, querian purgar la península de los advenedizos, que la usurparon tan larga serie de años. Fernando ardiendo en este santo zelo medita la toma de la metrópoli de Andalucía. El destino habia puesto límite al curso de sus conquistas junto adonde Hércules al de sus viages. El costo calificó el precio de la empresa, que solo se hizo asequible por los mas extraordinarios prodigios de valor. Empresa en que se desmayaba, quando la presencia de Alfonso reanimó el ejército, en el que obró tanto, no sin grave peligro de su persona, que mere-

reció dexasen á su eleccion las condiciones de tan señalado triunfo *.

Completó Fernando su carrera : trocó de corona, y dexando á su primogénito una expuesta á todas las vicisitudes de la fortuna, se ciñó la inmarcesible, que jamas le será quitada. Príncipe afortunado, que por la escala de la prosperidad supo ascender á la cumbre del merecimiento. Héroe, que acaso quejoso es uno de los candidatos , que esperan los sufragios de la nacion para elogiar sus hazañas , puesto que están ya canonizadas sus virtudes.

Cargó pues sobre Alfonso el inmenso peso de un reyno, quando la capital del orbe y su comarca estaba devorada por dos facciones , que solo tenian razon en negársela recíprocamente. El Imperio romano, si merecia este nombre un descarnado esqueleto, que solo conservaba la sombra , estaba disputado entre competidores, que usaban de las mas impropias armas. ¡Siglo infeliz, que apreciaba ménos el talento de un general , árbitro de la victoria, que la perfidia de un médico hebreo, pronto á administrar un tósigo! Dividido el oriente de todos modos , iba ma-

* Véase la nota baxo la letra C.

durando su ruina, desmembrándose de suerte, que quando se verificó, no merecia el nombre: semejante al caudaloso Rin, que es un miserable arroyo quando desemboca en el océano. Nuestra ínclita limitrofe, baxo el yugo de un rey tan santo como desgraciado, mantenia con vigor una guerra onerosa. Su perpetua rival con ménos poderío, y ménos altivez, aun no conocidas las ventajas de su situacion, se equiparaba al escoces, al húngaro, al sueco, al danes, al polaco, reynos ilustres por su antigüedad; pero como los nobles de gran nacimiento y cortas rentas, de poca representacion y menor influxo. Todos en general preocupados, habia dos siglos, del fervor de ir á enterrar exércitos al Asia, sin que lo mitigase el ningun fruto. Los moscovitas aun no eran contados entre los hombres. El monarca prusiano algo mas que un caballero particular. La república bátava no existia. Tal era el estado político de la Europa. El moral, la unidad de la religion la abrazaba toda, y la perversidad de costumbres la desfiguraba, de lo que éramos los mejor librados nosotros. Pero sobre todo, mucho mas mísero y deplorable el de la literatura, sin conocimientos, sin academias,

sin aplicación, y por colmo de la desgracia, empezando á descollar la cerviz el espíritu de disputa, y á tiranizar el entendimiento el mal uso de la escolástica, con sus voces faltas de sentido: fiebre de que por tantos siglos adoleció el occidente, y de que los últimos nos vamos recobrando con tarda convalecencia.

No tan deplorable el estado de la península. Espiraba el reyno mas glorioso que conoció Castilla, dexando en sus nacionales, entusiastas del honor, fundadas esperanzas de ir á pagar al África sus funestas irrupciones. Aragon con uno de sus mayores príncipes ensanchaba sus límites y sus glorias. La corona matriz de las anteriores peregrinaba en sienes extrañas; pero sin menoscabo. El portugues, legitimada su tiranía, conservaba en corto estado sobrada reputacion. Granada al fin, vacilante, reconocia á su pesar vasallage, y como can indómito, forzaba alguna vez su cadena. Mayores medras disfrutaba en las ciencias, pues á excepcion de la del gobierno de los pueblos, que la necesidad hacia florecer en Italia, nós debe la Europa quantas, cultivadas con tan buen suceso, forman hoy digno objeto de nuestra emulation, y entónces, aunque diminutas,

las abrigaba España en naturales, que miraba como extraños.

Alfonso, apenas Rey, concibió el vasto designio de hacerlas transmigrar á sus verdaderos naturales; pero ántes era necesario darles expresiones, para tratarlas con decoro. Aquí, aquí está situado uno de los puntos de apoyo de sus glorias, no de los ménos sólidos, y el ménos contestado. Yacía la lengua española, si era alguna, en el mayor desaliño, incultura y barbarie. Tan diversos dueños, tan diferentes mezclas habian alterado y corrompido la pureza del dialecto de Augusto, que él hizo triunfarse en España verisimilmente sobre la ruina de los de Sannio y Sannio*, y los Hanones**. El godo empezó la obra que perfeccionó el árabe, y el abandono de aquellos siglos, tan abundantes de Aquiles, como escasos de Homeros. Nuestro Monarca sabio remedió este descuido, juntando en un nuevo language, ya las expresiones de Píndaro y Aboulola***, ya las de César y Ataulfo. A su esmero se debe el idioma mas completo, mas rico, mas armonio-

* Célebre escritor fenicio.

** Ilustres escritores cartaginenses.

*** El primero de los poetas árabes.

so , ora por la órden de las frases tan cabales y ajustadas , ora por la multitud de las terminaciones, tan llenas y perfectas, ora por las modulaciones de la voz, tan dulces y sonoras. Idioma , que es sin duda el primogénito del latino , y el que mas se acerca á la abundancia ática. Idioma , que lleva tantas ventajas á todos los vivos de la Europa , ni tan pobre como el galo , ni con la desagradable uniformidad del toscano , ni tan escabroso como el anglo, ni con la insufrible dureza del aleman. Idioma , que un héroe sucesor del nuestro, que los poseía todos, preferia como el mas digno para llevar sus suspiros á la divinidad *. Idioma al fin que entre los Solises , los Saavedras, los Mendozas, llegó al colmo de la limpieza , al término de la esperanza. Ea , Alfonso , tus votos están cumplidos, tus afanes recompensados. Ya tu nuevo dialecto tiene santuario, en que perpetuar su culto. Ya sus zelosos ministros, despues de exhalar el debido incienso á la memoria del gran fundador del templo, convidan á la elocuencia nacional para que emplee todos los primores de sus voces en elogiar la del gran inventor del númen. Duélo-

* Véase la nota baxo la letta *D*.

me que el desentono de la mia no me dexa lugar en tan ilustre coro.

Perfeccionado tan á satisfaccion este instrumento, que le habia de servir en todas sus empresas literarias, quiso emplearle en la de mas nombre , y la que fué el origen de todos los sinsabores, que le acompañaron hasta el túmulo. Exáltado al solio, halló, á la verdad , mucho mas extendidos sus dominios por la herencia y conquistas de su padre, mas culta la nacion, porque es la barbarie al contrario de los ríos caudalosos: estos llevan mas ímpetu , aquella ménos , miéntras mas distan de su origen ; pero estas mismas ventajas traian consigo nuevos cuidados al soberano. Veía en la variedad de pueblos , que componian su reyno , una monstruosa legislacion , que los desunia quando debia hermanarlos : y aunque desde el momento que se ciñó la corona , deseaba quitar *esta multitud de fueros desaguizados**, era asunto que pedia todo un Alfonso.

Es la Jurisprudencia el alma de la sociedad , el muro de los reynos ; la paz de los vasallos. *La ciencia de las leyes es como fuen-*

* Palabras del mismo Rey en el prólogo al Fuego Real.

*te de justicia **, y aprovechase de ella el mundo mas que de otra ciencia **. Pone límite á la ambicion del poderoso, anima la timidez del desvalido: fortalece al que debe juzgarlos contra las valientes asechanzas de aquel, contra los importunos clamores de este. El príncipe que tiene comprehension, integridad, eficacia para conocerla, para abrazarla, para practicarla, es tanto mas apreciable, que el que solo respira victorias, quanto este destruye lo que aquel establece: el uno destruye los estados, el otro los asegura: al segundo acompaña la discordia, al primero la quietud: á aquel el trastorno, á este el orden. Para ser conquistador basta un Atila, un Amurat, un Cárlos XII. Para legislador se necesita un Teodosio, un Justiniano, un Alfonso el Sabio.

: No se trataba de dar leyes á un pueblo sumiso, á una nobleza dócil, prontos á recibirlas, á protegerlas; era menester emplear todos los ardides del arte de reynar, para hacer conocer á los unos, lo que les favorecia, y despojar á los otros de lo que tiranizaban. Ni el proyecto podia ser mas arduo, ni las

* Véase la nota baxo la letra E.

** Ley 8. tit. 31. Part. 2.

medidas mas bien tomadas. Miéntas perfeccionaba tan grande obra, y preparaba el punto crítico de su publicacion, siguió con sa- gaz disimulo dando sus fueros municipales á diferentes pueblos; pero para ir disponien- do los ánimos al general trastorno, que me- ditaba, formó el Fuero Real, que presentó por código al primer senado de la nacion. Dióle como especial merced á algunas ciu- dades, despojándolas con tan dulce y sabia política de sus fueros, y cartas pueblas á que estaban furiosamente asidas, preparándolas así blandamente á recibir sin inquietud la no- table mudanza, la elogiada uniformidad de todos los miembros de la monarquía en el gobierno y administracion de justicia, pri- mer cuidado de un soberano *.

Dispuestos los ánimos, aumentadas las ren- tas de los ricos hombres para captar su in- quieta fidelidad, dió á luz el inmortal có- digo, el mas metódico, el mas completo de quantos se conocen: con un órden el mas ade- quado, el mas oportuno á la constitucion del reyno: colmado de una erudicion asombro- sa, con una pureza de language, que no se habló mejor en dos siglos. Obra que le cos-

* *Ley 1. tit. 1. Part. 2.*

tó muchos años , y que muestra su cómpleta instruccion en el dogma , en los padres, en el derecho romano, en la historia antigua, en la nacional , en sus caducas leyes , inveteradas costumbres y desiguales fueros. Todo contribuyó á perfeccionar las Siete Partidas. En la primera ; que catolicismo ! ; que pureza de moral ! ; que rectitud de disciplina ! En la segunda ; que bien descritas las obligaciones del príncipe para con su pueblo, las del pueblo para con su príncipe ! Cumplió Alfonso con sus castellanos quantos cargos prescribe al monarca : ellos olvidáron quantos respetos exíge del vasallo. Aunque no debe reputarse por hombre el que ignora las leyes de la sociedad de que es miembro, particularmente las de estas dos Partidas debian ponerse en manos de todo jóven español , ántes que otro libro. Allí afianzaria su fe, allí fortaleceria su espíritu, allí conoceria sus obligaciones, allí aprenderia á creer sin preocupacion, á obedecer sin esclavitud, á mandar sin despotismo. Dedicó la tercera Partida á poner órden en las guerras de particular á particular , en la destruccion de las familias , en el gusano de los caudales, en la lítis, la funesta lítis. Considerando quanto mas apreciable

es precaver un pleyto , que ganarle , no solo arregla los juicios , aclara los derechos ; mas tambien se desvela en dictar constituciones para que los contratos, los instrumentos hechos en forma no admitan el mas leve vapor de duda, para que la voracidad de una execucion no atropelle á un inocente, ni la lentitud de un juicio ordinario desespere á un legítimo litigante con menudencias tan útiles , tan precisas al ciudadano , como prolixas , como molestas al orador. No se presta gustosa la oratoria á exôrnar los esponsales, los contratos mercantiles, la sentencia del homicida, el castigo del malhechor, el amparo de la horfandad, el privilegio de la verdadera pobreza, el infortunio de la esclavitud, el recato de la viuda, el pudor de la vírgen, el derecho del pupilo, y tantos otros cuidados, que tuvo presentes en el resto de su digesto, el sabio legislador, para desterrar la menor sombra de ambigüedad, dañosa en todo, pésima en las leyes. No trata cosa sin definirla, no toca asunto sin darle toda su luz, no usa voz sin convenir primero en su significado.

¿Y podrá la negra envidia , inseparable compañera de los grandes hombres , deslucir en el nuestro el mérito de esta hazaña li-

teraria? ¿Hay otra mas acreedora á los cuidados de un soberano? ¿Pudo hacerse con mayor necesidad? ¿No correspondió el cumplimiento al designio? Ya que por estos respetos no asestó sus tiros, procuró, y hubo casi conseguido hacer problemático, si no el mérito, si no la urgencia, si no la dignidad, á lo ménos mucha parte del honor de la execucion; pero aunque eclipsó por algun tiempo el resplandor de la verdad, no logró extinguirla. Alfonso, que tenia á su favor toda la presuncion del derecho, ha reasumido este no pequeño blason de su talento *.

Solo le quedaba la gloria de ver puesto en práctica el fruto de sus vigilias. No estaba este premio reservado á sus dias; pues aunque Leon, Galicia, la Andalucía y el Algarbe tuvieron la fortuna de adoptar tan santas leyes, la belicosa Castilla nunca quiso admitirlas, y sus altivos grandes paliáron con el especioso título, de que los desaforaban, quantos desafueros les hizo cometer su no oculta ambicion, como verémos, quando, acabada su carrera literaria, corramos la de sus trabajos.

Para mitigar estos de un modo digno le habia dotado el cielo de aquella gracia, que

* Véase la nota baxo la letra F.

siendo la de los mayores filósofos, la de grandes reyes, se ve vilipendiada de los que desprecian quanto no poseen. Mas ¿estiman estos que un ingenio sublime puede mantenerse en tanta variedad de apuros sin un desahogo tan noble? Las demas artes ni son de todas las edades, ni de todos los lugares, ni de todos los tiempos. La dulce arte de Virgilio alimenta la adolescencia, acalora la senectud, adorna la prosperidad, ampara, acompaña, consuela en lo adverso, pernocta con nosotros, con nosotros transmigra, con nosotros se hace campestre. Arte siempre deleytosa, á veces útil, arte que se ha hecho amable á muchos héroes, pues mas respetó el Macedonio en Tébas la memoria de Píndaro, que la de Epaminóndas y Pelópidas. Poseyóla Alfonso, exercitóla Alfonso; pero con un modo digno de Alfonso. Cantar los afectos de su devocion, celebrar los hechos del discípulo de Aristóteles, á quien de alguna suerte debió la salud*, y dirigir las quejas de su pluma *con habla doliente, con grito mortal* sobre los deservicios de sus ricos hombres, fuéron los altos asuntos de sus metros.

* Véase la nota baxo la letra G.

Un entendimiento entregado á sí mismo, viendo lo poco de que es capaz, y lo nada que ha alcanzado en el curso de sus investigaciones, pretende inquirir, si otro fué mas dichoso. Va á estudiar al hombre en el hombre. Ignorar lo que fué ántes, es constituirse eternamente niño. Su exístencia ansiosa de conservarse y de producirse, parece se dilata, quando por la profunda meditacion de los acontecimientos se hace de todas las edades. Preciosa ventaja, que conserva la historia. La historia, adorno en un particular, es necesaria en un príncipe destinado á mandar á sus semejantes. La elevacion de los imperios, la vida de los héroes son otros tantos modelos que alicionan. La decadencia de aquellos, los defectos de estos, son otros tantos desengaños que escarmientan. Nada mas agradable, mas lisonjero al amor propio que ver á los Milcíades, los Emilios, los Filipos, los Scipiones como presentes, como vivos despues de tantos siglos. Nada mas conforme á un espíritu guerrero, que una bizarra emulacion, que un noble deseo de imitarlos, y no dexar vacío, ni ménos decoroso el lugar, que le toca en los anales del mundo.

Llevado de este estímulo peregrina Alfonso todos los reynos, pasa todas las eras, y saca de este viage literario grandes creces su talento, pero grandes congojas su espíritu: llena de tormentos la mente, y de esfuerzo el corazón. ¿Que podrá resultar de esta contradicción de afectos? Para el monarca un nuevo afán, una nueva gloria: para el vasallo una nueva ventaja, un bien nuevo.

Mas deben los pueblos á los historiadores, que á los generales. La memoria de la famosa Grecia se hubiera sepultado con la de tanto héroe, sin la apreciable sencillez de Herodoto, sin la elevada concision de Tucídides, sin la elegante exactitud de Xenofonte. Y la historia romana, semejante al inmenso océano, donde todos los rios pierden aguas y nombre: historia donde se ahogan las particulares de tanto reyno antiguo, y donde empiezan á respirar las de todos los modernos: esta historia, digo, que necesitaba un talento tan vasto como sus dominios: tal vez no exístiera á no haber exístido Titolivio. El hechicero laconismo de Salustio, la acendrada política de Tácito, el magestuoso dialecto de Dion, la profunda erudición de Dionisio dan una magnífica idea de

aquel agigantado cuerpo, todo brazos, todo seso, todo espíritu para obrar, para regir, para mantenerse.

Veía esto Alfonso con gusto y aprovechamiento; pero al volver los ojos á su amada España: España, delicias de Tiro, embeleso de Cartago, gloria y azote de Roma: España presa del árabe, domadora del mismo, hallaba competentes materiales para un soberbio edificio, y ningun arquitecto, que los acomodase. Generacion sobre generacion, siglo despues de siglo de acciones, de empresas, de hazañas, ó abandonadas á la polilla del olvido, ó con desdoro en cronicones de un estilo bárbaro, sin el esplendor que exigian los fastos de tan ilustre gente. No era menester mas para empeñar á nuestro Rey en la grande obra de una historia nacional. Consultó archivos, juntó noticias, adquirió luces, y presentó al fin una, que ella misma es su mejor elogio*.

Ni fué este el único fruto de su aplicacion, de aquella aplicacion que le hacia proferir: *mas hubiera estimado nacer simple particular, que carecer de ciencia.* De la historia general del suyo pasó á la universal de todos

* Véase la nota baxo la letra H.

los reynos , y á la de las santas infructuosas expediciones de ultramar ; trabajos que ostentan quan cumplida era su noticia en todos los acontecimientos.

Alfonso pareciera mayor á no haber sido tan grande. La precision de decir algo de todo , impide se diga todo de cada cosa. El distinguido lugar, que ocupa entre los Licurgos , y los Numas , robara la atencion á ser solo ; pero el coro de los Hesiodos , de los Enios , la grey de los Pausanías , de los Suetonios contienden por poseerle , y fuera adjudicarle resolucion bien ardua, si fueran los únicos competidores. Confesémoslo. Ninguno de los antecedentes ramos de literatura fué su gusto dominante. La necesidad dirigió un talento hábil para todo. No habia leyes, y era príncipe : juntó su estudio con su obligacion , y remedió esta falta. No habia historia , y era ciudadano : unió su ciencia con su deber, y subsanó este descubierto. No tuvo instante sin azar, y era hombre: hermanó su doctrina con sus cuitas , y exercitó la que era capaz de mitigarlas. Hubo sí otro estudio, otra ciencia , otra doctrina á que se aplicó , porque habia nacido para sabio : á que se entregó , porque era la sola capaz de



saciarle: en la que excedió, y la que introduciéndole entre los Euclídes, los Ptolomeos, los Arquimédes, le dexó no inferior. Aquella ciencia á quien todas las naturales se subalternan; que forma el entendimiento, que enseña á discurrir, á buscar la verdad y analizarla, á sacar conseqüencias legítimas y demostrarlas: aquella ciencia, delicias del hombre, bienhechora de la sociedad, fecunda en descubrimientos, no en voces: llena de realidades, no de precisiones: la que en dos siglos ha dado á la sociedad mas frutos, que en dos mil años el abultado esquadron de nuestros quiméricos discursos.

Las Matemáticas son las únicas disciplinas, que pueden satisfacer un entendimiento tan despejado como el de nuestro héroe. Las impertinentes menudencias del Derecho le hastian: las enmarañadas opiniones de la Historia le desabren: las dulces gracias de las musas le prestan un gusto pasajero. Solo en aquellas verdades profundas, llenas, abstractas, halla un alimento proporcionado. En el soberano de las ciencias, en el cálculo, tenia un auxíliar á quantas expediciones literarias emprendiese. En la magnitud figurada, no solo el arte de mensurar, sino tambien

aquella precision absolutamente necesaria á todo ente que piensa.

Con estos preparativos se dedicó á la parte mas sublime, y de la que depende el uso de muchos menesteres de primera necesidad: sin la que no podemos averiguar la figura del globo que habitamos, ni las situaciones de nuestros domicilios, ni nada casi de la ciencia geográfica: sin la que el alma del comercio, la madre de la abundancia, la Náutica no hubiera podido existir, conservarse, tocar á su perfeccion: sin la que tantas, tan célebres como provechosas navegaciones, ni se hubieran logrado, ni exceptuado el que las emprendiese de la justa censura de temerario. Si por cierto: sin la Astronomía no hubiera Cosmografía. A ella debemos el logro del primero de nuestros cuidados, de la Agricultura, por el conocimiento de las mudanzas del ayre, de los vientos, de las lluvias, de las secas, de todas las alteraciones del barómetro y termómetro. A ella debemos la division del tiempo, el arreglo de aquellas hermosas, de aquellas precisas máquinas, que miden la duracion de nuestros afanes, de nuestros desahogos, de nuestros reposos. A ella debemos el orden indispensable en los nego-

cios civiles, en los sacrosantos misterios de la religion. A ella nosotros y esta misma religion debemos un nuevo mundo.

Aunque sea difícil y casi imposible delinear las órbitas, que describen los astros, no obstante, á fuerza de ciertas hipótesis se pronostican, conformándose con las observaciones, sus orientes, sus ocasos, sus recíprocos eclipses, sus situaciones aparentes y verdaderas para cada instante, para cada dia, para cada año, ya de los pasados, ya de los que vengan. Las tablas que presentan estos conocimientos, son de un uso infinito, y el principal fruto de los trabajos astronómicos; pero parte tan necesaria por tantos respetos, habia mil años estaba estancada sin progreso alguno. Las observaciones de Ptolomeo eran barreras, que la audacia humana no osaba forzar. Son el hebreo y el árabe, en quienes estaban depositadas, individuos nada propios para alterar los conocimientos, que recibieron de sus padres. Aquel terco, tenaz, tanto mas difícil de convertirse á lo nuevo, quanto se cree mas instruido, porque es el vulgo de los doctos, hasta en esto, contrario al vulgo de los pueblos: la sola voz de novedad á este le arrastra, á aquel le hor-

roriza. El árabe, de espíritu servil, se subyuga por destino, y habituado á creer sin exámen, no sabe encontrarse con la dificultad: y aunque la memoria de Geber, de Albategnio, de Arzaquel y Alhá * no sea menos cara que la de Galileo, de Quepler, de Casini y la Lande, con todo, las tablas de los movimientos celestes del antiguo astrónomo habian obtenido pocas mejoras.

Para darles todas las que permitia la instruccion de aquel siglo, llamó Alfonso á su sombra quantos profesores cristianos, judíos, árabes, de España, de la Europa, del Oriente, ** pudo juntar su magnificencia. Congregados en la metrópoli para la vasta empresa, él los presidia, y en su ausencia sus maestros: *** él enmendaba sus trabajos: él mandaba hacer versiones del hebreo, del caldeo, del árabe: él era censor: **** él los acompañaba á observar, para lo que los tenia junto á su persona: ***** y él finalmente formó la primera sociedad, que para el progreso de las Matemáticas, ó lo

• Véase la nota baxo la letra I.

•• Véase la nota baxo la letra K.

••• Véase la nota baxo la letra L.

•••• Véase la nota baxo la letra M.

••••• Véase la nota baxo la letra N.

que es lo mismo , para bien del género humano vió Europa.

¿Y será este el lugar propio para declamar por la falta de un establecimiento tan útil? Quando la misma Europa á competencia erige academias, forma sociedades , ¿estará nuestro reyno, nuestra capital careciendo de una junta tan necesaria? España, este es el mas completo elogio que pudieras consagrar á Alfonso. Su estatua en una academia de ciencias seria un perpetuo monumento de la gratitud española. Acaso Cárlos, no ménos grande, y mas feliz, cumplirá los votos de sus vasallos.

Verificóse el lógro de tantos sudores. Los movimientos lunares se arreglaron. Saliéron á luz las tablas alfonsinas. Fixadas al primer día del imperio de su promulgador, le diéron la noble complacencia, de que el instante de su advenimiento al trono fuese notado por un bien general: ventaja que le hacia estimarlas con un amor de preferencia. Con su poesía se sirvió á sí , con su derecho á su reyno, con su historia á su nacion; pero con sus trabajos astronómicos á sí , á su reyno, á su nacion , y á todos los reynos , y á todas las naciones. Siglos enteros fuéron la

norma de todos los astrónomos, y si la escrupulosa exactitud del nuestro no las halla perfectas, tampoco lo están las de Quepler con tantos mas auxilios: porque ¿que mucho que haya entre las observaciones de Tico y Alfonso la misma diferencia, que entre las reglas paralíticas*, y las armellas equatorianas? **

A lo ménos, no se le podrá disputar la gloria de ser el primer europeo, que se aplicó á unas tareas tan útiles, de ser el padre de la astronomía en nuestro continente. Si el cálculo debe tanto á dos franceses, Vietta, que le dió un nuevo ser, Descártes, que le prestó tan singulares reformas, tan admirables aumentos, y sobre todo, el enlace de la cantidad discreta con la continua, para que despues se dispute entre un inglés y un alemán la gloria de presentar al hombre los conocimientos mas altos de que es capaz, todos, todos están obligados á reconocer en Alfonso el esencial socorro, el preciso alivio de unos caractéres sencillos, fáciles de trazar, que desterrando prolixidades y confusiones, entregó los antiguos, aunque altera-

* Instrumento de los Árabes.

** Instrumento de Tico Brahe.

dos, á la parte superior del cálculo, que dán-
doles tantas formas y valores, saca de incóg-
nitas é indeterminadas, realidades y bienes.

¿Se le negará á Alfonso un distinguido lu-
gar entre los matemáticos, porque no es au-
tor de alguno de tantos descubrimientos? El
furor de inventar de nuestra era parece que
desatiende á quien no le presenta algo de
nuevo. La invencion, aun quando la engen-
dra el estudio, es hija de la casualidad, y á
pesar de tantos hallazgos, de que nos jacta-
mos, no está muy disminuido el inventario
de nuestras ignorancias *.

Nada prueba mas la alta comprehension
de nuestro héroe, que aquel donayre, de que
tanto se ha amparado la malicia para hacer
un crimen de irreligion á un monarca, cuya
vida fué una serie de actos de piedad. La ex-
travagancia de los cursos de los planetas, sus
retrogradaciones, la multitud de cielos, de
orbitas, de epiciclos de que veía empacha-
do el caduco sistema de Ptolomeo, no po-
día ménos de exâsperarle: hizo quanto cupo
en su entendimiento, pues conoció no era
como se le presentaba. ¿Que podemos infe-
rir de un ingenio, que supo desprenderse de

* Véase la nota baxo la letra O.

todas las preocupaciones de su siglo? Que á haber florecido en otro, tal vez le debiéramos el sistema, que, siguiendo el idioma de la razon, parece el único verdadero, gloria que se llevó un habitante de Torn en la Prusia real.

Espanoles, gloriaos con vuestro Alfonso, hablad con confianza á la faz del Universo, oponedle á quantos hombres grandes presentaren las naciones, y conoceréis sus ventajas. Si sus patricios os muestran al ilustre autor de la hermosa quimera de los turbiliones, decidles: que el fuego de la imaginacion desbarrada, que quiso introducir el ostracismo en el cielo, llevar la mendiguez hasta á los astros, no puede entrar en parangon con la solidez de juicio de vuestro Alfonso. Si los orgullosos insulares os manifiestan el patriota, con que tanto se honran, decidles: que fué limitado su gusto á una facultad, que si obtiene el principado en las Matemáticas, no mantuvo su reputacion quando quiso tratar de historia, que inventó sus cálculos, mas hizo su Apocalipsis. ¿Pero quien es aquel que se levanta á disputar á vuestro héroe la preferencia? Hermoso y temible esquadron le acompaña. El séquito de todas las

ciencias, de todos los gustos de literatura hacen formidable á Leibnitz : no os intimideis, que, aunque el único capaz de disputarle, no será suyo el triunfo. Si él presenta el vasto impracticable proyecto de una lengua universal , oponedle la realidad de un idioma hermoso, que se dilata por ámbos mundos. Si ostenta su familiaridad con las musas , no les debió vuestro príncipe ménos favores. Si presume de su ciencia en la historia, responded, que trató de una gran familia; vuestro Monarca de una gran nacion. Si ámbos fuéron dados al hallazgo de la piedra filosofal; aquel tiene en su contra las luces de su tiempo , que conocia la ridiculez; este la lobre-gueza del suyo, que autorizaba tal inquisicion. Si la maledicencia quiere llevar adelante el paralelo, y confrontan en el español y el alemán las flaquezas de algunos discursos , cededles desde luego esta triste ventaja , porque el de vuestro Rey fué uno solo , tiene todos los visos de impostura , y la realidad y número de los del otro no merecen disculpa. Si el filósofo moderno poseyó los arcanos de la Jurisprudencia , y para su lustre dió bellos opúsculos; el vuestro aventajó á Justiniano en la prudencia con que dic-

tó su cuerpo de leyes. Si sobresalió en las Matemáticas Leibnitz , tambien sobresalió Alfonso : aquel desde el sosiego de su gabinete, este desde las turbulencias de las campañas: el uno en el descanso de una vida privada y tranquila, el otro en el laberinto de un trono y de un reyno lleno de alteraciones y turbulencias. Si el primero trató mas arduos , mas escabrosos puntos de filosofia, debiólo á los auxilios de su siglo , pues seria tan injusto hacer reo á Alfonso de que no habló de las reboluciones de los satélites de Júpiter , como acusarle de que no promulgó leyes para la navegacion á Indias.

Quando Pedro el grande dió á la Europa el nuevo espectáculo de que los rusos eran hombres , animaba á aquellos racionales , que acababa de formar , demostrándoles , que las ciencias habian dado vuelta al globo; pero todas sus especulaciones hubieran sido inútiles sin su exemplo , y sus vasallos no hubieran aprendido las maniobras de Marte , ni las de Neptuno , si él no se hubiera constituido soldado y marinero. Alfonso , penetrado mucho ántes de esta verdad , hemos visto supo dar desde lo elevado del trono lecciones de todas facultades.

Supo ser legislador, filósofo, astrónomo, historiador, poeta entre una gente, que todo lo ignoraba, entre una gente, que lo supo todo con solo este modelo. ¿Que podia resultar de un soberano, que no solo establece leyes, sino que da forma al gran estrado en que se observen, y mejora los ministros, que las dispensen? Que desde él tuviese orden nuestra Jurisprudencia. Inmemorial supremo juzgado de Castilla, tu perfeccion debes á Alfonso. Alfonso recibe los holocaustos del mas venerable cuerpo del reyno. ¿Que podia resultar de un monarca, que no solo enriquece la filosofia, sino le labra albergue, le dota servidores? Que desde entonces levantase su augusta faz el mas soberbio domicilio de las ciencias, el perpetuo oráculo de la nacion. Antiquísima universidad de Tórmes, tu verdadero padre es Alfonso. Alfonso, recibe los sufragios de una de las mas ilustradas juntas del orbe. ¿Que podia resultar de un rey no solo astrónomo, sino reformador de la astronomía, y protector de sus profesores? Poseer entonces los mas célebres, resucitar esta ciencia, introducir la en el continente. Europa, por quien te son conocidos los cielos, es por Alfonso. Alfon-

so, recibe los votos de todos los matemáticos, que en el dia te veneran por uno de sus mas distinguidos patronos. ¿ Que podia resultar del continuo estudio en ilustrar la nacion, recordándole sus envejecidas glorias ? Haber criado alumnos de su gusto en su familia, entre sus hijos, y distinguido número entre sus vasallos. España, España, mira lo que debes á Alfonso. Alfonso, ya en el dia te consagra el premio tu nacion. Tambien la dulce poesía te tributa sus inciensos, y el sinnúmero de sus próceres te venera como inventor de la magestad de una heroyca clase de metro, y en todos como uno de los primeros, que usáron del costoso adorno de la rima *.

¿Y en que tiempo llegóron á ser tanto Alfonso y su gente? ¿En que tiempo fué él sabio, culta su nacion? ¡Ah, que es muy de notar esta circunstancia en toda su vida estudiosa! Quando ni Italia habia producido á Leon X, y á los Médicis: ni Francia á Luis XIV, y á Colbert, ni Inglaterra á su segundo Carlos. Quando estaba la Europa poseida de la mas obscura ignorancia. Quando.... En el siglo décimotercio. Tal fué Alfonso como literato.

* Véase la nota baxo la letra P.

Ya veo armarse la malicia, y destruir por el cimiento tan hermoso edificio. Tanta aplicación á las letras haria honor á un particular; pero no á un soberano: este se debe todo á sus vasallos, y el cuidado de sus reynos debe ser su única ciencia. Así fué en Alfonso, y su vida civil no fué ménos llena de acciones grandes. Empleó en el estudio los ratos del descanso, los momentos, que aun al monarca se le conceden, porque es hombre. Escribió las hazañas de sus mayores; pero hizo proezas, que celebrasen los venideros. Versificó, no como Neron, que solo hizo de bueno, buenos versos. Fué dedicado á las leyes, no como aquel Jurisconsulto, que enterrado entre códigos y digestos, despreciaba quanto no era perteneciente al edicto del pretor*: fué matemático, no tan embelesado en sus demostraciones, como el que trazando lineas, no sintió la ruina de su patria. No sirviéron de estorbo las sutilezas de su entendimiento á las bizarrías del corazon, así como el ser el mayor de los filósofos, no impidió á Sócrates que fuese el mas

*. El célebre Jacobo Cujacio, tan imbuido en su derecho, que quando se hablaba de los estragos del calvinismo, respondia con la mayor indiferencia: *Nihil hoc ad edictum pretoris.*

gallardo de los soldados, en era, que abundaba Aténas en héroes de ámbas clases.

¡Que espacioso campo el del reynado de Alfonso! Si su orizonte estaba algun tanto cargado de oscuros vapores, que eructó de sus impregnadas entrañas la negra region de la malicia, disipólos ya la fuerza de la crítica con la viva luz de los siglos: y la posteridad, inexôrable juez de los reyes, no reconoce al nuestro ménos sabio con el cetro, que con el compas, ménos ilustre por la pluma, que por la espada. Si alguna vez no correspondiéron los sucesos del gobierno á las especulaciones de su elevado entendimiento, en la mayor parte lo ocasionó la achacosa constitucion del reyno, semejante á la complicada máquina de un baxel, á quien hace exístir una multitud de otras inferiores de tan escrupuloso enlace, de tan preciso ajuste, que de su momentaneo atraso ó instantanea anticipacion pende su destino á pesar de toda la ciencia y desvelo del experto piloto.

Dos clases de acciones hay que notar en la vida de un héroe: las que la suerte le destina, y aquellas á que él se proporciona. Las primeras no le son propias, sí las segundas, en que todo es suyo: lo vasto de un proyec-

to, diseño de su espíritu: lo asequible de la execucion, gage de su prudencia: lo oportuno de los medios, parto de su talento: lo dichoso del éxito, fruto de su felicidad. Solo una de estas en Alfonso, aunque no lograda, le asegura la inmortalidad. Empezarla le pertenecia, conseguirla no estaba en su mano. Convirtámonos al principio de su imperio.

Elevado sobre el trono, familiarizado con las grandes ideas, acostumbrado á remontarse á esferas superiores, le parecia estrecho recinto el de su herencia para su virtud, reducido ámbito lo que faltaba por conquistar para su denuedo. Padecen los ingenios del primer orden á causa de unos impulsos, que los atormentan, hasta que emprenden, hasta que consiguen empleos dignos de ellos. El que habia sujetado al entendimiento español el curso, las mudanzas de la luna, queria sujetar á su imperio el curso del Uvion y del Tensif, y aun el del Niger y Nilo, y todas las lunas, que arbolaban los fieros habitantes de sus márgenes. Empresa que no dexáron madurar sus pesados sucesos, y que frustráron á sus descendientes las mayores revoluciones políticas. Tú América, eres reo del reposo de estos bárbaros.

El primer medio que puso en práctica fué una obra que caracteriza su modo de pensar, lo dilatado de sus miras, cuyo olvido en nuestros fastos, no sé si nos hace mas deshonor que agravio á la memoria del que la executó: obra como todas las suyas, en que unió la novedad á lo útil, lo necesario á lo magnífico. Hasta aquí, aunque con contestaciones, aunque con litigios, se reconoce á Alfonso por el padre de nuestra literatura, por el creador de nuestra legislacion; pero todo el reyno, pero todos sus historiadores están poseidos, ó de una rara ignorancia, ó de un olvido muy reprehensible en orden á aclamarle por el creador, por el padre de nuestra marina. Sí, España, gustoso te doy esta nueva, de todos poco reflexionada. Quando el soberbio Támesis, quando el rico Texêl no cargaban sobre su espumosa espalda mas que embarcaciones mercenarias, servibles en la necesidad, que se presentaba rara vez, ya abrumaba la del cristalino Bétis esquadra real perpetua y numerosa suficientemente, para dar la ley al poco arado océano. El Adelantado, el gran arsenal, la famosa atarazana, que le servian de continuo, fuéron tambien los primeros

de su clase. * Como si previera el emprendedor la notable mudanza, que unos baxelles entregados al mar en sus inmediaciones, al mando de un talento semejante al suyo, habian de ocasionar en el globo, parece que prevenia al gran Colon los medios de realizar las ideas, al parecer mas quiméricas.

Otro destino tenian inmediato, pues sin ellas seria delirio entablar la gran expedicion; pero ántes debia asegurar la tranquilidad de los comarcanos. Si Portugal se altera despues de varios lances, sabrá Alfonso reducirle á su deber, hacerle que conozca su dependencia, darle Reyna, y por su intercesion, quanto quiso, con una liberalidad digna de llamarse alfonsina. Si el reconocido bárbaro, que imperaba en Granada, pretende continuar la amistad, la sumision, que guardó á Fernando, Alfonso se presta á ello, concediendo mejoras á su constitucion. Si el navarro, si el aragonés, sin mas motivos que miedo, quieren oponerse á sus designios, Alfonso les hace frente, y luego queda este amigo, aquel vasallo. ** Sí, libre de tan ruidosas ocupaciones, vuelve á considerar su pro-

* Véase la nota baxo la letra Q.

** Véase la nota baxo la letra R.

yectado viage, ya de fuera del reyno vienen á buscarle otras. ¡Con que gloria salió de esto Alfonso! Unas extorsiones semejantes á las que han impelido á enarbolar el estandarte de la libertad á trece provincias, obligaron á una espaciosa, que poseía el mismo dueño á la otra parte del océano, á acogerse á la sombra del trono español, alegando lo incontestable de su derecho. Entónces, como ahora, siguióse el rompimiento entre los monarcas, y entónces, como ahora, muchas ventajas á favor de la causa justa, hasta que escarmentado, rogó con la paz el anglicano. Los oráculos políticos vaticinan, que Jorge tercero mirará al tercero Carlos, como Enrique, tambien tercero, á Alfonso el Sabio. Este, que reputaba vencido su valor, quando no quedaba vencedora su generosidad, usó de ella con sus nuevos amigos. ¡Que magnificencia en las bodas que siguiéron á este tratado! ¡Que concurso de príncipes! Que... No podemos abrazarlo todo. Tú, testigo de los tiempos: tú, luz de la verdad: tú, embaxadora de los siglos, vida de la memoria, maestra de la vida: tú, Historia, recoge tantos hechos acreedores á la mas valiente amplificación, ordénalos, preséntalos á los que los indagaren.

Vuelve Alfonso sus miras á su principal cuidado, y apénas fortalecia sus intentos, impetrando gracias que los auxíliasen, quando se hizo preciso allanar otros obstáculos. No dictaba la prudencia ir á buscar africanos de la otra parte del mar, quando se tenian en nuestra comarca. Antes de ganar lo ageno era preciso recuperar lo propio: era menester que no se enarbolase en Andalucía otro pabellón que el castellano. Ya está hecho. Alfonso gana á Xerez, sus hermanos, sus generales le hacen dueño de Arcos, de Nebrixa, de la antigua Sidonia, de la opulenta Cádiz, de un gran número de otras poblaciones. Si el rey de Niebla, fiado en la fuerza del sitio y en las desavenencias con los vecinos, pretende sublevarse, en breve, burlada su obstinada resistencia, volverá Alfonso á él al número de sus vasallos, á su reyno, al de sus dominios. Igual suerte hubiera padecido el régulo de Texada, si no hubiera escogido ir á humedecer las arenas líbicas con el agua, que sacaba á sus ojos la pérdida de las últimas posesiones agarenas.

Así se ocupaba Alfonso en la parte mas occidental de Europa, quando hácia la del norte se le preparó una eleccion tan glorio-

sa, como desgraciada. Quería su mérito sentarle sobre el trono de Cárlo Magno , sin consultar su fortuna : y esta, y no aquel , es árbitro del premio de los mortales. La fama de nuestro monarca , aquella fama que dos años despues le traxo dones de las últimas regiones del Oriente , qual á otro rey sabio á Palestina : aquella fama, que le hacia contar el número de sus triunfos por el de sus acciones , resonó en los oídos de los Príncipes alemanes , quando , por muerte de Guillermo, debian declarar Xefe al cuerpo germánico. ¿Será de nuestro deber hacer la descripción del estado de este imperio con que yan á convidar á Alfonso? ;Ah! dispénsenos tan macilenta pintura. Hartos horrores están aun reservados á la vacilante pluma, sin tener que sobrecargarla de otros, que los propios. Baste saber , que desde el primer Cárlos es preciso correr diez emperadores, y con ellos cien años de guerras civiles , y todo género de infortunios hasta el primer Enrique : de este hasta el segundo igual época de iguales desastres : en unos , como en Othon primero , por las infelicidades del tiempo : en otros , como en Othon segundo, por la depravacion del natural; pero aun eran

sombra de los que en los dos siglos inmediatos habian de hacer gemir á la infeliz Germania, á la triste Italia. La larga enemistad entre el imperio y el sacerdocio, rotos los límites de ámbas potestades, introducía á este en los intereses del trono; y al trono en los del santuario. Temibles anatemas, formidables exércitos llenaban de furor los ánimos, y la tierra de sangre. Ningun modo de deshacerse del enemigo era reputado por infame, ó por torpe, y el que habia burlado la muerte entre todos los rigores de las armas, la hallaba en la perfidia de una traicion, ó en la vileza de un veneno.

Para cortar este torrente de iniquidades, la mayor y mas sana parte de aquellos, en quienes estaba depositado el poder de elegirse un dueño, volviéron sus miras á Alfonso. En los méritos personales ¿quien mas completo? Edad lozana, nobleza heredada, opulentos estados, valor con que ensancharlos, prudencia con que regirlos, y una felicidad no desmentida hasta entónces. *Veían que era el mas excelso sobre todos los reyes, que eran, ó fuéron nunca en los tiempos dignos de memoria: que amaba mas que todos la paz, la verdad, la misericordia y la jus-*

ticia: que era el mas cristiano y fiel de todos *. En la sangre ¿quien mas próximo? Beatriz, ilustre vástago de Felipe y Federico de Suevia, depositó en Alfonso todos los derechos de esta casa, y á mas, con todas las reynantes de Europa tenia estrecho deudo, pues fuera del de Aragon y Portugal, Luis de Francia, Christóforo de Dinamarca, Uladislao de Bohemia, Enrique de Brabante, Conrado de Sicilia lo eran en segundo y tercer grado, y afines el inglés Eduardo, y Hanquino el de Noruega. Querian pues un español esforzado, vencedor de bárbaros, como Trajano: sabio infatigable en el despacho, como Adriano: de la virtud, del zelo por la justicia de Teodosio: que si á estos tres españoles debió tanto el imperio, ¿que no podía esperar del que reunía sus prendas?

A pesar de tantos méritos no pudo prevalecer acuerdo tan justificado: y una union de partidarios, á quienes compró la codicia de un príncipe inglés, con unos votos venales eligieron Emperador al que supo romperlos, y por uno de aquellos trastornos de que no se puede asignar la causa, sujetó.

* Expresiones del instrumento de proclamacion de los pisanos.

la eleccion írrita á la válida , la ilegítima á la legal, el menor al mayor número, el odio á la razon, y la corrupcion al desinteres. Llegó pues la primer nueva á Alfonso : admitió rogado, hizo actos de Soberano de Alemania en Castilla, nombró su vicario , obsequió á los príncipes , colmólos de rentas. Pero ni esto , ni diez y ocho años de pretensiones , en el curso de quatro pontificados , pudieron hacer valer su derecho. Acaso hubiera sido nuestro Alfonso Emperador de las Germanias , si como otro Alfonso Emperador de España , hubiera mandado un buen Cid á que esta misma Germania conociese su dependencia ; pero una cadena de raros incidentes se lo estorbáron.

Los Árabes, en quienes es genial la inquietud , tratáron de sacudir el yugo de la obediencia. Granada , Murcia , el resto de Andalucía se levantó : tres victorias domáron al granadino : ganó á Murcia el aragones, y entrególa : un nuevo sitio recuperó á Xerez, y otros á las demas plazas. Con igual facilidad se apagáron algunas revoluciones domésticas , centellas de un fuego que iba á abrasar todo el reyno, y cuyo origen es digno de saberse.

Abrigaba Castilla una nobleza aguerrida, pero libre: frugal, pero indomable: de tan inveterado valor, como ardimiento, y á su frente la gran casa de Lara, funesto don de la cólera del cielo, á quien una serie de ofensas contra su señor natural, junta á otra, tal vez mayor, de grandes servicios habian puesto en posesion de alborotar el reyno, y de no serle perjudiciales las conseqüencias. El xefe de esta ilustre familia, destinada para azote de Castilla, mal contento por unas abultadas quejas, de que no queria satisfaccion, olvidado de una multitud de beneficios, de que no era benemérito, convocó la nobleza, cuya voz llevaba, acaloró los ánimos, y enarboló al fin el estandarte de la rebellion, cuyos motivos (los verdaderos y ciertos, no los fútiles que proférian, pues, como en todos los levantamientos, estaba la voz muy distante del ánimo) se cifraban todos en un bien universal, que quiso hacer Alfonso. Una de las leyes * de su nuevo código anulaba todo juicio hecho por el antiguo libro de las fazañas, ídolo de los hijosdalgo, en que una sentencia errada, vuelta

* *Ley 1. tit. 2. Part. 3.* Como non vale el juicio que es dado so condicion, ó por fazañas.

en costumbre, autorizaba el desacierto y perpetuaba la injusticia. Este santísimo estatuto, que desnudaba á los ricos hombres de privilegios gravosos á la plebe y al trono, fué el verdadero estímulo, que los enardecía. La benignidad, la bondad real dió alas á su atrevimiento. La dulzura aumentó su arrojo. Para contenerlos, juntó el Monarca aquel gran consejo, que, como recurso único en los últimos apuros, se congrega raras veces: no como la Dieta de Ratisbona de solo príncipes, donde á cada voto puede acompañar un ejército: no como la de Varsovia, donde unida la tumultuaria nobleza polaca, la protesta de un individuo inutiliza la resolución del cuerpo: no como la de Lóndres, donde el ínfimo pueblo regla hasta las diversiones del soberano; sino un concertado Areopago, donde diputados de todas las clases del reyno pesan con madurez las urgencias y los remedios, los cargos y la satisfacción. Juntas pues Cortes, conocióse la razón de Alfonso, que cedió no obstante, cedió á la necesidad, y otorgó quanto querían los ambiciosos Laras y sus aliados. Pero quando debiera esperarse que calmara sus alborotos con un paso no previsto, desaforados segun la costumbre del

tiempo, fuéron á sembrar la disension, perpetua compañera suya, al palacio que les pres-
 tó su acogida. Corramos un velo á estos aten-
 tados , y perdone la pluma la memoria de
 los que á ruego de su primogénito quedáron
 tambien por Alfonso, proporcionando á ellos
 y sus descendientes esclarecidos tal cúmulo
 de méritos, que borran hasta el recuerdo de
 su pasagera inquietud.

Veinte y un años de mando con tan varios
 sucesos habian ya corrido desde el de 1252
 en que ciñó la corona , quando acabadas , ó
 sosegadas por algun tiempo tantas disensio-
 nes , partió á verse con el pastor universal,
 y alegarle sus derechos al Imperio. Solo sa-
 có del penoso viage el último desengaño. La
 fortuna , que por tanto tiempo le habia li-
 sonjeado con quanto puede haber mas hala-
 güeño , le tenia en depósito para la senec-
 tud el fatal vaso de sus desayres. ¡ Con que
 magnanimidad apuró Alfonso sus amargas
 heces! Parece viniéron los trabajos á acabar
 de mostrar quan grande era. Pierde el Im-
 perio , y al volverse salió á su encuentro el
 melancólico genio de la desventura con el
 mas lúgubre tropel de sequaces. Muere Fer-
 nando , Fernando , aquel príncipe augusto,

aquel jóven amable , que era el consuelo , la esperanza , las complacencias de su padre. A esta pérdida acompañó la de dos batallas, y en ellas la del xefe de los Laras, y la del Primado de España , la de Jayme el Conquistador, en quien hallaba obras de amigo, consejos de padre, y últimamente la del reyno, que casi quedó hecho presa de los bárbaros: cosas todas que se uniéron para abrumar su constancia. Todo mortificó su corazon, nada pudo abatir su espíritu. Vuelve á Castilla , hállala salva por la intrepidez de Sancho : aplícase á remediar sus menoscabos , como si al paso que sus desdichas creciese su valor.

Concedidas treguas á los extraños mientras ponia órden en su reyno , nombró por sucesor en la corona, por no haberse aun fixado, ni establecido el derecho de representacion , al ardiente Sancho , para premiarle lo que trabajó en conservarla. Juróse, y tranquilo lo interior, como si en las grandes acciones tuviese vinculado su descanso , emprendió tomar á Algeciras , con lo que lograba ya facilitar su expedicion de África, que tantos contratiempos no le habian borrado de la mente, ya asegurar sus dominios

de invasiones , ya quitar al de Granada la oportunidad de los socorros. Juntó la armada mas poderosa que vió Castilla, alistó número correspondiente de tropas, oró á su vista recordándoles sus pasadas victorias, y pertrechados de todo lo necesario , fió la conducta á dos hijos. Parten briosos, ponen el sitio, estrechan á los cercados, y quando estaban en el instante de tomar la plaza , una infame maniobra de D. Sancho, invirtiendo contra la causa pública los caudales, que enviaba Alfonso, en sus propios intereses, dió ocasion al africano de forzar la armada falta de sustento y de soldados , y de impossibilitar el logro. Para subsanar Alfonso esta quiebra, se aprestaba á salir á campaña á pesar de sus años, quando le detuvo los pasos una dolencia. Recobróse, y por la última vez quiso teñir en sangre el Genil y el Darro. ¡Que glorioso le hubiera sido terminar en sus márgenes su vida! ¡Que triste, que agria le fué la poca restante! El que estaba enseñado á recibir en su trono , cercado de reyes tributarios , ya los respetos de un Soldan de Egipto, ya las lágrimas de una Emperatriz, ya la misma corona de un imperio , va... la pluma se retrae de expresarlo.



La virtud, ni la filosofía no engendran los hijos; fuélo Cómmodo de Marco Aurelio, y de Septimio Severo Caracalla, como lo fué Joatan de Ozías, y Ezequías de Acház. Eralo tambien de Alfonso, Sancho: Sancho, aquel natural turbulento, cuyo valor degeneraba en ferocidad: que de justiciero se pasaba á cruel: que debió sus hijos á un incesto: que no conoció el semblante de la paz. Sancho á quien Alfonso fió sus tropas, á quien llamó á la sucesion. Sancho que debia ser sumiso, fiel, como hijo, como vasallo concibió el horroroso crimen de destronar á su Rey y á su padre. ¿Puede haber otro mayor que promoverlo, mayor que conseguirlo? Haylo en efecto, y si no lo alcanzó, intentólo el ingrato Sancho. Aspiró á justificarlo. Para ello en una Junta que convocó la perfidia, abultó la maledicencia estas acusaciones: el homenaje alzado á Portugal: los excesivos dispendios: querer entregar á Jaen al uno de los Cerdas: y el rescate de la Emperatriz de Constantinopla. Antes de oír la sentencia, veamos lo justo de estos cargos.

Permitiósele á Alfonso VI. por dote de una hija ceder de sus dominios á un extranjero, y nó se le permitirá á Alfonso el X. en

iguales circunstancias alzar un feudo á un nieto? ¿Si dexó al portugues libre , no sujetó la Navarra? Sus gastos diéron al reyno amplísimos dominios , aumentos á las ciencias , esplendor al trono , respeto á los de fuera , y todos , todos fuéron necesarios , ya en una casa real tan numerosa , ya en viages tan distantes , ya en urgencias imprevistas : ¿ y heredar á los Cerdas era injusto? ¿ Donde están sus delitos? en que eran acreedores al odio de Alfonso?

Los que condenan todo aquello , de que no se sienten capaces , no pueden ménos de baldonar como excesos unos rasgos que pasando sus límites , ni aun se conceden á su admiracion. Cargar Alfonso sobre sus hombros el enorme peso de las desgracias de Baldovino , y dar al mundo el raro espectáculo de tan magnífica generosidad para con un ilustre desvalido , miéntras mas excede los alcances de las almas comunes , tanto mas distantes están ellas de apreciarlo. Quien tenga la grande alma de Alfonso , sabrá dar valor á estas circunstancias. Un Soberano que puede , un Príncipe que sufre , una Emperatriz que ruega. Alexandro y Crátes , no Parmenión , ni el pueblo pueden ser Jueces de si

trató el oro como monarca con magnanimidad, como filósofo con desprecio.

Y como si á ser ciertos, fueran pocos estos desórdenes, osó la calumnia escalar hasta el trono, y manchar su fama con el borron mas denigrativo: ella divulgó, que el hijo, el sucesor de Fernando el Santo era un impío sin religion. ¡O, si me fuera correspondiente á mí exôrnar los hechos destinados á los ministros del templo! Yo acordara el sinnúmero de fundaciones que hizo en tantas conquistas, los cinco nuevos pastores que aumentó á los del reyno *, la grandeza con que dotó al hispalense: como en lo florido de su edad labraba su sepulcro en medio de las aguas, para que su cuerpo exánime defendiese de infieles un importante puerto: como el padre universal de los creyentes le daba gracias por su zelo: como adornó las tumbas de sus mayores con una magnífica piedad, superior á su tiempo, y admirada en el nuestro. Yo le siguiera paso á paso, y las datas de sus privilegios demostrarían que no estuvo en pueblo, no pasó dia en que no librase, en que no sellase alguno

* Fundó los Obispados de Murcia, de Badajoz, de Cartagena, de Silves, y de Cádiz.

á su clero , á las religiones , como él decia en todos : *por el gran sabor que habemos de facer bien ó merced.* Yo finalmente le haria ver con la cítara y el salterio entonar loores al mas tierno objeto de la devocion , levantar á su nombre una ilustre órden de caballería , consagrarle uno y otro volúmen , y no olvidarlos ni en su testamento.

En vano me detengo. El iniquo tribunal promulgó esta sentencia. *Que Alfonso de allí adelante no administrase justicia, y le fuesen quitados los castillos y fortalezas : que no se le acudiese con las rentas de su reyno, ni fuese acogido en villa, ó castillo.*

Solon , Licurgo , Césares , Pelayos , conquistadores de todas las edades , legisladores de todos los imperios , príncipes de todos los siglos , vosotros todos los del décimotercio , que ó recibísteis el cingulo militar , ó cobrásteis pensiones , ú os honrásteis con el deudo de Alfonso, venid á ver á este Monarca sexâgenario, rasgado su imperial manto, usurpadas nueve coronas, abandonado de sus hijos , dexado de tanto príncipe de su sangre , despreciado de todos los suyos. Vosotros, sabios españoles, que le debeis tanto, Azpilcueta , Covarrubias , Agustin , Lopez,

venid á ver al reformador de nuestra Jurisprudencia: Ercilla, Villégas, Garcilaso, venid á ver al creador de vuestro dulce arte: Zurita, Mariana, Moráles, venid á ver al primero de nuestros historiadores: tú, ilustre Mondéjar *, ven, llega, mírale atentamente: correrán lustros, y el cielo te destinará para sus desagravios: venid á ver solo á un Rey á quien seis reyes le pagaron tributo, á un Soberano, de quien eran vasallos ocho soberanos: solo, al Monarca mas célebre de su siglo: solo, al mas sabio de Europa.

Todos ménos su corazon le faltaron. En tan extrémadas circunstancias castigó como padre y como Rey: desheredó, maldixo ** al instrumento de sus males, y se aplicó á repararlos. El mismo que tenia dispuesto llevar los caballos andaluces á Tánger, traxo hasta Córdoba los ginetes africanos: empeñó su diadema ***, y con quantos socorros arbitró la necesidad, salió á campaña. Habia tiempo que le habia vuelto la fortuna las espaldas, para que le fuesen felices sus sucesos. Fuése el inútil quanto generoso apoyo,

* Véase la nota baxo la letra T.

** Véase la nota baxo la letra V.

*** Véase la nota baxo la letra X.

dexando á Alfonso á solos sus leales sevillanos. Capaces fuéron de darle una victoria; no ya como las que solia lograr en la enemiga vega, sino en sus mismas posesiones, fruto de aquel frenesí, que arma al padre contra el hijo, al súbdito contra el señor, al hermano contra el hermano. Novecientos de Alfonso se encuentran con innumerables del rebelde hijo. Batalláron las causas, no los brazos: de una parte el pudor, de otra el desenfreno: aquí la honestidad, allí el incesto: la lealtad con unos, con otros la rebelion: la equidad contra el crimen, la constancia contra la ferocidad, y en fin la templanza, la fortaleza, la piedad, todas las virtudes con la iniquidad, con el furor, con el parricidio, con los vicios todos. Quedó el triunfo por Alfonso; ¡pero que costoso! sangre era suya la que vertia y derramaba.

Viene Sancho á acudir al peligro: sábelo Alfonso: parte casi solo en su busca, no para ganarle otra batalla, sino para ver si podian algo sus canas venerables. Sancho, á pesar de su braveza, teme el encuentro, huye, jura no verse con su padre: entónces este, arrasados los ojos en lágrimas, prorrumpe: *Sancho, Sancho, mejor te lo hagan tus*

hijos, que tú contra mí lo has hecho: que muy caro me cuesta el amor, que te oye: y siendo la primera vez que se siente la fuga del enemigo poderoso, vuelve á su leal ciudad, oprimiendo su espíritu la tribulacion. Extendióse el nuevo ultrage del irreverente hijo: sus hermanos, los grandes le abandonan en gran número: pierde á Mérida, quiere en vano recobrarla: piensa tratar de ajuste: estórbanselo sus pocos aliados: vase á Salamanca, y una aguda dolencia le arroja á los umbrales de la muerte: creyóse inevitable: divúlgase la fama como cierta: salió del palacio, voló á la bética, entró en Sevilla, llegó al alcázar, subió al trono. Ea, Alfonso, dice, ya te vengó el cielo, ya es mi despojo tu tirano, el hijo parricida, tu enemigo perpetuo. Tras ella mil ciudades se apresuraran á prestarle obediencia.... ¿A donde vais? Volved atrás, id al Príncipe que estará recobrado. Alfonso ya no existe: murió perdonándole, y perdonándoos á todos. El que sufrió con heroísmo perder un imperio, ser despojado de un reyno, verse solo, sin hijos, sin pueblos, sin vasallos, no pudo sobrevivir á la pérdida de Sancho: lloróle hasta que le acabó la congoja de su ánimo.

¿Y acabáronse con él sus desayres? ¿Pasará el encono mas allá de sus dias? ¿Será la posteridad tan injusta como sus hijos? ¡Ah! las densas nieblas, que le cercáron en sus postrimeros años, han tardado quinientos en disiparse. En este intervalo, Alfonso, que conquistó tres reynos, que hizo tantos tributarios, que venció tres funciones, que no perdió ninguna, que expugnó diez y siete ciudades por su persona, y por sus armas, pasará por poco guerrero y ménos afortunado. Alfonso á quien tanto desveló la justicia, que no tuvo mas alcázar, mas corte, que el sitio que exígia su persona, ya Búrgos, ya Toledo, ya Sevilla, ya el mas humilde pago, pasará por un monarca distraído. Alfonso, que en fomentar, en entretener la desunion entre los arraeces y el granadino, usó del mas fino rasgo del arte de reynar, pasará por un príncipe falto de política. Alfonso con tanto volúmen parto de su ingenio será tan desgraciado, que este apénas le concederá una leve tintura de la esfera, aquel le escaseará la gloria de su código, el otro el trabajo de su crónica, y un tropel le negará el justo, el merecido epíteto de Sabio. Alfonso que anheló por comprimir el luxo desmedido, que

promulgó reglamentos mitigándole*, pasará por un Rey, que profesaba un fausto oriental. Alfonso, de quien no habrá santuario en las Castillas, que por prueba de su piedad no ostente, ó dotacion; ó privilegio, pasará por soberano poco religioso. Pero pasarán, mejor diré, pasaron tan fatales influxos: llegó el reynado de la razon, la época de la crítica, el dominio de la justicia, el tiempo del discernimiento, el imperio de las ciencias, el siglo de las luces, y á los venideros se transmitirá ilesa la memoria de D. Alfonso el Sabio.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

* El año de 1260 en la Corte de Sevilla procuró remediar con graves penas el notable exceso de los trages.

NOTAS.

A **E**l respeto á los antepasados, y cierta especie de buen agüero, le destinó el de Alfonso. Nombre á que se habian unido los epítetos de Católico, &c.

Lo raro de que veinte y tres reyes, que con este nombre han dominado en España, hayan sido príncipes ilustres, nos impele á hacer un reducido catálogo de los monarcas, que forman el elogio del nombre de Alfonso.

Glorioso principio dió Leon con D. Alfonso el Católico, cuya vida fué un texido de triunfos, y en cuya muerte tomó el cielo á su cargo las exequias.

Alfonso, que mereció el renombre de Casto, epíteto tan honroso como el de Conquistador, que los abusos del poder hace tan raro en los soberanos, fué el segundo. Venció á todos sus contrarios como á sí: negó un infame tributo, mostrando su valor que no debía pagarle: fabricó suntuoso depósito al sagrado cuerpo del patron de España, que las historias antiguas suponen hallado en sus días: acabó lleno de glorias, de acciones y de años.

Alfonso el Grande fué el tercero. Medio siglo de triunfos le adquirieron este nombre. No conoció la desgracia hasta que en D. Garcia halló el primer enemigo, que no queriendo vencer, dió el exemplo nuevo en España de ser destronado por un hijo; y para que sus acciones tuvieran mas similitud con las de nuestro Alfonso, escribió la Historia nacional en la época descuidada desde el reynado de Wamba hasta el de su padre: monumento precioso, que no le honra ménos que sus conquistas.

Alfonso el quarto obtuvo poco mas de un lustro la corona, que abdicó á violencias de su hermano.

Alfonso el quinto, apenas desde una minoridad llena de trofeos preparaba su aliento á otros, quando en Viseo la perdió sobre el lecho del honor. Logró antes haber mejorado las leyes de los godos: cuidado propio de Alfonsos.

Alfonso el Valiente fué el sexto, y primero de Castilla. Por la escala de las mayores adversidades, que sufrió con heroísmo, supo ascender á la cumbre de la prosperidad, que mereció, y en que supo mantenerse la larga serie de sus años. Fiel á la palabra dada á un generoso bárbaro, esperó su fin y el de su hijo para apoderarse de Toledo. Despues de restituir su trono á la antigua metrópoli: despues de haber engrandecido su estado con la conquista de un reyno: despues de haber hecho de los príncipes enemigos reyes tributarios, falleció; dexando á sus sucesores su exemplo, sus conquistas, y el título de Emperador, que compró á tanto precio.

Alfonso el séptimo, nieto del antecedente, hizose coronar Emperador: sostuvo una gloriosa guerra á Aragon y Navarra: púsole la ley: dirigió sus huestes contra los moros, de los que logradadas algunas ventajas, su temprana muerte le cortó el curso no interrumpido hasta entónces, falleciendo en el campo, teniendo por lecho el arriño de un roble.

Alfonso el Bueno, ó, lo que entónces era lo mismo, el Noble, fué el octavo. Supo vindicar los agravios hechos en sus tiernos años conquistando lo usurpado por Leon y Navarra: y aunque su impaciencia de ganar honra le atraxo una derrota grande y una herida peligrosa, vengó esta, y se recuperó de aquella en la memorable batalla de las Navas, de las mayores de España, y de las célebres del orbe. Fundó la primera universidad de la nacion: y despues que su dilatada progenie le hizo contar entre sus nietos á S. Fernando y á S. Luis, murió sin haber desmentido, ni su religion, ni sus hazañas.

Alfonso el noveno, padre de Fernando el Santo, amado por su equidad, temido por su valor, dexó la imitacion de uno y otro á su sucesor, despues de la gloriosa conquista de Mérida.

Alfonso décimo el Sabio, &c. &c. &c.

El último Alfonso de Leon y de Castilla reynó desde la cuna. Aunque pudo vengar los desórdenes causados durante su minoridad, se contentó con enmendarlos. Quiso emplear su vida en mas útiles acciones, y como si presintiese su corta duracion, se apresuró á coger laureles de los barbaros. Intentan estos vengar tantas muertes, tantas plazas, y en las márgenes del Salado dexan á Alfonso un triunfo tan señalado como el de las Navas, y de mas prodigiosas resultas. Siguió dirigiendo sus armas contra el funesto Gibráitar, donde le halló la muerte, siendo el tercer Alfonso, que encontrabá con ellas en la mano.

Navarra gozó solo un Alfonso; pero Alfonso, que reunió en sí el imperio de España: que desdennó el título de Rey: que abdicó el gobierno del mayor estado de la península por los pundonores de la honra: que ansioso de gloria le costó muchos años de triunfos ser conocido por el Batallador: que adorado de un pueblo de quien era las delicias, mal hallado con la adversidad, á que no supo acostumbrarse, no le compensáron veinte y nueve batallas, de que no abusó, el bochorno de perder la segunda á que no quiso sobrevivir.

Aragon cuenta por primer Alfonso al antecedente, y por segundo á un monarca, que aumentando sus estados con los de Cataluña y Provenza, habiendo ganado muchas ventajas de los moros, fué de sus menores prendas el valor, y acabó un reynado feliz dexando á la posteridad el problema de si le habian de nombrar el Sabio, el Virtuoso, ó el Casto.

Alfonso el Bienhechor pudo grangearse este título en el corto tiempo de su mando, pues apenas habia asegurado su corona, ofrecida al xefe de

los Valois, y aumentádola con las conquistas de las Baleares, quando murió, aun no cumplidos 28 años.

Á Alfonso el quarto la obediencia á su padre, y los laureles cogidos en Cerdeña le merecieron el cetro, que no quiso gozar su primogénito. Llévle con dignidad, vindicóle contra Castilla, y á acciones que le merecieron el título de Benigno, detuvo una temprana muerte los pasos.

El último Alfonso de Aragon, y el mas ilustre, fué el que por sus hazañas mereció llamarse el Magnanimo, y el Sabio por su aficion á los literatos. Renovó los triunfos del capitolio en Nápoles, conquista suya, donde, despues de un reynado lleno de acciones heroycas, murió colmado de aplausos y de dias.

Fué la Monarquía portuguesa obra de un Alfonso, á quien le costó llamarse rey vencer á cinco: y para que este nombre pasase á sus sucesores dignamente, conquistó el reyno, la capital, el título y las armas. Hízolas respetar de Castilla, de Aragon, de los árabes. Gozóle casi un siglo, y acabó quando no pudo con los años.

Alfonso el segundo, tan terrible á los suyos, como á los extraños, aumentó su reyno, y le disfrutó once años.

Alfonso el tercero, formidable á su hermano y á todos sus enemigos, libró á su reyno de feudos, y obtenida una hija del nuestro, acabó glorioso.

Alfonso el quarto, despues de hacer guerra á los castellanos, se prestó á socorrerlos, quando se trató de ganar honra, con lo que tuvo en la jornada de Tarifa buena parte en el trabajo y en el triunfo.

Alfonso el quinto, á quien sus muchas victorias de la otra parte del mar renovaron el título de Africano, mereció la admiracion de sus enemigos al ver su grandeza de ánimo en adversidades mucho mayores que sus lauros. Su vida texida de acaecimientos, todos grandes, aunque no todos felices, ni acertados, acabó en el décimo lustro su carrera.

B Este reducido plan, que hemos propuesto como curso de los conocimientos de Alfonso, cuyos primeros pasos, é instruccion se ignoran absolutamente, es el natural á que se entregan aquellos hombres grandes, que se creen capaces de todo, y el que la historia presenta como carrera del hombre en comun. Despues que la necesidad, fecunda madre de nuestras invenciones, produjo entre los márgenes del Nilo la Geometria, entre el comercio de Tyro la Aritmética, y en el despejado horizonte de Babilonia la oportunidad de observar, Grecia, que fué la primera que se aplicó á aprender con método, produjo á Táles y Pitágoras, que con los antecedentes instrumentos, que hallaron preparados, se entregaron á una investigacion inútil respecto á ellos, su patria y su siglo. Tres generaciones corrió el género humano abandonado á la manía de conocer la esfera, olvidado el hombre del hombre, y abismados entre conjeturas absurdas, hipótesis ridiculas y sistemas temerarios, sin que lo pudiese impedir lo seguro de los principios, pues en la ciencia de Euclides y de Copérnico, que son los conocimientos naturales mas ciertos, se funda la de Cardano, que es el mayor de los desbarros. La persecucion de Anaxágoras, el decreto de los atenienses prohibiendo la ciencia de los astros, y la vida de Sócrates, dió nueva luz á la Filosofia mas útil, mas cómoda y de mejores consecuencias. Halló Sócrates, preguntándose á sí, lo que todos sus antecesores no habian hallado en el cielo, un Dios, y encantado con las puras máximas de su moral, despreció toda inquisicion de la naturaleza. Tal es nuestro temperamento: no evitamos un extremo sin precipitarnos en el opuesto. Platon sigue á Sócrates, y síguete en casi todo, aunque haciendo uso con juicio y con acierto de la Fisica y Matemática. Aristóteles puso la última mano, dando lugar entre la esterilidad de los preceptos á las gracias del hermoso arte de persuadir, á la amenidad de las bellas letras, para hacer de un filósofo, no un ente abstracto, sino un



individuo de la sociedad: pues la sátira del estoico Cleanto, que los *Peripatéticos* eran semejantes á los instrumentos músicos, que hacen ruido sin entenderse á sí mismos, les conviene tanto á ellos, quanto de ningun modo á su maestro.

C Llegó al ejército (en el sitio de Sevilla) en el que obró tanto, que mereció dexasen á su eleccion las condiciones del triunfo.

Proponiendo los moros al Santo Rey, que se entregarian, si les dexasen derribar la principal mezcquita, los remitió al Infante, que respondió con heroyca resolucion: *Si arrancaban una sola teja, haria pasar á cuchillo los moros de ámbos sexos.* Ocurrió segunda vez al Rey, que se darian, si se les dexaba arruinar la torre, que él haria otra. Mandados al Principe, respondió, *que con quitar un ladrillo, perderian todos la vida.* Conociendo cumpliría su palabra, se rindieron.

D Idioma (el español) que un héroe que los posea todos, le prefería como el mas á propósito para llevar sus suspiros á la Divinidad.

Carlos V, que hablaba el flamenco, el alemán, el español, el francés y el italiano, solia decir con tanta gracia como razon, que para emplear estas lenguas segun el uso á que eran adecuadas, se debia hablar italiano á las mugeres, alemán á los caballos, francés á los hombres, y español á Dios. Que los alemanes hablaban como carreteros, los ingleses como niños, los italianos como enamorados, los franceses como amos, y los españoles como reyes.

E Es la Jurisprudencia el alma de la sociedad, &c.

Hijas de la malicia de los hombres son las leyes. No hubiera castigos á no haber iniquidad. La propension de todos á lo justo haria ociosos los premios. Deseando todos lo lícito, no tuvieran límites los deseos. Pero pasado este tiempo, que jamas

ha existido sino en las fogosas imaginaciones de los poetas: pero rota la igualdad, fué preciso se ligasen las sociedades con el sagrado nudo de las leyes. Moyses, así como fué el primero de los escritores, lo fué tambien de los físicos y legisladores. Raros vestigios nos quedan de los tiempos heroicos: solo puede decirse de tan caduca antigüedad, que la menor complicacion de las necesidades hacia mas sencillos los reglamentos. Empezó Grecia á florecer en filósofos como en generales. Aténas y Esparta las mas pingües produxéron los mas célebres: tuvieron leyes, pero leyes que caracterizaban el genio de ámbos pueblos. Pocas, concisas, duras las de Lacedemonia formaban unos racionales intratables, unos guerreros feroces, una junta amarga, y una nacion virtuosa. Cultas, sutiles, dulces las del ático, constituían una union agradable, unos hombres civiles, unos héroes humanos, y una nacion veleidosa, altanera y desigual. Aquellas convenian á un pueblo sobrio: estas á uno voluptuoso. Su rigidez vinculó en las unas su duracion: su condescendencia reduxo á las otras á su inobservancia. Nació Roma, tuvo soberanos, y con ellos leyes, que convenian á su despotismo. En tiempo del último, Sexto Papirio formó el código, que lleva su nombre, primera porcion del derecho escrito, que compuso el romano. Abrogó su uso, si es que le tuvo, la extincion de sus promulgadores, y el odio de su memoria. Siguióse la ley tribunicia de corto intervalo, pues conociendo su rusticidad, quisieron mejorarla. Dió Grecia leyes á Roma ántes de recibirlas. Forman los Decemvros en las doce tablas el perpetuo monumento de su justicia, de su prudencia, de su integridad; empero congeniando mas la gravedad romana con los monosílabos espartanos, que con la loquacidad ática, hizo leyes justas, pero ilegibles, equitativas, pero obscuras. De aquí la necesidad de comentarios: de aquí la precision de interpretar el derecho: de aquí la consecuencia de embrollarlo: y de aquí el Eliano, el Flaviano, las acciones

de la ley, que junto con los arrebatos del pueblo, los bullicios de los Gracos, las corrupciones de Druso, las tiranías de Sila, dió ocasion á los plebiscitos, á los senatusconsultos, al derecho honorario, y formó del civil una ciencia intratable y horrosa. Nueva mudanza. Cae la República: érígese, ó renuévase el trono, y en el capricho del que le ocupaba toda ley ó derecho. Imperando Diocleciano únense las instituciones de los antecedentes monarcas en los códigos gregoriano y hermojeniano del nombre de sus compiladores. Perfeccionó Roma su ciencia. Muda el Imperio de silla. Divídese. Teodosio el Joven en Constantinopla hace formar su código, que la irrupcion de los bárbaros hizo inútil en el Occidente. Roma despues de saqueada vuelve á tener la forma de imperio. Emplea Justiniano en el Oriente diez famosos jurisconsultos para que coordinasen en un cuerpo todo el derecho antiguo, que habia en catorce siglos padecido tanta variacion. Ponen estos fin á la vasta empresa, dando en el Digesto ó Pandectas un resumen de dos mil libros, y de doscientas mil sentencias: en la Instituta un epitome del derecho, y un método para facilitar su inteligencia: en el Código la recoleccion de las constituciones imperiales, y en las Novelas y Auténticas un suplemento al último, que completó la obra; mas los godos y demas septentrionales, que hicieron ningunas las de Teodosio, no dieron lugar á las de Justiniano.

Cede Honorio lo que no podia mantener. Toca á los visogodos España. Conquistada, fué preciso fortalecerla con el baluarte de las leyes. Una de las primeras vedó todas las extrañas. Al mismo tiempo disfrazó Alarico las de Teodosio, y acomodadas al carácter de la nacion se las presentó en 506, habiendo un siglo se gobernaba por costumbres semibárbaras. Casi otro despues, imperando el ilustre Leovigildo, las mejoró el grande Isidoro. En Toledo en el mismo siglo se publicó el memorable Fuero Juzgo, que dos despues, perfeccionado

por Égica, completó el código godo. Siguióse á poco la funesta catástrofe de la monarquía. Vencedores los árabes desde Gibraltar á las Indias, fueron necesarios vasallos ántes que leyes. Tuviéronlos á costa de prodigios Leon, y despues Castilla, y está y aquél en el onceno siglo las dictáron, haciendo Alfonso el V. un Derecho gótico leonés, que se conservó en el reyno hasta el tiempo del nuestro. Sancho, convocada la nobleza para vengar la muerte de su inmortal padre, formó el famoso fuero, que se conoce por el viejo de Castilla, único que se observaba en sus tribunales. Unense ámbos estados en D. Fernando el magno; pero quedó cada uno fuertemente asido á la observancia de sus leyes. Extendidos sus dominios, lo fueron tambien sus fueros, con antelacion el de D. Sancho, en especialidad en Castilla la nueva, ó en atencion á sus pobladores, ó porque siendo un código militar, congeniaba con aquella era, adequando sus privilegios á inspirar el espíritu de conquista. Ensancharonse estas prodigiosamente con los sucesores de los Fernandos y Alfonsos, y á su coronacion halló el nuestro casi otros tantos cuerpos de derecho civil, quantas eran las aldeas de sus estados. Jactaba Castilla el suyo, ostentaba Leon el propio, y cada pueblo de conquista con su fuero municipal hacia una legislacion aparte. La diversidad de señoríos, y la diversidad de vasallages aumentaba confusiones, y en el corto recinto de Castilla y Leon se alimentaba una jurisprudencia tan complicada como la de la vasta Alemania.

F. Alfonso, que tenia á su favor toda la presuncion del derecho, ha reasumido este no pequeño blason de su talento (ser autor de las Partidas).

La averiguacion del autor de las Partidas es uno de los puntos más controvertidos, en nuestros fastos; pero deponen á favor del de la Crónica general la igualdad de la dición, con una pureza superior á su siglo: la particularidad de ver su nombre en la letra inicial de cada Partida: así

- ▶ *El servicio de Dios, y pro comunal de las gentes, &c.*
 ▶ *La Fe Católica de N. S. Jesuchristo avemos monstrado.*
 ▶ *Hizo N. S. Dios todas las cosas muy cumplidamente, &c.*
 ▶ *Obras señaladas dió N. S. Dios al omne, &c.*
 ▶ *Ascen entre los omes muchos enxecos, &c.*
 ▶ *Desudamente dixéron los sabios antiguos, &c.*
 ▶ *Olvidanza y atrevimiento son dos cosas que hacen á los omes errar mucho.*

Rasgó vivísimo del carácter del genio del monarca, y sobre todo su confesión, quando entre sus últimos legados: *Otrosí* (dice) mandamos al que lo nuestro heredare el libro que nos fecimos septenario. Este libro es de las siete Partidas: siendo por cierto verósímil, que al modo que para sus tablas empleó quantos hombres hábiles pudo atraer su magnificencia, para este cuerpo de leyes practicó las que dictó á sus augustos descendientes, et que las fagan con consejos de omes sabidores et entendidos et leales et sin cobdicia (l. 9. 17. y 19. tit. 1. P. 1.). Por más impropias que padezcan estas puntualidades á la naturaleza de una obra oratoria, el triste estado de la reputacion de nuestro héroe para muchos semidoctos, las hace precisas, y obliga á que algunas veces tome visos de apología el elogio:

G Celebrar los hechos del discípulo de Aristóteles, ni quien de alguna suerte debió la salud, fuéron los altos azuntos de sus metros.

Estando gravemente enfermo, la amena leccion de Quinto Curcio le recobró la salud, lo que le obligó á decir con el dialecto del Historiador á quien tanto estimaba: *Valeant Avicenna, Hippocrátes, medici ceteri; vivat Curtius sospitator meus.* A Dios Avicena, Hipócrates, médicos todos: viva Curcio mi conservador.

H Consultó Archivos, juntó noticias, adquirió luctes, y presentó al fin una (Historia).

En dos recibos suyos dice: "Sepan quantos esta carta vieren como yo D. Alonso, &c. Otorgo, que tengo de vos el Prior y Convento de Santa María de Nájera prestados estos libros: las Adiciones de Donato, Estacio de Tebas, el Catálogo de los Reyes Godos, el libro Juzgo de ellos, Boecio de Consolatione, un libro de Justicia, Prudencio, Górgicas de Virgilio, Epístolas de Ovidio, la Historia de los Reyes, Isidro el menor, Donato el Barbarismo, el Comento de Ciceron sobre el sueño de Scipion; é otorgamos los enviar tanto que los hagamos escribir; é porque esto no venga en duda, os do esta, &c. &c., Y en otro á favor del Cabildo de la Iglesia Catedral de Ávila, el libro de los Cánones, las Etimologías de S. Isidoro, las Colaciones de Juan Casiano, y el Lucano, si no es el Lucano. Las observaciones aquí óbvias las conocerá qualquiera qué reflexione.

I Y aunque la memoria de Geber, de Albategnio, de Arzaket y Alhá no sea ménos cara que la de Galileo, de Kepler, de Casini, y la Lande, &c.

Geber, célebre matemático, é inventor ó adicionador del Álgebra. Albategnio, gran astrónomo. Arzaket, el que denotó la obliquidad de la eclíptica de $23^{\circ} 33'$. Autor de una hipótesis ingeniosísima con la que explicaba, ya la excentricidad del sol, ya su movimiento apogeo. Estribaba en hacer mover el centro de la órbita solar en otra pequeña, mediante la qual, aquel podia aproximarse, ó alejarse periódicamente de nuestro globo. Idea que para explicar las desigualdades del sol fué adoptada por Copérnico, y cuya dichosa aplicación para otras investigaciones ha sido el fruto de los trabajos modernos. Alhá, el primero que habló de los crepúsculos, y el primero que demostró quan útil era en la Astronomía la doctrina de las refracciones, de que sus antepasados no cuidaban, escribió un tratado de Optica.

K Llamó Alfonso á su sombra quantos profesores cristianos, judíos, árabes, de España, de la Europa, del Oriente pudo juntar su magnificencia.

El mismo Alfonso en su libro del Candado, dice, que teniendo noticia de un gran astrónomo, que habia en Egipto, mandó por él: acaso entónces tendria el Soldan noticia de su erudicion.

L El los presidia, y en su ausencia sus maestros.

Segun el prólogo de un códice antiquísimo de las Tablas: "Mandó el Rey se juntasen Alen Ragel, y Alquibicio, sus maestros, de Toledo: Aben Musio y Mahomat de Sevilla, y Joseph Aben Ali y Jacobo Abvena de Córdoba, y otros mas de cincuenta, que traxo de Gascuña y de París, con grandes salarios, y mandóles traducir el Quadripartito de Ptolomeo; y juntar libros de Menesam y Algazel. Dióse este cuidado á Samuel y Jehuda El Conheso, Alfaquí de Toledo, que se juntasen en él Alcazar de Galiana, disputasen sobre el movimiento del firmamento y estrellas. Presidian, quando allí no estaba el Rey, Aben Ragel y Alquibicio. Tuvieron muchas disputas desde el año de 1258 hasta el de 1262, y al cabo hicieron unas tablas tan famosas como todos saben: y despues de haber hecho esta gran obra, y de haberles hecho muchas mercedes, los envió contentos á sus tierras, dándoles franquezas, y que fuesen libres ellos y sus descendientes de pechos, derechos y pedidos, de que hay cartas fechas en Toledo á 12 dias andados del mes de Mayo, era 1300., Hasta aquí el Prólogo.

M El era su censor, &c.

En uno de los libros de la esfera, que mandó traducir, se lee: "E despues lo enderezó é mandó componer este Rey sobredicho (Alfonso) é tolló las razones, que entendió eran sobejanas, é dobladas, é que no eran en castellano derecho. é puso las otras que entendió que cumplia, é quanto en el language, enderezólo él por sí."

N El los acompañaba á observar para lo que los tenia junto á su persona, &c.

Una escritura, que conserva la Santa Iglesia hispalense de 25 de Agosto de 1254, dice, que pidió el Rey al Arzobispo y Cabildo unas mezquitas de las que les habia dado en el repartimiento, *para morada* (son sus palabras) *de los físicos, que viniéron de allende, y para tenerlos mas cerca* (lo estaban al alcazar) *é que en ellas fagan la su enseñanza á los que les hemos mandado que nos lo enseñen por el su gran saber, ca por eso los hemos ende traído, &c.*

O La invencion, aun quando la engendra el estudio, es hija de la casualidad: y á pesar de tantos hallazgos de que nos jactamos, no está disminuido el inventario de nuestras ignorancias.

Sin considerar la dulzura de los órganos, y la ingeniosidad de otras máquinas hidráulicas debidas á un hombre sin estudio: los microscopios dobles y sencillos á artesanos sin letras: los beneficios del imán al regaton de un cayado: las utilidades del telescopio á las travesuras de dos niños: la furiosa composicion de la pólvora á la fuga de una chispa, inventos de pura casualidad: en los que tuvo parte el estudio, tuvo poca parte. Todos los astronómicos, que facilitó un acaso, se presentaron sin buscarlos, y los soberbios descubridores modernos quedarán mas humanos, en acordándoles las circunstancias de sus hallazgos. Á Pascal enriqueciendo la inútil Rabdología entre los arrullos del sueño: á Descartes hallando su preciosa análisis entre los esperezos del mismo, y á Newton concibiendo los cánones de su asombroso descubrimiento en edad, que apenas se pueden concebir ideas. Recibiendo empero con docilidad tan provechosos presentes, y tributando á sus dueños el honor, que se merecen: ¿tanto han hecho las diferenciaciones? ¿Tanto las integraciones? ¿La pomposa realidad de haber sujetado el infinito al cálculo (proposicion que horroriza á los que no al-

canzan lo limitado de aquella infinidad, y á los que ignoran que alguna vez los Matemáticos se valen de ideas mas abstractas, mas metafísicas, que las que vituperan en la escuela) ha perfeccionado nuestros conocimientos? Á corta diferencia en la carta del país de nuestros alcances no están mucho mejor demarcados los términos de las provincias de las ciencias que lo estaban ahora tres siglos. En el reyno mineral se ignoran sus límites, casi todas sus propiedades, y la mayor parte de sus producciones. En el vegetable igual ignorancia. En el animal mayores dudas. Aun está por resolver el arduo problema de la naturaleza de sus habitantes. El que los alienta con solo espíritus animales, tiene el mayor séquito, si no los mejores fundamentos. El que los abate á la simple clase de autómatos, tiene fuertes razones, é ilustres patronos. El que los condecora de racionales de esfera inferior, tiene mejor causa, aunque pocos abogados. La misma incertidumbre reyna en los particulares territorios de este gran mapa. En el de la Geografía la escasa noticia del dilatado espacio, que en el emisferio meridional se desconoce, dexa mucho que ignorar, y pendiente la gran duda de si al vasto terreno de Europa, Asia y África le une con la América, formando del mundo un solo continente: aun sin salir del nuestro, apenas conocemos mas que los bordes de nuestra vecina África. En el de la Pintura, Escultura y Arquitectura Civil, léjos de tener mejoras nuestro siglo, tiene bastantes desmedros: ni son menores los de la Armonía. En el de la Historia milenarios enteros se hurtan á nuestra curiosidad, é ignoráramos nuestros principios sin la sencilla y divina narracion de Moyses: en la variedad de los demas depositarios de nuestros fastos, solo aprendemos á dudar y á conocer, que jamas las verdades históricas verificarán su entero divorcio de las fábulas. En el de la Astronomía aun se duda si entre los movimientos, que prestan á los astros fixos, los que no lo son, ó las ilusiones ópticas de los que los observan, pueden tener al-

guno real: si estos distantísimos soles tienen séquito de estrellas errantes. El cortejo de tres de las del nuestro está conocido; pero no el de las demás, que pueden tenerlo, como en efecto se empieza á sospechar en una. En la Náutica, aun esta por saber el modo fixo de obrar de los dos inconstantes elementos sobre aquella máquina, portentoso invento de la industria y codicia humana; y no obstante es el primer paso que debe darse en la ciencia naval. La longitud en alta mar es doble tormento por lo que se necesita, y por lo que cuestan sus flacas correcciones. En el de la Geometría, la quadratura del círculo, la triseccion del ángulo, son lo que en la Física el movimiento perpetuo, y en la Química la piedra filosofal, imposibles á nosotros, y tal vez en sí no imposibles. En el de la Medicina, en el de la... ¿Pero se puede sujetar á cálculo el guarismo de nuestras ignorancias? Nada sabemos. Los objetos con quienes mas nos familiarizamos, solo nos traen confusiones. No inquiero ¿que cosa sea la fuerza centrípeta? Que la centrífuga? Que la atracción? Que la elasticidad? Que la electricidad? Qual la causa del diáfano? Con menos me satisfago. ¿Que es la pesádez de los graves? Que es la luz? Que es el fuego? Las virtudes de aquella piedra, piedra de escándalo de la Física, escollo de los talentos humanos, su atracción, su direccion, su comunicacion, sus variaciones son otros tantos martirios, son otros tantos imposibles. Ah! nacimos para gozar lo preciso, no para averiguar lo superfluo. ¡Desdichadas urgencias del hombre, si tardara el conocimiento de los remedios lo que el de sus causas!

P Contribuyó Alfonso con sus obras á la Jurisprudencia, Filosofía, Astronomía, Historia, y Poesía.

La penuria de los tiempos, y mas que todo una original desgracia anexa á nuestro principe, hace que sus obras se oculten al mayor número de los particulares: este es el catálogo de las genuinas.

Como Legislador { El Fuero Real, ó el Fuero del Libro.
Las Partidas.
La traduccion, ó enmienda del Fuero Juzgo.

Como Filósofo { El libro del Tesoro, que contiene las tres partes de la Filosofía.
El del Candado, todo de Química.

Como Astrónomo { Las Tablas en que tuvo parte.
La correccion de quanto facultativo se traduxo á su idioma.

Como Historiador { La general de España.
La Universal, perdida en parte, ó no acabada.
La de las Cruzadas.
El libro que llamó Septenario, y antecedia á las Partidas, en que puso un magnifico elogio de su padre.

Como Poeta { Los Cantares, ó Cántigas.
La Vida de Alexandro.
Las Querellas.

¿Y por ventura son estas las solas obras de Alfonso? La conducta de los reyes arregla la de su palacio, la de su corte, la de su reyno, y Alfonso Sabio hizo erudito á su palacio con sus producciones, con las de su hijo Don Sancho en el libro de los Documentos, que dictó á su primogénito, á quien quiso dexarle su doctrina, ya que no sus exemplos: con las de su sobrino D. Juan Manuel, en los que dió á luz, de todos conocidos, de todos

celebrados: á su corte con los desvelos de tanto literato: este haciendo las obras de Ptolomeo, adorno del nuevo dialecto, aquel las de Aben Ragel, el otro las de Albategnio: a su reyno erigiendo estudios, ampliando universidades, dotando cátedras: aqui una sociedad, que trabaja en la Astronomia, á quien se deben las célebres Tablas: allí otra junta, que se aplica a las lenguas sabias, á quien se debe la parafrasis de toda la Historia bíblica. Todo se debe á quien lo promovió todo: á el que cuidaba hasta de los últimos perfiles, siendo tan bien acabados los que de su mano conserva en sus archivos la primada de las Españas, que pueden ser modelo del mas habil pendolista. O nacen hombres como para muestras de los alcances de nuestro espíritu, ó, lo que es mas cierto, para confusion de los demas.

Q Quando el soberbio Támesis, quando el rico Texel no cargaban sobre su espumosa espalda mas que embarcaciones mercenarias servibles en la necesidad, que se presentaba rara vez, ya abrumaba las del cristalino Bétis esquadra real y perpetua, suficientemente numerosa para dar la ley al poco arado océano.

Esta armada fué uno de los despojos, que llevó tras sí la ruina del que la erigió. La atarazana fué lo tambien del tiempo en mucha parte; pero no pudo serlo de uno y otro la preciosa escritura, ó llamémosle mejor la cabal ordenanza de marina, que en el primer dia de Enero de la era 1293 promulgó Alfonso, abrazando el armamento y servicio de las naves, el premio y trabajo de sus cómitres, y quanto conducia á su arreglo y economía, y era 1298 creó Adelantado mayor del mar, justificando su eleccion con estas palabras de su privilegio: *Por gran sabor que habemos de llevar adelante el fecho de la cruzada de allende del mar, á servicio de Dios, y exáltamiento de la cristianidad, é por pro de nos, é de nuestro señorío, hacemos nuestro Adelantado, &c.*

R Si el navarro, si el aragonés, sin mas motivos que miedo, quieren oponerse á sus designios, Alfonso les bace frente, y luego queda este amigo, aquel vasallo.

Ningun estado de nuestra península ha experimentado mas las vicisitudes de la fortuna, que Navarra. Tan antiguo como Leon, en D. Sancho el Mayor unió los dominios mas vastos, que hubo despues de la irrupcion de los agarenos. Por su muerte costóle la gloria de que quatro hijos, y cinco nietos dominasen la España fiel, que la ereccion de Aragon y Castilla en reynos formase los tiranos, que desconocidos á su origen, mas de una vez habian de forjarle su esclavitud. Navarra, pues, tronco de los monarcas de Castilla, Aragon y Sobrarbe, toma al segundo el rey que le habia dado, y reconoce vasallage á un Alfonso de Castilla, poco ántes su vasallo. Vueltos á unir en el Batallador estos dominios todos, llamóse Emperador de España. Harto pronto desapareció su imperio. Huye con su muerte esta gloria pasajera, y sepárase Navarra de Aragon, para que cada uno de sus reyes D. Garcí Ramirez, y D. Ramiro presten nuevo omenage á Castilla. El inmediato sucesor en la primera toma por blason una banda, gerglífico de su estado, en quien ensangrentaban sus garras dos leones, el aragonés y el castellano, único fruto del desierto de D. Sancho; si bien la que no pudiera resistir á uno, con los zelos de los que la codiciaban, se mantenía. Miéntras él mismo, que tambien conocia la constitucion de su reyno, mejora esta divisa, ganando en el puerto de Muradal el inmortal blason de su escudo, pasa por su muerte su corona, que habia vagado el espacio de mas de cinco siglos por todos los cetros de España, aunque sin quebrar la linea masculina de sus primeros reyes, á orlar las sienas de un príncipe frances: el segundo D. Teobaldo el Menor fué el que reconoció tercera vez á nuestro D. Alfonso, obligándose á ir, ó enviar su lugarteniente á las cortes, y servir en la guerra con doscientas lanzas.

No han sido menores desde esta época hasta nuestros días las mudanzas de este reyno. Oigámoslas. Fenecida en dos poseedores la segunda casa, pasó la matriz de tantas coronas á ser un rayo de la de Francia, durante el imperio de sus cinco reyes desde Felipe el IV. hasta Carlos el Hermoso. Entra el dominio de sus quatro dueños Condes de Evreux, que se ocupan mas en sus intereses de la otra parte de los Pirineos, que del Gobierno de Navarra: vuelve esta á un príncipe español en el Infante D. Juan, quien mudada la cavala de Francia por la intriga de Castilla, dexa de regir un reyno por perder un particular: hácelo en su ausencia el ilustre príncipe de Viana D. Carlos, que á imitacion de D. Sancho el Sabio tomó por divisa dos lebreles, que devoraban un hueso, imágen de la descarnada Navarra; y aunque Aragon, poco despues unida en su padre, no tenia papel en la scena, substituía su lugar Francia: suerte infalible de estado pequeño entre vecinos formidables. Por el fallecimiento de D. Juan entró Navarra en la casa de Fox, y haciéndose su linea quinta vez transversal, ocupó el cetro D. Juan de Labrit, del que desposeido por D. Fernando el Católico, pasó su reyno á ser porcion del Castellano, ántes su porcion, y las reliquias de la sangre de sus últimos poseedores corrian en las venas del monarca frances Enrique, tan conocido por el Grande, como por el Bueno.

S Vosotros, príncipes, que ó recibisteis el cingulo militar, &c.

Armar caballeros éra una señal de gran poder en el siglo de Alfonso, y aun las leyes señalan la condescendencia y sujeccion en que quedaba el que recibia con el que dispensaba la caballería. Fueronlo por Alfonso, Rodulfo, despues Emperador, primer xefe de la casa de Austria: quatro, despues Reyes, Eduardo de Inglaterra, Sancho de Castilla, Dionisio de Portugal, Aboaldile de Granada: tambien Felipe hijo del Emperador de Constantinopla,



Alfonso y Juan hijos del Rey de Jerusalem, sus hijos Felipe, Manuel, Fernando y Juan, Guillermo Marques de Monferrat, Gaston de Bearne. Tambien fuéron sus vasallos, pues cobraron sus pensiones, excepto el ingles, todos los antecedentes, y á mas el Rey de Navarra, Aben Jachoch Rey de Niebla, Mahomat Aben Mahomat Abenhuc Rey de Murcia, Guido y Enrique Duques de Borgoña y Lorena, Guido Conde de Flandes, el Conde de Barcelona, y otro Guido Vizconde de Limóges.

T Tú, ilustre Mondejar, &c.

El célebre Marques, historiador exâetísimo de nuestro héroe, que debe ser registrado de quien quiera instruirse en su vida, cuya narracion hemos seguido casi siempre; aunque sin dexar de consultar quantos escritores del asunto ha podido juntar nuestra diligencia.

V Desheredó, maldixo al instrumento de sus males, &c.

Parece que se empeñó el cielo en justificar lo merecido de estas anatemas. No gozó Castilla un reynado feliz en muchos años: al turbulento y fugaz de Sancho siguió el de su hijo el Emplazado, teatro de las mayores alteraciones en sus principios, y que dió al orbe la trágica scena de su anticipado fin. Alfonso, muy semejante al nuestro, empezó á vivir y á reynar casi al mismo tiempo; pero que furiosos vientos de guerras civiles no agitáron el proceloso mar del reyno! Pudo sosegarlos, y cortar muchos laureles, quando por un efecto de los crímenes de su abuelo, dexó entre victorias y entre enemigos su floreciente vida; y al modo que la familia de los Césares acabó en Neron, la sucesion legitima de Sancho, acabó en D. Pedro, alcanzando hasta su quarta generacion la terrible fuerza del agraviado padre, que ni dexó á esta esclarecida descendencia madurar su edad, ni acabarla en el lecho.

X El mismo que tenia dispuesto llevar los caballos andaluces á Tanger, traxo hasta Córdoba los ginetes africanos: empeñó su diadema, &c.

En este apuro mandó á D. Alonso Perez de Guzman, quien por desavenencias con el mismo Alfonso estaba refugiado en Fez, y valido de su Soberano, su corona y una carta, pidiendo un empréstito sobre ella; ; pero que carta! Parece que la dictó su misma necesidad. ¡Que vehemencia en la expresion! ; que energía en la demanda! ; que decoro en la súplica! ; que modestia en la acusacion! ; que sencillez en la narrativa! que magestad en las quejas! Al que conozca el estilo epistolar, y penetre la gravedad de aquellas expresiones, que el no uso ha antiquado, presentamos este precioso rasgo de eloqüencia, perfecto en su linea, y el mejor remate del elogio de Alfonso el Sabio.

“Primo D. Alonso Perez de Guzman: la mi culpa es tan grande, que como cayó de alto lugar, se verá de luefie: é como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán la mi desdicha, é afincamiento, que el mio fijo á sin razon me face tener con ayuda de los míos amigos, y de los míos perlados, los quales en lugar de meter paz, no á escuso, ni á encubiertas, sino claro, metieron asaz mal. Non fallo en la mia tierra abrigo, nin fallo amparador, nin valedor, non me lo mereciendo ellos, sino todo bien que yo les fice: y pues que en la mia tierra me fallece quien me habia de servir, é ayudar, forzoso me es que en la agena busque quien se duela de mí: pues los de Castilla me falleciéron, nadie me terná en mal que yo busque los de Benamārin. Si los míos hijos son mis enemigos, non será ende mal que yo tome á los nis enemigos por fijos: enemigos en la ley, mas non por ende en la voluntad, que es el buen Rey Aben Juzaf: que yo lo amo, é precio mucho, porque él non me despreciará, ni fallerá, ca es mi atreguado, é mi apazguado: yo sé quanto sódes suyo, y quanto vos ama, con quantá razon, é quanto por vuestro consejo fa-

„rá : non miredes á cosas pasadas , sino á presen-
 „tes. Catá quien sódes , é del linage donde vení-
 „des, é que en algun tiempo vos faré bien: é si lo
 „vos no ficiere , vuestro bien facer vos lo galar-
 „donará: que el que face bien nunca lo pierde. Por
 „tanto el mio primo Alonso Perez de Guzman fa-
 „ced á tanto con el vuestro señor y amigo mio,
 „que sobre la mia corona mas averada que yo he,
 „y piedras ricas que ende son , me preste lo que
 „él por bien tuviere : é si la suya ayuda pudié-
 „redes allegar no me la estorbedes, como yo cui-
 „do que non farédes ; ántes tengo que toda la bue-
 „na amistanza que del vuestro señor á mí viniere,
 „será por vuestra mano : y la de Dios sea con vus-
 „co. Fecha en la mia sola leal ciudad de Sevilla,
 „á los treinta años de mi reynado , y el primero
 „de mis cuitas. = EL REY.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P. C. Monumental de la Alhambra y Generali
 CONSEJERÍA DE CULTURA

(175)

ELOGIO
DE DON ALONSO
TOSTADO,
OBISPO DE ÁVILA,

premiado en junta de 15 de octubre
de 1782.

S U A U T O R

D. JOSEF DE VIERA Y CLAVIJO,
Arcediano de Fuerteventura, Dignidad de
la Santa Iglesia de Canarias, de la Real
Academia de la Historia, é Historiador
de las islas Canarias.

EPÍGRAFE.

*Summumque, si viros aestimes Hispaniae
decus.*

Luc. Flor. lib. 2. cap. 18.

Quando la Real Academia Española, que
puede celebrar sin rezelo, en nombre, y á
presencia de toda la nacion, la memoria de
sus varones ilustres, propone para asunto de
la alabanza, y público reconocimiento de la
patria un modesto literato al lado de dos
grandes reyes; se me representa aquella ciu-

dad de Olimpia, en cuyo estadio, á vista de la Grecia, los jueces que presidian á la adjudicacion de premios, no solo coronaban de olivos igualmente á los atletas y á los filósofos, á los héroes, y á los sabios, á Hieron Rey de Siracusa, y á Herodoto el padre de la historia, sino que tambien estimulaban á los mas célebres escultores, para que se disputasen la gloria de cincelar en mármol, ó en bronce sus estatuas, á fin de colocarlas en el sagrado bosque que rodeaba el templo de Júpiter.

La Real Academia, pues, este cuerpo literario, bien conoce que si los sabios mientras viven, suelen ser mirados con desden de los poderosos, y de los esclavos que adoran el poderío, la posteridad mas justa, mas agradecida, ó ménos sobornada, ordena de otro modo las condiciones, y que no se gobierne para la celebridad por otros títulos que por los del mérito, la utilidad y la razon. Sabe que á los mayores príncipes solo les queda de su grandeza aquello bueno que han hecho, ó aquello bueno que de ellos han dicho los escritores: que Filipo de Macedonia solo daba gracias á los dioses en el nacimiento de Alexandro, porque le habian con-

cedido un hijo á tiempo que vivia un Aristóteles en el mundo que le pudiese instruir, y que este mismo Alexandro no envidiaba á Achíles otra gloria que la de haber merecido á Homero por su panegirista, ni Carlos XII. á Alexandro, que la de haber tenido por su historiador á Quinto Curcio. Sabe en fin, que para reintegrar en el reyno el antiguo crédito de las ciencias, cuyo amor por falta de estimacion se ha entibiado, no sin susurro de la Europa, es conveniente restaurar de alguna manera su culto, ofreciendo honores literarios á los reyes; y regios distintivos á los españoles literatos: debiéndose observar, que aun los mismos monarcas, en medio de cuyos tronos se coloca hoy al hombre adornado de talentos, son dos monarcas beneméritos de la literatura. Felipe V. fundador de las academias de España: Don Alonso el X. llamado por antonomasia el Sabio.

¿Pero quien es este literato español, quien es este grande héroe en ciencias y sabiduría, que se intenta hoy elogiar, parangonándole con los que son héroes en el poder y magestad? ¿Que!; D. Alonso de Madrigal, el Abulense, el Tostado, habrá de oprimir

todavía este siglo de luces con el peso de aquella admiracion desmedida que un siglo de tinieblas dexó por herencia y tradicion á la incauta posteridad? Todavía la Academia Española no ha de poder volver en sí del pasado asombro, ¿y pretende que se tribute ciegamente á aquel *stupor mundi*, y sus veinte y siete volúmenes en folio, el mismo incienso supersticioso de la plebe, sin advertir que este elogio ya llega tarde, y que mas necesita el Abulense de apologías que de aplausos?

Con efecto, el siglo décimooctavo no es propio para celebrar al décimoquinto, sino para juzgarle, ni la edad de la razon debe admirar la infancia de la literatura. Está muy bien que la barbarie de aquellos tiempos de ignorancia, en que los que parecian mas doctos pasaban por mas mágicos, se quedase atónita á vista de un nuevo prodigio de estudio, de memoria y erudiccion: que entre nosotros esta erudiccion misma debe tenerse por una segunda especie de barbarie, y la quimera de aquella ciencia universal, que entónces se apoderó de la Europa, por un farrago de opiniones absurdas, falsas ideas, palabras vanas, preocupaciones y errores.

Así ha hablado en nuestros días una casta de crítica, ó por mejor decir, de filosofía arrogante, y aun quizá habrá retraído á los ingenios pusilánimes del empeño de elogiar al Tostado. Pero ¡ó Tostado, ó inmortal prelado abulense! No es de ahora que tu elogio esté bien grabado en mi corazón. Tu mérito, tu nombre, que dura y durará siempre indeleble sobre los mas altos obeliscos y arcos triunfales de la república de las letras; me fuerza á que te admire, porque tú fuiste hecho para forzar á la admiración á todos los siglos, y en qualquiera que hubieras nacido, serías el mismo monstruo. Quanto mas te estudio, mas me asombras: quanto mas me acerco, me pareces mayor, y te confieso que si hubo tiempo en que yo no creía lo que se contaba de tí, ya he venido, lo he visto, y he encontrado que no solo todo es verdad, sino que tu sabiduría y tus obras exceden las ponderaciones de la fama *. Sí, yo te elogiaré, y tu elogio no será para mí un problema de Archîmedes, muy difícil de resolver, como decia Ciceron del elogio de Caton de Útica; ántes bien pretendo obligar á mi siglo filosófico á que apruebe los

* III. Reg. 10.

elogios que te dió tu siglo escolástico, á que te admire, y aun á que te envidie á pesar suyo, así como te admiró, te alabó, y te envidió aquel con tanto esmero.

Bien sé no obstante, y no me costará persuadirlo, que es desproporcionada mi pluma para medir la extension de tantos talentos, y que no debería ser ella la que se emplease en este panegírico. Un grande ingenio no puede ser avaluado sino por otro grande ingenio, y quizá sería menester para elogiar al Abulense otro sabio universal como Juan Pico de la Mirándula, ó como Francisco Macedo. Muchas veces me he dicho yo á mí mismo: dexa, dexa esa carga, cuyo peso es tan superior á tus hombros; pero me animaba el conocer que aquí no se trata de arrancarle la clava de la mano á Hércules, sino de hacerle su apoteósis, y que para esto bastante energía suele tener un ánimo penetrado de respeto y veneracion.

Siempre fué á la verdad el destino de Don Alonso Tostado deber sus mayores lucimientos á débiles principios. Un lugar corto, una familia obscura, un cuerpo pequeño, un siglo bárbaro, una vida breve, es lo que desde luego ofrece la historia al que intenta

reconocer la patria , padres , tiempo , persona y edad de este varon insigne. ¡Pero quantas grandezas se contuviéron en tan estrechos márgenes? Grande alma, gran corazon, grandes potencias , grandes virtudes , grandes obras. Sigamos , pues , los trabajos intelectuales de este Hércules , y veamos si halla que admirar en él nuestro siglo.

D. Alonso Tostado venció desde su primera infancia, entre los franciscanos de Arévalo , las tortuosas dificultades de la Gramática y Retórica , como sofocó el hijo de Alcmena las dos serpientes en la cuna : de suerte que su primer uso de razon fué usar con facilidad del arte de analizar los pensamientos , y de mandar en las pasiones. Estas fuéron las armas con que se presentó en el campo de la universidad de Salamanca, ya entónces sembrado de laureles , agitado de un apetito irresistible de saber , y de un entusiasmo nunca visto de gloria , para conquistar las riquezas que el mundo científico tenia : y lo mismo fué presentarse , que hacerse dueño como por sorpresa de la lengua hebrea y de la griega , de la Filosofía y de la Teología , del Derecho eclesiástico y civil, de las Letras humanas y de las divinas,

de la Historia natural y de la moral , de la Cronología y de la Astronomía, de la Cosmografía y de las Matemáticas, de la Metafísica y de la Etica , de la Filosofía y de la Medicina, de las artes liberales y de las mecánicas: porque teniendo una capacidad sin límites para todo aquello á que se aplicaba, él se aplicaba á todo , y nada se le resistia.

De este modo, en la edad de la confianza y de la temeridad , llegó á ser el jóven Tostado solo, la universidad entera de Salamanca , un ciudadano mas poderoso que el estado , y como una enciclopedia viva de aquellos tiempos. Sus pasos, rápidos como los de la luz, dexáron muy atras á todos los aventajados maestros que habia en aquellos claustros , quienes vencidos , á pesar de su amor propio literario , el mas fuerte de todos , viniéron murmurando á ofrecer á su competidor de veinte y cinco años la borla egregia de doctor, ciñéndole las rubias sienes con un lauro de gloria, que mas denotaba sus triunfos, que sus grados. Todos desaparecieron á su vista, y él solo desde entónces regentó á un mismo tiempo hasta tres cátedras de aquellos graves estudios, enseñando casi todas las facultades á una muchedumbre codiciosa de

oyentes, porque él solo era bastante para doctrinar entónces toda la España, así como la ilustraba solo con la celebridad de su nombre. De toda la península, y aun de otras muchas partes de la Europa, corrian á Salamanca diversos personages con el ansia de consultar este nuevo oráculo, que nunca hablaba si no era preguntado, así como en otro tiempo iban á Roma desde Cádiz por ver á Tito Livio: y si todos tenian allí derecho de proponerle quèstiones intrincadas y sutiles enigmas sobre qualquier asunto, el Tostado, que era el mayor enigma de la literatura, tenia tambien la generosidad de satisfacerles como otro Salomon.

Debió sin duda D. Alonso de Madrigal instruccion tan inmensa á una memoria peregrina, que parecería fábula lo que de ella se cuenta, si no lo atestiguasen autores de la primera nota: á una memoria, digo, que retenia en su tesoro todo quanto habia leído una sola vez: que le bastaba haber pasado qualquier libro por la vista, para copiarle todo á la letra: que en tantos tratados como escribió, jamas se equivocó ni se contradixo: que en tan doctas y profundas tésis como propuso, siempre halló las mas genuinas soluciones, y siempre anduvo consiguiente consigo mismo.

Monstruosa memoria, me dirán, ¿pero que mérito es el de una memoria monstruosa? Entendimiento, entendimiento es lo que esperamos ver en el Tostado, no memoria. Insensatos! Vosotros no sabeis lo que es memoria, y sin duda ignorais que la facultad de ligar bien nuestras ideas para presentarlas al alma por medio de imágenes y de voces, es la que dá al entendimiento el exercicio de la reflexi6n, la amenidad de los pensamientos, la gracia de las ocurrencias felices, y la varia índole de los ingenios celebrados. Es verdad que se suelen encontrar muchos hombres de conocido entendimiento que se quejan de su memoria; pero es seguro, que en la parte, en que carecen de memoria, está falto su entendimiento. Es verdad tambien, que otros con gran memoria no se quejan de su entendimiento, aunque debieran; pero es tambien seguro, que estos solo retienen las voces sin las ideas, y que en la parte en que comprehenden los significados, no dexan de ser entendidos.

Esta memoria, fruto de una economía avara del tiempo, cuyos instantes consideraba perdidos, si no los ocupaba en el estudio, como el Emperador Tito, quando no los em-

pleaba en hacer felices á los hombres : esta memoria, repito, efecto de su aplicacion continua al trabajo, por lo que dixéron algunos del Tostado lo que de Dídimos alexandrino, que tenia entrañas de bronce , era bien necesaria para abarcar en pocos años materias y facultades tan diferentes, escribir tan prodigioso número de tratados, disputar tan delicadas y diversas quæstiones , y esto en un siglo en que el estudio era inútil, y aun peligroso para la fortuna : en que todavía el arte de la imprenta no se habia inventado : en que los libros manuscritos, sobre ser tan raros , eran costosos : en que los archivos de los antiguos monasterios tenian sepultados baxo del polvo sus venerables códices : en que no habia maestros, sino pedantes: en que Constantinopla no nos habia enviado sus Crisóloras , Besariones y Temístos : en que el espíritu militar y de caballería apoderado de un cabo á otro de la Europa, tenia las musas fugitivas y en silencio : en que el yugo de la ignorancia, la supersticion, la corrupcion y el fanatismo oprimia la tierra : en este siglo , pues , propia imágen del caos , ó por mejor decir , en medio de la profunda obscuridad de esta noche , fué quando el



Tostado vió tanto , leyó tanto , supo tanto , y escribió tanto.

¿Pero que saber era aquel, añaden los críticos, que filosofía, que ciencia? Una xerga escolástica, unas entidades arabigoperipatéticas, una exposición mística y alegórica de las escrituras, unas cuestiones tan obscuras como pueriles y sofísticas, que viciaban la física, estragaban la eloquencia, y degradaban la razon..... Para confundir esta declamacion presuntuosa, bastaría presentar á semejantes Zoylos las mismas obras del Tostado. Mas ah! que como son muchas, muy voluminosas, y están en folio, ellos no las han de leer. Bastaría á lo ménos repetirles quanto han dicho los que las han * leído, esto es, que entre todos los sábios de los pasados siglos ninguno ha podido competir con el Abulense: que si hubiese florecido en tiempo de los santos Padres, no tendría España que envidiar ni á Hipona sus Agustinos, ni á Estridonia sus Gerónimos, ni á otra ninguna iglesia del mundo sus antiguas lumbreras: que tal vez fué digno el Tostado de disputar el quinto lugar entre los santos doctores, á San Isidoro y á Santo Tho-

* Matamor. de Academ. & doct. Hispan. vir.

mas de Aquino : que entre todos los primeros expositores no hubo ninguno comparable con el exímio, el singular y casi divino Tostado * : que este admirable teólogo fué un océano de todas las ciencias, y un milagro patente **, tanto por su profundo conocimiento de la antigüedad mas remota, quanto por la vasta extension de sus escritos ***. Pero estas pasarán por hipérboles de autores exâgerativos, que adornando su ídolo, le ensalzan á las nubes.

Así, yo solo quiero responderles de este modo : Sí, es verdad, el Tostado no alcanzó las nociones sublimes de Descártes, de Galilei, de Newton, de Locke, de Leibnitz. El Tostado no fué caudillo de ninguna secta literaria, ni ocasionó ninguna notable revolucion en las ciencias naturales, haciendo nuevos descubrimientos, ni sistemas. El Tostado no conoció los grandes progresos que en trescientos años hemos hecho en las Matemáticas transcendentales y analíticas: en aquella Geometría sublime, que ha franqueado á la verdadera Física las puertas de la naturaleza : en aquella Álgebra, que con

* Reyner, Bovosi.

** Molineo.

*** Mariana.

un corto número de signos representa una innumerable série de ideas : en aquella Física general y particular, cuyos singulares fenómenos, especialmente los magnéticos, eléctricos, y pneumáticos, han abierto un nuevo campo de sólidos conocimientos al género humano: en aquella Geografía, Física, Química, é Historia Natural, que le revela los mas útiles, curiosos y reservados arcanos : en aquella Astronomía, que demuestra las gravitaciones y atracciones de los cuerpos celestes, mide las distancias, pesa los astros, cuenta los mundos ; sigue el período de los cometas en sus órbitas, asegura la navegacion con los eclipses de los satélites de Júpiter: en que la Dióptrica con un vidrio en la mano descubre los planetas incógnitos, ve á Saturno rodeado de su anillo, las manchas incóstantes del sol, las montañas y simas profundas de la luna, la via láctea empedrada de estrellas, las nebulosas, los incendios de Marte, las vicisitudes de Vénus : que diseca los rayos de la luz, le calcúla los pasos, reconoce un mundo nuevo de vivientes microscópicos, y da al hombre nuevos sentidos, así como la mecánica le da nuevos brazos. Nada de esto conoció el Tostado.

Pero supo , y supo de veinte años , todo quanto en los tiempos pasados se habia sabido, y todo quanto estaba olvidado ya en el suyo : y haciéndose superior á sus coetáneos, á sus obras, á sus ideas, y á su siglo, preparó la aurora para la superioridad del nuestro. Colocadle en la antigua Grecia, y hubiera sido un Aristóteles : colocadle en la antigua Roma , y hubiera sido un Varron: colocadle en la Europa moderna , y hubiera sido un Leibnitz. El hubiera llorado , si le hubiesen dicho alguna vez, que habia otras ciencias que no sabia , así como lloró el vencedor de Darío y Poro , quando entendió que existían otros mundos que no habia conquistado.

Que injusticia! Porque el Tostado no nació en mejor época , porque parte de los estudios que cultivó , no son ya admirables, ¿dexaremos de confesar, que fuéron admirables sus talentos? ¿Acaso dexamos de reputar por grandes capitanes á Alexandro , á Pirro, á Aníbal, á Scipion, á César, porque batian las murallas con arietes, y no con cañones , ó porque no disparaban balas , sino dardos y flechas? Nuestros estudios tambien han de pasar , el gusto y los conocimientos de los siglos veniderós tambien serán otros;

pero no por eso dexarán de ser estimados los sabios con que hoy se honra la Europa: y el Tostado, corriendo por medio de todas las edades, precedido de la aclamacion de los pueblos, irá recogiendo en el camino nuevos tributos de admiracion hasta la posteridad mas remota: de suerte, que como decia Séneca de Caton, entre las ruinas de su siglo siempre estará su reputacion en pie.

Ni como podrá dexar de ser admirado siempre un ingenio, que si se calculan los años de su vida y las páginas de sus obras, se hallará que debió componer y escribir cada dia tres pliegos enteros, ó quizá mas bien cinco pliegos, porque en su niñez y primera juventud seguramente no fué autor. Y aun así ¿quando tuvo tiempo de ser hombre? quiero decir, de dormir, y de alimentarse? Quando de leer y estudiar? Quando de meditar, de disputar, de instruir, de viajar, y de ocuparse en las serias incumbencias de sus diversos ministerios?

Entre estos no será el ménos memorable aquel de rector del colegio de San Bartolomé de Salamanca, cuyos alumnos contarán siempre por la primera de sus glorias la de haber vestido su beca el Abulense, beca con

que se cubrirán, como con la egida de Minerva, para imponer á todo el mundo el silencio mas respetuoso, miéntras ellos mismos, bañándola de lágrimas, desahogarán la ternura de su agradecido corazón.

Este empleo era tambien entónces la única felicidad, y aun la única ambicion del Tostado, porque observando, como varon verdaderamente estudioso, en el silencio tranquilo del colegio, la suma rapidez de la vida, y queriendo redimirla con sus tareas inmortales, descuidaba de quanto podia adelantarle en la carrera de las dignidades eclesiásticas, á que otros dedicaban toda la memoria y el tiempo. Merecíaslas demasiado para pretenderlas, y todavía el eficaz influxo de sus concolegas no habia llegado á aquella brillante fuerza de predominio que vió España: siendo siempre bien raro que los dispensadores de las gracias, aun quando les es notorio el mérito, se adelanten á darle el galardón. La vanidad quiere ahijados, el interés hechuras, y la mediocridad, ó la ignorancia se suelen hallar así protegidas.

Pero habia en Roma un pontífice sabio. Eugenio IV, que amante desinteresado de los sabios, y atento á los multiplicados ecos con

que la fama de Don Alonso de Madrigal resonaba hasta por los ámbitos de la Italia, le confirió un canonicato de Salamanca, y la dignidad de maestrescuela de la misma iglesia: merced que consoló á quantos apreciaban el mérito modesto, y que el Tostado solamente estimó, porque sin separarle de la universidad, le entregaba el gobierno de sus estudios. Entónces fué, quando por defender las vulneradas inmunidades de este cuerpo privilegiado, se vió en la triste necesidad de armarse de los rayos espirituales de aquellos siglos tempestuosos, para hacer frente, no solo al magistrado de Salamanca, sino al mismo monarca de Castilla, de lo qual D. Alonso se gloriaba mas que de toda su vasta ciencia, y de lo que únicamente no le alabaremos nosotros.

La naturaleza, digámoslo así, era la que le había ungido desde antemano por rey y señor natural de las escuelas; pero la república de las letras, que es la mas libre de todas las repúblicas, donde nadie quiere reconocer superior como César, ni igual como Pompeyo: esta república, en cuyo seno suscita la envidia los mas crueles tumultos, empezó á sublevarse, como por un principio de ostracismo, contra la gloria molesta del Tos-

tado, que descollaba mas de lo conveniente, llenando su espíritu de amarguras. Pero no le compadezcamos. La persecucion es la divisa del hombre grande, y nosotros le hallaremos admirable en la misma persecucion.

Pasa Don Alonso desde Salamanca á Basilea, á tiempo que se celebraba aquel ruidoso concilio general, en que los padres, considerando tambien á la Iglesia que representaban, á modo de una gerarquía republicana; no solo declaraban sus derechos sobre la cabeza visible en ciertos puntos, sino que trataban de juzgarla. El Fostado asiste á estas primeras sesiones, y estando muy versado en las antigüedades eclesiásticas y en la disciplina para no prestar su sufragio á aquella opinion, al punto se la pintó á Eugenio IV. la malignidad de sus émulos como una ofensa hecha á su tiara, y una ingratitud á su bondad. Con esta noticia no pierde tiempo D. Alonso. Parte intrépido á Italia: llega á la ciudad de Sena donde residia el Papa: logra aplacar sus iras, y para hacer algun alarde de sus fuerzas, defiende en pública palestra dos dias consecutivos un gran número de conclusiones de teología con admiracion de toda la corte romana, y no sin

zelos de muchos teólogos poderosos, á quienes les fué fácil envenenarle hasta cinco proposiciones, como otras tantas sutiles asechanzas, á fin de derribar aquel robusto antagonista sobre la propia arena de su triunfo. Tan imposible es querer satisfacer la sed de la celebridad, sin perturbar la tranquilidad de la vida.

A los ingenios grandes que tienen la envidiable desgracia de ir mas de priesa que su siglo, y penetrar mas que los otros, siempre les ha sucedido lo que al perseguido Abulense. Dos de aquellas cinco proposiciones eran: *Que nuestro señor Jesucristo no fué muerto sino al principio del año treinta y tres de su edad: y que no padeció á veinte y cinco de Marzo, sino á tres de Abril.* Y estas mismas dos proposiciones, que entónces se censuraron por falsas, se ven hoy seguidas y aplaudidas, casi como evidentes, por todos los críticos, astrónomos, cronologistas, e historiadores de mas nombre, los cuales, como asegura Vosio, *de la fuente del Tostado regáron los jardines de tan florida erudicion.* En efecto, si el año de la muerte del Salvador fué aquel en que el dia quince de la luna del mes de Nisan cayó en viernes, no hay duda que debió ser el año treinta y tres de su

edad, y el día tres de Abril: pues, según los cómputos astronómicos de los novilunios y plenilunios, solo en aquel año de la vida del Señor concurrieron iguales circunstancias. Las otras tres proposiciones se podían reducir á una: esto es, *que aunque no hay ningún pecado por su naturaleza irremisible, ni Dios, ni el sacerdote absuelven de la culpa, ni de la pena.* El mismo Tostado confesaba ser esta una paradoxa ingeniosa; pero la fundaba en que siendo la culpa una acción transitoria, que solo dura mientras que se comete, quando la penitencia sobreviene ya no existe la culpa, sino el reato. Del mismo modo, no siendo la pena un vínculo, sino el término de una obligación, decir que hay absolución de la pena, es hablar sin la debida exactitud. Tales eran las graves sutilezas en que el espíritu escolástico empeñaba entonces seriamente á los mayores hombres, haciéndolos irrefragables y exímios, ó el blanco de las contradicciones y censuras.

Era lo mas notable en este gran juicio teológico contra la doctrina del Abulense, ver erigido por acusador y adversario suyo, no ya al obispo de Ancona Cafarello, no al de Régio Guillermo Logotheta, ni á otros doc-

tores italianos oscuros, sino á un claró español, al cardenal de San Sixto, obispo de Mondoñedo, á aquel dominicano célebre Juan de Torquemada, cuyo nombre no debemos confundir entre la caterva de enemigos del Abulense.... Al llegar aquí, no puedo, ménos de pararme, y confesar quan penosa cosa es, tener que presentar á una Academia tan ilustrada el ingenio persiguiendo al ingenio, y la virtud á la virtud; pero nada ha habido mas comun en la triste historia de los hombres, y quizá yo no debo ver en las acriminaciones de Torquemada contra el Tostado, sino la natural aspereza de un entendimiento endurecido en la disputa, y el zelo de un teólogo severo, que teme se ofenda la pureza de la doctrina ortodoxa: un compatriota que se aflige de los errores de un sabio, y no un émulo que se asusta de sus aplausos, y que quiere vengarse de ellos.

... Torquemada se tenia adquirida demasiada reputacion cerca del Papa, á quien se habia hecho necesaria su pluma contra los padres de Basilea, y los griegos de Bizancio, para no prometerse la victoria: así, él mismo se gloriaba de que las cinco proposiciones del Abulense (número fatal para condenaciones

pontificias) habian sido censuradas y prohibidas por algunos cardenales y teólogos de Eugenio IV. Sin embargo, nuestro Hércules, nuestro Tostado, no se considera rendido; ántes bien, seguro de su razon y de su causa, escribe, opone con firmeza á su fiero contrario aquel acérrimo *Defensorio*, dirigido á otro cardenal español *; en el qual, explicando el verdadero sentido de las sentencias impugnadas, acababa de comprobar su erudición, de acrisolar su fe, de asombrar al mundo, y de imponer silencio al teólogo.

Fué para toda Italia un espectáculo singular el de este gran duelo científico entre aquellos dos campeones españoles, igualmente célebres, igualmente inmortales: ámbos respetados por corifeos de la mas vasta literatura y virtud: ámbos insignes teólogos, eminentes expositores y canonistas: ámbos admirados en el concilio de Basilea, estimados de Eugenio IV, amados de Don Juan el II, ámbos castellanos de tierra de Valladolid: y lo que parece mas raro, ámbos semejantes en la significacion de los nombres. La ciencia de Torquemada tenia mucho de aquel ardor polémico, que con su nervio y sequedad

* Don Juan de Carvajal.

aterroriza: la del Tostado, de aquella luminosa amenidad y varia riqueza, que agrada y que persuade. El estilo de Torquemada, noble como su linage, pero duro: el del Tostado desaliñado, é incorrecto como su siglo, pero ingenuo. Las máximas de Torquemada todas ultramontanas: las del Tostado todas conformes á los cánones mas antiguos. Torquemada, como un docto eclesiástico, combatia por la iglesia para triunfar él mismo: el Tostado, como un sabio maestro, combatia por la razon para que ella triunfase. Aquel era el oráculo de la corte romana: este lo era de todo el orbe instruido. Los títulos de la gloria de Torquemada eran sus comentarios sobre Graciano, su suma eclesiástica, sus quèstiones sobre los Evangelios, su tratado de la union de los Griegos, sus sermones.... Los del Tostado, sus grandes comentarios sobre casi todos los libros históricos de la Biblia, los no ménos grandes sobre S. Mateo, sus obras sobre Eusebio, sobre las cinco paradoxas figuradas, sobre los dioses, sobre las almas separadas, sobre Medéa, sobre la policia, sobre la misa, el confesional, la predicacion, los casos de conciencia..... Pero ¿adonde voy? ¿Quien escribió mas que el Tos-

tado? Finalmente, Torquemada compuso su *Tratado* contra el Tostado, que quedó inédito en la Biblioteca Vaticana: el Tostado compuso su *Defensorio*, que vió la pública luz, y corre impreso por todo el mundo.

Sin duda que Eugenio IV. sabidor de quanto habian contristado á la silla apostólica en aquellos últimos tiempos los grandes doctores de las universidades desde Praga hasta Oxford (porque las universidades casi entraban entónces en el sistema de las potencias de Europa), recibiría con satisfaccion paternal aquella docta y sincera apología del mas esclarecido doctor de Salamanca, en descargo de su sana doctrina, bien que escrita sin adulacion ni rebozo. Prueba de ello fué la prontitud con que le confirió el Obispado de Ávila á las primeras insinuaciones de D. Juan el II, aquel príncipe manso y naturalmente bueno, que en un siglo duro, y en medio de una corte frívola, supo amar las letras y las artes, á los sabios y á los poetas, á Juan de Mena, al bachiller Cibdad Real, á D. Enrique de Villena, á D. Alonso de Santa María, en una palabra, al Abulense.

Habia poco tiempo que el mismo Rey le habia sacado de la cartuja de Scala Dei en

Tarragona, donde de vuelta de la Italia se habia retirado tres meses, huyendo de los aplausos y de las contradicciones de los hombres, desnudándose de su gloria para vestirse del silencio, y condenando su eloquencia al mayor silencio. Pero el autor de las luces del Tostado, que no las habia criado tan admirables, para que se eclipsasen sin provecho de los demas, inspiró al monarca de Castilla el loable deseo de tenerle en su corte, haciéndole de su Consejo, su Chanciller mayor, Abad de la colegiata de Valladolid, y por último Obispo de Ávila.

Esta á la verdad era su legítima vocacion, este el puesto que le pertenecia: y si alguna vez se han honrado las infulas de una mitra pontifical en la persona del sacerdote grande, fué quando se viéron colocadas sobre la cabeza de D. Alonso Tostado, cuyo nombre era venerable en la Europa, cuya ciencia era incorruptible en las escuelas, cuya persona era agradable á los soberanos, y cuya virtud era para la Iglesia tan importante.

Digo virtud, porque conozco que no fué ella ménos admirable en el Abulense que su sabiduría, y porque sin ella yo no elogiaría sus grandes luces. Los hombres no elogiamos

siempre aquello que mas admiramos, ni el varon insigne es tan grande por sus talentos como por sus virtudes. Pero quando estas adornan los talentos, y son como las flores y frutos de aquella noble planta: quando la virtud hace que la ciencia sea un bien verdadero dirigiéndola á fines útiles, entónces el sabio, que era estéril asunto del aplauso, viene á ser un tierno objeto del amor y del respeto público, la envidia le perdona sus lucimientos, el género humano se consuela, y la religion se complace. Ó virtud! amable y benéfica virtud! Tú no eres un nombre vano, como se quejaba Caton; ántes bien sin tí el estudio es afliccion de espíritu, la ciencia la luz de un cometa pernicioso, el nombre de sabio un insulto, el multiplicar libros un trabajo sin fin, y la mayor instruccion orgullo y vanidad.

Por fortuna los verdaderos sabios, como el Abulense, son los mejores sectarios del partido de la virtud, porque si un corazon bueno es obra de un entendimiento claro, una virtud sólida es efecto del discernimiento de un espíritu reflexivo. Así, vemos que el alma que está sojuzgada de las pasiones, pierde el gusto á la verdad, la contemplacion y el estudio; quando por el contrario se en-

ciende en el amor de la virtud, la honestidad, la justicia y el órden, si domina en ella la sabiduría y la razon. Bien se echaba de ver, quan irresistible era la pasión que el Tostado habia concebido por esta hermosa hija del cielo, en aquel exceso con que sacrificándola toda su ciencia, su juventud, su celebridad y sus esperanzas, se retiró al monasterio de Scala Dei, para vivir y morir virtuosamente. Mas conociendo luego, como discreto; que las virtudes monásticas no debian ser sus virtudes, y que una superior providencia le llamaba á cultivar las virtudes intelectuales, las virtudes sociales, y sobre todo las virtudes sacerdotales, se consagró á ellas tan sin reserva, que hasta ahora con la admiracion de su sabiduría ha pasado á nosotros el olor de su santidad. Quien, le llama hombre celeberrimo por santidad y doctrina. Quien, hombre comparable á lós mas dignos Santos Padres. Quien, prelado piísimo, é integérrimo. Quien, en fin, Santo Obispo y Doctor *.

Yo me recreo íntimamente al considerar aquel escritor tan sabio, aquel entendimiento tan perspicaz y penetrante, que habia ins-

* Belarmino, Mariana, Matamóros, Don Nicolas Antonio, Gil González Dávila.

truido la Europa y asombrado el mundo, exerciendo apacible las ordinarias funciones de pastor en medio de sus mas simples ovejas, predicando en las humildes aldeas con la misma satisfaccion que en Basilea, ó en Roma, acomodándose á la capacidad de los ignorantes, después de haber excedido la de los doctos. Aquel hombre, que teniendo entrañas de bronce para el estudio, las tenia de cera para la conmisericordia, con la qual, ya ponía baxo de sus alas la cuna de los huérfanos, ya enjugaba con una mano las lágrimas, y ya repartía con otra las rentas de su mitra entre los desvalidos y miserables, mostrándoles aquella tierna sensibilidad de un padre que socorre la indigencia de sus hijos, no solo por principios áridos y especulativos de obligacion y conciencia, sino por los sentimientos afectuosos de una alma buena, penetrada de caridad christiana y humanidad. Yo me recreo, en fin, al considerarle enseñando á los hombres las virtudes, del modo único que se pueden enseñar bien, que es practicándolas y dándolas á conocer por lo que tienen de gratas y benéficas.

La virtud es esencialmente amable: y como ninguna cosa contribuye tanto á la feli-

cidad de los hombres , todo maestro austero, que manifiesta á los demas, por la amargura de su humor, la violencia que se hace á sí mismo para ser bueno , le roba á la virtud el atractivo del deleyte , que es el que gana la voluntad: y si acaso consigue conciliar á favor de ella la estimacion , no puede conciliarse el cariño.

Pero entre las virtudes del Abulense fueron, por decirlo así, sus mas predilectas las dos mas adorables de todas: la castidad, y el amor del próximo. La castidad que nos hace mas que hombres, y el amor del próximo que nos hace á todos humanos. Con efecto, el encómio de su pudicicia sacerdotal cubrirá siempre como de azucenas fragantes la lápida de su glorioso sepulcro, en cuyo epitafio se grabó, á la par del *Stupor mundi*, el *perpetuae virginitatis amans* * : que aun por eso entre sus famosos escritos tendrá acaso el primer lugar aquel tratado que compuso, tan necesario en su corrompido siglo, contra sus hermanos los frágiles desertores de esta virtud **.

* Apud Andr. Scot.

** Libellus contra Sacerdotes públicos concubinos.

¿Y con que dignas expresiones encareceremos su caridad? ¿Con que colores pintaremos al vivo aquella penetracion, aquella conmocion, tan deliciosa de pintar, con que en razon de teólogo y de filósofo, conoció la noble condicion del corazón humano, y su feliz necesidad de amar alguna cosa? Yo no pido, sino que se lea su excelente tratado del amor y amistad, dedicado á la Reyna de Castilla, en que probaba: *como al hombre le es necesario amar*: y al leerle, desgraciado del pecho frio que no conciba un respetuoso cariño á la memoria del Tostado. Desgraciado del que no confiese, que por su espíritu de paz, su bondad, sus costumbres, su christiana filosofia, y su gran virtud, fué mas plausible y mas admirable el Abulense, que no por su tan decantada sabiduría, por mas que el mundo, alucinado hasta ahora, no haya hecho alto en otras prendas de mayor importancia.

Críticos del Tostado, si como vosotros pensais, todo quanto supo este raro ingenio no es digno de la atencion del presente siglo: si todas sus obras literarias se os figuran como otras tantas armas antiquadas é inútiles, que se muestran á los curiosos en medio de un público arsenal para admirarlas por

su peso : decidme ; si acaso sus virtudes habrán tambien perdido de su precio en este siglo iluminado? ;Si habrán por ventura envejecido como sus ideas? ;Si no serán tan de moda en nuestra edad , ó si serán para nosotros ménos esenciales y difíciles? Y pues no podeis negar el mérito del Tostado sin negar la virtud , ya que no querais admirar su grande entendimiento, á lo ménos bendecid su excelente corazon, y convenid en que si no fué el asombro del mundo, fué el encanto : que si no le doctrinó, le sirvió de adorno : que si no supo todas las ciencias, practicó todas las virtudes.

Como era sentencia suya, *que los hombres ociosos solo aprenden á vivir mal*, siempre vivió ocupado , y debió á su ocupacion todo lo bueno que aprendió , y todo lo bueno que fué. Como conocia que la humildad es el fundamento de la virtud , escribia en el prefacio de los libros del Génesis. “ Yo el
 „ menor de los doctores, que no merezco tal
 „ nombre , moveré mi lengua temiendo y
 „ temblando á cada paso, y adorando las pi-
 „ sadas de los padres de la Iglesia. No me
 „ pone la pluma en la mano la vana sombra
 „ de la ambicion humana, ni tampoco sacar

”á luz nuevas doctrinas, sino la caridad
 ”cristiana, y el deseo de ser útil á mis her-
 ”manos, particularmente á los naturales de
 ”estos reynos.”

Fuéles con efecto útil de mil maneras, hasta que en medio de la carrera de la santa visita de su Diócesis (porque el Abulense verdaderamente la santificaba con sus ejemplos, así como la ilustraba con su doctrina) á los seis años de su pontificado, se extinguió arrebatadamente, y como de un soplo esta clara antorcha de la Iglesia y de toda España, hallándose en el lugar de Bonilla de la Sierra, á 3 de Septiembre de 1455. He dicho arrebatadamente, supuesto que la mayor parte de los historiadores aseguran que solo vivió quarenta años, aunque otros le han dado mas edad. Bien que de qualquier modo, la admiracion se quedará siempre inmóvil y llorosa sobre el borde de su sepulcro, sin poder concebir, como en tan corto plazo de vida pudo aquella alma extraordinaria estudiar, saber, y escribir tanto, y sin atinar á consolarse de que no hubiese vivido mas largo tiempo un hombre que merecia ser inmortal. Pero ya se sabe. Los monstruos viven poco. La naturaleza que se aparta de las

leyes comunes para hacer el esfuerzo de formarlos, como que se cansa en la obra de su conservacion. Alexandro dexó vencido el mundo á los treinta y tres años. Pico de la Mirándula le dexó atónito á los treinta y dos. Verificándose en la muerte del Abulense como en la de aquel héroe de Macedonia (á cuya fama tambien se calló la tierra) haberse necesariamente dividido el imperio universal de las letras, que él solo sostenia, entre varios ilustres capitanes, quienes honrando luego nuestra España; cada uno en su particular provincia, durante el siglo décimosexto, veneraron siempre á Don Alonso Tostado como al fundador de las monarquías literarias, cuyos respectivos cetros empuñaban con gloria.

De quantas distinciones se han tributado á sus cenizas, el mejor monumento, ó mas bien, el mas soberbio mausoleo que pudieron erigirle los hombres, fué el de la impresion de sus escritos, cuyos veinte y siete volúmenes en folio, como otras tantas columnas de orden corintio, sustentan el peso de su fama. El sepulcro de Osimandias, antiguo Rey de Tébas, era su misma biblioteca, que habia intitulado farmacopea del al-

ma, en donde se levantaba una estatua colosal que tenia esta inscripcion: *El que quisiere ser mayor que yo, ó desmentirme, que me exceda en mis obras.* Las del Abulense han logrado la bien merecida fortuna de haber sido recogidas, y sacadas á la luz pública en varias partes por insignes maestros, y baxo de los mas dignos auspicios. Venecia sola las ha multiplicado hasta cinco veces en sus prensas *. Paulino Berti, Raynero Bovosi, Benedito Bini, Francisco de la Fuente, todos nombres esclarecidos, las ordenaron y corrigieron. El Cardenal Ximenez de Cisneros, y el Emperador Carlos V. las protegieron y costearon.

PERO para que no cesasen nunca los portentos á que estuviéron singularmente destinadas las cosas que pertenecian al Tostado, se observó otro nuevo prodigio al tiempo que sus manuscritos, sacados del monasterio de Guadalupe y del colegio de San Bartolomé de Salamanca, se habian embarcado para ser transportados á las imprentas de Venecia. La nave con una tormenta se va á pique cerca de Barcelona. Toda la carga se sumerge. Los pasajeros desnudos apenas pue-

* En 1507, 1547, 1596, 1615, 1728.

den ganar la costa vecina. El canónigo de Cuenca Alonso Polo, como otro sacerdote Helí, no lamenta sino la pérdida del arca en que se depositaban aquellos preciosos manuscritos puestos á su cuidado. Mas á la mañana siguiente, los ojos fixos al horizonte, ven venir el arca nadando por el mar hasta la orilla: se encuentran los papeles ilesos: los inmensos trabajos y lucubraciones del Abulense se salvan mejor que los comentarios de César en el Nilo: las ardientes esperanzas de los sabios no se malogran, y se recibe en Roma ante el auditor de la cámara apostólica una informacion con diez testigos oculares, que deponian de tan admirable suceso.

Discúlpese mi zelo, si me atreviere á decir ahora, que nosotros, meros testigos, del mismo modo que aquellos, de los prodigios del Tostado y de sus estudios, parece que no nos empeñamos en admirarlos, sino para excusarnos de seguirlos, ó que queremos elogiarle, porque tememos el testimonio de su conducta contra nuestra pereza. Estaba quizá reservado para el presente siglo el raro secreto, que no conoció el suyo, de saberlo todo, sin haber estudiado mucho: de criticarlo todo, sin producir ningun modelo: de

despreciarlo todo para consolarnos de nuestra propia indigencia: de tocar la superficie de los objetos, sin tener la constancia de profundizarlos. Y siendo así ¿como aplacaremos la sagrada sombra del Tostado? ¿Como invocaremos los mánes irritados de este genio de nuestra literatura en medio de unas graves universidades, que él ve casi desiertas: de unas cátedras respetables, pero ya vacilantes: de unas lecciones doctas, pero ya sin norte ni rumbo: de unos laureles escolásticos, pero ya ajados y marchitos? ¿Como, si aun aquellos estudios mas amenos, que se han debido substituir á los otros, tampoco se buscan, ni se aprecian, ni se cultivan, ni se conocen? En este apuro, en esta especie de anarquía literaria, acude á socorrernos la Real Academia Española, y ofreciéndonos oportunamente su museo, como el mejor santuario digno de que resuenen en él las alabanzas del Tostado, propone á nuestros Demóstenes la corona de oro en premio de su panegírico, á fin de descargar á la patria de tan antigua deuda.

Las reales academias y sociedades han sido con efecto en la era presente, y por todas partes, el último asilo de las musas, don-



de se conserva con mas brillo el fuego sagrado de su culto. Unidos en estos cuerpos respetables los hombres mas instruidos que las aman, se prestan mutuamente sus auxilios y luces, trabajan quanto está de su parte en mantener el decoro de las buenas letras y los conocimientos científicos: en promoverlos sin ruido, animarlos sin fausto, y hacerlos servir de trofeo á los claros varones que han sido mas beneméritos de la nacion: y tal fué Don Alonso Tostado, Obispo de Ávila.

Intérprete yo de la opinion universal de los pueblos, no quisiera (si acierto en el elogio que le consagro con temor) otra recompensa, ni otra gloria que la de poder interesar de alguna manera aquella fria indiferencia con que hoy se mira entre nosotros todo elogio: encender en nuestra juventud con su memoria una noble pasión por la prosperidad de los estudios, hasta el punto de que brillando estos en los dos emisferios de la dominacion española á modo de un hermoso dia del equinoccio, reverberen sus rayos sobre el trono de nuestro augusto Monarca, como sobre el carro del sol que todo lo alienta, y reverberando sobre él, le condecoren, le defiendan, y le eternicen.

No lo dudemos. De la superioridad de potencias, nace la superioridad de las almas, y de los adelantamientos en las artes y ciencias, la superioridad de unos reynos sobre los otros en la actual época de los siglos. Sí, la gloria de los soberanos se aumenta con las artes y ciencias que protegen. Ellas son las que llevan la magestad de su nombre por todo el mundo: las que hacen sus augustas personas mas respetables á las demas naciones, y su gobierno mas admirable aun á sus mismos enemigos: las que convidan á los extrangeros á que corran de todas partes á un pais donde hay que observar y que aprender, y que quando retornen á sus propios hogares, no se cansen de hablar, transportados de gozo, de las prendas del príncipe que vieron en el solio, de los ministros que favorecian sus intenciones, de la reputacion de los sabios que conociéron, y de la felicidad del pueblo que visitáron. Por tanto, yo no quisiera, cómo he dicho, otra recompensa, sino que hubiera muchos buenos españoles entre nosotros, que al leer éste elogio, honrado por la Real Academia, como Julio César al ver la estatua de Alexandro en el templo de Cádiz, arrasados de

lágrimas de emulacion los ojos, exclama-
sen conmigo:

“¡Ó Tostado! ¡Ó sabio Abulense! Quando
»tú eras de mi edad, ya habias conquistado
»las ciencias y asombrado el mundo; pero
»yo ni he hecho en ellas hasta ahora grandes
»progresos, ni mi nombre es todavía digno
»de ser conocido en la república literaria.”



P.C. Monumental de la Alhambra y General
CONSEJERÍA DE CULTURA

PARTE SEGUNDA.

OBRAS DE POESÍA.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

COLECCION
DE LAS OBRAS
DE ELOQUENCIA Y DE POESÍA
PREMIADAS
POR LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA.

PARTE SEGUNDA.
OBRAS DE POESÍA.



MADRID. MDCCXCIX.
EN LA IMPRENTA DE LA VIUDA DE IBARRA.

LAS NAVES DE CORTES

DESTRUIDAS.

CANTO

premiado por la real Academia Española
en junta de 13 de agosto de 1778.

SU AUTOR

DON JOSEF MARIA VACA DE GUZMAN,
doctor en ámbos derechos, del gremio y claus-
tro de la universidad de Alcalá; y réctor en
ella del colegio de Santiago de los caballeros
Manriques.

EPÍGRAFE.

Frangere, nec tali puppim statione recusso,

Arrepta tellure semel. Virgil. Aeneid. 10.

Hijos de Pálas, ínclitos varones,

Imágenes gloriosas de su aliento,

Las armas suspended, y las naciones

Oigan la hazaña, que cantar intento,

Con que á su gente, y bravos campeones

Supo empeñar al último ardimiento

El héroe grande, que enlazó al hispano

El opulento impetio mexicano.

PETROO FURIBVANI BAI

Grata á mis votos ven: descende, Clio,
 Y baña mi expresion en luces bellas:
 Furor divino inspira al verso mio,
 Y seguiré sus peregrinas huellas:
 Del etiopé adusto al scita frio
 Levantaré su fama á las estrellas,
 Su heroyca accion ensalzaré de suerte,
 Que triunfe del olvido y de la muerte.

III.

Pisaba yo del claro Manzanáres
 Una tarde las márgenes amenas,
 Que dan envidia á los soberbios mares,
 Que saludan de Alcides las almenas,
 Quando á la vista de los régios láres
 Besan el pie sus húmedas arenas,
 Texiendo lazos de cristal profundos,
 Al augusto Monarca de dos mundos.

IV.

Divertida mi vista en la corriente,
 Con sus ondas risueñas y sencillas,
 Á objeto superior llevé la mente,
 Y ¡ó sacras, dixes, fértiles orillas,
 Del que tiene por cuna de su oriente
 Las sierras que dividen las Castillas!
 En vosotras prendió, más que en su cumbre,
 Del númen delio la radiante lumbre.

V.

¡Feliz patria (al emporio coronado
 El semblante volviendo, repetia)
 De tanto noble ingenio, iluminado
 Del fuego de la dulce poesía,
 Cuyo elogio, á las musas reservado,
 La voz desdeña, y la alabanza mia!
 ¡Dichoso suelo! ¡Célebres umbrales!
 Ocupacion de siglos inmortales.

VI.

¡Dichoso suelo! Pero ¡mas dichoso
 Español clima, que su ardor fomentas,
 Y objeto digno, asunto generoso
 En héroes invencibles les presentas!
 Héroes, que de tu espíritu brioso
 En tus mismas entrañas alimentas,
 Y de la guerra intrépidos leones
 Á rugidos asombran las regiones.

VII.

Cuna de Marte, que mostrarnos puedes
 Triunfos, conquistas, bélicos afanes:
 Tú á Roma afrentas, á Cartago excedes:
 Tú produces los fuertes capitanes:
 En tus Vibares, Córdovas, Parédes,
 Pelaez, Toledos, Ponces y Bazanes
 Á respetar se dan del orbe todo
 La cuna ibera, y el origen godo.

VIII.

En tales pensamientos divertido
 Las épocas de España repasaba,
 Contra la injuria del ingrato olvido
 Sus memorables fastos recordaba:
 Campo fecundo descubrió el sentido,
 Y de hazaña en hazaña meditaba,
 Quantas empresas daba á los ingenios
 El alto honor de sus marciales genios.

IX.

Quando un éxtasis dentro de mí mismo
 Siento, que dulcemente me enagena:
 De sublimes ideas de heroísmo
 Avisa al pecho, y el discurso llena:
 En un deliquio tal, en tanto abismo
 Voz imperiosa á mi ilusion resuena,
 Que, de la esfera sacra desprendida,
 Ocupa el viento, y mi atencion convida.

X.

Alza los ojos, dixo: y yo humillado,
 El celestial decreto obedeciendo,
 Cada vez mas absorto y transportado,
 Juzgué que una matrona estaba viendo:
 Hermoso su semblante, aunque tostado:
 La magestad con el agrado uniendo,
 Demostraba, que saben las deidades
 Pedir cultos, rindiendo voluntades.

(5)

XI.

En vez de mirto, ó de laurel, ceñido
Un penacho de plumas á su frente:
El cuello ricamente guarnecido
De finísimas perlas de Occidente:
De los hombros con joyas distinguido
Un regio manto de algodón pendiente:
Y de nubes, por trono á su decoro,
Pisaba un globo con sandalias de oro.

XII.

Puesta la diestra mano en la mejilla,
Un arco á la siniestra acomodaba,
Llena de flechas en la espalda brilla
Sobre el cabello la dorada aljaba,
Y en dos columnas, que á sus pies humilla,
Los caracteres de Hércules burlaba,
Dando á entender, que á fuerzas españolas
Fixar no pueden límite las olas.

XIII.

En himnos cantan su dominio extenso
Los genios de su espíritu parciales:
Otros sus triunfos, su poder inmenso
Aplauden con bocinas y timbales:
Estos abrasan en su honor incienso:
Aquellos llevan las insignias reales,
Y terminando el júbilo ruidoso,
Le sucedió un silencio prodigioso.

XIV.

Calláron todos con el rostro atento:
 Suspéndense de Mantua los pastores:
 Párase el rio, y su benigno aliento
 No comunica el zéfiro á las flores:
 Hasta Febo, pendiente de su acento,
 Dibuxádo en las plumas mil colores,
 Segun me le pintó mi fantasía,
 Quiso alargar los términos del dia.

XV.

¡Ó jóven! (el prodigio de mi idea
 Prorumpió, hablando al parecer conmigo)
 Los cielos quieren, que tu norte sea,
 Y he de partir la admiracion contigo:
 Los blasones de España el mundo vea,
 Pues América soy, de ellos testigo:
 Ellos ilustran de Belona el templo:
 De ellos Hernan Cortes será el exemplo.

XVI.

No le demuestro, el ímpetu domandó
 De la undosa vertiente de Grijalva,
 Sus aguas con la sonda penetrando,
 Hiriendo el ayre con horrenda salva:
 No entre los dardos del opuesto bando,
 No en los pantanos donde le halla el alba,
 Ni siguiendo al contrario presuroso,
 Ni en Tabasco aclamado y victorioso.

XVII.

No vencedor del águila brillante,
 Que al tlaxcalteca á guerras estimula,
 Ó con imperio, que al traidor espante,
 Abrasando las torres de Cholula,
 Ó aprisionando al Rey mas arrogante,
 Que de mi clima el septentrion adula,
 Ó rompiendo á Narvaez, ó la ira loca
 Castigando del fiero Qualpopoca.

XVIII.

Callaré á Otumba, y su feroz campaña;
 Que estremeció los montes de la luna:
 Los peligros de Chalco en la montaña:
 Tanto choque naval en la laguna,
 Hasta que preso Quaticmoc, España
 Su imperio holló sin resistencia alguna,
 Mientras del sol los puros rosicleres
 La tez doraban de la hermosa Cérés.

XIX.

Descubra el mar del sur las perlas y oro
 Que encierra en sí de espléndidos quilates:
 Tehuantepec rebelde su desdoro
 Sienta, y Panuco bélicos combates.
 No así le pinto; al Cáucaso y Peloro
 Suba su nombre; el Tigris y el Eufrates
 Rindan postrados su corriente ufana
 Á los timbres del fértil Guadiana.

Si quieres ver el ánimo valiente,
 Que tanta gloria á tu nación ha dado,
 Prevenido en los riesgos, y prudente,
 Resuelto en las empresas, y arrestado,
 Un general de la española gente,
 Cuyo valor el mundo ha respetado,
 En el grande Cortes lo verás todo,
 En el grande Cortes, mas de este modo:

En ese lienzo que el arrojó mio
 Arrebató del templo de la fama,
 (Dice; y con soberano poderío,
 Á que le muestren á sus genios llama)
 Verás el corazón, verás el brio
 Que infatigable la deidad aclama.
 Oh quando callará su trompa, quando
 Olvidará esta hazaña de Fernando!

Yo volveré la copia á sus altares,
 Y mi delito indultará la Dios;
 Pero atiende primero, y no te pares
 En inquirir la mano prodigiosa:
 Dones fueron del cielo singulares:
 Lucés el sol la dió, matiz la rosa,
 Y alma Cortes: que saben sus laureles
 Comunicar su gloria á los pinceles.

XXIII.

Ese salobre espacio, que retrata
 Manso ofreciendo al español, en vano,
 El regreso, que él propio se dilata,
 Á mis islas, ó al seno gaditano:
 Ese portento de flexible plata
 Es el célebre golfo mexicano:
 Ese el teatro, donde el mar de Atlante
 Al castellano veneró triunfante.

XXIV.

Aquese pueblo, que su costa mira,
 Cuya fuerte muralla fúe creciendo,
 No al dulce son de la tebana lira,
 Sino al clamor de la trompeta horrendo,
 Es Villarica, que mi suelo admira
 Primicias nobles del marcial estruendo,
 Con que animó Cortes sus campeones
 Á levantar eternas poblaciones.

XXV.

Aquel es el católico estandarte,
 Que adorado por esos mares vino,
 Donde, á la voz de la piedad, el arte
 La señal estampó de Constantino:
 Futuras dichas su esplendor reparte,
 Y en la prosperidad de su destino
 Es contra tanto bélico embarazo
 De ella el impulso, de Cortes el brazo.

XXVI.

Del nuevo Cid, del español Aquiles,
 Á cuya hazaña tu atencion conduces,
 Son esas caxas, picas y fusiles,
 Esos cañones, balas y arcabuces.
 El previene rodelas y escaupiles: *
 El á los nobles brutos andaluces,
 Ó templar sabe la pasion fogosa,
 Ó enardecer la cólera espumosa.

XXVII.

¿Que otra cosa te dice ese trasunto,
 Que trabajó el pincel con arrogancia,
 Sino que recopila en solo un punto
 Todo el valor de España, y la constancia?
 Allí ves las pavesas de Sagunto:
 Allí están las cenizas de Numancia:
 Mira allí tus celtíberos atroces:
 Aquellos son tus cántabros feroces.

* Sayos de armas hechos de algodón para defenderse de las flechas.

XXVIII.

Suya es esa progenie de guerreros;
 Esa que llena mis alegres días,
 Si no es que ya se reproducen fieros
 En Alvarados, Dávilas, Mexías,
 Y Escalantes, que en jaspes duraderos
 Graban su nombre, y las venturas mías.
 Hijos del Sol determiné adorarlos:
 Eran vasallos del invicto Cárlos.

XXIX.

Pero verás las naves españolas,
 En que Alamínos, diestro Palinuro,
 Llevarlos supo por extrañas olas,
 Y preservarlos del naufragio duro,
 Ya abatiendo sus ricas banderolas,
 Zozobrar en el puerto mas seguro,
 El ancla fixa, el mar sin movimiento,
 El cielo claro, sosegado el viento.

XXX.

Corren el marinero y el piloto:
 Xarcia y velas solícitos redimen.
 ¿Que borrasca, dirás, que airado Noto,
 Que encalladoras Sirtes las oprimen?
 ¿Que Scila, que Caribdis las ha roto?
 ¿Que hado fatal, que las nereidas gimen?
 ¿Que tirano poder turba importuno
 La eterna paz que les juró Neptuno?

XXXI.

No han sido, no, del Euro los enojos,
 No la saña de Tétis las confunde:
 Felices son, no trágicos despojos,
 Los que á la playa el piélagó difunde:
 Vuelve al insigne capitan los ojos,
 Que allí á las tropas su corage infunde.
 Ese es Cortes, quando en la arena mia
 Resonaba su voz, que así decía:

XXXII.

En fin, llegó la suspirada aurora,
 Ilustres compañeros en mi suerte,
 De la hazaña mayor: el mundo ahora
 Tema, al saberla, vuestro brazo fuerte:
 Que no os asusta, mi atención no ignora,
 La hambre, el cansancio, la prision, la muerte:
 Muerte, que es vida del honor: muramos,
 Y de una vez del mar nos despedamos.

XXXIII.

Si aparenta catástrofe infelicé
 De esos buques la suerte inesperada,
 Yo decreté su fin: yo los deshice:
 Yo cerré el paso de la patria amada:
 No así os ofendo: no el temor me dice
 Que volveréis la espalda con la armada:
 De vuestro pundonor sé que es ageno,
 Por eso como inútil la condeno.

XXXIV.

Aunque escucharse del opuesto clima
 La voz parezca de la esposa amable,
 El hijo tierno en su regazo gima,
 Suspire el padre anciano y venerable:
 Sé que el honor sus quejas desestima,
 Que es la cera de Ulíses despreciable,
 Que está de mas la astucia en los oídos
 Á la débil ternura endurecidos.

XXXV.

Si el eco de la sangre es halagüeño,
 Es glorioso también: los ascendientes
 Inspirar saben el heroico empeño
 Que ha de llevarse á las remotas gentes.
 Cuando en la cuna se os llamaba el sueño
 Con cantares y arrullos diferentes,
 Lauros de vuestros padres os cantaban,
 Que á Isabel y Fernando coronaban.

XXXVI.

Á su denuedo Nápoles se humilla:
 Rinde el toscano mar ondas serenas:
 Las armas de Aragon y de Castilla
 Quebrantan de Navarra las cadenas:
 Y huyendo Boadelin de su cuchilla,
 Embotada en cervices agarenas,
 Su destrozo en Granada acaba el rayo,
 Que en Covadonga fulminó Pelayo.

XXXVII.

Ellos, como vosotros, oprimieron:
 La espalda de ese monstruo cristalino:
 De la Europa tambien se desprendieron,
 Al África llevando el blanco lino:
 Á Oran ganaron, al Peñon rindiéron,
 Tembló de su poder el argelino,
 Y tributaria se postró á su amago:
 La altiva sucesora de Cartago.

XXXVIII.

Así vencamos, los que así nacimos:
 Nuestro es ya su valor, nuestro su acero:
 La tierra hollamos, que á vencer venimos.
 Perezca pues el leño lisonjero;
 No á transportar tesoros le traximos:
 El grande Carlos, Carlos el primero,
 Despreciador del oro y la riqueza,
 En sus héroes coloca su grandeza.

.XXXIX.

Los hombres, que malogra la milicia,
 Mientras cuidan el débil armamento,
 Triunfos son, que el Monarca desperdicia,
 Reprimido en sí mismos su ardimiento:
 Visoños son: la militar pericia
 No les dictó su vario movimiento,
 Ni hollaron nieves, ni sufrieron soles;
 Pero tienen valor: son españoles.

XL.

Roto el iman de la esperanza necia,
 Reforzarán mi tropa reducida:
 Al menor de ellos mi afición aprecia,
 Si llego á ver su cólera encendida,
 Mas que á quantos baxeles armó Grecia
 Contra la injuria del pastor del Ida:
 Sucedan pues las picas á los remos,
 Y por ellos dos veces vencerémos.

XLI.

Sí, soldados, el rostro de la guerra:
 Es á la Hesperia grato: delicioso:
 El son del parche, que al cobarde aterra:
 El eco del clarín armonioso:
 Ni extraña, pienso, que nos es la tierra,
 Ni mi ejército poco numeroso:
 De España somos: si en la lid entramos,
 Nuestra es toda la tierra que pisamos.

XLII.

Y quando á las edades venideras
 Con tan vasta conquista, ó tiempo asombres,
 Dirás, que contra inmensas huestes fieras,
 Valieron por ejércitos mis hombres.
 En la altura pondrás de las esferas
 Con letras de oro sus excelsos nombres,
 Y el cielo admitirá tu fiel desvelo,
 Pues la causa que siguen, es del cielo.

XLIII.

Ya á favor nuestro se explicó en cometas,
 Que en la luz clara, y en la noche fría,
 Ofuscáron la faz de los planetas
 Con lúgubre, mortal melancolía:
 De serpientes de fuego las inquietas
 Ráfagas de Aquilon pobló algun día,
 Y herido del pavor este emisferio,
 Vió cercana la ruina de su imperio.

XLIV.

Nuestro furor los vaticinios llene,
 Con que infaustos oráculos le afligen
 Los poderosos cetros encadene,
 Que á Iztapalapa, y á Tezcucó rigena
 La gran Temixtitlan se desordene,
 Y á pesar sufra de su ciego origen,
 Colocados en su alto capitolio
 Del hijo de Filipo estatua y solio.

XLV.

Huitzilopoztli, númen insaciable,
 Monstruo sediento de la sangre humana,
 No como en otros tiempos formidable,
 Sus flechas sin vigor, su sierpe vana,
 En el ara se estelle detestable,
 Precipitado de la azul peana:
 Y el sacerdote en lastimosos gritos
 Llore el baldon de sus inmundos ritos.

XLVI.

Así lo manda el religioso Numa,
 Que tan noble piedad tomó á su cargo:
 Por él surcámos de salobre espuma
 Incierto rumbo, peligroso y largo:
 Despertará el terrible Motezuma,
 Despertará de su mortal letargo,
 Y dará el cetro á Emperador mas digno,
 Mas justo juez, Monarca mas benigno.

XLVII.

Cesarán los prodigios, los oscuros
 Visos del sol envuelto en arboles:
 Verá el gran lago sus reflexos puros:
 Serán los indios nuevos españoles:
 Olvidarán sus elevados muros,
 Á sus Axayacaces y Ahuitzoles:
 Y el nuevo mundo admirará en su infancia
 La justicia, la paz y la abundancia.

• Emperadores, que reynáron en México, anteriores á Motezuma.

XLVIII.

Plazas, templos, palacios y jardines
 Serán ya admiracion, y ya recreo:
 Con mitotes * en públicos festines
 Brindará esta region al europeo:
 Nos traerá de sus mas remotos fines
 Nácar y perlas, que quaxó Nereo,
 La grana con que al múrice retrata,
 Las piezas de oro y láminas de plata.

XLIX.

Tepequaquilco ofrecerá rendido
 Anime **, que á sus númenes aplaca:
 Lucientes piedras de valor subido,
 Y bálsamos fragantes Tepeaca:
 Maderas Quahuacán, que ha producido:
 Toluca tilmas ***: púrpuras Oaxaca:
 Tlahquitepec las olorosas gomas:
 Tlachco la dulce miel y las aromas.

* Así llaman los indios á sus danzas.

** Resina semejante al incienso.

*** Vestidura de que hacen los indios el mismo uso, que nosotros de la capa.

L

En sus ministros á sus claros Reyes:
 Así demostrarán el amor tierno:
 Tendrán al recibir las sabias leyes
 Por don del Cielo su feliz gobierno,
 Y mientras en sus palmas y magueyes*
 El jóven de Austria se dibuxa eterno,
 En Europa por glorías tan inmensas
 Las plumas cansarémos y las prensas.

II.

Estos son los laureles, que los hados
 Destinan á los héspedes alientos:
 ¿Y el premio de los árboles sagrados,
 Que coronan los altos vencimientos,
 De la pasión de Apolo idolatrados,
 De las iras de Júpiter exentos,
 Hemos de despreciar? ¿Tan vil memoria
 Podrá de España obscurecer la gloria?

* Planta que se cria con mucha abundancia en Nueva España. En Andalucía la llaman Pita.

III.

Antes, roto el timon y las entenas,
 Las quillas á las ondas entregadas,
 Dóris lamentará con sus sirenas
 Esas tristes reliquias sepultadas,
 Del pálido temor sombras, ajenas
 De vuestro pecho invicto, disipadas:
 Vencer, soldados; ó morir, y entónces
 Fatigaréis los mármoles y bronces.

LIII.

Morir famosos, ó vencer valientes:
 Pompa triunfal, ó decorosa pira
 Solo os aguarda: á las futuras gentes
 Ya el pierio coro vuestro aplauso inspira:
 La fuga, que evitamos diligentes,
 Será el objeto de la hispana lira,
 Dando asunto á sus números suaves
 La destrucción gloriosa de las naves.

LIV.

Esto el valiente general predice,
 Y esto se copia allí con mudos labios.
 La fama de dos siglos contradice
 De la envidia los bárbaros agravios,
 Y porque mas su hazaña se eternice,
 Hoy la promueve el coro de los sabios,
 Que con la noble vista al héroe atenta,
 El prodigioso lienzo representa.

IV.

Estos, que de Felipe el Animoso
 Siempre velando en propagar el zelo,
 Á las letras su lustre venturoso
 Restituyen á costa de su anhelo,
 La pura voz, el plectro numeroso,
 La frase digna, todo su desvelo
 Inútil juzgan, si en tan alta idea
 La feliz patria su atencion no emplea.

LVI.

¡Ó Madrid, sabia madre de las ciencias!
 Ya por Cortes ha puesto tu liceo .
 Á las musas del reyno en competencias:
 Ya el fuego celestial descender veo:
 Ya las acordes métricas cadencias
 Suenan gloriosamente en mi deseo:
 Renazcan pues, á influxos celestiales,
 Renazcan sus Lucanos y Marciales.

LVII.

Y tú, jóven, que errante y discursivo
 Los lauros de tu patria recorriste,
 Y un modelo buscabas expresivo
 De la region guerrera, en que naciste:
 Ya has visto bien aquel retrato vivo,
 Ya su accion valerosa atento oiste,
 Ya la grandeza adviertes de esta hazaña:
 Este es Hernan Cortes: esta es España.

LVIII.

Dixo América: y luego resonaron
 De su séquito armónicos loores:
 En una nube densa, que formaron
 Exhalados los húmedos vapores,
 Los pavones de Juno arrebataron
 De mi vista sus bellos resplandores:
 Seguirlos quise, y ocultó su llama
 La cumbre del nevado Guadarrama.

LIX.

Como en la noche lóbrega y horrenda,
 Quando Jove los polos estremece,
 Si al caminante la perdida senda
 Á la luz del relámpago aparece,
 Deslumbrado despues, en mas tremenda
 Obscuridad, su aliento desfallece,
 Sin poder divisar los horizontes,
 Ni distinguir los valles de los montes:

LX.

Así el portentó, que aun dudoso admiro,
 Confuso me dexó, ciego y cobarde:
 Vuelvo en mí con el susto, y me retiro
 Al espirar los plazos de la tarde.
 ¡Ó caudillo el mas grande que vió el giro
 De ese planeta, que ilumina y arde!
 ¡Que no pudiste ser, si tanto asombras
 Hallado en raptos, y explicado en sombras!

GRANADA RENDIDA.

ROMANCE ENDECASÍLABO

premiado por la real Academia Española
en junta de 22 de junio de 1779.

SU AUTOR

DON JOSEF MARÍA VACA DE GUZMAN,
doctor en ámbos derechos, del gremio y claus-
tro de la universidad de Alcalá, colegial por
derecho de familia, y rector en ella del co-
legio de Santiago de los caballeros

Manriques. mental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCÍA
EPIGRAMA.

..... un ánimo constante
Es acreedor del cielo á los auxilios.

Desciende en mi favor del alto cielo
Tú, que demuestras en el vate argivo
El verso digno de cantar las guerras,
Y hazañas de monarcas y caudillos:
Y dime, ó Musa, como conquistáron,
Siendo su tutelar el Cielo mismo,
Los Católicos Reyes el emporio,
En donde muere el Darro cristalino.



Apénas este númen á la tierra
 Mostró serenos sus azules visos,
 Á los espacios del luciente Toro
 Trasladando del sol el domicilio,
 Y á la mas fértil estacion del año
 Comenzó á enriquecer con su rocío,
 Tributando al abril flores el prado,
 Música el ave, y danzas el exido:

Quando á España sus ecos dirigiendo:
 Tiempo es, prorumpe, ya de que tus hijos
 Sacudan de una vez el torpe yugo,
 Pues se cumplieron los decretos míos.

Dixo el Cielo, y España á sus acentos,
 Dando treguas al triste parasismo,
 De sus hijos la cólera provoca,
 Que ya en furor convierten el conflicto.

La corte de Boabdil sombras errantes
 Alteran entretanto, interrumpido
 El nocturno silencio, y de sus muros
 Se lanzan melancólicos suspiros.

¡Ay, Granada, de tí! se oye que dicen
 Los agarenos manes, y al bramido
 Del Aquilon soberbio corresponden
 De infaustas aves agoreros picos.

Todo es horror, y no de la tragedia
 Se engañan los terribles vaticinios,
 Quando ya de la España sobre el moro,
 Brillan desnudos los aceros limpios.

Buscan los ricos hombres presurosos
 Al prudente Consejo, que advertido
 Del celestial favor, que los anima,
 Su influxo ofrece unir con el divino.

Era el anciano de agradable aspecto,
 Largo el cabello, cano, y sin aliño,
 Arrugada la piel, vivos los ojos,
 Pronto á escuchar, y en resolver prolixo:

Ya tardo, ya veloz su movimiento,
 Afable en trato, y en hablar medido:
 Un báculo una mano manejaba,
 Otra una antorcha de esplendor continuo.

Del pecho separó la inculta barba,
 Y miró al cielo con fervor activo
 Sin desplegar los labios: se resuelve,
 Parte, y lleva los próceres consigo.

Entra en Sevilla, toca los umbrales
 Del real palacio, llega al trono digno
 De ISABEL y FERNANDO, y les acuerda
 Sus alientos con ecos persuasivos.

Príncipes, dice, padres de la patria,
 Augustos siempre, triunfadores, pios,
 Á cuyo esfuerzo la indomable Europa,
 El mundo todo es ámbito sucinto:

España, esa matrona portentosa,
 Que todo el orbe suspendió á prodigios,
 Terror del altanero capitolio,
 Embeleso del celta y del fenicio,

Desde el día, que turbio el Guadalete
 (Del Cielo fué tan exemplar castigo,
 Él destruyó de España las riquezas,
 Él reduxo su fausto al precipicio):

Desde el momento, en que entregó á sus ondas
 La libertad de la nación, y el brillo,
 Que extinguieron las leyes de Witiza,
 Y sepultó el desorden de Rodrigo,
 Humilde, resignada venerando
 De la airada deidad los altos juicios,
 Ante sus aras con perenes votos
 Su corazón en lágrimas deshizo.

No la engañó su tierna confianza:
 Oyóla el Cielo, y suscitó propicio
 Los Pelayos, los Jaymes, los Alfonsos,
 Los Fernandos, Ordoños y Ramiros.

La Discordia de sierpes coronada
 Arroja en tanto su hálito nocivo,
 Que á la matrona enflaqueció las fuerzas
 En sus reynos opuestos y divisos.

El justo Cielo (por aquesta causa
 Decretando pausados los alivios)
 De la canalla vil, que la oprimia,
 Permitió retardar el exterminio:

Pero al volcan, en que fábrica Lémnos
 Las armas de los dioses vengativos,
 Corrió Himeneo, y encendió la tea,
 Que á vuestro regio tálamo previno.

Se aplaude del Moncayo á Guadarrama
 El enlace feliz: corren amigos
 El Ebro y Duero; el árabe se asusta
 Viendo unirse á las barras los castillos.

Domásteis su altivez: y una mañana
 El claro Dios sus ojos compasivos
 Tendió sobre la España, y esforzado
 Juró ampararla por el Lago Estigio.

Viendo al iluminarla con sus rayos,
 Que faltaba el reflexo peregrino
 En la piedra mejor de su corona
 Empañada del pérfido enemigo,

¡Hasta quando, deidad que así la afliges,
 Exclamó al Cielo, la hallarán mis giros
 En triste esclavitud! ¡Cabén acaso
 Tantas iras en ánimos divinos!

Ni hubo tardanza: condesciende el Cielo,
 É inspira á España: España acude al brio
 De sus hijos: me buscan, y conformes
 Á excitar vuestro espíritu han venido.

Es tiempo de vencer: vuelve á Granada,
 Ó Fernando, que ya contarse miro
 De Bulhaxix * la casa en tus palacios,
 Las montañas del sol ** en tus dominios.

* Rey Moro de Granada, que edificó el palacio real de la Alhambra.

** Las Alpúxarras.

Sus ágatas el alto Caridemo *,
 Genil su plata te consagra fino,
 Te ofrece el Darro sus arenas de oro,
 Y Guadix sus ligeros hipogrifos.

Tú á disponer el bélico aparato,
 Ó nieta invicta del augusto Enrico,
 En Alcalá te quedarás en tanto,
 Que gloriosa te avanzas al peligro.

No importa, no, que el arrogante pueblo
 Se envanezca de haberos resistido
 Tantos años: *un ánimo constante*
Es acreedor del cielo á los auxilios.

Valor, Felicidad y Confianza
 Os han de acompañar: cayga ese altivo
 Coloso mauritano, y en la Iberia
 No suenen mas del alcoran los ritos.

Clame Belona, y á su voz horrenda
 Se turbe el reyno infiel, desde el distrito
 Que Almanzor baña, hasta las sierras que orla
 Guadalentin con brazos cristalinos.

Vuestro el triunfo será, vuestra la gloria:
 España, va con vos el Cielo mismo:
 Él se interesa en vuestro vencimiento:
 Yo, que con esta antorcha os ilumino.....

* El Cabo de Gata.

No acabó la razon. La Confianza
 Se dexa ver en hábito distinto
 Del que otras veces la encubrió, y FERNANDO
 Conoce el don, que al Cielo ha merecido.

Apoyóse el Consejo silencioso
 Sobre el cayado, y ella el pecho invicto
 Tocó del rey, diciendo: en este centro
 Por órden de los númenes asisto.

Envuelto en una nube de humo y polvo,
 Que dirige violento torbellino,
 Todo cubierto de sudor y sangre
 Se presenta el Valor enardecido.

Fixó la vista en el marcial congreso,
 Alzó el nervioso brazo denegrado,
 Y asiendo la real mano: de esta diestra
 Yo haré que tiemble el universo, dixo.

Se transparentan los dorados techos,
 Y aparece del viento conducido
 Un carro victorioso, en que á las llamas
 Imitaban carbunclos y zafiros.

Manifiéstase en él el sacro bulto
 De la Felicidad, que de improviso
 Deposó el caducéo y cornucopia,
 Y así de todos la atencion previno.

Llevó la blanca mano con prestezz
 Al seno virginal, de cuyo archivo
 Sacando con risueñas expresiones
 Frondosos ramos de laurel y mirto:

Texed, dice, del séquito á los Genios,
Texed coronas de marcial estilo

Á ISABEL y FERNANDO, cuyas sienes
Me manda orlar el soberano Olimpo.

Así los tres habláron, y FERNANDO
No esperó mas: el Cielo obedecido
Sea, dixo, celtíberos valientes,
Que yo estoy con vosotros, y él conmigo.

Yo me pondré á la frente de mis tropas,
ISABEL prorumpió: yo en el designio
Empeñaré á mis vándalos guerreros:
Yo armaré de furor mis numantinos.

Llena en tanto las márgenes del Bétis
La hispana juventud, como en estío
Negro esquadron de próvidas hormigas
Corre á sus cuevas con el rubio trigo:

El valiente estremeño, el castellano
Se apresta, y de Cantabria lo florido,
Los que habitan del Xúcar las orillas,
Los de Idubeda, y Puerto Brigantino,

Murcia abundante en piedras y metales,
Córdoba rica en fértiles olivos,
Las comarcas de Turia, y grande Ibéro,
Y la que riega el Tórmes fugitivo.

Y tú, del mar señora, que recibes
Nombre y ser del magnánimo Barkino,
Diste tambien á tus amados Reyes
Soldados valerosos y escogidos.

Ni yo ingrato á la cuna, y monumento
De mis mayores, al silencio rindo,
Ó madre de héroes, imperial Toledo,
El bélico furor de tus patricios.

Al Consejo los Reyes y sus tropas
Siguen, y llevan al Valor consigo,
Que asistiéndo á la diestra de FERNANDO,
Influye en todos vengador y activo.

Así volviendo á la ciudad de Alcides
La espada ufanos, en sus pechos mismos
Trocaba la apacible Confianza
El horror de la lid en regocijo.

Corta los vientos, y su furia enfrena,
Templa el extremo del calor y el frio,
Y abre sendas; con todos halagüeña,
La alma Felicidad por el camino.

Así encontró al ejército brioso
Tercera vez la Aurora; mas no quiso
Volver al mar el hijo de Latona
Sin mostrarle el objeto apetecido.

De Granada se ven los chapiteles,
Y el gran Villena * dice: ya diviso
Á Granada. Granada. y por las tropas
Se oye Granada repetir á gritos.

* D. Diego Pacheco, Marques de Villena.

Llegáron á unos plácidos lugares,
 Amenos prados, cuyo dulce hechizo,
 Formado de placeres inocentes,
 Es poderoso iman de los sentidos.

Imitando de la hija de Taumántes
 Opuesta al sol mil varios coloridos,
 Su suelo esmaltan la morada viola,
 El clavel roxo, y los azules lirios.

Febo aumenta su luz, miéntas las auras
 Se enriquecen con ámbares distintos:
 Chupa la flor la abeja laboriosa,
 Y rumian los ganados el tomillo.

En los álamos verdes Filomena
 Suelta la voz con delicados trinos:
 Ítis la escucha, y lloran igualmente
 De Progne, y de Teréo los delitos.

Hay una sierra, á quien la blanca nieve
 Está siempre oprimiendo (los antiguos
 Soloria la llamáron) cuyas puntas
 Escondense en la esfera han presumido.

Sus altas cumbres, célebre atalaya
 Del mar de España, y clima berberisco,
 Demuestran dos lagunas insondables,
 Cuna del mas dichoso de los rios.

Nace de ellas Genil, y despeñado
 Rápido corre hasta amansar su giro
 En esta vega deleytosa, en donde
 Se ve de bellas náyades servido.

Filodoce la ninfa mas gallarda
 Salió acaso á su orilla, y divertido
 El pensamiento tuvo en los arroyos,
 Que hácia ella corren entre grama y guijo.

Vió, y conoció las armas españolas,
 Y arrójase al cristal con el designio
 De avisar á su dueño, mas ansiosa
 Que en otro tiempo el infeliz Narciso.

Suenan las aguas con el golpe, y mueven
 De tersa espuma blancos remolinos,
 En tanto que Genil sacó la frente
 Ceñida de amarantos y carrizos.

Puso los pies en la cerulea concha,
 Que le sirvió de asiento, y conocido
 El gran Monarca, que su margen pisa,
 Alzó al Cielo las manos, y así dixo:

¿Veniste, en fin, conquistador famoso?
 ¡Ó causa digna del anhelo mio!
 ¿Veniste ya á vencer? ¿Que á tí triunfante
 He de ver, y al alárabe rendido?

Sí, FERNANDO, sí, Rey, así lo ordena
 El Cielo santo, que su voz lo ha dicho:
 Yo la oí, que en mis sierras resonaba,
 Y en las cuevas tambien de mi retiro.

No mas, no mas, que mis arenas puras.
 Manche la torpe huella: no el impío
 Descendiente de Agar lave su cuerpo
 En el cristal que te consagro limpio.



Cantad, ninfas, tañed, y á manos llenas
 Dad flores á tal huésped: no indecisos
 Estén los lauros de mi fresca orilla:
 Desgajadlos, ó ninfas, y rendidlos.

Baxaba ya la noche silenciosa,
 Cerca estaba Granada, y para el sitio
 Manda sentar sus reales el Monarca
 Del zeloso Consejo persuadido.

Peró en lo mas profundo de las sombras
 Juzgó llenaba de esplendor divino
 Una beldad su tienda, y que le hablaba,
 Ni bien despierto estando, ni dormido.

Era hermosa en extremo, aunque sus ojos
 Cubre un cendal mas blanco que el armiño,
 Y en sus manos llevaba misteriosa
 Ofrenda celestial de pan y vino.

Yo soy la Fe, le dice, á quien conoces,
 Yo cautivé tu religioso oído:
 El Cielo manda, que en la heroica España
 Acabe de tener mi trono fixo.

De tí fia la accion: cúmplela, y funda
 En este dichosísimo distrito
 Una ciudad, que con mi nombre alcance
 De su deidad el alto patrocinio.

Desaparece: y de Títon la esposa
 Apenas el ejército lucido
 De las estrellas ahuyentaba, quando
 Así dió el Rey á su razon principio:

Ya, vasallos, las órdenes del Cielo
 Fuerza es cumplir: la Fe, que he recibido
 En la sagrada fuente, me estimula
 Á hacerla de mi vida sacrificio.

Bien que nuestro valor y confianza,
 Si tan grandes promesas exámino,
 Nos están aclamando vencedores
 Del fiero orgullo, que á postrar venimos.

Al arma, pues: y ocúpense los montes,
 Que á esta fértil llanura están vecinos:
 Parte, ó Villena, y la altívez humilla,
 Que abrigan las entrañas de esos riscos.

Dixo: y el gran Pacheco acelerado
 Camina, y qual el lobo enfurecido
 Turba el rebaño, que en callada noche
 Reposa descuidado en el aprisco,

Se avanza, y de las pérfidas aldeas
 Abrasa los humildes edificios:
 Tembló la capital, abrió sus puertas,
 Y opusó sus alarbes vengativos.

Pero FERNANDO, en cuyo sacro escudo
 Se rompen los alfanges enemigos,
 Desbaratando la defensa débil,
 La volvió á contener en su recinto.

Cunde el pavor en toda la comarca,
 Y los soldados por el monte unidos
 Queman los pueblos, y á las tiendas vuelven
 Llenos de honor, y de despojos ricos.

Viene ISABELA del Valor llamada,
 Y al hollar el terreno granadino,
 Salve, repite, centro delicioso
 De dulce vida, y de placer elisio.

Ya ántes os vi: no es, campos de Granada,
 Esta la vez primera que os admiro,
 Ya os vi quando quedó con sangre humana
 De vuestras fuentes el raudal teñido.

Y aunque ahora con mis hijos, con mi esposo
 En no apartarme hasta triunfar insisto,
 Premiando el Cielo mi constancia, espero
 Sin llamar á las parcas conseguirlo.

El Cielo hará piadoso con los hombres,
 Que sin el duro corte de sus filos
 Rinda el Monarca bárbaro su imperio,
 Y España vuelva en sí de su deliquio.

Entónces el Consejo diligente,
 En alas de su esfuerzo conducido,
 Á Granada camina, donde expone
 Así á Boabdil sus útiles avisos.

Huye, hijo de Albohacen, huye de España:
 Á África busca, y á los mares libios:
 Á las faldas te acoge del robusto
 Atlante coronado de altos pinos.

Ó bien á esos dos héroes (respetando
 Del Cielo santo el inmortal edicto)
 Cede el laurel, y su favor implora,
 Aquel favor, que admiran los rendidos.

Yo vi, yo vi al Valor siempre á su lado:
Yo á la Felicidad tambien he visto
Volver la espalda á tu infelice solio:
Contra ti el Cielo está, teme su juicio.

Él hizo descender la Confianza
Á las armas de España, y al presidio
De Santa Fe se acogen, que en tus tierras
Levantán ya los españoles mismos.

De allí no faltarán, que son constantes,
Y religiosos son, hasta rendiros
Á la penosa angustia del asedio,
Ó al destrozo sangriento del cuchillo.

Discurrió un sudor frio por los miembros
Del Monarca á esta voz: lloró cautivos
Sus vasallos en trágicas refriegas,
Y vió en sus torres ya á sus enemigos.

Ríndese á tantos males, y llamando
Á Abulcacin su alcayde: al fin perdímos
Nuestro reyno, le dice, y nuestra patria:
¡Ó patria! ¡ó compañeros! ¡ó destino!

¡Cobré para esto el usurpado trono?
¡Quanto mejor, ilustres granadinos,
Hubiera sido que Abohardil * reynase,
Aunque perverso, aunque traidor, é iniquio!

* Rey Moro de Granada, tio de Boabdil, hermano de Albohacen.

¡Quanto mejor, que el que manchó su fama
 Con el crimen de injusto fratricidio,
 Derramase, enemigo de su sangre,
 Junta con la del padre la del hijo!

¡Quanto mejor... Mas ¡ay, que ya no es tiempo
 De tanta reflexiôn! Ya es desvarío
 No ceder á la fuerza: el oponerse
 Ya no será valor, sino delirio,

Escucha, Abulcacin, lo que te manda
 Tu señor, y tu Rey, Boabdil tu amigo:
 No lo perdamos todo; ve á FERNANDO,
 Y dile... Me estremezco al proferirlo:

Di á ISABEL, que á sus armas invencibles
 Granada se rindió. Busca el partido
 Mas ventajoso á tu infelice patria:
 El Cielo es el autor, yo su ministro.

Diciendo aquestas últimas palabras,
 • La cabeza inclinó, y por el vestido
 Viendo correr las lágrimas amargas,
 Se oyó de los vasallos un suspiro,

Parte el alcayde á Santa Fe, y FERNANDO
 Con blanda condicion, rostro benigno
 Le recibe, y remite sus propuestas.
 Á dos, que la prudencia ha distinguido:

Hernan de Zafra, eterno á las edades,
 Y Gonzalo de Córdoba el invicto,
 Qué de Gran Capitan alcanzó el nombre
 Sobre Alexandros, Héctores y Pirros.

Tratáron algun tiempo los conciertos,
 Que al fin las partes juran por escrito:
 Del vencedor glorioso monumento,
 Modelo de piedad con el vencido.

Alégrase Boabdil de los tratados,
 Y los suyos con él; pero atrevido
 El insano Furor con torpe insulto
 Amotinó los ánimos tranquilos.

Y puntas mil flechando envenenadas
 Con zumo del eléboro nocivo,
 Que la nevada sierra le aprontaba,
 Su corazon en llamas convertido,

Turbios los ojos, pálido el semblante,
 Los labios entre espumas mal distintos,
 Erizado el cabello, y rechinando
 Los horrorosos dientes denegridos,

La ciudad corre en torno; ya blasfema,
 Ya hiere el pecho á golpes repetidos,
 Ya rasga las inmundas vestiduras,
 Y así delira el bárbaro prodigio;

¿Que demencia? No ya moros valientes,
 Torpes hijos del ocio, ¿Que maligno
 Espíritu os gobierna? ¿Que letargo
 Os pone de vosotros en olvido?

¡Ó vil generacion! ¿Y sois vosotros
 Los fieros é indomables? ¿Producidos
 Sois de aquellos varones generosos,
 Que rindiéron de España el poderío?

¿Vos sois de aquellos moros descendientes,
 Que Junquera admiro? ¿De aquellos mismos,
 Que diéron muerte á Aznar: que á las iglesias
 Quitáron sus Hermogios, y Dulcidios:

Destrozáron sus Reyes, y á la Ceca
 Con denuedo traxéron inaudito
 De su apóstol los cóncavos metales,
 Que en lámparas quedáron convertidos?

¿Y tú, Boabdil, de la nacion afrenta,
 Así tu patria entregas? No imagino,
 Que humanos pechos, ponzoñosa sierpe
 Te convidó con su alimento á silbos.

Los Ismaeles, Muleyes y Levines *
 No así el trono tratáron. Al indigno
 Sucesor deponed, árabes nobles,
 Que al nazareno vil quiere abatiros.

¿Pensais, que guarden los sagrados pactos?
 ¿No advertis su doblez, sus artificios?
 ¿Juzgais no vengarán su yerta sangre?
 ¡Ó como os burlarán los fementidos!

Os robarán esposas y tesoros,
 Degollarán los inocentes niños,
 Las agarenas vírgenes honestas
 Víctimas han de ser de su apetito.

* Reyes Moros de Granada.

Ya el espantoso son de las cadenas,
 Que os harán arrastrar, los duros grillos
 Que á los pies llevaréis, vuestros lamentos
 Escucho resonar en mis oídos.

Veo la sangre mora derramada,
 El baldon del profeta (me horrorizo)
 El oprobrio, el infame abatimiento,
 La infausta esclavitud, el cruel martirio.

No habló mas: contra el Rey clama la plebe,
 La Confianza la templó: imprevisto
 Llegó el Valor, y al monstruo sedicioso
 Lanzó al averno, del cabello asido.

¿Quién eres, huésped? ¿Que fatales casos
 Á la region del llanto te han traído?
 La negra Juno preguntó, y él luego
 Hablando así, sus dudas satisfizo:

Pues el dolor, ó Reyna, inexplicable
 Me mandas renovar, de haber perdido
 En la alta España á impulso de los godos
 Las lunas africanas el dominio:

Escucha en breve el último trabajo,
 Que van á padecer, aunque al decirlo
 Se estremezca la mente, aunque tu imperio
 Gima al horror, que absorto le anticipo.

Yace cerca de Ilíberis, exènta
 De los rayos del sol, y sorda al ruido
 De hombres y fieras, una cueva oscura,
 Que albergue fué del nigromante antiguo.



Gar en idioma arábigo se nombra,
 Y los soldados de Tarif, unido
 El vocablo al de *Nata*, patria suya,
 Así al Pueblo llamáron, que describo.

Pobláronle, y metrópoli erigióse
 De un opulento reyno: fué temido
 El nombre de Granada por el orbe:
 Fué; pero ya su pompa se deshizo.

Está impreso en la mente soberana,
 Que abusó del poder, y el infinito
 Distribuidor de bienes y de males
 No olvida, aunque retarde los castigos.

¡Ó con quanto pavor á la memoria
 Se me ofrece la voz de un adivino,
 Que en la invasion de Zahara ignominiosa*
 El triste fin de la nacion predixo!

Encendióse Aragon, ardió Castilla,
 Rugió feroz, injustamente herido
 El leon de España, y vióse en aquel tiempo
 FERNANDO de sus tropas por caudillo.

Ríndese Halama, y solicita en vano
 Recuperarla el sarraceno brio:
 Cayó por tierra el Septenil famoso,
 Y destrozáron á Álora sus tiros,

* Año de 1481.

Se entregó Ronda, se entregó Marbella:
Cambil, y Albahar postráron sus castillos:
Moclin, Íllora, Loxa, Zagra, Baños,
Bentome, y Velez yacen oprimidos.

Ceden Vera, Guadix, Baza, Almería,
Salobreña, Almuñécar, donde el tirio
Ambicioso homicida de Siquéo
Á Axîs, ciudad antigua, dió principio.

Ya los ásperos montes de Axarquía *
Las derrotas no ven del enemigo:
Ya Gibralfaro ** á Málaga la excelsa
Mira ocupada, y al Zegrí *** cautivo.

Como en mar borrascoso la alta roca
Contrastando el embate repetido
De altivas olas, y furiosos vientos,
Inmóvil burla su teson continuo,

Así Granada resistió diez años,
Á esos Reyes; mas ellos han sabido
Oponer á esta noble resistencia
La constancia, su heroyco distintivo.

Del Cielo descendió la Confianza,
Y aun no ha corrido el sol los doce signos
Despues que de Sevilla nuevamente
Partiéron empeñados en el sitio.

* Montes de Málaga, que vulgarmente llaman aquellos naturales las Axarquías.

** Fortaleza célebre de la misma ciudad.

*** Capitan Moro.

No levantarle hasta vencer intentan;
 Mas ya el árabe (afrenta es referirlo)
 La ciudad rinde: clamo yo, y me arroja
 Aquí el Valor, porque á la plebe irrito.

Dixo el Furor: y los tartáreos genios
 Á la espalda los brazos del vestiglo
 Ligan con cien cadenas, aumentando
 El infernal horror sus alaridos.

Boabdil en tanto con preciosos dones
 De cimitarras, jaeces, y castizos
 Hijos del Bétis, á FERNANDO aplaca,
 Le llama, y le recibe en el camino.

Arrójase á sus plantas: tuyos somos,
 Tuya es Granada, dice, el Cielo quiso
 Hacerte vencedor: la Confianza
 Me anunció tu clemencia, y á ella aspiro

Ya dos auroras el sañudo enero
 Numeraba, y los xéques * distinguidos
 Del pueblo de Ismael borrar mandáron
 De la egira ** el fatal dia impropicio.

Las llaves tomó el Rey, y entró en la alhambra
 Acuérdame su triunfo esclarecido,
 Caliope heroyca, y mas divino fuego
 Deba á tu inspiracion el plectro tibio.

* Los mas ancianos y autorizados de cada generacion.

** Principio de la cuenta de los árabes.

Rayáron quatro soles, y ostentoso
 El público aparato se previno:
 Adornáron las torres los pendones,
 Y creció en Bibarrambla el fiel bullicio.
 El Rey, la Reyna, el Príncipe, los grandes,
 Los infanzones nobles y aguerridos,
 Depuestas ya las túnicas de Marte,
 Visten de Adónis galas y atavíos.
 Oro, perlas, crisólitos, topacios,
 Diamantes, granas y plumages rizos,
 Á Ofir retratan, al oriente copian,
 Y desdeñan las púrpuras de Tiro.
 Trocóse el son del parche en melodías,
 Y la algazara pavorosa en himnos:
 El cañon, ántes lengua de la muerte,
 De salvas puebla el ámbito festivo.
 En los templos el Cielo los inciensos
 Afable recibió: voló al Empireo
 La Confianza, y coronó á los Reyes
 El Valor con pacíficos olivos.
 Enxugó España el llanto, bendixéron
 Sus príncipes al Cielo agradecidos,
 Y la Felicidad juró á este númen
 No separar del trono sus oficios.
 Cayó el cetro fatal de Proserpina,
 Y al triste golpe retumbó el abismo,
 Maltratáron las furias sus cabellos,
 Ladró el Cerbero, y se irritó el Cocito.

(46)

Rodó del hombro á Sísifo el peñasco
Sin subir á la cumbre, y miró Ticio
Sus sangrientas entrañas palpitando,
Del buytre detenidas en el pico.

Así, ó Reyes Católicos, triunfásteis,
Cuyo excelso renombre os dexó escrito
La sagrada ciudad de siete montes
En la memoria eterna de los siglos.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

LA TOMA DE GRANADA

POR LOS REYES CATÓLICOS

D. FERNANDO Y D.^A ISABEL.

ROMANCE ENDECASÍLABO

impreso por la real Academia Española,
por ser entre todos los presentados el que
mas se acerca al que ganó el premio.

SU AUTOR

DON EFREN DE LARDNAZ Y MORANTE.

EPÍGRAFE.

*Cese tudo o que a Musa antiga canta,
Que outro valor mais alto se levanta.*
Camoens *Lusiadas*, cant. I.

Era la noche, y el comun sosiego
Por las opacas sombras se extendia,
Y en medroso silencio los mortales
Con el sueño olvidaban las fatigas.
En la hermosa ciudad que Genil baña,
Y el Darro con sus aguas fertiliza,
Matizando sus cármenes de flores,
De frescas flores que el abril envia,
Yace soberbio alcázar, cuya cumbre
Del ayre ocupa la region vacía,
Palacio un tiempo del Monarca moro,
Que el regio trono granadino pisa.



Este, olvidando con descanso dulce
Cuidados que al espíritu fatigan,

- Tranquilo ocupa de su alcázar regio
Oculto estancia en que el primor lucia.

Alta cornisa del metal precioso,
Que el claro Tajo en sus arenas cria,
Robustas cimbrias, y estucados techos,
Follages varios, y labores ricas.

Por el salon á trechos se miraban
Mudas historias que el pincel dió vida,
Sucesos grandes, célebres victorias,
Claros héroes, hazañas inauditas.

En pedestales del mosaico estilo,
Que adornó singular mazonería,
Formó diestro cincel del bando moro
Los reyes, capitanes, y califas.

De Osman, y Halí, terror del Oriente,
El mármol muestra la presencia misma,
Del fuerte Ulit, y el valeroso Muza,
Y el gran conquistador de Palestina.

Sobre los otros elevado estaba
Con regio ornato, y magestad debida
El mentido profeta, á quien Arabia
Ciega venera, y en su fe confia.

Este miraba el Rey, quando cubierto
De asombro y miedo, vió que descendia
Del alto asiento, y á su lecho llega
De Mahomet la estatua muda y fria.

Tiémbla; y al verla con airados ojos,
 Ni á hablar acierta, ni callar podia:
 Tres veces quiso huir de su presencia,
 Tres veces lo estorbó fuerza divina.

¿Donde vas? dixo: ¿donde desgraciado
 Monarca evitarás la saña mia,
 Huyendo del que nunca desampara
 Á los creyentes que en su amor se fian?

Detente, y en el lecho á quien adorna
 Ricas alhombros, turcas alcatifas
 Reposas, y con el ocio entorpecido,
 Las aflicciones de tu reyno olvida.

¿Que importa que al furor del nazareno
 Destrozadas se miren tus provincias,
 Tus vasallos, ó muertos, ó rendidos,
 Y la ciudad en bandos dividida?

Mientras FERNANDO tus castillos toma,
 Las vegas tala, arrasa las campiñas,
 Gustosos juegan Mazas y Gomeles
 En Bibarrambla cañas y sortija.

¿No bastan tantos golpes desgraciados,
 Tantas ciudades presas y vencidas,
 Tantos fuertes exércitos deshechos,
 Al furor de las huestes enemigas?

El que tuvo valor para oponerse
 En Lucena á sus gentes atrevidas,
 Haciendo ver quanto á Castilla cuesta
 Humillar la potencia granadina,

¡Hoy fuerzas no tendrá; viéndose libre
De la cadena que arrastró algún día,
Para vengar su afrenta, derramando
Del cristiano la sangre aborrecida?

Si la fuerza y las armas no sostienen
La patria que á su estrago se avecina,
¿De que ha servido quebrantar los tratos,
Negar los pactos, y la fe rompida?

Borra, borra el baldon de haber firmado
Las paces que detestó, envilecidas:
Niegue el valor, y el pundonor anule
Lo que otorgó la voluntad cautiva.

De tu resolución el universo
Está pendiente, y en tu ardor confía:
Por él su libertad espera el mundo,
Y si no le defiendes se arruina.

Pues el fiero español, si de este imperio
Se apodera ¡ó Allah! no lo permitas,
Qual rápido torrente que del monte
Con ímpetu veloz se precipita,

Así, rompiendo de Tarif la puerta,
Llegará audaz hasta la ardiente Libia:
El gran sepulcro libraré de Cristo,
Cautivando quizá la tumba mia.

México la opulenta recelando
Su estrago, al Cielo súplicas envía,
Y el Cuzco teme que cruzando el golfo,
Pase tal vez á encadenar sus Incas.

¿Y tú darás lugar para que logre
 Los triunfos que soberbio premedita,
 Viendo las barras de Aragón triunfantes
 En los blancos pendones de Castilla?

Quando medroso en tu ciudad te encierras,
 Temiendo el golpe de su diestra invicta,
 Él atrevido á vista de tus muros
 Otra ciudad levanta. ¡Que ignominia!

Ya los Abencerrages, que otro tiempo
 En bandos á la corte dividian,
 No existen, ni tu padre te da enojos,
 Ni arma Muley traiciones á tu vida.

Persigue al que sacrilego persigue
 La verdadera ley santa y divina:
 Nada réceles, la victoria es tuya,
 Que el profeta de Dios te alumbra y guia.

Yo haré que al ver tus fuertes esquadrones,
 La espalda vuelva en la marcial porfia,
 Y amontonando triunfos y despojos,
 Su vano orgullo aniquilar consigas:

Y pasando del Tajo la corriente
 En la corte imperial fixes tu silla,
 Despues de haber deshecho en las Asturias
 La turba de sus gentes fugitiva.

Un nuevo Abderraman, y un nuevo Muza
 Vendrá, que fiero su altivez oprima,
 Y otro Almanzor del templo de Santiago
 Renovará el incendio y la ruina.

La mezquita famosa toledana
 Mi indignacion reducirá en cenizas,
 Y en la noble imperial Cesaraugusta
 La imágen venerada de María.

El coran se verá reverenciado,
 Y la ley sacrosanta que predica,
 Desde Gijon á la distante Goa,
 Y de la Zeca á la feliz Medina.

Esto será, que así te lo promete
 El que pisa del sol la lumbre viva,
 Á quien los querubines acompañan,
 Y las dominaciones se le humillan,
 Que ocupando ante Dios glorioso asiento,
 Los claros astros á su planta mira,
 Y adornando la luna su turbante,
 Los luceros se apagan á su vista.

Dixo: y al ir el Rey á responderle,
 Veloz de entre sus brazos se retira,
 Y á ocupar vuelve la animada estatua
 El pedestal robusto que oprimia.

Miéntas en Santa Fe mira FERNANDO,
 Vistoso alarde haciendo su milicia
 Al son de los clarines y atambores,
 Los caballos marchar y infantería:

Quando del claro sol lucientes rayos
 Á los objetos su color volvian,
 Dorando en los soberbios pabellones
 Las banderas que el zéfiro movia.

Baxo un rico dosel con perlas y oro,
 Que del Oriente empobreció las minas,
FERNANDO y **ISABEL** el trono ocupan,
 Alto campeón, castísima heroína.

En tanto que en el templo de la Fama,
 Venciendo á las edades fugitivas,
 Vuestros nombres en mármoles escritos
 Causen al orbe admiracion y envidia,

Yo haré á pesar del tiempo y del olvido
 Que su trompa sonante los repita,
 Y vuestras merecidas alabanzas
 Las hijas de Memnósine divinas.

Muéstranse al rededor del alto asiento
 Los príncipes y grandes de Castilla,
 Los Ponces de Leon, y los Mendozas,
 Portocarreros, Laras, y Mexias,

El que de Alhama el defendido muro
 Guardó á pesar de la morisma impía,
 Y con débil defensa reparado,
 Burló su muchedumbre descreida.

Pacheco y el Guzman van á sus lados,
 Que dos robustos potros oprimian,
 Mostrando el noble varonil semblante,
 Alzada la luciente sobrevista.

Del jóven de Alba la tristeza muestran
 Las pavonadas armas que vestia:
 Negro el plumage sobre el alto almete,
 Peto y escudo, cinturon y hebillas.

El que escalando de Guadix el muro
 Horror y asombro fué de la morisma,
 Y el que llegando hasta Granada, puso
 El Ave de Gabriel en su mezquita.

Cárdenas y Alburquerque, y el famoso
 Córdoba, lustre de la patria mía,
 Terror del moro, de la Italia espanto,
 Estrago de las gentes enemigas:

Luxan se ofrece á la dudosa empresa
 Con doscientos ginetes que acaudilla,
 Que el Manzanáres entre musgo y alga
 Miró nacer en la feliz orilla.

¡Ó patrio suelo! si al acento mio
 Prestar Apolo quiere melodía,
 Y se digna tal vez al rudo canto
 Dar nuevo ardor, dulcísima armonía,

Yo sabré levantar el nombre tuyo
 Á la esfera que Vénus ilumina,
 Ensalzando mi voz no disonante
 Tus blasones y glorias inauditas,

Pues para trono del mayor monarca
 La suma omnipotencia te destina,
 Y el sol para alumbrar tu vasto imperio
 Á Eton fogoso, y á Flegon fatiga.

El valiente doncel, que en tiernos años
 Venció del moro la arrogancia impía,
 Colocando en su escudo por trofeo
 El nombre que ultrajaba de María,

Del gallardo Aguilar ocupa el lado:
 Aguilar, cuya espada vengativa
 Del infiel Mahandon traspasó el pecho,
 Librando la inocencia perseguida.

Hacen-Benel Farax Abencerrage
 Lucida esquadra de su gente guía
 En tordas yeguas que produce el Bétis,
 Y á su veloz corriente desafía.

Blancos bonetes con azules plumas,
 En las adargas la comun divisa,
 Corvos alfanges, largos alquiceles,
 Robusto aspecto, y la color cetrina.

El fuerte capitán, que de Lucena
 Defendió la muralla combatida,
 Derramando al impulso de su diestra
 La sangre del infiel ismaelita,

Muestra en su escudo entre cadenas preso
 Al monarca que audaz le resistía,
 Y los nueve estandartes matizados
 Con caracteres árabes y cifras.

¡Quantos esclarecidos capitanes,
 Que ganaron victorias inauditas,
 Delante de FERNANDO se presentan!
 Cántalos tú, parnáside divina:

Su nombre ensalza, su valor y esfuerzo,
 Por quien se vieron rotas y vencidas
 Las esquadras de Agar, que el dogma siguen
 Del fementido esposo de Cadiga.

FERNANDO al verlos : claros campeones,
 Dice, blason de la corona mía,
 Por cuya diestra las cristianas cruces
 Sobre el Alhambra se verán tendidas,

Ya llegó el tiempo en que mireis cercana
 De esa ciudad rebelde la ruina,
 Y en premio de fatigas tan dichosas
 Laurel eterno vuestra frente ciña.

Désde que en Zahara combatiendo el muro
 Rompió Muley Hacen la union amiga,
 Hasta que Boabdélí preso y rendido
 Firmó la paz, que hoy niega su osadía,

¡Quantas veces, dudosa la victoria,
 Expusísteis por ella hacienda y vida!

Ya combatiendo en Baza las almenas,
 Ó en el alto peñon de la Axarquía.

Málaga os vió con ánimo invencible
 Contrastar al feroz Abenjoñixa:
 Y Dordux, recelando el golpe duro,
 Os entregó su fuerza destruida.

Muley Abohardil, tirano injusto,
 Desamparó á Guadix con Almería,
 Y de Huéscar á Ronda vuestra espada
 Estrago fué, y horror de la morisma.

Aun hay mas que vencer : á vuestro brio
 Es corto triunfo esa ciudad vecina;
 Mas es fuerza juzgar su rendimientoo
 Como principio de mayores dichas.

Desde que Febo, visitando el Toro,
Volvió á los campos la estacion florida,
Hasta que en Capricornio retirado
Iluminó desconocido clima,

Sufre Granada el dilatado cerco,
De fuerzas y poder destituida:
Mas ¡ó, quan presto la hollará mi planta,
Si ayudá vuestro ardor la intencion mia!

De hoy mas vuelva á sufrir nuevos afanes,
Nuestros ginetes talen sus campiñas,
Y la sangre de Sarra se derrame
En las escaramuzas repetidas:

Que el cielo, que hasta aquí miró propicio
El éxito feliz de su conquista,
Verá gustoso fenecer el nombre
Del que tanto ofendió su ley divina.

Dios, sí, Dios mismo, de rigor armado
Á nuestros brazos servirá de guia,
Porque ganando su sepulcro santo,
Se mire el Asia á nuestro pie cautiva.

Dixo, y sordo rumor el campo ocupa,
Que el nombre de FERNANDO repeta:
Todos al duro asedio se aperciben,
Acusando las horas de prolixas.

Suena confuso estrépito: el soldado
Se viste el espaldar y la loriga,
Y al apretar las cinchas el ginete,
El caballo belígero relincha.

Ya corren por la vega dilatada,
 Que el Genil baña con corriente fria;
 Los campos queman, roban el ganado,
 Huye el pastor á la contraria orilla.

Tristes gemidos y incesante lloro
 En la infeliz ciudad el ayre hendian:
 El vulgo corre temeroso y ciego:
 Dexa el muro, y ocupa la mezquita.

Así venciendo Vespasiano y Tito
 Los fuertes muros de la sacra elía,
 Esta lloró su mísera desgracia
 Con hambre y fuego, y muerte destruida.

Boabdélí de valor y fuerzas falto
 Al Albaicin medroso se retira,
 Dudoso al escuchar consejos varios,
 Entre opuestos dictámenes vacila.

Quien le aconseja que la gente anime,
 Tienda al ayre las árabes insignias,
 Salga á campaña, y en batalla dura
 Al enemigo intrépido resista.

Quien pretende, primero que rendirse,
 Que en llamas arda la ciudad querida,
 Dando la vida al tósigo y al hierro,
 Qual los de Astapa, ó la Sagunto antigua.

Quando Zelin-Hamet, gallardo moro,
 Que el sexto lustro de su edad cumplia,
 Árabe en patria, Aldoradin en sangre,
 Hijo de Abenhucem y Geloira,

Negra la barba, y el color tostado,
 Sangrientos ojos de espantable vista,
 Robustos miembros, corto de razones,
 Diestro en el arco, cimitarra y pica:

Locura es, dixo, en pareceres varios
 Perder el tiempo que veloz camina,
 No habiendo fuerzas, ni ocasion, ni gente
 Para librar la patria que pelagra.

¿Expondrémos acaso á una batalla
 La feliz libertad que tanto estima,
 Quando de España la potencia junta
 Procura con teson nuestra ruina?

No, no es justo, ni en este medio solo
 La pública salud se encierra y cifra:

Una astucia rompió de Troya el muro;
 No Agamenon, ni Aquíles de Larisa.

Yo ofrezco, apénas el luciente Apolo
 Huya las sombras de la noche fria,
 Hacer que el campo del contrario fiero
 Con incendio voraz vuele en cenizas.

La confusion, el sobresalto y miedo,
 El sueño, que los miembros debilita,
 Las llamas, y la noche harán felice
 La heroica accion, si Boabdélí la anima.

Sí, yo la apruebo, dixo, y de los hombros
 En muestra de su amor al punto quita
 El precioso alquicel, que el moro admite,
 Doblando reverente la rodilla.

Vístese al punto las lucientes armas,
 Que el oro y el cincel enriquecian,
 En quien mostró su perfeccion el arte,
 Que á Gradivo tal vez dieran envidia.

En el turbante el acerado casco
 Al herirle la luz rayos envia,
 Luna pequeña, y afolladas tocas,
 Con un penacho verdegay encima.

El datilado borceguí guarnecen
 Dorados lazos, y labores ricas,
 Y el alquicel en el siniestro lado
 Con plata y borlas resplandece y brilla.

Del ancho tahalí se ve pendiente
 La cimitarra fuerte damasquina,
 Que ciñó al lado Abenhozmin su abuelo
 Quando á servir á Solíman partía.

La istriada lanza acomodó en la cuja,
 Que qual un mimbre el bárbaro blandía,
 Á cuyo golpe en desigual pelea
 Felipe de Aragon perdió la vida.

Pintó en la adarga de Azamor el moro
 Herido un corazon que en fuego ardia,
 Y en campo azul al rededor escrito:
Si mas pudiera dar, mas te daría.

La rica manga adorna el diestro lado,
 Que de aljófár bordó y argentería,
 De cifras de su nombre, Zelidora,
 Que ausente dél en Tremecen vivía.

De un tostado alazan oprime el lomo
 De largas crines y cabeza erguida,
 Pecho espacioso y espumante boca,
 Y dócil á la rienda que le guia.

Parte su dueño en la callada noche
 De la famosa Ilíberis antigua:
 Sus muros dexa atrás y capiteles,
 Y al enemigo campo se avecina.

Hórridas sombras ocupando el suelo,
 Al intento mejor favorecian:
 Muda quietud al sueño convidaba,
 Y el Darro suspendió su clara linfa.

Quando al atravesar raudal pequeño,
 Que del vecino monte descendia,
 Sintió pisadas, y de rato en rato
 Templadas armas que al mover crugian.

Refrena el paso el arrogante moro,
 El freno, y el aliento detenia,
 Al ver ya cerca un caballero armado,
 Que en ligero tropel tras él venia.

Sale á encontrarle, y previniendo el hasta,
 ¿Quien eres? dixo ¿donde te encaminas?
 Di si eres granadino, ó castellano,
 Y qual es el intento que te guia.

Soy granadino, respondió, y si acaso
 De tu amor, y tu sangre no te olvidas,
 Tu primo Zuleman es quien te sigue,
 Y la justa venganza quien le anima.

Tú sabes bien que en la pasada luna
 Mató á mi hermano en esta vega misma
 La dura lanza del Guzman valiente,
 Ímpio verdugo de agarenas vidas.

Sabes que era mi hermano malogrado
 La esperanza y blason de la morisma,
 Señor de Alhora, de Carthama alcaide,
 Caudillo y alhagib de su milicia.

Sabes quanto lloré la injusta muerte,
 Sabes quanto perdió la patria mia,
 Y que del homicida la cabeza
 Prometí presentar á Belerifa.

Tres veces ciento alárabes ginetes
 El bosque oculta, que á la seña misma
 Intrépidos cercando los reales,
 La accion acabarán que determinas.

Contigo vengo á que morir me veas
 Á manos del que causa mi desdicha,
 Ó á que logrando la venganza, vuelva
 Á consolar la pena que origina.

Abrázale Zelím estrechamente,
 Y defendidos de la sombra amiga,
 Este se acerca al campo y pabellones,
 Y aquel la retirada prevenia.

Introducido por oculta senda,
 Calada cuerda al pabellon aplica
 Do reposa ISABEL, y al verle ardiendo
 Con voraz llama, el moro se retira.

No de otra suerte los soberbios muros
 Quemó de Troya la maldad argiva,
 Ni ménos confusión causó el estrago,
 Que en el campo cristiano se extendia.

Báxan ardiendo de la excelsa cumbre
 Ardientes leños, máquinas erguidas,
 Qual en las altas escarpadas breñas,
 Á quien el Tajo aurífero salpica.

Al fiero impulso de uracan horrendo
 De uno en otro peñon se precipitan.
 Rudos peñascos, y al terrible golpe
 Huyen al centro temerosas ninfas.

Salta del lecho intrépido FERNANDO:
 Su presencia á los débiles anima:
 Manda al de Cádiz que al encuentro salga,
 Por si alguna traicion se prevenia.

Suelta la crencha dilatada de oro,
 Que un matizado trancelin prendia,
 Cruza ISABEL armados esquadrones,
 Cuya industria apagó la llama activa.

Zuleman que advirtió salir armada
 La gente que el de Cádiz acaudilla,
 Vuelve la rienda, y hácia el bosque parte
 Á prevenirlo al comenzar el día.

El Ponce de Leon, que desde léjos
 Las armas vió reverberar bruñidas,
 Y el ancho escudo del gallardo moro,
 Parte á alcanzarle, y al caballo pica.

Mas viendo la distancia, alta la diestra;
 Con impulso feliz la lanza tira,
 Que por el viento rechinando cruza,
 Qual flecha de la cuerda despedida.

Vuelve el moro veloz mirando cerca
 El duro hierro que hácia sí venia:
 ¿Mas quien pudo borrar de las estrellas
 El influxo fatal que le domina?

Quiso evitar el golpe; mas rompiendo
 El fresno herrado la coraza fina,
 De roxa sangre matizó las flores,
 Cayó en la yerba la color perdida.

No de otra suerte á su galan Adónis
 Miró difunto Vénus ericina,
 Quando en Chipre su muerte lamentaron
 Las bellas de sus bosques hamadrias.

Qual blanco azar, ó débil azucena,
 Que del tronco apartó mano lasciva,
 Que poco á poco la hermosura pierde,
 El cuello tuerce, y el frescor marchita:

Así, exhalando el último suspiro,
 Los ojos' cierra en tristes agonías:
 Revuélcase muriendo, y se estremece,
 Y el alma baxa á la tartarea orilla.

Hamet, que viendo el caso lastimoso,
 Batió la espuela, y afloxó las bridas,
 En venganza y furor y saña ardiendo,
 Con ronca voz: cristiano, le decia,

Si juzgas que la sangre de mi primo,
 En tiernos años sin piedad vertida,
 Con la tuya, á pesar del universo,
 No la podré vengar, mal imaginas.

Y arremetiendo qual ardiente rayo,
 La peligrosa lid acabaria,
 Si en ménos fuerte escudo diera el golpe,
 Que atronó las cavernas convecinas.

Rota la lanza, con la espada embiste:
 Ciego de enojo el moro combatia,
 El alquicel arrastra por la arena,
 Que el potro al revolver desgarrá y pisa.

Qual en el ancho circo matritense
 Con medrosa atencion la plebe admira
 Robusta fiera que bebió el Jarama,
 Que el jóven andaluz acosa y lidia:

Así burlando al moro granadino
 El cristiano sus golpes detenia:
 Aquel le sigue, y este levantando
 La poderosa espada vengativa,

Tal golpe descargó con brazo fuerte
 Sobre las plumas, y cimera altiva,
 Que juntas se estampáron en la arena
 Penacho verdegay, bonete y cintas.

No vuelve mas veloz manchada tigre
 Al flechazo que el árabe le tira,
 Que el moro, al golpe, del paves cubierto,
 Alta la diestra, en roxa sangre tinta.

Quiso al contrario dividir de un golpe:
 Llega, da, y hiere: y en la lid reñida
 Ninguno de los dos fuertes soldados
 Á su enemigo superior se mira.

Mas viendo el Ponce á un lado ya cercana
 La mora gente, y bárbaras insignias,
 Y al otro en las banderas sus leones,
 Señales de su tercio cortocidas,

De punta á puño le metió la espada,
 Que al querer su enemigo resistirla,
 Cayó difunto del arzon al suelo,
 Abierto el pecho en penetrante herida.

No de otra suerte Encélado arrogante
 Del rayo herido de la luz divina,
 Precipitándose de monte en monte,
 Cayó oprimiendo el suelo que cubria.

Ya de añafles y atabales roncós
 Confuso estruendo militar se oía,
 Y en lid sangrienta entrámbos esquadrones
 Por su ley y su patria combatían.

Rodrigo parte, y en la turba mora
 Tal estrago ocasiona su cuchilla,
 Qual entre simples tímidas palomas
 Garra y pico voraz de águila altiva.

Los fuertes capitanes granadinos,
 Que en la vega mostráron algun dia
 Su esfuerzo, hoy dexan con la muerte suya
 Su patria opresa, y su nacion cautiva.

Unos con otros en atroz desórden
 El tremendo combate sostenian,
 Causando á un tiempo en una y otra parte
 Con igual confusión muertes distintas.

Mas embistiendo por el diestro lado
 Nuevo sócorro que FERNANDO envía,
 El Darro en sangre coloró sus aguas,
 Marlotas y almayzares revolvía.

Ya la esquadra de Agar la espalda vuelve
 Precipitada con veloz huida,
 Dexando el campo de despojos lleno,
 Que bárbaros cadáveres cubrian.

Boabdelí que advirtió destrozo tanto,
 Sus huestes ahuyentadas y vencidas,
 El enemigo cerca de los muros,
 Y sin defensa la ciudad querida,

Maldice airado del profeta suyo
 Las promesas, que ya falibles mira,
 Viendo á FERNANDO que triunfante llega,
 Y el difícil asalto premedita.

La cristiana amazona que le sigue,
 Su intento aprueba, y á su gente anima,
 Corona el muro desarmada gente,
 Y al cielo sube inmensa vocería.

Suena el clarín belígero, y apenas
 Las tropas á embestir se prevenian,
 Blanca bandera el Albaycin tremola,
 Las puertas abre la ciudad vencida.

Entre las armas, el Monarca moro
 Busca á FERNANDO, y á sus pies se humilla.
 Cidi, venciste, reverente dice,
 Tuyo es mi reyno ya, tuya es mi vida.

Alza, le dixo: en mi bondad piadosa
 Perdon hallar podrá tu rebeldía,
 Vivirás como Rey, y amigo mio,
 Pues supiste aplacar todas mis iras.

Marcha á Granada el campo: el bando moro
 Lágrimas derramando de alegría,
 El nombre de ISABEL, y de FERNANDO
 Levanta al cielo en repetidos vivas.

En peveteros del oriente humea
 Fragante incienso que la Arabia cria,
 Cubren las calles, y edificios altos
 Tapetes persas, con alhombros finas,
 El sucesor invicto de Pelayo,
 Y la excelsa matrona de Castilla,
 Triunfantes entran, la cerviz pisando
 Del bárbaro poder, y la heregía.

La Fe, y la Religion iban delante,
 Que dirigiéron la feliz conquista,
 Arrollando moriscos estandartes,
 Y eclipsando las lunas enemigas....

Cante otro lo demas, si á objeto tanto
 Méno puede bastar qué voz divina,
 Pues fatigada del asunto heroico,
 Enmudece esta vez la trompa mia.

BATILO.

ÉGLOGA

EN ALABANZA DE LA VIDA DEL CAMPO
 premiada por la real Academia Española
 en junta de 18 de marzo de 1780.

SU AUTOR

DON JUAN MELENDEZ VALDES,
 profesor de jurisprudencia, y substituto de
 una de las cátedras de letras humanas de
 la universidad de Salamanca.

EPIGRAMA.

*Dulce el ameno valle es al ganado,
 Y á mí dulce la vida
 Del campo, y grata la estacion florida.*

BATILO. ARCADIO. POETA.

Paced, mansas ovejas,
 La yerba aljofarada,
 Que el nuevo día con su lumbre dora,
 Miéntas en blandas quejas
 Le cantan la alborada
 Las dulcesavecillas á la aurora:
 La cabra trepadora
 Ya suelta, se encarama
 Por el monte enramado:
 Vosotras de este prado
 Paced la yerba y la menuda grama,
 Paced, ovejas mias,
 Pues de abril tornan los alegres dias.



Mejórase la tierra
 De verdor coronada,
 Y aparecen de nuevo ya las flores;
 Desciende de la sierra
 La nieve desatada,
 Y ejercen sus contiendas los pastores;
 Todo el prado es amores,
 Retoñan los tomillos,
 Las bien mullidas camas
 Componen en las ramas
 Á sus hembras los dulces paxarillos,
 Y con susurro blando
 Va el arroyo las flores salpicando,

Así qual es sabroso
 Despues de noche fria
 El rocío del alba al mustio prado,
 Ó qual tras enojoso
 Invierno el alegría
 Sereno sol de abril vuelve al ganado:
 Así qual al cansado
 Pastor, que tras hambriento
 Lobo corrió, es la fuente,
 Tras el marzo inclemente,
 Tal es á mí del zéfiro el aliento,
 Y qual á abeja rosa
 Del campo así la vida deliciosa,

Apénas ha nacido
 El día en los oteros,
 De arreboles el cielo matizando,
 Por el alegre exido
 Saco ya mis corderos,
 Y alegres los cabritos van saltando;
 Miéntra el sol se va alzando,
 Mil zelosas porfías
 Á la sombra en reposo
 Separo, si zeloso
 Mi manso está por las corderas mias:
 Y si la noche viene,
 El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma
 Tras sus vacas manchadas,
 El pastoril acento al viento dando,
 El dulce Arcadio asoma,
 Sus voces regaladas
 Mas y mas cada vez se van notando.
 Tambien viene cantando,
 Qual yo de la florida
 Estacion. Salir quiero
 Á encontrarle primero,
 Algo acaso dirá de mi querida,
 Ó la nueva tonada
 Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quien viendo el alegría
 De este florido prado,
 Y el brillo y resplandores del rocío,
 Ó la hambrienta porfía
 Con que pace el ganado,
 Y el soto léjos, plácido y sombrío,
 Y el noble señorío
 Con que el claro sol nace,
 Ó las ondas sin cuento
 Que hace en la yerba el viento,
 Y los hilos de luz que el ayre hace,
 No sentirá movido
 El corazon y el ánimo embebido?

Do quiera es primavera,
 Y por do quiera el prado
 Da nueva flor y espíritu oloroso:
 Las vacas por do quiera
 Hallan pasto sobrado,
 Y tierna yerba de pacer sabroso:
 El pastor en reposo
 Ya libre sus tonadas
 Puede cantar tendido,
 Viendo al hato querido
 Donde quiera las yerbas ir sobradas:
 Y pueden las pastoras
 Baylar alegres las ociosas horas.

No á mi gusto sea dado
 Riquezas enojosas,
 Ni el oro que cuidados da sin cuento:
 No el ir embarazado
 Entre galas pomposas,
 Ni corriendo vencer al raudo viento;
 Mas sí cantar contento
 Sentado á par mi Elisa,
 Viendo desde esta altura
 Del valle la verdura,
 Y de mi dulce bien la dulce rísa,
 Y pacer mi ganado,
 Y al Tórnes deslizarse sosegado.

Pero aquel que allí veo
 Que por el prado viene,
 ¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
 ¡Quan bien á mi deseo
 La suerte lo previene!
 Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
 De tu rabel y canto
 Guarde del lobo odioso,
 Y sigue en tan sabroso
 Tono, que de los valles es encanto,
 Y el ganado alboroz
 Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO,

Tú mas ántes al viento
 Suelta esa voz suave,
 Que á todas las zagalas enamora,
 Tañendo el instrumento
 Que el desden vencer sabe,
 Y ablandar como cera á tu pastora,
 Y la letra sonora
 Cántame que le hiciste,
 Quando te dió el cayado,
 Por el manso peynado,
 Que con lazos y esquila le ofreciste,
 Ó bien la otra tonada
 De la vida del campo descansada,

Premio será á tu canto

Este rabel, que un dia
 Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,
 Y en él con primor tanto
 Pintó la selva umbría,
 Que muestra bien su ingenio peregrino,
 Del Tórmes cristalino
 Formó en él la corriente,
 Que parece ir riendo,
 Y á lo largo paciendo
 Los manchados rebaños mansamente,
 Y la ciudad de léjos
 Del sol como dorada á los reflexos.

Á un álamo arrimado
 Alegre un zagal canta
 Mientras su amada flores va cogiendo:
 Por el opuesto lado
 Un mastin se adelanta,
 Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
 Todo que lo está viendo
 Léjos un ciudadano,
 El semblante afligido,
 Y en cuidados sumido,
 Haciéndole á otro señas con la mano,
 Que al umbral de una choza
 Rie entre los pastores y se goza.

BATILO,

Y yo de Delio hube
 Una flauta preciada,
 Labrada de su mano diestramente.
 Tan guardada la tuve,
 Que jamas fué tocada:
 Pero mi amor en dártela consiente.
 Los valles y la fuente
 Puso en ella de Otea*;
 Qual por abril el llano
 Con rosas mil galano,
 Un muchacho en el cerro pastorea,
 Y el rabel otro toca,
 Y á contender cantando le provoca.

* Sitio muy frecuentado del autor á las orillas del Tórmes.

De flores coronadas,
 Mas bellas que las flores,
 Y el cabello en la espalda al viento dado,
 Van baylando enlazadas,
 Causando mil ardores
 Las zagalas en medio el verde prado.
 Un anciano está á un lado
 Que la flauta les toca,
 Y algunas ciudadanas
 Mirándolas ufanas,
 Y como que la envidia las provoca
 Con regocijo tanto.
 Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
 Balido de la oveja,
 Y la teta al hambriento corderuelo:
 Dulce, si el caluroso
 Verano nos aqueja,
 La fresca sombra y el florido suelo:
 El rocío del cielo:
 Es grato al mustio prado:
 Y á pastor peregrino
 Descanso en su camino:
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.

Mire yo de una fuente
 Las menudas arenas
 Entre el puro cristal andar bullendo,
 Ó en la mansa corriente
 De las aguas serenas
 Los sauces retratarse, entre ellos viendo
 Mi ganado ir paciendo:
 Mire en el verde soto
 Las tiernas avecillas
 Volar en mil quadrillas:
 Y gocen del tropel y el alboroto
 Otros de las ciudades
 Cercados de sus daños y maldades.

Las inocentes horas
 De júbilo y paz llenas,
 ¡Donde mejor se gozan que en el prado?
 ¡Quien mejor las auroras
 Ve amanecer serenas,
 Que el zagal al salir tras su ganado?
 ¡Venturoso cuidado!
 ¡Mil veces descansada
 Pajiza choza mia!
 Ni yo te dexaria
 Si toda una ciudad me fuera dada,
 Pues solo en ti poseo.
 Quanto alcanzarán los ojos y el deseo.

¿Para que el vano anhelo,
 Ni los tristes cuidados,
 Que engendra la ciudad y sus temores?
 Mejor es ver el cielo,
 Que no techos pintados:
 Mejor son que las galas nuestras flores.
 Los árboles mayores
 Nos dan fácil cabaña,
 Una rama sombrío,
 Otra reparo al frío,
 Y quando silba el ábrego con saña
 En las noches de enero,
 Lumbre para baylar un roble entero.

Aquí en la verde grama

Oyga yo reclinado

El lento susurrar de este arroyuelo:

Aquí evite la llama

Con mi pastora al lado

Del sol subido á la mitad del cielo:

Y su dorado pelo

Orne de florecillas,

Ó texa en su regazo

De ellas guirnalda ó lazo:

Y arrúllenme las blandas tortolillas

Quando yo la corone,

Y la firmeza de mi amor le abone.

BATIOLO.

Y á mí leche sobrada
 Me da, y natas y queso,
 Y su lana, y corderos mi ganado:
 Mis colmenas labrada
 Miel de tierno cantueso,
 Y pomas olorosas el cercado.
 Gobierna mi cayado
 Dos hatos numerosos,
 Que llenan los oteros
 De cabras y corderos,
 Y dexa á los zagales envidiosos
 Mi dulce cantilena,
 Que á las mismas serranas enagena.

Mas bienes no deseo,
 Ni quiero mas fortuna,
 Contento con mi suerte venturosa.
 En este simple arreo
 No hay pastorcilla alguna
 Que huya de mis amores desdeñosa.
 Su guirnalda de rosa
 Me dió ayer Galatea,
 Fílís este cayado,
 Y este zurrón leonado
 La niña Silvia, que mi amor desea;
 Mas yo á Filena quiero,
 Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues quando el sabio Elpino
 Se huyó de la alquería
 Á la ciudad por sus hechizos vanos,
 Con su ingenio divino
 ¡Que cosas no decia
 Despues de los falaces ciudadanos!
 Aun á los mas ancianos,
 Si te acuerdas, pasmaba,
 Contándonos los hechos
 De sus dañados pechos.
 Yo zagalejo entónces le escuchaba,
 Y aun guarda la memoria
 La mayor parte de su triste historia.

El semblante sereno
 Y el corazon dañado,
 Qual es el fruto de silvestre higuera,
 Miel envuelta en veneno
 El decir concertado,
 Pechos lisiados de la envidia fiera:
 Hijos que desespera
 La vida de sus padres,
 Muertes, alevosías,
 Entre esposos falsías,
 Y doncellas vendidas por sus madres:
 Esto contaba Elpino
 De la ciudad, despues que al campo vino.

BATOLO.

Y Dalmiro cantaba,
 Aquel que fué á la guerra,
 Y vió las tierras donde muere el día,
 Que en nada semejaba
 El río de esta sierra
 Al mar soberbio; que pavor ponía.
 Me acuerdo que decía
 Que del viento irritado
 Espantable bramaba,
 Y las olas alzaba
 Hasta tocar el cielo encapotado,
 Tragándose navíos,
 Como las enramadas nuestros ríos.
 Que entonces el alharido
 Y acabar de los tristes
 Quebraba el corazón en tal cuíta,
 Qual si débil valido
 De herida oveja oístes,
 Ó choto que su madre solicita,
 Ó ceguedad maldita,
 Poner vida y ventura
 Sobre un pino delgado!
 Mejor es de este prado
 Hollar con firme planta la verdura
 Tras los corderos mios,
 Que ver, Arcadio, el mar, ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
 Ver mas que nuestros prados,
 Ni beban mis ganados, de otro rio.
 Aquí no lobo fiero
 Nos tiene alborotados,
 Ni nos daña el calor, ó hiela el frio:
 No ageno poderío
 Nuestro querer sujeta,
 Ni mayoral injusto
 Nos avasalla el gusto.
 Todos vivimos en union perfecta:
 Y el sol y helado cierzó
 Nos dan salud y varonil esfuerzo.
 Todo es amor sabroso,
 Alegría y hartura,
 Y descanso seguro y regalado.
 Ni el pastor envidioso
 Murmura la ventura
 Del otro á quien da el cielo mas ganado.
 Ni el mayoral honrado,
 Burla al zagal sencillo,
 Ni con doblez le trata.
 Ni su seno recata
 La amada de su tierno pastorcillo,
 Que el amante y la fuente
 Gozan de su belleza libremente.

Como las ciudadanas,
 Á engañar no se enseñan
 Nuestras bellas y cándidas pastoras,
 Ni en su beldad livianas
 Nuestro querer desdeñan,
 Ó mudan de amator á todas horas:
 Mejor que las sonoras
 Canciones de la villa
 Su voz suena á mi oído,
 Y que el ronco alharido
 De sus plazas la voz de mi novilla.
 Mas canta tu tonada
 De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡Ó soledad sabrosa!
 ¡Ó valle! ¡ó bosque umbrío!
 ¡Ó selva entrelazada! ¡ó limpia fuente!
 ¡Ó vida venturosa!
 Sereno y claro río,
 Que por los sauces corres mansamente:
 Aquí entre llana gente
 Todo es paz y dulzura
 Y gloriosa armonía
 Del uno al otro día:
 La inocencia de engaño está segura,
 Y todos son iguales
 Pastores, ganaderos y zagales.

El cielo sosegado,
 Y el canto repetido
 De las pintadas aves por el viento,
 El balar del ganado,
 Y apacible sonido
 Que del zéfiro forma el blando aliento,
 Tal vez el tierno acento
 De alguna zagaleja,
 Que canta dulcemente,
 Y este oloroso ambiente
 En grata suspension al alma dexa,
 Y á sueño descansado
 Brinda la yerba del mullido prado.

No aquí esperanza, ó miedo,
 Las tramas y falsías,
 Que saben los soberbios ciudadanos.
 El pastorcillo ledo
 En paz goza sus días
 Sin entregarse á pensamientos vanos.
 Los cielos soberanos
 Bendicen su majada,
 Y él con sencillo zelo
 Da bendicion al cielo,
 Tal vez acompañando la alborada
 Con que en el campo adora
 El coro de las aves á la aurora.

Sin rezelo, ni susto
 Los términos pasea.
 De las cabañas que nacer le viéron,
 Y ora aparta con gusto
 La cabra en su pelea,
 Ó ve do los xilgueros nido hiciéron,
 Ó si al lagarto viéron
 Sus tiernos corderillos,
 Rie qual se espantáron
 Corriéron, ó baláron.
 Ora al yugo acostumbra los novillos,
 Ora fruta, ó flor nueva
 En don alegre á su zagala lleva.

Con las serranas viene
 Á triscar por el prado
 Y enguirnalda la sien de frescas flores,
 Ni entónces libre tiene
 Su pecho otro cuidado
 Que cantarles contento mil amores:
 Mejor son sus favores
 Que la villa y sus tristes
 Cuidados y ruidos,
 Pues no en tales gemidos
 Dos tortolillas querellarse vistes,
 Qual canta en voz sonora
 De amor un zagalejo á su pastora.

La fruta sazónada
 ¡Con quan dulce fatiga
 De la rama se corta! ¡Quan gustoso
 Es ver la acongojada
 Lucha en la blanda liga
 Del verdecillo ó colorin vistoso!
 ¡Quan grato el armonioso
 Susurrar y el desvelo
 De abeja entre las rosas!
 ¡Ó ver las mariposas
 De flor en flor pasar con blando vuelo!
 ¡Ó mirar la paloma
 Bañarse alegre, quando el alba asoma!

Así Tirsi decía,
 Que la primera gente,
 Como agora vivimos los pastores,
 Por los campos vivia
 En la edad inocente,
 Antes que del verano los ardores
 Marchitaran las flores,
 Quando la encina daba
 Mieles, y leche el rio,
 Quando del señorío
 Los términos la linde aun no cortaba,
 Ni se usaba el dinero,
 Ni se labraba en dardos el acero,

Y cierto ¿quantas veces
 Los mas altos señores
 Vienen á nuestras pobres caserías
 Sin pompa, ni altiveces,
 Á gozar los favores
 Del campo y de sus dulces alegrías?
 Las rústicas porfías
 Que los zagales tienen
 Miran embelesados,
 Y en seguir los ganados
 Por los amenos valles se entretienen,
 Ó de baylar se gozan,
 Y al son de nuestras flautas se alborozan.

Aquí Delio, y Elpino
 Moráron, y el famoso
 Que dixo de las magas el encanto
 Con su verso divino
 Junto al Bétis undoso,
 Y aquí Albano entonó su dulce canto.
 ¡Ó grata vida! ¡ó quanto
 Me gozo en ti seguro!
 De flores coronado,
 Y al cielo el rostro alzado
 Este vaso de leche alegre apuro.
 Bebe, Arcadio, y gocemos
 Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADYO.

Qual la dulce llamada
 De paloma rendida
 Es al tierno pichon que la enamora,
 Qual yedra enmarañada
 Que á reposar convida,
 Y qual agrada el bayle á la pastora,
 Tal es tu voz sonora,
 Zagalejo, á mi oido:
 Ni así es el prado ameno
 De grata yerba lleno,
 De las ovejas con hervor pacido
 En fresca madrugada,
 Qual es á mí tu música extremada.

P.C. Monumento BATOLO. Athambra y Generali
 JUNTA DE ANDALUCÍA
 MINISTERIO DE CULTURA

No el lirio comparado
 Con zarza montuosa
 Ser debe, ó con el cardo lá azucena:
 Ni así aquel desagrado
 Y altivez enojosa
 De las de la ciudad, con la serena
 Gracia de mi Filena.
 Ellas me desdeñáron
 Allá en su plaza un dia:
 Yo sus burlas reia,
 Y ellas de mis desprecios se enojáron:
 Volvíme á mis corderos,
 Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
 Fuí compañero acaso
 La tarde en la ciudad que fiesta habia:
 Qual luna plateada
 Reluce en cielo raso,
 Así Elisa entre todas relucia.
 ¡Quan bella parecia,
 Batilo! Los sus ojos
 Mil pechos abrasáron,
 Mil envidias causáron,
 Y se hiciéron á un tiempo mil despojos.
 ¡Ay, Elisa, bien mio,
 De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
 Laderas hermosean,
 Y del olmo la vid es ornamento,
 Las pomas sazonadas
 El paladar recrean,
 Y al ánimo la flauta da contento.
 Al bosque el manso viento:
 Tú á todo nuestro prado
 Le das, zagala mía,
 La risa y alegría:
 Al sentirte venir bala el ganado,
 Y Melampo colea,
 Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
 La gala es deseada,
 Ni del zagal el dulce caramillo,
 Ni vaca mugidora
 Tanto en la zela agrada
 Á enamorado cándido novillo,
 Ó á la liebre el tomillo,
 Qual á Elisa es sabrosa
 Pradera y selva umbría:
 Con ménos agonía
 Huye del gavilan la garza ayrosa,
 Que Elisa desalada
 Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
 Por el mi manso un choto
 Para llevarlo en don á sus amores:
 Yo para ti lo guardo,
 Y el nido que en el soto
 Ayer cogí con ámbos ruiñeñores.
 ¡Ay, si yo en mis ardores
 Fuese abeja y volara,
 Mi bien, siempre á tu lado!
 ¡Ó en colorin mudado,
 Continuo mis amores te cantara!
 ¡Ó hecho flor me cortases,
 Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
 De voz haber porfía
 Con xilguero que canta en la enramada,
 Ni con cisne, extremado
 En dulce melodía,
 Puede ser abubilla comparada:
 Ni á tu voz regalada
 Mi tono desabrido.
 ¡O fuente! ¡ó valle! ¡ó prado!
 ¡Ó apacible ganado!
 Si el canto de Batilo es mas subido
 Que el de los ruiseñores,
 Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
 De la alondra se goza,
 Y con su par el xilguerillo hermoso,
 El ciervo en selva umbría
 Con otro se alborozá,
 Y con el agua el ánade pomposo:
 Yo con el amoroso
 Rostro de mi pastora,
 Ella con sus corderas,
 Y estas en las laderas
 Quando de nueva luz el sol las dora,
 Y á Arcadio mi tonada,
 Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fuéron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se diéron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus corderillos:
Y yo que logré oillos.
Detras de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldixe de mi estado:
De entónces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalif
CONSEJERÍA DE CULTURA

**LA FELICIDAD
DE LA VIDA DEL CAMPO.**

ÉGLOGA

impresa por la real Academia Española,
por ser, entre todas las presentadas, la
que mas se acerca á la que ganó
el premio.

SU AUTOR

D. FRANCISCO AGUSTIN DE CISNEROS.

EPÍGRAFE:

Rure ego viventem, tu dicis in urbe beatum.

Horat. epist. 14. lib. 1.

ALBANO. SILENO.

ALBANO.

¿Adonde presuroso te encaminas,
Sileno amigo? ¿adonde? Aquesta senda
Á ninguna heredad de las vecinas
Te puede conducir sino á la corte.
¿Pues como así te alejas de la hacienda,
En donde al lado de tu fiel consorte
Tan rico vives de campestres bienes,
Que á ningún labrador envidia tienes?

Yo te oí celebrar no ha muchos días,
 Á quien trueca su rústica vivienda,
 Por la ciudad poblada y bulliciosa,
 En que lograr felicidad creías.

De esta idea engañosa
 Quizá preocupado el pensamiento,
 Tratas ya de cumplir tu vano intento.
 ¡Ó, salgan falsas las sospechas mías!

SILENO.

No son falsas, Albano:

Y si de mi secreto

Ser informado, como amigo, debes,

Confiar debo yo, que como anciano

Tan lleno de experiencias y discreto,

Mi designio tal vez no desapruebes.

¿Ignoras tú del mísero aldeano

Quan penosa es la vida, quan obscura?

¿Quien le conoce, dime, quien le estima,

Despues que resistiendo

Á la intemperie del variable clima,

Riega con su sudor la tierra dura,

Y quando espera frutos, el horrendo

Estrépito del trueno le amedrenta

Amenazando estragos á las mieses,

Ó el infeliz al cielo se lamenta

De que alterando el orden de los meses,

Á Cáncer da las lluvias del Aquario,

Y el calor del Leon al Sagitario?
 ¿De que le sirve que en pajiza choza,
 Con sus callosas manos fabricada,
 Busque abrigo en la rígida invernada,
 Si entre tanto la sólida techumbre
 Ampara al ciudadano, quando goza
 Mullido lecho de delgado lino,
 Ó encendida entré mármoles la lumbré
 Con encina, que debe á los robustos
 Brazos del despreciado campesino?
 Sí, Albano, recibieron del destino
 La aldea afanes, y la corte gustos.

ALBANO.

¿Con que tú de la corte á ser vecino
 Ibas resuelto ya sin mas demora?

SILENO.

Aunque ese á la verdad es mi proyecto,
 Tan pronto no podré llevarle á efecto:
 Mas este viage solo emprendo ahora
 Por buscar á quien venda
 Alguna parte de mi rica hacienda,
 Para quedar mas libre y descansado:
 Y dexando al cuidado
 De un mayoral lo que conserve de ella,
 Dispondré mi partida,
 Y empezará mi dicha en el momento
 En que disfrute con mi esposa bella

Un pueblo dónde reyna el lucimiento,
 La culta urbanidad, y en fin la vida
 Cómoda al mismo tiempo, y divertida.

ALBANO.

Mancebo alucinado, si las raras
 Prendas que en ti juntó naturaleza,
 De honradez, de franqueza,
 Noble docilidad, y luces claras,
 Interes no me diesen en tu suerte,
 Réplica de mi labio no escucharas,
 Ni ménos me empeñara en convencerte
 De que en el campo la fortuna dexas,
 Quando para buscarla de él te alejas.

Y puesto que consejo necesitas,
 Mas que la aprobacion que solicitas,
 Pérdoname, Sileno,

Si en este sitio ameno
 Que con su blando asiento nos convida,
 Tu atencion pido ahora
 En tanto que sereno
 El rostro de la aurora
 Anuncia que de Febo la venida
 Acaso tardará mas de una hora.

SILENO.

Suspender mi camino por un rato,
 Y á tus palabras dar propicio oido
 Siempre fuera debiddo,

Quando tan útil no me fuera, y grato,
 Porque si de mi intento me disuades,
 Sé que ha de ser con sólidas verdades.
 Tú que pasaste los floridos años
 De la espléndida corte en las delicias,
 Y que gozando en ella dignidades,
 Adquiriste noticias,
 Que llamar sueles tristes desengaños,
 Ha tiempo que gustoso
 Buscaste por asilo
 La habitacion humilde de esta aldea,
 En donde nunca ocioso,
 Pero siempre tranquilo,
 Todo te sobra, y todo te recrea.
 ¿Pues quien sabrá como el prudente Albano
 Si el rústico es feliz, ó el ciudadano?

ALBANO.

Solo decir sabré, que aunque rodea
 En qualquier condicion á los mortales
 Tropel de ciertos, ó aparentes males,
 Muchos de ellos ignora, ó los olvida
 El que amar sabe la campestre vida.
 Ámala aquel á quien jamas parece
 Comun, ó poco vario
 El hermoso espectáculo que ofrece
 Un verde y solitario
 Recinto, que la pródiga Amaltea



Con dones siempre nuevos enriquece;
 Antes bien sus sentidos lisonjea
 Tanta copia de objetos, que ya duda
 Absorta su eleccion á qual acuda.
 Un deleyte recibe quando tiende
 La vista por las fértiles campiñas,
 Ó de olivos pobladas, ó de viñas:
 Otro quando suspende
 Su atencion en la márgen festonada
 Del arroyuelo manso,
 Que desciende á regar una cañada,
 Formando aquí un islote, allá un remanso,
 Y lavando en sus aguas cristalinas
 El musgo, el césped, y menudas chinas:
 Otro placer le causa bien distinto
 Un cultivado huerto, en que florecen
 La delicada rosa y el jacinto,
 Y los jazmines entre murtas crecen,
 Mezclándose con salvias y alelís.
 Blancos lirios, claveles carmesís.
 Ni con igual especie de recreo
 La anchurosa alameda
 Ve retratada en el cercano rio:
 Ó sale de aquel término sombrío
 Alargando el paseo
 Á la angosta vereda,
 Que apénas se descubre en el sembrado.

Por partes matizado
 De roxas amapolas,
 Donde el paso le estorban las crecidas
 Mieses, quando del zéfiro impelidas,
 Al mar imitan en movibles olas.

No sea yo quien te hable:

Hable ahora por mí la deleytable
 Estacion, ó Sileno, en que pretendes
 Abandonar este confin. Si atiendes,
 Ella misma risueña es quien te llama.
 Mira como del alto Guadarrama
 Ya por toda la falda y asperezas,
 Entre los pinos y húmedas malezas,
 Dividido en arroyos se derrama,
 Siguiendo un desigual despeñadero,
 El cúmulo de nieve,
 Que endureció en la cumbre el frio enero,
 Y el suave abril liquida, mientras mueve
 El sol los exes de oro,
 Hacia la celestial mansion del Toro.
 Ya el pie de la montaña,
 Y los profundos valles inmediatos,
 Que deslizado aquel torrente baña,
 Mostrándose á tal riego nada ingratos,
 Tienden aquí de verde yerba alfombra:
 Allí visten sus árboles de ramas,
 Que mas fresca y opaca den la sombra.

Mas allá los tomillos y retamas,
 Cantuesos y romeros
 Por llanuras y oteros
 Exhalan aromáticos olores.
 Los dulces ruiseñores,
 Que enmudeció el invierno riguroso,
 Repasan los gorgoros olvidados
 Del canto caprichoso,
 Y volando encontrados
 Del monte á la ribera,
 Se dicen y responden mutuamente,
 Que ha vuelto la florida primavera.
 El corderillo suelto,
 Que retozando va por la pradera,
 También alegre siente
 Que la florida primavera ha vuelto:
 Y quando las familias desamparan
 La estrecha habitacion de las ciudades,
 Quando buscan las verdes soledades,
 En que el cuerpo y el ánimo reparan,
 Olvidando el fastidio y servidumbre,
 Que allá sufribles hizo la costumbre:
 ¿Tú inadvertido quieres,
 Donde otros dexan pena, hallar placeres?

SILENO.

Esas gratas imágenes, Albano,
 Que con metro sonoro
 El ingenioso coro

De los poetas realzar procura,
 Pueden servir de pasatiempo vano
 Á quien no se figura,
 Que espiró la feliz edad del oro,
 En que del campo fértil sin cultura,
 Se hallaba el hombre dueño
 Al despertar de un reposado sueño,
 Y sin salir de incógnitas florestas,
 Pasaban con sus ninfas los pastores
 Enteros dias en alegres fiestas,
 En versos, danzas, músicas y amores.
 Mas si tal vez la idea se complace,
 Distraida en ficciones hechiceras,
 Jamas el corazon se satisface,
 Si delicias no goza verdaderas:
 Y de cuerdas razones
 Creí que tu consejo abundaria
 Ántes que de pomposas descripciones,
 Hijas de la fecunda fantasía.

ALBANO.

No, Sileno, las gratas invenciones,
 En que, á tu parecer, la poesía
 De la verdad los límites excede,
 Son débiles esfuerzos, con que intenta
 Pintar milagros que pintar no puede:
 Adorna la verdad, mas no la aumenta.
 ¿Finge, ó pondera acaso

Quando del claro sol nos representa
 El magestuoso aspecto en el ocaso?
 ¿Describirá los bellos tornasoles
 Que le ocultan la faz, y que su ausencia
 Suplen con encendidos arreboles?
 ¿Ni aquella inimitable diferencia
 De figuras que forman los celages
 Quando con mil extraños maridages
 De colores se esmalta el orizonte,
 Y de pálidos rayos alumbrado,
 Ya no parece verde el verde monte,
 Y el rio que era plata, ya es dorado?
 ¿Cabe ficcion alguna,
 Ó es dable que exágere,
 Si retratar en sus pinturas quiere
 De una noche serena
 La apacible quietud, quando la luna
 Su luz esparce en la comarca amena,
 Y en medio del silencio, solo suena
 Ó de las aguas el susurro lento,
 Ó en las hojas silbando el manso viento?

Pero ya que mas serios y eficaces
 Argumentos deseas,
 Olvida estas ideas,
 Que abultadas supones ó falaces,
 Y las utilidades reflexiona

Que su rústico albergue proporciona.
 ¿No sientes como en él la omnipotencia
 Del soberano autor del universo
 Respeto bien diverso,
 Y gratitud mas tierna nos inspira,
 Que en las grandes ciudades? ¿Quién no admira
 La sabia providencia
 Con que envía alternadas estaciones
 Que al curso de los astros obedientes,
 Vegetales renuevan á millones,
 Ocultos minerales, y vivientes?
 Elévate á las cumbres eminentes,
 Y desde allí con delicioso arrobo
 Un compendio verás de los portentos
 Que suministra el espacioso globo
 Al influxo de acordes elementos.
 Verás alegre el cielo y despejado,
 Y el terreno quebrado
 En colinas, barrancos y laderas,
 Como quando en las eras,
 Puestas al desabrigo,
 Á trechos se recogen las porciones
 Del abundante trigo,
 Y forman desiguales los montones.

De los rios el curso tortuoso
 Considerar podrás, y sus orillas
 Que el pasto á los rebaños dan sabroso.

Los agitados vuelos
 De las infatigables avecillas,
 Que llevando el sustento á sus hijuelos,
 Vuelven alborozadas á los nidos
 Entre las altas ramas escondidos.

No exâmines los árboles robustos,
 Ni medianos arbustos
 Que en el espeso matorral divisas:
 Pero tan solo observa
 La mas menuda yerba
 De quantas en la tierra incauto pisas:
 Y mira si es capaz de responderte
 El Filósofo vano ¿de que suerte
 Nace, medra, retoña, y aunque muera,
 Dexa ya bien crecida su heredera?
 Sobra para humillar nuestra arrogancia
 La admirable estructura de la estancia,
 Que la sagaz hormiga
 Profundizando va desde el verano,
 Y en donde el rubio grano
 Sabe acopiar con próvida fátiga.
 Nada de esto contempla el ciudadano:
 El que en el campo mora,
 Sin querer, lo contempla á cada hora.

Mas si las conveniencias corporales
 Ir á gozar cumplidas te parece,

Sabe que á ménos costa, y mas reales
 Nuestra feliz campiña las ofrece.
 En ella ¡quantas veces envidioso
 Advierte el opulento,
 Que al manjar inocente y sustancioso,
 Á la clara y benéfica bebida
 Debemos alimento
 Que nos alarga la tranquila vida!
 Dexemos que sus viandas inficione
 Aquel arte exquisito,
 Que á un breve gusto la salud pospone:
 Y las nuestras sazone
 El no comprado y dócil apetito.
 Pues si ahora volvemos á la aldea,
 ¡Ó que sencillo almuerzo nos preparan!
 Allí no se escasea
 La nata que separan
 De la espumosa leche los vaqueros,
 Ni blanca miel de abejas mantenidas
 Con la olorosa flor de los romeros,
 Ni fresas faltarán recién cogidas,
 Que una labradorcilla de quince años,
 Agradable y modesta,
 Trayga cubiertas de hoja en una cesta
 Con dibuxos extraños,
 Que la texió de mimbres su querido
 Para que su amistad no eche en olvido.

Y así como trocara el poderoso
 Por tan dulces regalos el banquete
 Que quiere aparentar no le fastidia,
 Así también el plácido reposo
 De nuestro fácil sueño nos envidia.
 En vano se promete
 Que fresca cerda, ó esponjada pluma,
 Y en el catre dorado,
 Que con suaves espíritus perfuma,
 Dobles cortinas, y dosel bordado
 Alejen de su inquieta fantasía
 Los afanes inútiles del día:
 Del día, que en su casa no ha empezado
 Cuando en la nuestra, ya la luz temprana
 Ha entrado por las anchas aberturas
 De la tosca ventana,
 Convidando á gozar las auras puras
 Con que alegra los campos la mañana.

Esta costumbre sola bastaría
 Para que nunca la vejez tardía
 En los membrudos cuerpos alterase
 Á la rústica gente
 Aquel vigor entero
 Que rara vez el ocio, compañero
 De la elevada clase,
 En los estrados habitar consiente.

Nota como la ilustre ciudadana,
 Demostrando en el pálido semblante
 Su complexión malsana,
 Y con el débil brazo ya cansado
 De sostener al delicado infante,
 (Tanto como su madre delicado)
 De la humilde serrana
 Ante las puertas llega,
 Y con firme esperanza se le entrega
 De que apartado del materno seno,
 Hallará robustez en el ageno.
 No sin razon confía,
 Pues si en un campo ameno
 Viéron los padres del linage humano
 Por la primera vez la luz del día,
 El que ha de vivir sano,
 Si en el campo no nace, en él se cria.

Pero ya, ya concibo
 Qual ha podido ser el atractivo
 Con que sin duda te prendó la corte.
 El ostentoso porte,
 La brillante apariencia de las galas
 Te habrán, Sileno mio, deslumbrado,
 Y ser dichoso piensas por ventura
 Si algun día te igualas
 Con los que su deleyte y su cuidado

Cifran en la superflua compostura,
 Que á veces, mas que adorna desfigura,
 Quando el uso inconstante
 Pasa ya de inventor á extravagante.
 ¡Á que desórden tu familia expones!
 No, no permita el cielo que abandones
 Por la vana exterior magnificencia
 El traje en que lograron tus abuelos
 Con la comodidad justa decencia.
 Empleáron sus únicos desvelos
 En criar buenos hijos, laboriosos
 Y útiles á su patria: que gustosos
 Con el paterno oficio no anhelasen
 Ser á su cuna y suerte superiores,
 Y de vivir mendigos se afrentasen,
 No de morir honrados labradores.
 Esta aldea fué siempre su morada,
 Fué su vestido abrigo, mas que ornato:
 Y si con su fortuna moderada
 Comprado hubiesen, como tú lo intentas,
 El desmedido luxo y aparato,
 ¿Pudieras hoy gozar las propias rentas,
 De que abusar pretendes insensato?

La ociosidad, perenne incitadora
 Del fausto inoportuno,
 Tambien ha sido principal autora

Del cumplimiento frívolo, importuno,
 Á quien aras el áulico dedica,
 Y en ellas sus dos bienes mas preciosos,
 La libertad y el tiempo sacrifica.

No por eso los hombres
 Mas compasivos son, ó generosos:
 Ni la atencion, la cortesana oferta,
 De parabien y pésame los nombres
 Son de cordial afecto prueba cierta.

Si por buscar mas grata compañía
 Ausentarte resuelves
 De tu antiguo solar, y si algun dia
 Á visitarle vuelves,

En nuestra poblacion el trato llano
 Te agradará quizá por mas seguro,
 Que el artificio del estilo urbano.

Entonces con verdad podrás decirme,
 Si allá el desinteres era mas puro,
 Ó la amistad mas firme,
 Si hallaste el amor propio mas modesto,
 Ó el cariño mas sincero y honesto.

¿Osarás disculpar aquel enxambre
 De vulgares bellezas,
 De cuyo lado no se aparta el hambre,
 Por mas que las riquezas
 De licenciosos jóvenes consumen?
 Mientras ellas presumen



De infiel capricho, y ciencia engañadora,
 No advierten ellos mismos que han pagado
 El color sonrosado
 Del rostro cuya tez los enamora.

Aquí el candor amable se profesa:
 Aquí sin las nocivas distracciones
 Con que la corte á muchos embelesa,
 Á las ocupaciones
 Te puedes aplicar de la labranza,
 En que tu bien, y el de otros se afianza.
 De árboles provechosos el plantío,
 La poda, el regadío,
 La cava, la vendimia, la matanza,
 La siembra, siega y trilla, el esquila
 Son cada qual un agradable empleo
 Para quien reconoce el beneficio
 Que debemos al rústico ejercicio.
 Y al paso que la dulce complacencia
 De recoger el fruto deseado
 Muy presto hará que entregues al olvido
 Todo el molesto afan y diligencia
 Que á profesion tan noble has consagrado,
 Ufano quedarás de haber cumplido
 La obligacion forzosa y primitiva,
 Que impuso el criador á los mortales,
 Y en que de una nacion la dicha estriba.

Atendiendo á la cria de animales,
Del hombre compañeros tan leales,
Breves momentos se te harán las horas,
Ya sea que visites las majadas
De zagales que guardan tus manadas
De cabras trepadoras,
Ó de mansas ovejas,
Defendidas de intrépidos mastines:
Ya que de las solícitas abejas.
La ordenada república exâmines,
Ó desde el patio en que con arte domas
El brioso alazan, á la vivienda
Subas de las domésticas palomas,
Ó que tu vigilancia, en fin, se extienda
Á las bestias sufridas miserables,
Que sin razon creemos despreciables.
Ni estos cuidados tengas por vileza,
Pues no blasona el mundo
De otra mayor riqueza
Que la que nace de un establo inmundo.

Y si como continuas precisiones
Aquellas económicas tareas
Te cansan, y deseas
Con ellas alternar las diversiones,
Sin recurrir al pernicioso juego,
Con que allá en la ciudad el vicio gusta.

De exponer los caudales y el sosiego
 Á los caprichos de la suerte injusta,
 No son poco frecuentes
 En los cercanos pueblos y cortijos
 Los varios pasatiempos de inocentes
 Bayles y regocijos,
 Quando ya con los dones del agosto
 Los graneros rebosan,
 Ó en las henchidas cubas hierva el mosto:
 Quando los tiernos hijos
 Nacen, ó quando adultos se desposan;
 Y entretanto que al lado
 De la liebre veloz que han alcanzado,
 Tus lebreles reposan,
 Con el anzuelo al pez engañar puedes
 En esa orilla fresca,
 Ó al páxaro con redes
 En aquella montaña,
 Como que solo son de caza, ó pesca.
 Los artificios con que aquí se engaña.

Pero ya soy molesto, y la sombría
 Tarde en este lugar nos hallaría,
 Si inútil no creyera
 Multiplicar loores
 Del campo y sus ventajas en la era,
 Que á los agricultores

Apadrina, distingue y remunera:
 ¿Quién mas benignamente sabe amarlos,
 Quien con ansia mayor su bien promueve
 Que el magnánimo CARLOS,
 Á cuyo imperio el traficante debe:
 La libertad dichosa, que algun dia,
 Léjos de conocerla por fomento,
 Aun dudó si tal vez le convendría?
 Hoy con su estado el labrador contento,
 Verá como á sus frutos
 Valor aumenta el hábil fabricante,
 Que á premiadas labores ya se anima;
 Y libre de tributos
 El diestro navegante,
 En el remoto clima
 De la industria las dádivas derrama,
 Y de su Rey benéfico la fama.....

¿Callas, Sileno amigo?
 ¿Habré empleado mi discurso en vano?
 ¿Tan poca es mi razon, que no consigo
 Me digas á lo ménos....

SILENO.

Callo, Albano,
 Ya de agradecimiento,
 Ya de justa vergüenza confundido:
 Tu gran bondad, mi torpe engaño siento.

No solo las delicias naturales
 De la agreste mansion me has persuadido,
 Sino tambien de la ciudad los males.
 ¡Ah, que haciendo infeliz á mi consorte,
 Iba á serlo yo mismo, cautivado
 En los dorados grillos de la corte!
 Mil desengaños ella me daria,
 Si no me los hubiera anticipado
 El favorable cielo que te envía.
 ¡Con que inútil deseo
 Clamara por los bienes que hoy poseo!
 Y ninguno mayor que el de tenerte
 Por tan sincero amigo,
 Que así me enseñas á estimar mi suerte.
 Ya de aquí no prosigo:
 Vuelvo á la aldea, sí, llevando impresas
 Tus prudentes lecciones. Ven conmigo
 Á la humilde y pacífica morada,
 En que sin envidiar las ricas mesas,
 Te daré el desayuno que te agrada
 De leche, miel y fresas,
 Y de la fria cueva reservada
 Bebiendo alegres el licor precioso,
 Que allí depositáron mis mayores,
 Desearémos vida afortunada
 Al monarca piadoso
 Por quien felices son los labradores.

(T. 15)

SÁTIRA

CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS,
EN LA POESÍA CASTELLANA

premiada por la real Academia Española
en junta que celebró el día 15 de
octubre de 1782.

SU AUTOR

D. JUAN PABLO FORNER,
profesor de jurisprudencia de la universidad
de Salamanca.

EPÍGRAFE.

*Suspicione si quis errabit sua,
Et rapiet ad se quod erit commune omnium,
Stultè nudabit animi conscientiam.*

Phaedr. lib. 3. in Prol.

Este era mi deseo: ser muy sabio,
Llevar mi fama al contrapuesto polo,
Hacer colgar los hombres de mi labio,
Robar el plectro al inflamado Apolo,
Y lograr el renombre de poeta
Mas brillante, que el polvo del Pactolo.

¡Á que tiron la adúlacion nó inquieta,
De la futura gloria premio vano,
Que al obstinado estudio le sujeta?

La noche apénas al desvelo humano
Brindaba con su paz, y á los mortales
Dulce apartaba del trabajo insano,

Negado al blando sueño, los umbrales
Del aposento lóbrego me hallaban,
Do puesto dí á mil nombres inmortales.

Los senos de la tierra descansaban
En un silencio universal sumidos,
Que ni los blandos zéfiros turbaban:

Y yo, en doctas vigiliás consumidos
Los momentos de paz, hasta la aurora
Dilataba el trabajo á mis sentidos.

Atónito tal vez con la sonora
Trompa del que no tiene patria cierta;
Me inflamé entre la lumbre que atesora.

Hallábala tal vez en la encubierta,
Si grave usurpacion del mantuano *,
Que al gentil imitar abrió la puerta.

* Es bien sabido que Virgilio fué un admirable imitador de Homero. Macrovio empleó todo el libro quinto de sus Saturnales en manifestar la destreza de sus imitaciones.

Docto Catulo, Horacio sobrehumano,
 Y el que el Ponto humanó con su blandura,
 Mas dulce quanto al bien ménos cercano,
 Al solícito ingenio, donde apura
 Su conato el saber, mas llana hacian
 La del Parnaso inaccessible altura.

Las obras al deseo respondian:
 Que aunque medroso, emulacion y gloria
 La pluma entre los dedos me ponian.

¿Y logré, por ventura, meritoria
 Hacer solicitud tan desvelada,
 Por mas que guie á la inmortal memoria?

En números la voz aprisionada
 Me lleva á la prision de la miseria,
 Si mi razon no acude apresurada:

Que, cierta ya del gusto de su Hesperia,
 Me abdicó de la suerte de mi genio,
 Dando á mi estudio interesal materia.

En vano fia en el favor Cilenio
 La heredada pobreza hallar socorro,
 Que avive el fuego en el ardiente ingenio.

Apláudese lo escrito, por el corro
 Resuena la alabanza; mas ninguno
 Cubre el aplauso con dorado forro:

Y el mísero poeta, poco ayuno
 Del viento del aplauso, lo va acaso
 Del sustento á sus fuerzas oportuno.

No fué jurisperito Garcilaso,
 Y oprimiérale el hambre, si en sus gentes
 No hallara patrimonio, ó fuera escaso.

Astréa que huyó al cielo, hace prudentes
 Por vanas imprudencias del rezelo,
 Que inventó los dominios diferentes:

Y aquel que obliga á descender del cielo
 La inspiracion divina que le inflama,
 Es en poco tenido acá en el suelo.

Detesta la maldad, la virtud ama,
 Sus dones acredita, y cuidadoso
 Recomienda su precio, y los derrama.

Este no es ejercicio provechoso:

Al causídico estruendo se someta,
 Y esfuerce los delitos animoso:

Que si tuerce la ley quando interpreta
 Su espíritu flexible, y por la suma
 Del oro abriga un vicio, no es poeta.

Él irá descansado, por su pluma,
 En el hinchado coche, y en sus arcas
 Crecerá la moneda qual la espuma.

¡Quan poco debe á las fatales parcas
 Quien de ellas, al nacer, recibe el fuego
 Del aliento que canta á los monarcas!

Hará inmortal en el divino pliego,
 Que dictáron las musas al magnate,
 Que disipa la plata en vano juego;

Y no podrá alcanzar un vil rescate
De su necesidad, del que sus perros
Regalará con indio chocolate.

Con todo, en mí sufriera yo estos hierros,
Por ver siquiera hambrienta á toda lyra,
Que intima al gusto y la razon destierros.

No, el cielo á muchos el fervor inspira,
Que hace divino al vate, y se descubre
Á cada paso quien en sí le admira.

Qual suele sacudir el fresco octubre
La lluvia de las hojas que desprende,
Y dellas los desnudos campos cubre,

Que si corre enojado el viento, y hiende
La esfera clara, á obscurecerla llega
La innumerable suma que desciende:

No ménos abundante el orbe anega
La poética turba que le oprime,
Que á todo trance su furor despliega.

Este canta su amor, aquel le gime,
Trabajos al estado convenientes,
Con que se aumente su poder, y anime.

Tal se calza coturnos eminentes,
Que ofrecen un bufon al gran concurso,
Consejero de reyes muy prudentes.

¿Pues que el que trueca á su escritura el curso,
Y del soberbio zueco se apodera,
Para mostrar la pompa en el discurso?



Allí es ver como esgrime y acelera
 Su lengua en la oracion regia y altiva
 La airada magestad de una ramera.

Ó! tú, qualquiera á quien benigna priva
 La suerte del calor que nos endiosa,
 Quando la mente su agudeza aviva;

Si envidias un furor que no reposa,
 Y eres tan infeliz que le deseas,
 Porque en aplauso universal rebosa;

Ántes forzado á pretender te veas
 Con mérito y sin sombra en la gran corte,
 Donde viven con hambre las tareas:

Do el prepotente empeño es fixo norte,
 Que lleva al puerto á que seguro aspira
 Quien sabe quanto el adular importe;

Donde aunque insta en el trabajo, y mira
 Al bien comun el rústico estudioso,
 Al fin con canas y hambre se retira:

Primero, doctamente perezoso,
 Por no saber ganar un grave page,
 Arcaduz del esclavo poderoso,

Sufras llorando el inhumano ultrage
 De ver á tus estudios preferido
 Un charlatan que adula con buen trage:

Ántes logres renombre de sufrido
 En este triste género de afrenta,
 Bien por el gran Ceryántes conocido,

Que hacer número intentes en la cuenta
Del bando, que en forjar versos malditos
Su edad consume, y su saber ostenta.

Hiciera Dios no fuesen infinitos;
Pero el arte de Apolo es insolente,
Y produce mas vanos que peritos.

¿Dió crédito al aplauso indiferente
Del oficioso vulgo un Don Faustino,
Que le busca ó le pide ansiosamente?

Basta así: ya su espíritu es divino,
Sus versos lo serán, y aun su lucerna
Ya á la divinidad se abre camino.

No fué la de Cleántes mas eterna,
Bien ya en el Pesianacto esclareciese *
La ley que al hombre en el vivir gobierna.

Versos ha de escribir mal que nos pese,
Y mal que pese al arte no habrá caso,
En que su voz no acuda y se atraviese.

¿De algun señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno?
Al punto sale nuestro Mevio al paso,

* Pesianacto era el nombre peculiar del pórtico, ó *stoa*, en que enseñaba Zenon, y dió nombre á su secta. Cleántes, cuya lucerna quedó en proverbio, le sucedió en la enseñanza, la qual versaba principalmente sobre la Moral.

Y muy colmado de entusiasmo, y lleno
De sibilino ardor nos pronostica,
Que el niño tiene traza de ser bueno:

Las glorias venideras le publica,
Y si el niño se escapa al otro mundo,
Al fin valió la adulación que aplica.

¡Ó negra musa, de saber inmundo,
Que va á hacer por medrar, sus cumplimientos
Á las obras de un útero fecundo!

Pero ¿súplenlo, al fin, los pensamientos?
No allí elección, no riguroso juicio,
Que castigue los vanos ornamentos.

Crece en los versos luxurioso el vicio
Qual la pompa en la vid de fruto escasa,
Y pródiga del verde desperdicio:

Y aun si fuera excelente, aunque sin tasa,
La sufriera el varon contentadizo,
Que llanamente por lo bueno pasa.

Rara vez un talento satisfizo
Á la oreja de Apolo : una excelencia
Ménos notables los defectos hizo.

Túvolos el de Mantua en competencia
Del que formó guerreras las deidades *,
Ridícula invencion de antigua ciencia;

* Nadie niega que hay defectos en la Eneida, á pesar de Escaligero. Macrovio destinó un ca-

Pero neutrales siempre las edades
 Futuras, sus bellezas admiraron,
 Sin hacer hincapie en las poquedades.

Los versos que divinos ser hallaron,
 Y nombraron los siglos posteriores,
 Al autor que los hizo no agradaron:

Y estima un miserable por mejores
 Los suyos, y prorumpe enfurecido,
 Si con él no ven todos sus primores.

Sé que nunca un poeta he conocido,
 (Y he conocido muchos) que no entienda
 De sí ser el mas docto y entendido:

Y así salen los frutos de la hacienda,
 Que adulándole el grito de la fama,
 Hacer procura, que su nombre extienda.

Escribe mucho, y quanto escribe ama,
 Publícalo sin tiento, y á la envidia
 Luego achaca las críticas que llama.

Lidia con fieras quien con hombres lidia,
 Que se tienen por fértiles, mostrando
 Su frente los desiertos de Numidia.

Vocean todos, que el dichoso bando
 De aquellos, á quien ama el docto númen,
 Se dexa apenas ver de quando en quando,

pítulo para probar que Virgilio imitó hasta los defectos de Homero, y esto es lo que indica la sentencia del terceto.

Y todos entretanto se presumen
Destinados al bando venturoso,
Probándolo las resmas que consumen.

Proscríbales un verso poco ayroso
Por lánguido, vacío, tardo, ó duro
El amigo censor dulce y juicioso.

Primero sobre sí llame el conjuro
De un vengativo á su venganza atento,
Que el ceño claro del poeta obscuro.

Le hará ver que es el Pindo su aposento,
Y en él juntas las musas eloqüentes
Le inspiran grave y sonoro acento.

Alegará que oyéron sus sirvientes
El reprehendido verso, y le admiráron.

¡Jueces de gran razon, é indiferentes!

Que dos profundas damas le aprobáron
Doctas en el frances, y en geometría,
Y que quatro peynados ya inventáron:

Que un abate, gran hombre en geografía,
Le alabó la pureza castellana,
Citándole un frances que así escribia.

Razon completa, que la suya allana,
En tiempos que el dialecto de Toledo
Se estudia en la leyenda galicana.

¿Á que pobre censor no pondrán miedo
Testimonios tan graves y excelentes?
Cruzaráse los labios con el dedo:

Y reputando así por eminentes
 Sus luces nuestro ufano mentecato,
 Porque le emulen las futuras gentes,
 Hará que abra Carmona su retrato,
 Ó que en lienzo avivado por Maella
 Cuelgue en su habitacion junto á Torquato.

Con tal gusto ¿que mucho si descuella
 El arte y de la cítara española:
 La perfeccion, ya consumada, sella?

De aquí aquella abundancia que enarbola
 Sobre toda nacion sus estandartes,
 En nuestra scena respetada y sola:

Acciones concertadas de cien partes,
 Cuya unidad no pasa de mil años,
 Segun requieren aprobadas artes.

¿Por que ofenderá tanto á los extraños,
 Que el arte ignoran del exácto Lope,
 Nuestra traza en los cómicos engaños?

¿Tan gran pecado es que vea en Jope
 Embarcarse una reyna el circunstante,
 Y luego luego en Tetuan la tope?

“ Señor, que no ha pasado un solo instante.
En el arte son siglos bien contados.

” Horacio lo reprueba. *Es ignorante.*

” Ó vos, gran Calderon, si mis cansados
 ” Discursos no tomáis acaso á enojo,
 ” Pues son tanto los vuestros venerados,

- » Responded: si en el arte el grande arrojó
 » De escribir sin concierto se mantiene,
 » ¿Ese arte en que se funda? *En el antojo.*
 » Lacónica respuesta, y que conviene
 » Bien con la autoridad de la persona,
 » Que asegurada ya su opinion tiene.
 » Mas la naturaleza, que pregona
 » Sus leyes inviolables, quejaráse,
 » Si á su verdad la execucion no abona.

Quien tal pronuncia sin comer se past.

- » ¡Ó oráculo sagrado! yo dixera,
 » (Sufrid que á replicaros me propase)
 » Que en vez de escribir mal, otro eligiera
 » Término á su vivir, pues que el sustento
 » No está solo en el fin desa carrera.

El vulgo ha de tener divertimento:

- Es necio, y neciamente se divierte.*
 » Diviértase en buen hora: es justo intento;
 » Pero no ayude yo, quando pervierte
 » La opinión de la patria, á pervertilla,
 » Si excede un tanto á la vulgar mi suerte.
 » Fuera de que, si es necia la quadrilla
 » De la plebe infeliz, del sabio el cargo
 » Es afeár el error que la mancilla:
 » No el dar por dulce lo que en sí es amargo,
 » Ni aumentar al doliente la dolencia
 » Con indulgente, ó con infiel descargo.

» Pero ¡ó quanta es del vulgo la paciencia!
 » Quando con tanta ve, que á su ignorancia
 » Se atribuye la cómica impudencia.
 » Aquel que no distingue la distancia,
 » Que hay del arte al capricho, solo aprueba
 » Lo que no hace al deleyte repugnancia:
 » En lo agradable se embelesa y ceba:
 » Para él este es el arte, otros ignora:
 » Aplaudirá á Terencio si le eleva,
 » Y arrojará á Carcino con sonora
 » Salva de agudo silbo, si del templo
 » No ve salir el héroe que colora *.
 » Quizá mas de lo justo me destemplo
 » En replicaros ya; pero en la Grecia
 » Me está llamando el memorable exemplo:
 » En cuyos espectáculos la necia
 » Turba, de quien acá sin luz bastante
 » Se cree, que el arte y la razon desprecia,
 » Desde que de la máscara el semblante
 » Esquilo hizo mejor, y heroycamente
 » La acompañó de espíritu elegante,

* El habersele olvidado á este trágico griego hacer salir á Anfiarao de un templo á vista del espectador, de donde se le suponía salir, fué causa de que se le silbase la tragedia. Tanta era la delicadeza que reynaba en el vulgo de Atenas.

- „Acostumbrada al arte, é insolente
 „La oreja con el juicio de su ciencia,
 „Mofó lo escrito mal, é impertinente.
 „Tal vez suele ser útil la insolencia,
 „Y contra los pöetas necesaria,
 „Y aun así se ve en ellos resistencia:
 „España en producir extraordinaria,
 „Dió tragedias con arte un tiempo á Roma,
 „Y es hoy, si ella las tiene, opinion varia.
 „En la invencion sin repugnancia doma
 „Al resto de la tierra. ¿Por que injusta
 „Tanta amplitud en disponer se toma?
 „¿Por que, ó gran Calderon, á la robusta
 „Locucion, y al primor del artificio
 „No unió sus leyes la prudencia justa?
 „La diestra plebe, como en propio oficio,
 „Á atender lo excelente acostumbrada,
 „Notara luego y repugnara el vicio.
 „De este modo fué Grecia amaestrada,
 „Y fuéralo mi España tambien de este,
 „Si pluguiera á una musa venerada.
 „Si á la tuya indiscreta, aunque celeste,
 „Pluguiera, ó Lope, que corrió sin freno,
 „Puesto que un grado á tu opinion le cueste.
 „Ó! ya siquiera de tu ingenio ameno
 „Recibiera la patria esta ventura,
 „Que apartara lo propio de lo ageno.



- »Siquiera acreditando su cultura;
 »Como un necio imitar acreditaron,
 »Siguieran los demas la senda dura:
 » Aquella digo, que observando hallaron
 » La razon y la astuta perspicacia,
 » Que en cada cosa el ser investigaron.
 » Prudente así, y en aplaudir reacia
 » La plebe, no hoy de mártires bufones
 » Á celebrar corriera la eficacia *:
 » Ni aprobara los míseros centones,
 » Donde extranjeras frases adulteran
 » La habla de los Saavedras y Leones:
 » Que hay hoy ingenios, que enmendar esperan
 » La corrupcion del arte, corrompiendo
 » La magestad que respetar debieran.
 » Tales, tales perjuicios padeciendo
 » Está, ó buen Calderon, por vuestro antojo
 » La nacion que burlásteis escribiendo:

* Poco ántes que se empezara á escribir esta Sátira se representó en Madrid con mucho aplauso la comedia de los *siete Durmientes*, obra de Moreto, disparatadísima. Su unidad de tiempo pasa de doscientos años, y el gracioso es uno de los siete con nombre de Serapion.

„Y tales sufrirá con el sonrojo
 „De tocar su dolencia incorregible,
 „Mientras que el sol se nos descubra roxo,
 „Si el autor, á quien todo le es posible,
 „No alguno nos envia que desmiembre
 „Portentoso este daño irresistible.

*Paso, sus, que no estamos en diciembre,
 Ni su zelo es romano, ni él mi esclavo,
 Para que impune las injurias siembre.*

*Si es justo el zelo, su designio alabo;
 Mas expresar con desvergüenza el zelo,
 Porque ha de hacerse, de entender no acabo:*

*¿Querrá el Don Delicado, que al desvelo
 Del poético ardor se una la flemma,
 Que el arte induce, comprimiendo el vuelo?*

*Pues sepa el ignorante que se extrema,
 Dando en el vicio opuesto como tonto,
 Que nunca tiene el medio en su poema.*

*Quando yo ardiente en mi hipogrífo monto,
 Y le hago ir en parejas con el viento,
 Aunque pez sin escama, vivo y pronto,*

*¿Privaré al auditorio del contento,
 De ver qual se despeña una doncella,
 Por dar á toda la arte cumplimiento?*

*¿Y en donde hay arte, como ver aquella
 Belleza ir de peñascos en peñascos
 Rodando, sin que el golpe la haga mella?*

*¿Vestir las lagartijas de damascos *,
Y que ocupen el monstruo cristalino
De ochenta naves los pintados cascos?*

*Desengáñese, y crea que el camino
De acertar á agradar, es el que enseña
Enredo no creible y peregrino.*

*La imitacion de la verdad no empeña,
Nies muestra de agudeza en tiempo, quando
La verdad, por inútil, se desdeña.*

*La antigüedad me o pone, levantando
Sus obras, y hay defectos garrafales,
No ménos en Aquiles, que en Orlando.*

*¿Por que, como aquel duerme en sus reales
Casi hasta el fin, y en su quietud porfia,
Sin que le duelan los argivos males **,*

* Calderon, describiendo un sitio ameno en una comedia, puso estos versos:

*Baxa por un peñasco
El lagarto vestido de damasco.*

En lo que creen algunos que se le olvidó distinguir el color.

** El mayor defecto que se ha imputado á Homero, es haber tenido á Aquiles encerrado en su tienda casi hasta el fin del poema, sin obrar en la mayor parte de él. Si Homero hizo esto, ¿por que Moreto no podria hacer, que su drama comprendiese doscientos años? De tales disculpas suelen valerse los que defienden la corrupcion del arte.

*No hará Moreto, que la tropa pia
De los siete en un punto pase y duerma
Doscientos años en la gruta fria?*

*Sufriráse en Homero hallar enferma
Una deidad, y deshonestá á Juno,
Dexando la ara de su samo yerma,
Tramar dolos á Júpiter, y en uno
Yacer con él hasta dormirle, en tanto
Que cumple sus propósitos Neptuno*;*

*¿Y en mí será delito que en el manto
De una frágil mortal esconda el vicio,
Que él descubrió en los inmortales tanto?*

*Reforme, pues, ó recupere el juicio,
Y entienda, que en el arte del agrado
El rigor siempre sufre sacrificio.*

*Triunfe, pues, el antojo: al adorado
Teólogo teatral yo respondiera,
Si á mí hubiera su arenga encaminado:*

* Pitágoras solia contar á sus discípulos, que habia visto en el infierno á Homero ahorcado de un árbol, en pena de las maldades que habia atribuido á los dioses. Á la verdad, si en esto hubo alguna ciencia simbolica, los símbolos eran bien poco decentes. El pasage á que se alude aquí, que está en el lib. 14. de la Iliada desde el verso 159. es mas para leído que para copiado.

Que si de la enseñanza, que pudiera
Lograrse entre el sabor del regocijo,
Se carece en la cómica quimera,

Se ve por eso, en recompensa, fixo
Mantenerse en el ayre un gran palacio,
Fábrica de una maga y escondrijo,

Allí aprende la plebe, si despacio,
Los maderos caminan por el viento,
Ó si con brevedad corren su espacio.

Hácese recto así el entendimiento,
Y no hay como expresar quanto se afila
La virtud en lo extraño del portento.

¿Pues que, si perlas y esmeraldas hila
La estéril abundancia del poeta

En los hechos que finge, ó recopilá?

¿Ó si es parcial de la moderna seta,

Ver como *mete en boga* un terminillo,
Que pudiera ilustrar una gazeta?

Á *entrar en pormenores* no me humillo,
Ni he gustado jamas de *hacer detalles*:
Mi estilo siempre fué baxo y sencillo.

Dexo el teatro, y en diversas calles
Métome, pues, y paso á conceptista,
Ya á las cúpulas cante, ya á los valles.

Guíame el buen Gracian en la conquista
De este imperio sutil, y pido á Febo
Un ingenio veloz y anatomista.

Préstame sus vestiglos el Erébo:
 Y por no dar su nombre á cada cosa,
 Será toda metáfora mi cebo.

Tus mexillas, ó Silvia, serán rosa,
 Y rosa que arda sobre helada nieve,
 Formando amor union tan prodigiosa.

Si lloras, cantaré que el cielo llueve
 Perlas de sus luceros celestiales,
 Que el fuego de mi fe consume y bebe.

Si te peynas, diré que los raudales
 De tu castaño golfo surcan bellas
 De un eburneo baxel puntas iguales.

Embozarán tus párpados estrellas:
 Que aunque no tienen niñas, y es constante,
 Que excede al deste globo el bulto de ellas,

Diez mil leguas de luz clara y brillante
 Bien caben en tu frente peregrina,
 Que aun del orbe solar ser puede Atlante.

¿Te ries, Silvia? Pues á fe que inclina
 Á mas de seis bellezas veteranas
 Habla que tan de véras desatina.

Bien sé que tú á escucharla no te allanas,
 Ni tampoco por ella trocarías
 La que articulan hoy bocas livianas:

Que si se han de aprobar habladurías,
 Á adulteradas frases no sutiles
 Prefieres puras sutilezas mias.

Pero unas y otras en tu juicio viles
 Comparecen, y nace, segun creo,
 De que son tus espíritus viriles.

Jamas tú consentiste que un deseo
 Torpe en sí, con los números disfrace
 El fin á que encamina su rodeo.

Traslada al verso su malicia, y hace
 Que se lea mas vivo en el afeyte,
 Lo que en sí aun sin ornato satisface.

Añade incitamentos al deleyte,
 Que ya incita por sí: vela, y se esmera
 En guarnecer el fuego con aceyte.

La arte en tanto inocente, de sincera,
 Casta y grave matrona, es convertida
 En infame, ó adúltera ramera:

Con docta obscenidad prostituida,
 Sabiamente lasciva, y de mil modos
 Armando lazos á la honesta vida.

¿Por que ya no encuadernan los beodos
 Volúmenes de versos admirables,
 Donde se aplauda la embriaguez á todos?

No son, no, los del Teyo despreciables;
 Pero únicos al fin, y que no ofrecen
 Exemplo á inteligencias miserables.

¿Que vale la virtud en donde crecen
 Amores, zelos, ruegos, esperanzas,
 Tósigos que la enervan y adormecen?

Poner á las virtudes asechanzas
 En público, al poeta solo es dado
 Sin miedo de jurídicas balanzas.

Pero por fin, que pierda enamorado
 El precio de las horas en canciones,
 En que cuenta, que llora un gran barbado,
 ¿Al público que importan sus pasiones,
 Para que, por sonar bien razonadas,
 Las divulgue y repita en impresiones?

Aprovechen, ocioso, en las armadas
 Tus obras, quando opriman al britano:
 Por mí serán entónces celebradas.

Por concertar un pensamiento vano
 Pasarás quatro noches en vigilia,
 Del todo inútil al linage humano;

¿Y porque goces tú con tu familia,
 Próspera paz, no velarás dos horas
 Con el monarca que tu bien auxília?

Ó ya que involuntario te acaloras,
 Sintiendo en ti el comercio de los cielos,
 ¿Por que el torpe sugeto no mejoras?

Adopten una vez esos desvelos
 La persuasion de la verdad, ó alaben
 La gloria militar y sus anhelos:

Vibren endecasílabos, que acaben
 Con el luxo servil, que nos corrompe,
 Y con los vicios sus contiendas traben.

De un lado á la casada, que interrompe
La quietud del esposo por las galas,
Que á toda costa desperdicia y rompe:

De otro acometa á las soberbias alas
De la suelta doncella, que se entona,
Porque empina el cabello á empireas salas:

De Andrómaca dirás que es la persona,
Si enmitrada la miras por la frente,
Quando el monte de gasas la corona.

Con prohijado pelo hace eminente,
Tal vez sobre una calva venerable,
El greñado edificio impertinente.

Quien debe al cielo inspiracion afable,
Oyendo los vocablos de la moda,
(Diccionario, ó risible, ó exècrable)

¿Á cantar sus sandeces se acomoda,
Sin que el mímico luxo le conmueva,
Que ocupa á la nacion un tiempo goda?

Ea, que no: : mas sí, que nunca ceba
Su colmilluda sima, aun quando hambriento,
El lobo en otro que su especie lleva.

Si las ropas, los rizos y el unguento
Me ofrecen un poeta femenino,
En quien el sexô de hombre está violento,

¿Qual será de sus versos el destino,
Sino el deleyte impuro, el que profano
Dilata á la lascivia el vil camino?

¡Entendimiento, entendimiento humano!
 ¿Para esto el gran vigor te es concedido,
 Que al Criador inmortal te hace cercano?

Desta causa, no de otra, han procedido
 Romances y sonetos á millares,
 Plaga que nuestra lengua ha padecido.

Mas, por dicha, ellos son tan singulares
 En amor filosófico, que dexan
 Incomprehensibles siempre sus lugares.

Grande ventura, que al lector aquejan,
 Si entenderlos procura, tan de gana,
 Que mas sus manos ya no los manejan.

Es muy temible á la miseria humana
 La molestia, y la evita hasta en sus gustos,
 Si en sus gustos le oprime y amilana.

Leerá, si claros son, versos adustos;
 Y dexará deleytes tenebrosos,
 En cuya obscuridad rezela sustos.

Tal fin tengan por mí los amorosos,
 Ya escolásticas églogas animen,
 Ya celebren zagales venturosos.

Me matan dos pastores quando esgrimen
 Dialécticas ternezas, ingiriendo
 Suspiros metafisicos que gimen.

Tales los hay, que pintan con horrendo
 Estrépito de voces tempestades,
 Que al trágico espantáran mas tremendo.

Cercado de sencillas soledades,
 Ó simple morador de ruda aldea,
 Donde aun viven desnudas las verdades,
 ¿De quien esa eloquencia, que apedrea,
 Heredaste entre gruesos alcornoques,
 Patria apenas de un ave que gorgea?

No sufre, no, la abarca los retoques,
 Que pulen el coturno: su oro dexa
 Antes, Sileno, que el desprecio toques:

Que, si notarlo quieres, no apareja
 A un rústico del noble el aparato
 Sin la burla del pueblo que moteja.

No es por ventura tan molesto el trato
 Del que todo lo funda en antiguallas;
 Aunque ¿á quien podrá ser del todo grato?

Porque ¿que tengo yo con las murallas
 De Tébas, que me obligue en todo trance
 A rogar la virtud de levantallas? *

* *Dictus et Amphion Thebanæ conditor arcis
 Saxa movére sono testudinis, & prece blanda
 Ducere quo vellet.*

Horat. *Poet.* v. 394. sig.

Tántalo ha de salir en qualquier lance
De imposible esperanza, ó devanéó,
Que al deseado objeto no dé alcance.

Mi sueño siempre al cargo de Morféo:
Gentílico mi nombre, no christiano,
Que el parecerlo en verso es caso feo.

Llamarme Mario, porque fué tirano,
Es caso muy honesto ; ¿pero Pedro?
No es nombre de pontífice pagano.

La oliva de Minerva agobia al cedro
Del Líbano, y el hecho es tan donoso,
Que poco en fama, si lo evito, medro.

¡Ó tres y quatro veces venturoso,
Tú, Maron, á quien nunca de Francisco
Usar el bronco nombre fué forzoso!

Títiro el zagal era de tu aprisco
En los campos de Mantua, quando Roma
Despeñó reyes del tarpeyo risco:

Y el mio será Títiro, aunque coma
Pan castellano y sus cabrillas paste
Cerca del Tajo en extremeña loma.

Fábula griega en español engaste:
Si esto solo del vulgo me retira,
Daráme Ovidio el material que baste:

Que si lo que no entiende, mas admira
La ignorancia, antiquísimos dislates
Sé yo que por saberlos no suspira.

Ó tú, si no mi Pílares, mi Acátes,
 Ya con constancia belerofontea
 La diva amistad sube sus quilates.

No por su bella Andrómeda rodea
 Sobre el alado bruto de Medusa
 El semidios á la serpiente fea

Con tanto ardor, como encendido excusa
 Mi pecho tus defectos aragnéos,
 Si bien Discordia de su poma usa.

Dios me libre, mi amigo, de rodeos
 Tan rancios, quando hubiere de decirte,
 Que tu fe no responde á mis deseos,

Esto, mas que obligar, fuera inducirte
 Á huir de mí cien leguas asombrado,
 Qual de hombre que intentase maldecirte.

Tal procuro yo hacerlo, quando hinchado
 Me acomete el que culto grecizante
 Vive en su misma patria desterrado:

Que el que sobrellevar pueda un pedante,
 Que, por hablar latino corrompido,
 Abandona en su idioma lo elegante,

Bien merece renombre de sufrido,
 Y sufrirá á un señor de nueva estofa,
 Á excelsa dignidad recién subido.

Tal vez se encuentra quien la causa mofa
 Deste decir, y á Góngora desprecia,
 Porque en él sin rezelo filosofa.

Quien juzga así con equidad no aprecia:
 Porque ¿que culpa tiene un yerro sabio,
 De que le imite la caterva necia?

¡Ó rebaño servil! ¿Porque en mi labio
 No sufres la eloqüencia de Cratino,
 Libre y pronta á qualquiera desagravio?

Si autoriza á algun grave desatino
 El nombre de un varon, á quien la fama
 Venera en sus aciertos por divino;

El siervo imitador ciego á la llama
 Que luce en el acierto, torpemente
 Remeda solo el vicio que le infama:

Y esto si acaso imita, porque hay gente,
 De quien se dice con loor que imita,
 Quando roba y usurpa abiertamente.

No contrahace la piedra el que la quita
 De otro anillo, y al suyo la traslada,
 Porque á distinto cerco la remita.

Hubo en cierta ciudad harto nombrada
 Un pintor, cuya mano merecia,
 Mas al favor, que al gusto, ser buscada.

(Merecen así muchos todavía:
 Y si el mundo caduca, segun dicen,
 Tal arte de ser hábil no se enfria).

Pues como sus amigos solemnicen
 Á nuestro gran pintor, y á todas gentes,
 Para que acudan á su mano, aticen;

Movido de alabanzas tan frecuentes,
 Le buscó en su oficina un hombre grave,
 Cuyo rostro era grato á unos ausentes.

Ofrecióle el pintor en quanto cabe
 La admirable destreza de su mano
 Con parola abundante y voz suave.

Le sentó con precepto soberano
 De no mover el rostro á alguna parte,
 So pena de emplear su ciencia en vano.

Dixeras, que copiaba de Anaxârte
 El fabuloso bulto bien diez horas,
 Que obrando estuvo el retratista en su arte.

Al cabo de las cuales, con sonoras
 Voces, dando de mano á sus barnices,
 Y echándola á unas hojas cortadoras:

Tened, dixo, señor: vuestras narices
 Cortaré, y pegarélas en mi obra,
 Pues no pueden copiarlas mis matices.

Si así imitais, la habilidad os sobra,
 Respondió el retratado: y desnudando
 El instrumento que el honor recobra,

Tambien yo sé copiar (añadió, dando
 Con él en tierra) como vos, amigo:
 Vedlo: y dexó al pobrete voceando.

Si en esto estriba el retratar, yo digo,
 Que retratára así de buena gana
 Al bando imitador, que aquí persigo.

Pase por fin, si el pensamiento gana,
 Como en las manos del divino Laso
 Los de latina cítara, ó toscana:

Que si mejora de sentido el paso,
 Y en el robo aparece mas amable,
 Pulir lo tosco no es culpable caso.

Si un concepto vulgar hago admirable,
 Ó le subo de punto, que me estime
 Mi lengua este favor es razonable.

Ni se hallará tal necio, que lastime,
 Que acicale el menor de los Leonardos
 La cruda espada que el de Aquino esgrime.*

Mas convertir en toscos los gallardos,
 Hurtar empeorando, y con ahinco
 Velar para imitar versos bastardos,
 ¿Quien no dirá, que á aqueste en todos cinco
 Falta el comun sentido, y dar debiera
 Desde su patria á Zaragoza un brinco?

* Bartolomé Leonardo de Argensola es en muchos lugares de sus Sátiras un excelente imitador de Juvenal. Este fué natural de Aquino, como él mismo lo expresa. *Sátir.* 3. v. 319.

¡Sarna de ser autor! si se apodera
 Tu prurito de un seso de alcornoque,
 ¿Que novedad de su invencion se espera?

No leerá original, que no provoque
 Su furia de escribir, ni obra aplaudida,
 Á cuya imitacion no se desboque.

¡Prestó naturaleza con debida
 Templanza la viveza al gran Quevedo,
 Que al satírico equívoco convida?

La alabanza comun llamó el remedo
 De la turba, y cundió el perverso estilo
 En tanto grado, qual decir no puedo.

Lo que era gloria en el jocosó filo
 De la picante sátira, ó en juego,
 Que á argumento vulgar debe su hilo,

Con furor indecible pasó luego
 Al teatro, á la lyra: hasta las aras
 Oyéron en equívocos el ruego.

Amor, zelos, contentos, prendas claras,
 Loores, á un vil juguete encomendados
 Con quantas cosas en el mundo hay caras,

Pusiéron en tinieblas los sagrados
 Nombres que al Tajo, al Turia, al Manzanares
 Cantáron sus dulcísimos cuidados.

Derribó la ignorancia los altares
 De la simple belleza, que esparcia
 En triste soledad tristes pesares:

Y en tanto que en el tráfago se oía:
 Del tumulto civil la voz hinchada
 De una turba infeliz, que se aplaudia,
 La belleza á los bosques desterrada,
 Qual sombra errante en solitaria selva,
 Gritaba su infortunio lastimada.

¿Que buzo podrá haber, que desenvuelva,
 Aunque al Delio socrático se apele,
 Y á empresa tan difícil se resuelva,

Metáforas inmensas, con que suele
 Desmentir sus sentencias el tumulto,
 Que tanto al gusto acrisolado duele?

Si á entender no te das, poeta oculto,
 Dí ¿para quien escribes? Si á adivinos,
 Den á tu lobreguez ellos indulto.

Mis sentidos, á fe, no son tan finos:
 Ni jamas fuí político profeta,
 Que señala á los reyes sus destinos.

El que de altos ministros interpreta
 La voluntad, y por el oro alcanza,
 Que será suyo el puesto que le inquieta:

Quien anda cuidadoso en la tardanza
 Del ageno vivir, porque previene,
 Que aquella dignidad en sí afianza:

Quien adula al magnate, porque tiene
 Por cierto, que será así preferido
 Al fiel sirviente, que á adular no viene:

El que se hace escritor bien persuadido,
 Que, si no por sus letras, á lo ménos
 Será por sus enlances aplaudido:

Genios de este jaez, que así de agenos
 Sentimientos disponen, son sin duda
 Para aclarar enigmas los mas buenos.

Si para la virtud, á ellos acuda
 Quien pretenda saberlo : que hombres tales
 Traen siempre en boca la verdad desnuda.

Por mí, nació á la luz en tan fatales
 Dias, que aun ahora en contemplarlo vierto
 El humor por los poros en raudales.

Quanto vicio ha imitado, ó descubierto
 La corrupcion en tiempos diferentes
 Que en algo se apartáron del acierto:

Metáforas hinchadas, insolentes
 Traslaciones, equívocos, agravios
 De las leyes mas simples y prudentes,

Conceptos que conservan los resabios
 De la árabe dialéctica, que aplican
 Al de Estagira los flamantes sabios,

Y quantos extravíos perjudican
 Al docto poetar, en sus entrañas
 Las obras de aquel tiempo multiplican

No traman mas sutiles las arañas
 Sus telas, que tramáron sus sonetos
 Graves coplistas de las dos Españas

Hasta velos claustrales de discretos
 Se preciáron, y votos virginales
 Cantáron sus amores en quartetos:::

¿Pero á que efecto renovar los males
 Curados ya tal vez? Nos son empero
 Dañosas todavía sus señales.

Ellas son, ellas son el asidero
 Del maligno extranjero que nos odia,
 Tras debernos aplauso el extranjero.

¿Quién le podrá arrancar la palinodia,
 Si para hacerse fuerte en todo caso
 Tiene aquellos defectos en custodia?

Tiénelos no menores su Parnaso;
 Pero no es el de España, rudo suelo
 De quien hacer mención no quiso el Taso.

Nuestra edad en el ímprobo desvelo
 Del estudio no funda las noticias,
 Que ilustran y eternizan un cerbelo.

En breve diccionario coleccionas
 Mil ciencias epilogan el trabajo,
 Y son á los Narcisos mas propicias.

Quanto hay del Ganges al dorado Tajo,
 Ó quanto desde el austro á los triones,
 Sabia naturaleza en sí contraxo:

Lo comprehende en cortísimas lecciones
 Un Don Lindo, que emplea veinte meses
 En saber ajustarse los calzones.

Allí tomán su origen los réveses,
Que al salvage español tiran y vuelven
Abates italianos muy corteses. *

Cortan, hienden, deciden y resuelven,
Como pudiera Apolo: y con tal juicio,
Que siempre nos condenan, nunca absuelven.

La invencion, la prudencia, el artificio
No son dones del suelo de Trajano:
Los Sénecas ya diéron de ello indicio.

Español fué el Marini, no italiano,
Y el buen Manuel Tesauo es punto fixo,
Que nació baxo el cielo castellano. **

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCÍA

* Las contiendas que se han suscitado, y continúan en Italia sobre la literatura española, han dado ocasion á estos tercetos. Los abates Tirabosqui y Bettineli son los mantenedores de nuestra ignorancia.

** Hoy dia llaman en Italia *Marinesco* al estilo que peca en demasiada floridez y sofistería. El caballero Juan Bautista Marini le llevó en los versos á un punto inaccesible; pero en la prosa los nuestros, que se reputan por sutilísimos, todos juntos no equivalen á un Conde Manuel Tesauo.

¡Italia producir un tan vil hijo,
Que en todo sutilice vanamente,
En reiterar sofismas muy prolixo!

¡Calumnia abominable, é impudente!
Quando á su clima da la astrología
El influxo del signo mas prudente.

Acá solo domina guerra impía,
Impresion del sañudo Sagitario,
Silvestré signo de estacion sombría.*

Tras esto, si no esparce ni un diario,
Ni ostenta dictadores á manadas,
Que sojuzguen el mundo literario:

Si sus obras científicas, fundadas
Van siempre en las noticias primitivas,
No en las pedantemente alfabetadas:

* Quando habia astrólogos en el mundo, enseñaban que el signo de Sagitario era el dominante en España, y le atribuian las qualidades de silvestre, sañudo, guerrero, y otras que ellos entendian maravillosamente. Los italianos, que atribuyen nuestra inclinacion á sutilizar á la naturaleza del clima, debieran averiguar si aquel signo tiene tambien la qualidad de sutilizante.

Si, no expone ningunas abortivas,
 Ó espurias, ó monstruosas, como quando,
 ¡Ó gran Quadrio! de trágicos le privas:*

Si ser docto no quiere, amontonando
 Colecciones de inciertas colecciones,
 Ó en todo vagamente salpicando:

Si llenan solidísimas razones,
 No leves epigramas, sus escritos,
 Raciocinios, y no declamaciones:

Careciendo de tales requisitos,
 El suelo que dió patria al buen Lucano,
 ¿Como tendrá poetas exquisitos?

Peligroso ejercicio y muy cercano
 Al mas triste, á la fe, es el ejercicio,
 Que el cielo favorece con su mano:

Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA

UNTA DE ANDALUCIA

• El abate Francisco Xavier Quadrio, exjesuita, ha escrito la historia universal de la poesía, dedicando una *Particla* especial del tomo tercero, en que trata de la tragedia, para dar noticia de las de los Chinos: tragedias que, segun él, no solo no guardan regla alguna; pero ni aun tienen sucesos trágicos (*tragicí eventí*), no se ha dignado colocar á los españoles ni aun siquiera junto á las tragedias sin sucesos trágicos de los Chinos. ¡Raro discernimiento de historiador!

En España, el mas grande sacrificio,
 Que hacer puede á la patria un varón fuerte,
 Si ni aun al extranjero halla propicio.

Yo el genio de hacer versos á la suerte
 Debí: pero si el sabio la domina,
 El genio inclinaráme hasta la muerte;
 Mas yo sabré enfrenarlo que me inclina.



JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
 CONSEJERÍA DE CULTURA

LECCION POÉTICA.

SÁTIRA

CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS

EN LA POESÍA CASTELLANA *

impresa por la real Academia Española,
por ser entre las presentadas la que mas
se acerca á la que ganó el premio.

SU AUTOR

DON MELITON FERNANDEZ.

EPÍGRAFE.

On sera ridicule, et je n'oserai vivre?

Boileau sát. 9.

Apénas, Fabio, lo que dices creo:
*Y aunque tu carta persuadirme intente,
Mas me confunde quanto mas la leo.

* Quanto se censura en esta obra, va apoyado en la autoridad de los mejores maestros, y en la práctica de los buenos poetas de nuestra nacion y de las extrañas. Si recayese nuestra crítica sobre alguno de los poetas clásicos, nadie crea que aspiramos á obscurecerlos, ántes bien desearía-

+ y leyendo tu Carta cada dia

¿Que estrella, dí, maligna, é inclemente

Así te inclina á dirigir las huellas

Al sacro Pindo y á la aonia fuente,

Que todos los estorbos atropellas,

Y llena de furor la fantasía,

Las musas buscas á despecho de ellas?

¿Juzgas que esto que llaman poesía,

Cuyos primores se encarecen tanto,

Es cosa de juguete, ó fruslería?

¿Que se puede adquirir el númen santo

Del Dios de Delo, sin estudio y arte

Por conjuro de bruxa, ó por encanto?

¡Ay, Fabio, quien podrá desengañarte!

¿Quien el hombre será caritativo,

Que te concluya, y de tu error te aparte?

No quiero que en el tiempo sucesivo,

Quando conozcas tu locura, digas

Que no fuí de tus males compasivo.

mos, que se hiciese el justo aprecio de sus obras, para que no admirándolas ciegamente, conozca la estudiosa juventud los errores que hay en ellas, y sepa distinguirlos de tantos aciertos que adquirieron á sus autores la estimacion pública. Para los ménos instruidos seria necesario llenar las márgenes de citas, que ocuparían tanto como toda la obra: por evitar esto se notarán solamente los autores de algunos versos, que por defectuosos en el pensamiento, ó locucion se han copiado á la letra.

Y pues tú me comprimes, y me obligas
 Á responderte, escúchame primero,
 Que el empezado desacierto sigas.

Que aunque sepa gastar un año entero
 En convertir tu vena pecadora,
 Pues ya lo resolví, proseguir quiero.

Dime ¿quien pudo persuadirte ahora
 Á seguir la carrera comenzada,
 Volviendo al mar la nave nadadora?

Si en las escuelas no aprendiste nada,
 Si en poder de aquel dómine pedante
 Tu banda siempre fué la desgraciada;

¿Para que proseguistes adelante?
 Un arado, una azada, un escardillo
 Para tu comprehension era bastante.

De corage te pones amarillo:
 Lo sé, y enfurecido me maldices.

¿Pero como ha de ser? Yo he de decillo.

Al repetir lo que en tu carta dices,
 (Porque la repasé prolixamente,
 Y tus borradorcillos infelices)

¿Si estará el juicio de su calva ausente,
 Digo: si me le habrán maleficiado,
 Y tendrá una legion que le atormente?

Dices, que de los ergos fastidiado,
 Sin remedio te metes á poeta,
 Y los estudios has abandonado.

Y á modo de libranzas, ó receta,
De tu fecundidad prueba me envias
En una y otra sucia papeleta.

¡Lindos asuntos son de poesías,
Sonoros versos, claros y discretos
Los que llegaron á las manos mias!

Los villancicos ví, ví los sonetos
Trilingües, serventesios, retrogradados,
De extravagante erudicion repletos.

Ovillejos con ecos duplicados,
Acrósticos, chambergas, madrigales,
Cúbicos laberintos intrincados.

Yo sé, Fabio, muy bien los cenagales,
Las inmundas cisternas y cloacas
Donde fuiste á beber especias tales.

De agenos cofres tus adornos sacas,
Copias este y el otro desatino,
Y á tu invencion felice los achacas.

Sigue por donde vas sin luz ni tino,
Haz tus coplitas, y desprecia ufano
La fácil vena de Nason divino.

Porque el famoso cisne mantuano,
Que al fiero son de trompa belicosa
Cantó las armas y el varon troyano,

Accion no celebró maravillosa,
Ni sus obras son tales, que no sea
Poderlas superar factible cosa.

Fabio, tu aplicacion mejor se emplea:
Cosas espero de tu nueva musa,
Que con admiracion el mundo vea.

Pues si la docta imitacion no excusa,
Y el usado carril sigue constante,
Se aumentará su habilidad infusa.

Los conceptillos te andarán delante,
Versos arrojarás á borbotones,
Tendrás en el tintero el consonante.

¡Que romances harás, y que canciones,
Y que asuntos tan bellos me prometo,
Que para tus obritas ya dispones!

¡Que gracioso ha de estar, y que discreto
Un soneto al bostezo de Belisa,
Al resbalon de Inés otro soneto!

Una dama tendrás, cosa es precisa:
Bellísima ha de ser, no tiene quite,
Y llamarásla Clóris, ó Fenisa.

Dila que es nieve, quando mas te irrite,
Nieve que todo el corazon te abrasa,
Y el fuego de tu amor no la derrite.

Y si tal vez en el afecto escasa
Pronuncia con desden sonoro yelo*,
Suceso que qualquier amante pasa,

* Quevedo, *Musa IV*.

Dirás que el encendido Mongibelo,
Que en tu pecho inflamáron sus estrellas,
Corusca crepitante, y llega al cielo:

Porque el incendio de sus luces bellas
El triste hiciéron corazon cenizas,
Y el alma yace sepultada en ellas.

Si su rara belleza solemnizas,
No olvides lazos, redes y prisiones,
En donde voluntario te esclavizas.

Pues si el cabello á celebrar te pones
Mas que los rayos de Titan hermoso,
¡Que gracias hallarás! ¡que perfecciones!

Dila que el alma agena de reposo
Nada golfos de luz ardiente y pura
En crespas tempestad del oro undoso*.

Llama á su frente engélida llanura,
Corvo luto las cejas, ó suaves
Arcos, que flecha te arrojáron dura.

Quando sus ojos célicos alabes,
¡Fatal empeño! apura en el asunto
Quantas locuras métricas ya sabes.

Dí, que su cielo, del zenith trasunto,
Dos soles ostentó por darte en-ojos,
Que si se ponen, tú serás difunto.

* Quevedo, *Musa IV.*

Y al aumentar tu vida sus despojos,
Se lava el corazón, y el agua arroja
Por los tersos balcones de los ojos*.

Y tu amor, que en el llanto se remoja,
En él se anega, y sufre duplicados
Males muriendo, y líquida congoja.

Dí, que es pensil su bulto de mezclados
Clavel y azar, y abeja revolante
Tú, que mil tornos das enamorados.

La boca celestial, que forma amante
Relámpagos de risa carmesíes**,
Alto asunto al poeta que la cante.

Por celebrarla hará que desvaríes,
Llamándola de amor ponzoña breve,
Ó madreperla hermosa de rubíes.

Al pecho, amable desazón de nieve,
Blanco, porque Cupido el blanco puso
En él, y en blanco te dexó el aleve.

Y dí, que venga un literato al uso,
Citando á Horacio, y al estagirita,
Llamándote ridículo y confuso:

Que yo sabré con una y otra cita
Responderle, y que vuelva arrepentido,
Porque siguió carrera tan maldita.

* Gerardo Lobo, *Obras poéticas*.

** Quevedo, *Musa IV*.

Así tambien hubiéramos vencido
 El venusto rigor de esa tirana,
 Tigre de rosa y alelí vestido.

Pero supon; que fiera y inhumana
 Rasgó tus redondillas y canciones,
 Y todas las tiró por la ventana.

No importa, así va bien, luego compones
 Tres, ó quatro lloronas elegías,
 Llenándola de oprobrios y baldones.

No te puedo prestar ningunas mias;
 Pero dos me dará cierto poeta,
 Largas, obscuras, sin arreglo y frias.

Dirás que tanto la pasion te aprieta,
 Que mueres infeliz y desdeñado:

¡Ó violencia de amor dura y secreta!

El cuerpo dexarás al verde prado,
 El alma al cielo de tu dama hermosa,
 Y serás en su olvido sepultado.

Y en lugar de escribir: aquí reposa
 Fabio, que se murió de mal de amores,
 Culpa de una muchacha desdeñosa,

Detendrás á las ninfas y pastores
 Para que una razon prolixa lean
 De todos tus afanes y dolores.

Pero los sabios, que qual tú desean
 Probar su habilidad, no solamente
 En un asunto su trabajo emplean.

Olvida, amigo, tu pasión doliente,
 Hartas quejas oyó, que murmuraba
 Con lengua de cristal pícaro fuente.

No siempre el alma ha de vivir esclava:
 Déxate ya de zelos y rigores,
 Y el nuevo empeño que elegiste acaba.

Que ya te ofrecen mil aparadores,
 Transformadas las salas en bodega,
 Del gran Chiflot los célebres licóres.

Suena algazara, cada qual despega
 Un frasco y otro, la embriagada gente
 Empieza á improvisar, ¿y quien se niega?

¿Que sirve componer divinamente,
 Con largo estudio en retirada estancia,
 Si delirar no sabes de repente?

Cruzan las copas, y entre la abundancia
 De los brindis alegres de Lico
 Se espera de tus versos la elegancia.

Mira á Camilo desgreñado y feo,
 Ronca la voz, la ropa desceñida,
 Lleno de vino, y de furor pimpleo,

Como alegre el convite, y la avenida
 De coplas tuyas con estruendo suena,
 De todos los oyentes aplaudida.

La quintilla acabó, los vasos llena,
 Fiel asistente, de licor precioso,
 Vuelve á beber y á desatar la vena.

Bomba, bomba, repite el numeroso
 Concurso, y quatro décimas vomita
 Con pie forzado el bacanal furioso.

¿Y que tú callarás? ¿Nada te excita
 Á mostrar de tu musa la afluencia,
 Quando la turba improvisante grita?

¿Temes? No hay que temer: la competencia
 No te desmaye, y las profundas tazas,
 Amigo, desocupa con frecuencia.

Ya te miro suspenso, ya adelgazas
 El ingenio, y buscando consonante,
 En hallarle adecuado te embarazas.

¿Á que fin? Con hacer en un instante,
 Aunque no digan nada, quatro versos
 Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso, que serán diversos
 De los que diéron á Camilo fama,
 Ó mas duros serán, ó mas perversos?

No porque alguno Píndaro le llama,
 Oyendo su incesante tarabilla,
 Juzgues que númen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en quadrilla,
 Pues su musa pedestre y juguetona
 Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona,
 Y hacer que calle, escucha mis ideas,
 Verás que nadie su talento abona.

Chocarrero y bufon, si tú deseas
 Aplauso popular, debes hacerte,
 Verás que así nombre feliz grangeas.

La pluma correrá de aquesta suerte
 Con mas facilidad, y sin fatiga
 Aquí y allí las necesidades vierte.

Así aplaudido entre la turba amiga,
 Gente de cascabel y de botarga,
 Hará que el vulgo su dictámen siga.

Con tal autoridad, luego descarga
 Retruécanos, equívocos, baxezas,
 Y en ellas verterás sátira amarga.

Refranes usarás, y sutilezas
 En tus versillos, bufonadas frias,
 Y mil profanaciones y torpezas.

Luego esta coleccion de poesías
 Al público darás de tomo en tomo,
 Que ansioso comprará lo que le envias.

Porque el ingenio mas inculto y romo
 Con obras de esta especie se recrea,
 Como tú con las gracias de Geromo.

Todo lo venderás qual ello sea,
 Sin temer que en tus versos el tendero
 Empapele azafran y alcaravea.

Con esta maña, Fabio, considero
 Que de una en otra gente glorioso,
 Serás de nuestros sabios el primero.



Aquel, dirán, aquel es el gracioso
 Autor, que celebró las mataduras
 De un borrico decrepito y sarnoso.

De un pescuezo las gálicas honduras,
 Y á una inmensa nariz dió cantaleta,
 Citando las divinas escrituras *.

¡Por Dios que he descubierto linda treta!
 ¡Feliz hallazgo, amigo! te confieso
 Que me dan ganas ya de ser poeta.

Que escuchar alabanzas en exceso
 Anima los espíritus mas frios,
 Con esperanza de feliz suceso.

Y yo para escribir aun tengo brios
 Á pesar de la nieve de mi frente,
 Y de los fatigados años mios.

Mas oye miétras abrazar intento
 Este destino, y la apagada idea
 Con apolínea llama se caliente.

Si tu librilla obscurecer desea
 Al venusino lírico famoso,
 Con quien un literato me marea,

* Algunos poetas han usado de textos y autoridades sagradas en obras jocosas y truanescas: este abuso, justamente prohibido por las decisiones de la Iglesia, es entre todos el mas intolerable.

No con dudosa planta, temeroso
 Sigas su estilo débil y rampante,
 Por mas que te parezca sentencioso.

Canta con alto verso y elegante
 De las deidades chistes celebrados,
 Sin perdonar la gloria del tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,
 La niña de Agenor, y sus doncellas
 Los nítidos cabellos destrenzados *:

Que dando flores al abril sus huellas,
 La orilla, que de líquido circunda
 Argentó Dóris, van pisando bellas:

Al motor de la máquina rotunda,
 Que enamorado paca entre el armento
 La yerba de que opaca selva abunda.

La Ninfa al verle agena de espavento,
 Orna los cuernos, y la espalda preme,
 Sin rezelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar, la Virgen treme,
 Y al juvenco los álgidos, undosos
 Piélagos, hace duro amor que reme.

* Se imita en estos versos al estilo afectado de algunos poetas.

Ella los astros ámbos lacrimosos
 Reciprocando aspectos cintilantes *,
 Prorumpes en ululatos dolorosos,
 Cuyas quejas en torno redundantes,
 De flébiles ancilas repetidas **,
 Los antros duplicáron, circunstantes.

• Mas Creta ofrece playas extendidas,
 Prónuba al dulce amplexô apetecido,
 Pudicias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor, y agradecido
 Jove fecunda sóbole promete,
 Que imperio ha de regir muy extendido.

Apolo, antojadizo mozalvete,
 Asunto digno de tu canto sea,
 Quando tras Dafne intrépido arremete. y Generalif

La locura también factontea
 Describirás, y el piélagos combusto,
 Que en flagrantés ardores centellea.

Ó ¡como gruñirás, censor adusto,
 Al notar de estas obras los primores,
 La elección bella, el delicado gusto!

Al ver llamar estrellas á las flores,
 Líquido plectro á la pequeña fuente,
 Y á los xilgueros prados voladores.

* Sylveira, *Macab.*

** Villamed. *Fábula de Europa.*

Vegetable esmeralda floreciente

Al verde valle y al undoso río
Sierpe sonora de cristal lucente.

Pero tú, que estudioso, alumno mío,

Á despreciar á todos aprendiste

Con ayre magistral y con desvío,

No quedes, Fabio, rezeloso y triste

Al escuchar las sátiras atroces,

Cuyo tropel descomunal te embiste.

Haz lo que cierto amigo, que conoces,

Que oyendo censurar su poesía

Por todas partes con estruendo y voces,

Tranquilo se mantiene todavía,

Imaginando que mejor poeta

Ni tuvo, ni tendrá la patria mia.

Mas ya te llama el son de la trompeta,

De nuestros Cides la admirable historia,

Tanta nacion á su valor sujeta.

Tu heroyco verso aumentará su gloria,

Del Ebro al Ganges volarán sus hechos,

Dignos de ilustre y inmortal memoria.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,

Las duras reglas atropella osado

Vencidos sus estorbos y deshechos.

Y el númen lleno de furor sagrado:

“Canto, dirás, al héroe furibundo

”En dominar imperios enseñado,

„Que dando ley al báratro profundo,
 „Su fuerte brazo sujetó inventible
 „La dilatada redondez del mundo.”

Principio tan altísimo y horrible,
 Proposición tan grande y espantosa,
 Que dexé, de agradar, es imposible.

No como aquel que dixo: “Canta diosa,
 „La cólera de Aquiles de Peleo,
 „Á infinitos aquívos dolorosa.”

Porque el estilo culto y giganteo,
 Dexando á los lectores atronados,
 Causa veneración, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados
 De doctas plumas admirablemente:
 Escoge, que los dos son extremados.

Sigue la historia religiosamente,
 Y conociendo á la verdad por guía,
 Cosa no has de decir, que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía,
 Refiere sin doblez lo que ha pasado
 Con nitidez escrupulosa y pia.

Y en todo quanto escribas, ten cuidado
 De no olvidar las fechas y las datas,
 Que así lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,
 Despedirás-te del lector prudente
 Con expresiones de cariño gratas.

Para que de tu agrado se contente,
Y aguarde el fin del lánguido suceso
De canto en canto, el mísero paciente.

Pero no juzgues, Fabio, que por eso
Correrá sin censuras tu poema,
Críticas llevará, zorra y proceso.

Decidirán con gravedad suprema
Mil eruditos, siempre avinagrados
Contra tus obras por costumbre y tema.

Dirán que los sucesos adornados
Con episodios y ficción divina,
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insípida y mezquina,
Sin locución, sin fábula, sin arte,
Que el ménos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para vengarte,
Dexándolos á todos confundidos.
Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Después que entre centellas y estampidos
Feroz descargues tempestad sonora,
Y anuncies hechos ciertos, ó fingidos,

Exágera el volcán que te devora,
Que ceñirse del alma no consiente*,
Y invoca á una deidad tu protectora.

* Cándamo, *el César Africano*.

Luego amontonarás confusamente
 Quanto pueda inventar tu fantasía,
 En concebir delirios excelente.

Inmensa erudicion, filosofía,
 Náutica, bellas artes, oratoria,
 Y toda la gentil mitología.

Referirás la universal historia,
 (y en esto, amigo, no andarás escaso)
 Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso
 Entre despechadísimos guerreros,
 Que jamas de la vida hiciéron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,
 Tripas colgando, sesos palpitantes,
 Y muchos derrengados caballeros.

Desaforadas mazas de gigantes,
 Deshechas puentes, armas encantadas,
 Amazonas bellísimas errantes.

Á espuertas verterás, á carretadas
 Descripciones de todo lo criado,
 Inútiles, continuas y pesadas.

¡Ó como espero que mi alumno amado
 Ha de mostrar el singular talento,
 Febo, que á tu pesar ha cultivado!

Quanta aventura, y quanto encantamento,
 Quantos enamorados campeones,
 Quanto jardin y alcázar opulento!

Pondrás los episodios á millones,
 Y el héroe miserable no parece,
 Que no le encontrarán ni con hurones.

¡Pero como ha de ser, si le acontece,
 Que un mago en una nube le arrebatá,
 Y con él por los ayres desaparece?

En un valle obscurísimo remata
 El viejo endemoniado su carrera,
 Y al huésped que llevó, festejar trata.

Baxa á una gruta inhabitable y fiera,
 Sepulcro de los tiempos que han pasado *,
 Y le entretiene allí, quiera, ó no quiera.

¡Quanta vasija y unto preparado
 Tienel ¡Quanto ingrediente venenoso,
 Que al triste que lo ve, dexa admirado!

Allí le enseña en un artificioso
 Cristal la descendencia dilatada,
 Que su nombre eternice glorioso.

Y mira una ficcion muy adecuada,
 Pues aunque en ningún modo convenia,
 Por ser cosa comun y dislocada,

Consigues con tan rara fechoría
 El linage ensalzar de tu Mecénas,
 Que no te faltará, por vida mia.

* Quevedo, *Musa VII.*



Y si tales hazañas son ajenas
De su alcornia, ¿que importa? Si conviene,
Con Héctor el troyano la encadenas.

Porque un poeta, facultades tiene
Sin límite, ni cotos, escribiendo
Todo quanto á la pluma se le viene.

Pero ya me parece que estoy viendo
Sobre un carro de fuego, remontados
Los dos amigos, que se van huyendo.

¡Válame Dios! ¡Y que regocijados
Gentes, ciudades, reynos populosos
Atraviesan, y climas ignorados!

De Libia los desiertos arenosos,
El hondo mar, que hinchado se alborota,
Montes nevados, prados olorosos.

De la septentrional playa remota
Al cabo que dobló Vasco de Gama,
El sabio encantador, registra y nota.

Vuelve despues, donde la ardiente lláma
Del sol se apaga entre las ondas frias,
Dándole Tétis hospedáge y cama.

Siguen sus admirables correrías,
Y al huésped volador se hace patente
Quanto de Europa, Océano, desvías.

Mas ya el piloto muda hácia el oriente
El rumbo, y á los senos de la aurora
Los lleva el carro apresuradamente...

Pero de un criticon me acuerdo ahora,
 Grave, tenaz, ridículo, pedante,
 Que vierte hiel su lengua detractora.

¡Qual se enfurece el picaron, vergante,
 Con estas invenciones prodigiosas!
 Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.

¡Que de improperios dice, que de cosas!
 Maldiciendo al autor y á su poema
 Con mil imprecaciones horrorosas.

No quiere que haya encantos, linda tema,
 Ni gigantes, ni estatuas habladoras,
 Y al libro en que lo halló deshace y quema.

Si al héroe por acaso le enamoras
 De una beldad, que yace encastillada,
 Guardándola un dragon á todas horas,
 Y el caballero de una cuchillada

Al escamoso culebron degüella,
 Mi crítico infernal luego se enfada.

Ni hay que decirle, que la tal doncella
 Es hermana del sabio Malambruno,
 El qual su doncellez así atropella,

Que á dura cárcel, soledad y ayuno
 Por solo un chismecillo la destina,
 Sin que sepa sus lástimas ninguno.

Porque al punto sin freno desatina,
 Como Basilio, quando hacer pensaba
 Sonetos en idioma de la China.

Luego alzando la faz, sañuda y brava,
 Vuelve feroz los ojos sanguinosos,
 Y empieza á blasfemar, y tarde acaba.

Dice: siglo feliz, tiempos dichosos,
 Quando se vió la sacra poesía
 Seguida de varones estudiosos.

Sabia naturaleza, tú su guia
 Fuiste, y del arte siempre acompañada,
 Tu union útiles frutos producía.

Mas la imaginacion desordenada,
 La falta de instruccion, la ambicion suma
 De obscurecer la antigüedad sagrada,

Hiciéron que el mas bárbaro presuma
 De docto, y despreciadas las discretas
 Reglas, corrió sin límites la pluma.

De aquí nacióron diferentes setas,
 Y inundó las llanuras de Helicon
 El tropel espantoso de poetas.

Cada qual aspirando á la corona,
 Faltándole principios y talento,
 Á nuevas invenciones se abandona.

Uno, siguiendo el desgraciado intento,
 Usa bárbaras voces y latinas,
 Que al idioma español une contento.

Otro, eligiendo frases peregrinas,
 Florido estilo busca y relumbrante:
 Todo es humo, si atento lo exâminas.

Otro, culto, frenético, ignorante,
 Metáforas hacina, otro menguado
 Sujeta la razon al consonante.

Otro, en las reglas ya muy enterado,
 Falto de númen da composiciones
 De estilo frigidísimo y pesado.

Busca por todas partes ocasiones
 De molestar al necio, al erudito,
 Con sus desatinadas invenciones.

Al que una vez cogió, con alto grito
 Una tragicomedia le relata,
 Y un poema, que tiene medio escrito.

Si huyendo no se libra, le arrebatá:
 Á su estudio fatal luego le lleva,
 En donde nuevamente le maltrata.

Porque echando cerrojos y falleba,
 Veinte cantos repite fervoroso,
 Que el oyente de miedo los aprueba.

En las comparaciones abundoso,
 Pródigo en epitetos, imitando
 Á algun autor, que él tiene por famoso,

Al infeliz le está mortificando,
 Y quarenta mil versos le recita*,
 Que va sin direccion amontonando.

* Hay poema que tiene cinco mil octavas: una longitud tan enorme no es el menor defecto en qualquiera obra.

¡Abundancia fatal, vena maldita!
 Dice mi criticon, que impetuosa,
 Qual violento raudal se precipita.

El gusto y la razon la prodigiosa
 Fecundidad moderen, que sin esto
 Jamas se acertará ninguna cosa.

Mi patria llora el exemplar funesto:
 Su teatro en errores sepultado,
 Á la naturaleza, al arte opuesto,

Muestra quanto corrompe el estragado
 Gusto, que ciego hácia el error inclina,
 De la sabia eleccion abandonado.

Nuevo rumbo siguió, nueva doctrina
 La hispana musa, y despreció arrogante
 La humilde sencillez griega y latina.

Dió á la comedia estilo retumbante,
 Hinchado, cresco, figurado y culto,
 De la debida propiedad distante.

Fué tratado de bárbaro y inculto
 El que la errada senda no seguia,
 Y á los siglos quedó su nombre oculto.

Cada qual del acierto se desvía,
 Desdeñando el coturno sofocleo,
 Y el ajustado zueco de Talía.

El vicio vil, abominable y feo
 Viéron á la virtud ser preferido,
 Y en el drama logró feliz empleo.

Desterróse el honor, el abatido
 Vulgo vió retratadas sus acciones,
 Y en ellas su carácter aplaudido.

Y en vez de corregirse las pasiones,
 En tono alegre y máscara festiva,
 Con fábulas y honestas invenciones,
 El fuego ardiente del amor se aviva,
 La venganza cruel, el aparente
 Pudor se premia, y la maldad nociva.

¿Quien allí formará debidamente
 De la santa virtud sólida idea,
 Si el drama que escuchó se la desmiente?

¿Y que yo he de callar? ¿Quieren que vea
 Tantos yerros y tanto desatino?
 No, no ha de ser, mi voz no lisonjea.

¿Yo he de dar alabanzas á Rufino,
 Que compuso los dramas á docenas,
 Porque para medrar así convino?

¿No me podré burlar de sus escenas?
 ¿Las celebraré yo? ¿Pero que importa?
 Si dice la razon que no son buenas.

Ello ha de ser, mi condicion me exhorta
 Á no sufrir jamas al ignorante,
 Ni las composiciones que él aborta.

Y aunque el horrendo titulon espante,
 Sus comedias son todas desaciertos,
 Como sueños de enfermo delirante.

¿Que es ver saltar entre hacinados muertos,
Haciendo el foro campo de batalla,
Á un capitan enderezando tuertos?

¿Que es ver cubierta del acero y malla,
Blandir el hasta una muger guerrera,
Y hacer estragos en la infiel canalla?

Á cada instante hay duelos y quimera,
Sueños terribles, que se ven cumplidos,
Fatídico puñal, fantasma fiera.

Descocadas princesas, atrevidos
Enamorados, ronda, galanteo,
Jardin, escala y zelos repetidos.

Esclava fiel, astuta en el empleo
De avivar la pasion mas delinqüente,
Y conducir amantes al careo.

Allí se ven salir confusamente
Damas, emperadores, cardenales,
Y algun bufon pesado y insolente;
Y aunque son de su estado desiguales,
Con todos trata, le celebran todos,
Y se mezcla en asuntos principales.

Allí se ven nuestros abuelos godos,
Sus costumbres y heroyça bizarría,
Desfiguradas de diversos modos.

Todo es jactancia y necia valentía,
Todos xaques, ninguno caballero,
Como mi patria los miró algun dia.

No es mas que un mentecato pendençiero
 El gran Cortes, y el hijo de Ximena *
 Un baladron de charpas y xifero.

¿Mas quien podrá sufrir sobre la escena
 Tal desarreglo, tal descompostura,
 Y tanta impropiedad de que está llena?

Es una historia cada accion, y dura
 Años, siglos **, y Celio el ignorante
 Celebra tan graciosa travesura.

Ya se aparece una ciudad distante,
 Suena un silbido, y se descubre al punto
 El retrete de un sabio nigromante.

Luego se muestra amontonado y junto,
 (Así lo quiere mágico embolismo)
 Dublín y las murallas de Sagunto.

¿Pero que mucho, si en el drama mismo
 Se ven patentes las eternas penas,
 Y el ignorado seno del abismo?

Las llamas, el horror de las cadenas,
 El triste son del mísero lamento,
 En las estancias de dolores llenas.

* Bernardo del Carpio.

** La unidad del tiempo está alterada notablemente en nuestras comedias, con particularidad en las históricas, y hay alguna cuya accion dura dos mil años.

¿O que abominacion! dice el sangriento
 Censor injusto, y dando manotadas,
 Se levanta furioso del asiento.

Ya te miro reir á carcaxadas,
 Y yo quiero tambien burlarme un rato
 Al escuchar tan fieras patochadas.

¿Que te han hecho, perverso literato,
 Que te han hecho, malsin, tales bellezas,
 Que á sus autores das indigno trato?

¿En lo mas perfectísimo tropiezas?
 Pues dí, bellaco, ¿quantas has notado,
 No son perfectas y acabadas piezas?

¿Aquello de salir sobre el tablado
 El mismo Lucifer, no es linda cosa?
 Y mas si algun caiman le ha vomitado,

¿Que en language de obscura quisicosa
 Habla al mundo, á la culpa, á la malicia,
 Y habla tal vez con una mariposa.*

¿Es poco ver salir á la justicia
 Con su balanza, y llena de girones
 La pobreza, con cara de tiricia?

¿Es poco aquellas luengas relaciones,
 De verso rimbombante y ampuloso,
 Lleno de mil remotas alusiones?

* La abeja hace el primer papel en uno de nuestros Autos sacramentales.

El rudo vulgo admira silencioso
 Tan lindo estilo, y aunque no lo entiende,
 Elegante lo llama y misterioso.

Tampoco algun pedante, que pretende
 Á Píndaro tratar, y al grande Homero,
 Ni vocablo en sus obras comprehende.

Y no obstante, le veis ceñudo y fiero
 Motejar sus aciertos de simplezas,
 Sin que nadie le trate de embustero.

Pero tú, Fabio, que á pisar empiezas
 La falda al Pindo, si á agradar aspiras,
 Evitando preceptos y asperezas,

Los que repasas sin cesar, y admiras,
 Sabios autores, te serán modelo,
 Te llevarán al término á que aspiras.

Llena de sus primores el cervelo:
 Sobre los libros te ha de hallar la aurora,
 Que algo resultará de este desvelo.

Porque tu pluma fiel imitadora
 Ha de copiar quanto los otros digan,
 Como un autor novel, que me enamora.

Tus dramas he de hacer que así consigan
 Fama, á pesar de quatro mentecatos,
 Que en ser originales se fatigan.

Mas he de hacer: los deliciosos ratos,
 Que te visite el apolíneo coro,
 No los has de vender nada baratos.

Pues aunque la opinión vulgar no ignoro,
De que Febo corona los poetas
De lauro, pero no de perlas y oro,

Tus obras mas disformes y imperfetas
Lleparán de amarillos patacones
Tus desollados cofres y gabetas.

Sí, Fabio, las obrillas que dispones,
Hemos de despachar todas al peso,
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el exceso,
Que no conoce regla ni camino,
Es lo que se requiere para eso.

Y así, pues elegiste tal destino,
Haz comedias sin número, te ruego,
Hacinando uno y otro desatino.

Escribe dos, y luego siete, y luego
Concluye quince, y trama diez y nueve,
Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve
Cada comedia, y casos prodigiosos,
Que así el humano corazon se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos
Flegon y Etonte: salga Citeréa
Á cantar quatro versos enfadosos.

Diversa accion cada jornada sea,
Con su galan, su dama y un criado,
Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado,
 Llena de anacronismos y mentiras
 El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si á agradar al auditorio aspiras,
 Y que sonando horrendas carcaxadas,
 Él te celebre, quando tú deliras,

Del mpro arrojen á las estacadas
 Moros de paja, si el asalto ordenas,
 Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,
 Date á la magia, forja encantamientos,
 Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuela por los vientos,
 Allí una vieja se convierta en rana,
 Todo asombro ha de ser, todo portentoso.

De la historia oriental, griega y romana
 Copiarás los varones celebrados,
 Que el pueblo admitirá de buena gana.

Héctor, Ciro, Catón, y los soldados
 Fuertes de Aníbal, con su gefe adusto,
 Todos los pintarás enamorados.*

* La pasión del amor, manejada en los dramas sin inteligencia, hace ridículos á los héroes: si el amor, quando fuere preciso, no es terrible, funesto, y verdaderamente trágico (como en el Hípólito de Eurípides, ó en la Fedra de Racine) será un amor de comedia, ó elegía.

Verás que diversion, verás que gusto
 Es ver llorar de Fátima el desvío
 Al fiero Muza, ó á Tarif robusto,
 Que ciegos de amoroso desvarío,
 La llaman en octavas y tercetos
 Mi bien, mi dulce amor, encanto mio.

Tus galanes serán todos discretos *,
 Y la dama, no ménos bachillera,
 Metáforas derrame y epitetos.

¿Que gozo verla hablar como si fuera
 Un doctor *in utroque*? Ciertamente
 Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni escojas lo moral y lo decente
 Para tus dramas, ni tras ello sudes,
 Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se desfigura, no lo dudes,
 Allí es heroycidad la altanería,
 Y las debilidades son virtudes.

Y aquello que Prudencio te decia,
 De que el pudor se ofende y el recato...
 ¿Pero que? Si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,
 Una banda, una joya, un ramillete,
 Con lo de infiel, traydor, necio y ingrato.

* Esto es, con exceso, apartándose de la sencillez del estilo cómico.

La dama ha de esconder en su retrete
 Á dos ó tres galanes rondadores,
 Preciado cada qual de matasiete.

Riñen, y salta por los corredores
 El uno de ellos al jardin vecino,
 Y encuentra allí peligros no menores.

El padre, oyendo cuchilladas, vino,
 Y aunque es un tanto quanto malicioso,
 Traga el enredo que se le previno.

Pero un primo fanático y zeloso,
 Lo vuelve á trabucar de tal manera,
 Que el viejo está de cólera furioso.

Salen todos los yernos allí fuera,
 La dama escoge el suyo, y la segunda
 Se casa de rondon con un qualquiera.

¡Ó vena sin igual, rara y fecunda
 La que tales primores recopila,
 Y en lances tan recónditos abunda!

Esto debes hacer, esto se estila,
 Y váyase Terencio noramala,
 Con Báquis, Menedemo y Antifila.

Váyase, digo, que á la pompa y gala,
 Y á la graciosidad de que están llenas
 Nuestras comedias, su saber no iguala.

Marco el actor publica que son buenas,
 Y que lo pueden ser de qualquier modo,
 Sin guardar unidades ni decenas.

Luego te dixé la verdad en todo:
 Luego debes al punto disponerte,
 Y meter en la masa mano y codo.

Fabio, sigue adelante, que la suerte
 Tal vez apadrinó los desatinos,
 Y benigna querrá favorecerte.

Á la vista te puse los caminos,
 Por donde celestial serás un día,
 Y los exemplos te mostré divinos.

Ya ves que desprecié la cobardía
 De preceptistas, que presumen tanto
 Saber la verdadera poesía.

Yo dí los tonos á tu dulce canto:
 Eras un animal, ya eres poeta:
 Tal es de mis razones el encanto.

La cítara sonante, la trompeta,
 Y la cómica máscara bufona,
 Llena de variedad y chanzoneta,

Te alzarán á la cumbre de Helicon,
 Donde mas altamente es adorado
 El hijo rubicundo de Latona.

Claudio, laberintista celebrado,
 Y el inventor de follas Aquilino,
 Por la senda que vas han caminado.

Y todo lo demas es desatino,
 Á pesar de un pedante fastidioso,
 Que á Petrarca inmortal llama y divino.

Sigue, yo te dirijo, y estudioso
Mi inimitable erudicion respeta,
Que por ella serás siempre famoso.

Pues aunque yo por aversion secreta
Jamás pude cazar un consonante,
Ni supe rematar una quarteta;

No importa, no, para que yo levante
La voz, y exerza magistral empleo
Sobre todo coplero principiante.

Que ya miro en el monte pegaseo
Las nueve doncellitas holgazanas
Darte coronas del laurel fábéo.

Mas quando de sus manos soberanas
Logres tan alto premio, ten sabido,
Fabio, á quien debes el honor que ganas,
Y agradécelo á mí, que te he instruido.

Índice:

Elogio de Felipe V.º por Clavijo	pag. 1.º
Ydem. Ydem. por Conde	pag. 53.
Ydem de D. Alonso el Sabio por Boscán	pag. 85.
Ydem del Obispo de Milán por Clavijo	pag. 115
Las naves de Cortés, por Vaca de Guzmán	pag. 1.º
Granada vendida, por el mismo	pag. 23.
La toma de Granada por Moratin	pag. 47
Elogio: Batilo - por Melendez	pag. 69
Satira contra los Niños de Alcañal p. ^{ca} Comar	pag. 115
Ydem Ydem por Fernandez	pag. 153.